

CRISTINA PRADA

FROM
N.Y.

Beautiful

OFF
DUTY

4K71

OFF
DUTY

zafiro[♥]

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
SARAH. «Cuando Harry encontró a Sally...»
SARAH. «Sólo tú»
SARAH. «Cómo perder a un chico en 10 días»
MICHAEL. «La cruda realidad»
SARAH. «El diario de Bridget Jones»
SARAH. «Serendipity»
MICHAEL. «French kiss»
SARAH. «Cuatro bodas y un funeral»
MICHAEL. «Crazy, stupid, love»
SARAH. «Algo para recordar»
SARAH. «Love actually»
MICHAEL. «Sólo los tontos se enamoran»
SARAH. «No es tan fácil»
MICHAEL. «Y entonces llegó ella»
SARAH. «Mientras dormías»
SARAH. «Amor con preaviso»
SARAH. «Pretty woman»
Epílogo
Agradecimientos
Biografía
Referencias a las canciones
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Sarah Holloway no está en su mejor momento. Se divorció hace unos meses después de pillar a su marido practicando sexo (sexo impetuoso) sobre la encimera de su cocina con una pelirroja. En el trabajo, su jefe no recuerda ni su nombre, y su perfecta familia sólo hace que ella se sienta más desgraciada aún. Encima acaba de cumplir los treinta, ha engordado dos kilos y le ha salido una cana justo... ahí.

Pero, por culpa de un traje de hawaiana y unos malabares imaginarios, en la vida de Sarah se cruzará Michael Stearling.

Y Michael Stearling hará que todo su mundo se tambalee.

Inteligente, arrogante, desdeñoso y malicioso, Michael le pondrá las cosas muy difíciles a Sarah y ella tendrá ganas de estrangularlo cada vez que se encuentren. Y, aunque a Michael le gustan los desafíos, Sarah no piensa permitir que la trate como si fuera su juguete.

Sin embargo, en la vida, como en las pelis, las cosas nunca son lo que parecen y Sarah y Michael descubrirán cuántas emociones pueden esconderse detrás de las sonrisas, de las discusiones, de los gemidos y, sobre todo, de los secretos.

Las calles de Manhattan, la ilusión, el sexo y el amor.

Bienvenida al Nueva York de tu propia película romántica.

FROM NEWYORK. BEAUTIFUL

Cristina Prada

zafiro 

SARAH
Cuando Harry encontró a Sally...
(*When Harry met Sally...*), 1989, Rob Reiner

¡Las comedias románticas tienen la culpa de todo!

Me llamo Sarah Holloway y mi vida es un absoluto desastre. No un desastre como las vidas de las protagonistas de las comedias románticas, del tipo «oh, qué desgraciada soy, porque, a pesar de medir uno ochenta y tener las tetas más duras y firmes de toda la costa este, me siento fea y algo dentro de mí me impide disfrutar de que un megamillonario, joven, guapo y con una habilidad para el sexo contra la pared que ni Thor lleno de esteroides, me quiera, me compre ropa y me regale un coche, un pisazo y un iPad, porque yo lo valgo... y el iPad, Retina, de diez pulgadas, a ver si os pensáis que yo acepto cualquier cosa». No, yo soy desgraciada a un nivel real.

Tengo un empleo en el que me esfuerzo mucho por un mal sueldo. En mi familia todos son más altos y más rubios que yo, y desempeñan grandes trabajos, de esos de salvar vidas, mientras que yo sólo soy abogada, picapleitos para más señas. Compararnos a mi hermana Heidi y a mí, por ejemplo, sería como hacerlo entre el presidente de Médicos Sin Fronteras y el abogado de Lindsay Lohan, por reputación, no por dinero. ¿Os he contado ya la irrisoria cantidad que cobro? Eso me lleva a mi segunda queja: mi apartamento. En las películas, la chica casi siempre es pobre, casi siempre camarera y casi siempre vive en el Village. ¡¡Ja!! Si eres de clase media tirando a baja, vives al sur de Manhattan, en el Lower East Side o en Alphabet City. Si eres de clase baja tirando a media, lo haces al noroeste de Manhattan, pero en la lejanía del horizonte aún puedes intuir Central Park. Si eres clase baja estándar, vives al norte de Manhattan y un poco más lejos del parque. Y si eres abogada júnior en una empresa y tu sueldo es el equivalente a que tu jefe te llame Sally Hathaway porque no recuerda ni tu nombre, vives al norte de Manhattan, al norte del parque y al norte del norte; vamos, prácticamente en Narnia, sólo que aquí todos los faunos escuchan a Pitbull hasta las tres de la mañana.

¿Y sólo por eso se queja?, os preguntaréis. Qué ilusos. Dejé de preocuparme por ese tipo de cuestiones el día que volví a mi casa y vi a mi marido tirándose con ímpetu a una pelirroja sobre la barra de nuestra cocina. Lo que más me repateó fue el *ímpetu*, esa pequeña y beligerante palabra, porque la última vez que nosotros lo habíamos hecho había sido en la cama, con nulo esfuerzo por su parte, después de que me paseara con la lencería que me había comprado y para lo que había tenido que estar dos semanas comiendo sándwiches de queso en vez de bajar a la cafetería con los compañeros para poder ahorrar lo suficiente, y ni siquiera se molestó en hacerme

llegar al orgasmo. Cuando lo pillé con la susodicha, podría haber hecho muchas cosas, pero sólo caminé hasta ellos, cogí la bolsa de gofres de la encimera y me marché.

Así que actualmente ostento el rango de divorciada, pero no es como mi amiga Lexie me juró que sería en mitad de mi «despedida de casada»; según ella, los hombres y los polvos descontrolados, truculentos y sudorosos se contarían por cientos. Supongo que debí sospecharlo cuando, lo que iba a ser la primera juerga de esa nueva etapa, acabó con las dos borrachas y disfrazadas de Blancanieves en su apartamento.

El resto de mis problemas os los enumero en una breve lista: mi jefe, sí, ese mismo que no recuerda ni mi nombre y que no se parece en absoluto a Brad Pitt, me tiró ayer los trastos, cosa que eludí con una gracia impropia de mí y que él se tomó como coqueteo y que me llevó a tenerlo lo suficientemente cerca como para, justo después de subirse el pantalón con las dos manos hasta el límite de su oronda panza para armarse de valor, ver cómo le brillaba la calva. Creo que tengo un problema con el alcohol, del que culpo a mi amiga Lexie, quien, para colmo de mis males, está muy buena, cosa que no me ayuda. El otro día le exigí que engordara diez kilos bajo amenaza de que dejaría de hablarle, porque necesito poder mirarla y sentirme mejor, pero el karma me devolvió el favor y la que engordó fui yo, dos kilos.

Mi vida actual se podría resumir en: profesional liberal, divorciada, sin blanca, intentando dejar de ser fumadora, con tendencia al alcoholismo, acosada por su rollizo jefe, con dos kilos de más, busca... busca que alguien venga y termine con su *cómica* existencia, porque en cinco meses tiene que ir a la boda de su hermana pequeña, superdotada, superguapa y superfísica experimental, la ganadora más joven de la beca McArthur. Universo, acaba conmigo, ya.

La culpa es de Hollywood y el cine romántico. Me crearon unas expectativas muy altas y deliciosamente bonitas de lo que sería mi vida, sólo que olvidaron explicarme que los multimillonarios terriblemente encantadores que conducen deportivos no se pierden en mi barrio y, de hacerlo, creo que los atracarían sin contemplaciones. Richard Gere, mejor bájate la aplicación de Google Maps a tu móvil.

* * *

—¡No! —grito con la mirada fija en el espejo de cuerpo entero de mi habitación—. ¡No! ¡No!
¡No!

¡No puede ser, maldita sea! ¡Me niego a que sea!

—¿Qué pasa? —pregunta Lexie, entrando en el dormitorio—. Te he oído chillar desde la cocina.

Siendo sinceras, eso tampoco resulta muy difícil, ya que nuestro piso puede medirse en centímetros cuadrados.

—No puede ser —repito en voz alta.

—¿El qué no puede ser?

—Me he encontrado una cana.

—¿Y por eso armas semejante escándalo? —replica, a punto de echarse a reír—. Te tiñes el pelo y listo.

Se deja caer en mi cama y reactiva Spotify en mi portátil, haciendo que suene otra vez la última canción que he escuchado mientras estaba en la ducha: *Seasons*, de Olly Murs.

—No puedo teñirme.

—¿Por qué no?

—No puedo porque es un sitio en el que no puedes hacerlo.

Lexie parece reparar entonces en que estoy en albornoz... y en mi cara de susto, supongo.

—¿Te ha salido una cana en los bajos?

Y, antes de dejarme responder, la muy perra estalla en carcajadas.

—¡Lárgate! —protesto, tirándole por escrupuloso orden de tamaño todo lo que tengo sobre la cómoda.

—Vale, vale... —me pide, alzando las manos—. Lo retiro.

—Eres una amiga horrible —me quejo, dejando sobre el mueble de nuevo mi frasco de leche corporal con esencia de coco.

—Y tu chichi está a punto de retirarse a vivir a Florida. Nadie es perfecto.

La amenazo nuevamente con el bote, pero ella vuelve a levantar las manos.

—Lo retiro, lo retiro —pero la conozco y, en el fondo, no va a retirar nada—. ¿Estás lista?

Asiento.

—Dos minutos. Sólo tengo que vestirme.

La miro esperando a que se marche, pero no lo hace. Sí, Lexie es de esas amigas que vulnera siempre tu intimidad y tu espacio personal, amén de cotillearte el correo y el teléfono si piensa que obtendrá algo truculento, y todo lo hace con una indecente seguridad en sí misma... pero también te presta sus zapatos, jamás te deja beber sola y, cuando te deprimes porque tus vaqueros preferidos ya no te cierran o te culpas del ímpetu de tu exmarido sobre barras de cocina, te da el rapapolvo que te mereces y te obliga a no cargar con la responsabilidad de cosas que no te corresponden. Además, la quiero muchísimo. Es mi persona favorita.

Pongo los ojos en blanco, exasperada, y me visto tratando de conservar el albornoz al mismo tiempo para que no se me vea nada.

—¿Por qué te escondes? —se burla—. Tenemos lo mismo entre las piernas. Bueno, el tuyo ahora parece Gandalf el Gris. —Sabía que ni lo retiraría ni lo olvidaría.

La asesino con la mirada, entrecerrando los ojos, y termino de vestirme con un grado de dificultad siete y medio en la escala de las mujeres imbéciles que se avergüenzan de sí mismas.

—Eres idiota —certifica, tumbándose por completo en mi cama.

—Si mi físico se pareciera al de Rita Ora, yo también jugaría a recoger el correo en ropa interior.

—Yo nunca recojo el correo en ropa interior —se defiende, incorporándose y apoyándose

sobre los codos.

—Te veo el culo, diariamente —especifico, índice en alto—. Muchas más veces de las que debería.

Ya con mis vaqueros rotos preferidos puestos y una camiseta estampada con pequeños búhos, me recojo mi media melena rubia en una coleta y me agacho para recuperar mis botas del suelo.

—Mi culo se merece ver la luz del sol y divertirse.

—Pon esa frase en tu información básica del Facebook y jamás volverá a estar solo —la pincho.

Ella se levanta toda dignidad y me dedica un mohín.

—Eso sí que ha sido de amiga horrible —protesta—. Hoy he estado viendo *Girls* en el ordenador —cambia diametralmente de tema— y me he puesto de mal humor.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué?

Flexiono la rodilla para calzarme una de mis botas aún de pie, pero la gravedad me juega una mala pasada y me inclino hacia un lado al tiempo que empiezo a dar saltitos tratando de mantener el equilibrio y acabo cayéndome sobre el colchón. Eso sí, no suelto la bota. Técnicamente, he ganado yo.

—Porque... ¿nosotras éramos así? —contesta veloz, pasando por alto que soy la persona más patosa de Nueva York—. Quiero decir, son pretenciosas y creen que tienen la solución a todos los problemas del mundo, pero no hacen nada por nadie. En el fondo, son unas mimadas con ínfulas de artistas... y ha sido como mirarme en un espejo —sentencia.

—Un fiel reflejo de nuestra generación —convengo entre risas.

Me calzo la otra bota, todavía tumbada. Yo pensé exactamente lo mismo la primera vez que la vi, y me di cuenta de por qué todos los de cincuenta llevan quince años considerando que los de treinta somos insoportables..., lo somos.

—Un día crees que eres como Hillary Duff en *Younger*, con estilo y éxito, y al otro comprendes que, en realidad, eres como Lena Dunham... en cualquier sitio donde Lena Dunham salga, irritante y con tu padre pagándote el alquiler. Es duro —se lamenta, melodramática.

Lexie es fotógrafa artística, y muy buena, pero, mientras da el gran salto y logra mantenerse por sí misma gracias a su talento, cosa que estoy segura de que ocurrirá muy pronto, su padre le paga el alquiler y las facturas desde Bridgeport.

—Siento interrumpirte en mitad de una reflexión tan profunda —cambio de tema, levantándome—, pero tengo que irme.

El porqué aún no lo sé. Debí fingir que estaba enferma cuando me invitaron.

Me echo un último vistazo en el espejo y salgo de nuestro apartamento.

Bajo las escaleras de mi edificio todo lo deprisa que puedo. Al pasar por el rellano de la segunda planta, nuestro piso está en la cuarta, oigo algo que no sé si es español o portugués, pero

está claro que discuten porque alguien le ha puesto los cuernos a alguien. Esos gritos y el mencionar tanto a la madre del otro son universales.

Entro en la estación de metro de la 175 y desciendo los escalones prácticamente saltando. ¡No puedo llegar tarde! ¿Por qué tengo la sensación de que todas mis historias empiezan conmigo corriendo para no perder el metro? Tengo que hacérmelo mirar.

Me esperan dieciocho paradas, un transbordo y otras diez estaciones más hasta Prospect Heights, en el norte de Brooklyn. Mi familia siempre ha vivido allí. Mis padres se conocieron en la universidad, se enamoraron, se casaron y se esforzaron en afianzarse en sus respectivos trabajos. Él, un reputado profesor de astrofísica; ella, psiquiatra e investigadora del trastorno por estrés postraumático, el TEPT.

Al decidir tener hijos, también decidieron dejar Manhattan y mudarse a un barrio residencial seguro, tranquilo y con una casi inexistente tasa de criminalidad. Mis padres son demasiado inteligentes y concienzudos como para haber tenido que comprarse un test de embarazo antes de saber que lo leerían en el baño de una casa situada en una zona con buenos colegios.

Mi móvil, un iPhone de generación menos treinta y seis, comienza a sonar. Miro la pantalla y resoplo al ver el nombre de mi hermana Monica, justo por debajo de la cinta adhesiva que tuve que ponerle hace dos días, cuando Lexie se cayó con él mientras bailaba *Medellín*, la nueva canción de Madonna y Maluma. Mi pobre teléfono fue víctima de fuego amigo.

Sé que suena horrible, pero me planteo seriamente no contestar. Después de hablar con ella, siempre me siento como si midiese dos pulgadas. Soy totalmente consciente de que no es culpa suya, pero no puedo evitarlo.

—¡Sarah! —exclama en cuanto descuelgo—. ¿Dónde estás? ¿A punto de llegar? Por lo menos, dime que ya has salido de Manhattan. Aún estás en el metro, ¿verdad? —demanda, sin dejarme responder a nada—. Tienes que aprender a organizarte mejor. No es tan difícil, ¿sabes? —plantea, socarrona—. Pones la alarma, te levantas con tiempo...

—Estoy en el metro, pero llegaré puntual —la informo.

La oigo chasquear la lengua al otro lado de la línea.

—Eres un desastre, pequeña patosa.

Tuerzo los labios. Pequeña patosa ha sido mi apodo familiar desde que tenía cinco años. No penséis mal, tengo familia, no una pandilla de cabrones. Me pusieron ese mote por «Barrio Sésamo», más concretamente porque Coco, el de «ahora estás cerca, ahora estás lejos... y ahora necesitas gafas porque en los ochenta nadie les decía a los niños que no se sentaran tan cerca de la pantalla para verme hacer el idiota», era mi preferido y, los que alguna vez hayáis visto algún capítulo del popular programa infantil, sabréis que la marioneta azul, como yo, no era el colmo de la gracia atlética; luego, pequeño patoso él, pequeña patosa yo.

—He cogido el tren que tenía que coger y llegaré a tiempo.

—Permíteme dudar, pero no pasa nada —me rebate otra vez—. No pases por casa de papá y mamá —añade, y frunzo los labios. Tenía la contestación perfecta preparada: «Permíteme dudar

que tú seas humana y no una replicante de *Blade Runner*, pero de los de la primera, los que querían acabar con la vida en la tierra»—. Ve directamente al colegio de Patty.

Patty es su hija de ocho años, por lo tanto, mi sobrina, y sólo espero que, por su bien, sea otra replicante, pero en esta ocasión de los de la peli de Ryan Gosling, que aceptan de buen grado lo de ser esclavos, o se irá de casa antes de cumplir los dieciséis.

—De acuerdo —respondo, sacando una chocolatina de mi bolso con la mano que me queda libre y abriéndola con los dientes.

—¡Deja de comer! —me regaña al cabo de dos segundos.

¿Cómo demonios lo ha sabido?

—Además, seguro que es una chocolatina —incide.

En serio, ¿cómo...?

—Es una Bounty. Lleva coco, y el coco es una fruta —me defiendo, y tengo toda la razón. Podría estar comiéndome un Crunch o unos Reese's o un pretzel... Maldita sea, ahora quiero un pretzel de esos gigantes del puesto de la 10 Oeste. Miro el mapa en una de las paredes del vagón. Podría bajarme en el Village, comprarme uno y volver a subir.

—Eso no es comida —afirma.

—¿Tienes algo más que decir? —pregunto con la boca llena de chocolate y coco, un poco con el único objetivo de fastidiarla.

—No llegues tarde —me riñe por millonésima vez; sí, cuento todas las veces que lo ha hecho telepáticamente.

Voy a responder por millonésima vez también que voy a ser puntual como un reloj, pero cuelga antes de darme la oportunidad.

Me separo el teléfono de la oreja y resoplo con los ojos fijos en la pantalla, esperando a que vuelva a la de inicio.

—Llegaría tarde sólo para molestarte —murmuro a regañadientes, obviamente sólo para mí.

—Su hermana tiene razón —oigo que me dice una vocecita a mi lado—. Las chocolatinas no son comida.

Me giro con una mezcla de confusión y miedo, pensando que Monica ha dado un paso más en su malévolos plan para dominar el mundo antes de cumplir los treinta y tres y ha levantado su propia red de espías internacionales, y me encuentro con una ancianita asintiendo con desaprobación a mi dieta, sentada en uno de los dos asientos que tengo enfrente, separados del mío por el pasillo.

—Lleva coco —comento aún un poco alucinada, alzando el dulce— y mi vida es muy dura. Me merezco una chocolatina de vez en cuando.

—Cuando no encuentres marido por tener demasiada carne pegada a los huesos, lo será mucho más, jovencita.

Decido obviar la primera parte de la frase. Esta abuelilla es una canija, no estoy en posición de competir con ella.

—Ya tuve un marido y no se portó nada bien conmigo —le explico—. Al final lo único que me

quedó fue un paquete de gofres.

—Lo que yo decía —se recrea, meneando la cabeza y con ella su sombrero de Macy's—. Tu problema no son los hombres, son los dulces.

La miro con la boca abierta y la chocolatina suspendida en el aire. ¿Esta señora, con pinta de haber vivido en directo el desembarco de Normandía, acaba de decirme que mi matrimonio naufragó porque soy una gorda mental?

El metro se detiene en la estación de la 81, la del Museo de Historia Natural.

—Deja de comer —ratifica, levantándose y dirigiéndose a la puerta.

Sí, lo ha hecho.

—¡Debería haberlo visto a él! —me quejo, girándome en mi asiento para poder mirarla—. Se parecía a Chris Pratt cada vez que se olvida de que ahora es un superhéroe y encuentra la llave del cajón de los donuts que le han escondido.

Tengo toda la razón. Yo quería a ese maldito idiota, pero ese maldito idiota tenía un único abdominal, grande y redondo.

La ancianita cabecea con desaprobación y finalmente se baja. Yo noto cómo el resto de los pasajeros me observan y me vuelvo para quedar perfectamente sentada de nuevo. «Sarah Holloway, quien diga que una vida no puede mejorar en un solo instante es que nunca ha llevado tus zapatos.» Por supuesto, soy toda ironía... y, por supuesto también, me termino la chocolatina. Nadie va a hacerme cambiar de opinión: el coco en una Bounty sigue siendo fruta.

Después de las correspondientes paradas y el transbordo, por fin llego a la estación de Grand Army Plaza. Siempre me ha llamado la atención esta parte de Brooklyn, con el gigantesco Prospect Park, todo abierto y despejado, casi dibujando la palabra *diáfano*; parece como si los rascacielos de la isla de Nueva York se diluyesen en una nube de algodón de azúcar verde hierba.

Camino un par de manzanas y accedo a la escuela de primaria Montessori Day; por si alguien lo dudaba, la mejor del distrito.

El divertido salón de actos ya está hasta arriba de padres y demás familiares y hay cadenetas de papel de colores por todos lados. Sonrío. La cosa promete.

Sin embargo, paso de largo la sala y me dirijo hacia las aulas; en concreto, hacia la de mi sobrina Patty. Mi hermana debe de estar allí, dando instrucciones a diestro y siniestro a los pobres padres (y profesores) que se hayan presentado voluntarios para ayudar en la fiesta.

No tardo en encontrarla. Está sentada a una de las pequeñas mesas, hablando con dos mujeres y un hombre, de pie frente a ella, cargados con una veintena de globos cada uno, que la miran con cara de susto.

—Y ya estáis tardando —sentencia, agitando las manos para que se muevan.

Sabía que no me equivocaría.

—Hola —la saludo, caminando hacia ella.

—¿Hola? ¿En serio? —suelta, levantándose de un salto y saliendo a mi encuentro. Es como uno de esos velocirraptores de *Parque Jurásico* cercando a su presa.

—Así es cómo se acostumbra a saludar en Estados Unidos, pero, si quieres, podemos probar en otros idiomas... *Ni hao* —añado, superorgullosa, en chino, la única expresión que me sé gracias al señor Wang Su, el dueño del pequeño supermercado barra cafetería barra oficina de correos barra restaurante a domicilio ilegal de mi calle.

—Muy graciosa.

Me quita la bandolera sin ninguna delicadeza y hace lo mismo con mi chaqueta vaquera.

—¿Qué haces? —me quejo.

—Es tarde y una de las madres no ha podido venir —me explica, desabrochándose el cinturón y tirando de él hasta hacerlo pasar por todas las presillas—. La muy perra tendría que haber avisado antes. Seguro que está tumbada en el salón de su casa, bebiendo chardonnay directamente de la botella. Podría tener la decencia de esperar hasta que los niños se duerman, como hacemos todos.

—A) no te ha avisado porque te tiene miedo, estoy segura —le rebato, pero ella pasa de mí—, y b), ¿eso qué tiene que ver conmigo?

—Vas a sustituirla. Tienes que disfrazarte de hawaiana.

Comienza a desabotonarme la camisa sin ni siquiera mirarme a los ojos. Ahora entiendo cómo se sienten los ligues de Alex Rodríguez.

—Para —protesto, tratando de apartar sus manos.

—No paro.

Intenta alcanzar mis botones, yo la golpeo en los dedos, ella a mí y, durante los quince segundos siguientes, sólo se oye una ristra de rápidos manotazos.

—No voy a disfrazarme —me escabullo, dando un paso atrás.

—Oh, sí.

—Oh, no.

—Oh, sí.

—Monica.

—Sarah —contraataca, arqueando una ceja.

Mi hermana y yo nos llevamos dos años, la edad justa como para que siempre haya sido una auténtica mandona conmigo, aunque, conociéndola, sólo habría necesitado tres minutos de diferencia para decidir que tenía que obedecerla.

—Ni de coña —le dejo claro, entrecerrando los ojos.

Un rumor llega desde el pasillo. Por inercia, llevo la vista hacia la puerta y ella aprovecha esa mínima distracción para abalanzarse sobre mí, tumbarme en el suelo y quitarme la camisa. Forcejamos, pero la muy maldita tiene una fuerza sobrehumana.

—Tienes que dejar las clases de pilates para madres e hijas —farfullo casi sin aliento, tratando de recuperar mi ropa—, pareces una luchadora olímpica de la Unión Soviética.

—¿Qué estáis haciendo? —La voz de mi madre se mezcla con su característico caminar, pausado pero siempre decidido.

Aprovecho que ahora es Monica la que se distrae para quitármela de encima de un empujón. Lo último que veo antes de levantarme es cómo sus pies, enfundados en sus Converse, vuelan por encima de su cabeza. Una sonrisilla satisfecha se me escapa.

—Tu hija mayor ha perdido el sentido común —protesto, levantándome... en sujetador.

Mi hermana también recupera la verticalidad y ambas se miran. Otro momento que aprovecho en mi beneficio, esta vez para dar un paso y recuperar mi camisa de un tirón. Segunda sonrisa satisfecha del día. Ésta se la dedico a la ancianita del metro. Chúpate ésa, vieja chalada.

Dejan de observarse y, a continuación, mi madre dirige su mirada hacia mí justo un microsegundo antes de dar un paso en mi dirección.

—¿A qué estás esperando para cambiarte? —me riñe, quitándome la camisa de las manos—. Ya tendrías que estar lista.

Debería haberlo imaginarlo.

—No voy a vestirme de hawaiana —dejo cristalínamente claro.

Pero ninguna de las dos parece tomarme en serio y mi hermana se acerca a mí con lo que claramente es un sujetador hecho de cocos.

—Vístete tú —gruño, retirándome un paso y señalando con el índice a Monica—. Patty es tu hija.

—Yo tengo que controlar que todo salga bien —responde como si fuera obvio—, y tú me estás dando mucho trabajo —me recrimina.

Mi madre asiente.

¡No puede ser verdad!

Monica se acerca. Se me están acabando las opciones.

—Que lo haga Heidi —propongo, desesperada.

Nuestra hermana pequeña es guapa y rubia y delgada, mucho más apropiada para una falda fabricada de hojas de palmera.

Las dos vuelven a mirarse y ambas acaban soltando una risita de lo más condescendiente... en plan «ya está la pequeña patosa soltando sandeces». Yo resoplo, al borde de la pataleta. Tengo treinta años, estoy deprimentemente divorciada, he engordado y me ha salido una cana en un sitio muy concreto; lo último que necesito es pasearme por una escuela de pijos prácticamente en bragas.

—Tú eres la más adecuada para hacerlo, Sarah —apuesta mi madre, dando un paso hacia mí—. Eres la más... —se toma unos segundos para pensar la palabra apropiada—... extrovertida.

—No es verdad —contestamos Monica y yo al unísono, aunque resulta obvio que por diferentes motivos.

Fulmino a mi hermana con la mirada.

—Tienes que ganar en todo, ¿eh? —apuntillo.

—Fui reina del baile.

—Te acostabas con el *quarterback* del equipo.

—¿Cuántas veces te he dicho que era virgen cuando conocí a Jeff?! —me contradice, indignadísima.

—La virginidad no volvió a crecerte cuando te pidió matrimonio y que os mudarais a un barrio con buenos colegios.

—Se acabó —me amenaza, girándose hacia mí—. Estás muerta.

Le mantengo la mirada y me río impertinente y desafiante, pero creo que no surte el efecto deseado, porque vuelve a abalanzarse sobre mí, a tumbarme en el suelo y, esta vez, se deshace de mis pantalones.

—Para —protesto, forcejeando.

Obviamente no lo hace.

—Chicas —dice nuestra madre, pero no hace ningún intento por separarnos.

La gran doctora en psiquiatría Adeline Holloway siempre ha tenido muy claro que los niños deben resolver solos sus conflictos, ya que intervenir convierte al adulto en el objeto de proyecciones de moral y justicia en lugar de conseguir esos baremos por ellos mismos... Eso o que secretamente siempre ha pensado que la más fuerte sobreviviría y enterraría a la otra, por lo que se ahorraría tener que ir a la mitad de funciones escolares.

—Está bien —pronuncia mi hermana con la voz jadeante por el esfuerzo—. Hagamos un trato —me propone. Me detengo y la escucho con recelo—: ponte el disfraz y nos acercamos al escenario por la parte de atrás, nadie te verá. Echas un vistazo, averiguas si te sientes cómoda y, si no, volvemos y te cambias.

La observo. Lo pienso un segundo.

—Eso parece muy... razonable —respondo con cierto resquemor.

Monica se levanta y tira de mis dos manos para ayudarme a hacer lo mismo.

—Claro que sí —sentencia sin asomo de dudas—. Yo soy exactamente así.

Tendría bastantes apuntes que hacer a esa afirmación, pero decido correr un tupido velo. Me pongo la falda de hojas de palmera, el sujetador de cocos y la guirnalda, el completo hawaiano, e incluso me suelto el pelo y me coloco una especie de corona hecha con flores más pequeñas.

Como me ha prometido, llegamos al escenario del salón de actos por una puerta que da directamente al *backstage* desde la sala donde ensaya la orquesta. Las cortinas ya están corridas y varias niñas, entre ellas Patty, están situadas en el centro de las tablas. Los flashes y los murmullos se multiplican.

Me asomo con discreción. Hay aún más gente que antes. ¿Es que contratan figuración como en los Óscar?

—Hay mucha gente.

Mi hermana asiente.

—Es la función de fin de curso. Nadie quiere perdérsela.

Ahora la que asiente soy yo. Es lógico. Miro las hojas de palmera. Quiero echarle un cable, pero no creo que sea capaz de salir ahí. Seguro que me las apaño para que acabe viéndoseme el

culo de la más ridícula de las maneras.

—No sé, Monica...

—Oye —me interrumpe, cogiéndome por los hombros y girándome hacia ella—, si no lo ves claro, no lo hagas. No me gustaría que pasaras un mal rato.

Sonrío, aliviada. Puede que a su lado Adolf Hitler parezca un hare krishna, pero la quiero muchísimo.

—Eres mi hermana —sostiene sin dudar— y para mí lo más importante es que, sea donde sea, estés cómoda y a gusto.

Mi sonrisa se ensancha.

—¿De verdad? —pregunto casi con emoción.

Ella me mira y también sonrío.

—¡Claro que no! —responde, olvidándose de ese tono tan amable y empujándome al escenario sin ninguna piedad—, pero es más fácil engañarte que a Heidi.

Salgo atropelladamente, deteniéndome en el centro por pura inercia y consiguiendo que todos los ojos se posen en mí al mismo tiempo que en el enorme salón se hace un silencio sepulcral. Miro las filas y filas de asientos y una sonrisa nerviosa se me escapa. ¿Qué demonios voy a hacer? ¡Me estoy muriendo de la vergüenza! Cuando recuerdo que sólo llevo unas bragas debajo de la falda, una sonrisa aún más acelerada se cuele en mis labios. ¡Quiero morirme!

Mi sobrina Patty, vestida como una minihawaiana, me mira y me hace un gesto con la cabeza para que me coloque a su lado. Yo la observo y asiento, pero tardo un segundo de más en moverme, logrando llamar aún más la atención de TODO el mundo.

—Y ahora —anuncia una voz desde la megafonía—, la clase de segundo de primaria bailará un hula.

¡¿Qué?! No. No. ¡No! Joder. Joder. ¡Joder!

Todas extienden los dos brazos a un lado y comienzan a moverse perfectamente coreografiadas —¡Muévete! —grita mi hermana en un susurro desde bambalinas, meneando los brazos.

Mierda. No quiero.

Mi sobrina me mira. Sonrío, inquieta. No me queda otra.

Empiezo a imitarlas y comienzo a bailar. Entre lo nerviosa y acelerada que estoy, la falta de ensayos y lo de pequeña patosa, ¿recordáis?, soy la bailarina más horrible con diferencia. No tengo ni idea de cuándo hay que girar o sencillamente de qué hay que hacer. Me siento como cuando te apuntas a clase de zumba y te pasas dos semanas en la fila de atrás, pensando que todas las de la primera son profesionales contratadas por el gimnasio con el único fin de hundirte la moral y que nunca salgas de allí.

Pero lo peor no es eso, ¡oh, no! Lo peor es que, en un determinado momento, todas nos colocamos en abanico y, una a una, cada niña y cada adulta, de forma individual, debe situarse en medio del escenario y bailar unos segundos, siendo el foco de atención, tres palabras que ahora

mismo odio profundamente. Y, lo que es todavía más mezquino, ¡se lo han currado muchísimo!: tembleque de caderas profesional, danza con palos, volteretas... y me toca.

Camino hasta el centro sin tener la más remota idea de qué hacer. La música sigue sonando. Todos me contemplan, expectantes. En este preciso instante decido asesinar a mi hermana en cuanto termine. ¿Qué hago? ¡¿Qué hago?!... y lo que hago es cavar mi fosa del bochorno un poco más honda porque empiezo a hacer malabares... imaginarios. Lo que habéis leído: muevo las manos como si tuviera tres pelotas en ellas y las lanzara al aire una y otra vez, pero siguiéndolas con la mirada y todo. Para rematar, finjo que lanzo las pelotas y las cojo entre el sujetador de cocos, doy una palmada y extendiendo los brazos. Creo que la gente no rompe a reír porque está estupefacta. Estoy segura de que, en breve, cambiarán el nombre del colegio de Montessori Day a Escuela del día en que la panoli más panoli fingió que se había escapado del Cirque du Soleil de los pringados.

Quiero que la tierra me trague.

Volvemos a la posición inicial, quince segundos más de hula y listo.

La gente rompe en aplausos y las niñas se inclinan para saludar. Sin embargo, yo sólo quiero escapar. Echo a andar hacia el extremo del escenario, pero las ansias por huir me traicionan y, no sé cómo, juro por Dios que no lo sé, me piso la falda, me tropiezo y me doy de bruces contra el suelo. Lo último que oigo antes de caer a cámara lenta, que siempre es más ridículo, son las hojas de la falda crujir y, como ya vaticiné, al levantarme, me doy cuenta de que me faltan dos, ¡se me ven las bragas! y, por supuesto, no en un costado, en el culo.

Me levanto, veloz, saludo, ¿ya qué demonios da?, y salgo disparada.

—Te odio —digo pasando junto a mi hermana—. Te odio muchísimo.

—No ha sido para tanto —replica sin molestarse en disimular la sonrisa de quien ha estado riéndose a carcajadas dos segundos antes.

El resto de las madres y las niñas pasan a nuestro lado desde el escenario, felicitándose por lo bien que lo han hecho. Algunas me miran de reojo y otras abiertamente, pero la felicidad pro-hula bien hecho les nubla demasiado la mente como para preocuparse por mí.

Me inclino sobre mí misma, tratando de arreglarme la falda y, por lo menos, poder volver a la clase para recoger mi ropa sin enseñarle a nadie más mis bragas.

—No me puedo creer que me hayas obligado a hacer semejante ridículo —me quejo. Estoy muy cabreada, aunque creo que el sentimiento se acerca más a la resignación.

Monica termina de saludar a la última madre y suelta un profundo suspiro sin perder la sonrisa.

—Yo te obligué a salir ahí, lo del ridículo ha sido cosa tuya.

Se acerca a mí, me aparta las manos y comienza a confeccionarme la falda. No sé si fue un don que apareció el día que se convirtió en madre, pero, como todas, es un hacha con las manualidades y consigue volver mi falda en el elemento pudoroso que se espera en esta escuela de pijos.

Asiento mientras compruebo el resultado. Me siento como una auténtica pardilla. A pesar de

todo, sé que ni mi madre ni mis hermanas lo hacen a propósito, pero, cada vez que estoy con ellas, al final, no puedo evitar acabar sintiéndome así, y lo odio.

—Será mejor que me cambie —gruño.

Ahora es mi hermana la que asiente, dando un paso atrás y cruzando los brazos al tiempo que me observa.

Yo echo a andar por el mismo pasillo que me trajo hasta aquí.

—Gracias, pequeña patosa —se despide.

Alzo la mano sin girarme como respuesta y, sin quererlo, tuerzo los labios. ¿Alguna vez habéis tenido la sensación de no estar al nivel? Pues así es exactamente cómo me siento.

Decido darme unos minutos antes de volver al salón de actos y ver el resto de la función con la familia y, aún vestida de hawaiana, salgo al patio. Sé que todos están pendientes de la actuación, así que no hay ninguna posibilidad de que me tope con nadie aquí. Me dejo caer hasta apoyarme en la pared y, desanimada, me saco el cigarrillo que, prudentemente, escondí en uno de los cocos del sujetador y el encendedor con el que hice lo propio en el otro.

Me llevo el pitillo a los labios, lo prendo y le doy la primera calada. No vale absolutamente para nada, pero un efecto placebo es un efecto placebo y el de los cigarrillos parece ser el más conseguido del mundo.

—Pelotas de malabares, cigarrillos, encendedores... —enumera, burlona, una voz muy masculina cuando el humo de mi primera calada todavía no se ha disipado—. ¿Cuántas cosas más es capaz de guardar ahí dentro?

Alzo la cabeza y de inmediato lo busco con la mirada. No tardo en encontrar al dueño de la voz y me topo con un hombre alto y delgado, pero con cada músculo armónicamente marcado bajo un traje a medida de corte italiano, de esos carísimos, de color gris marengo, con una impoluta camisa blanca bajo él y una corbata delgada de un tono un poco más oscuro, quizá carbón, pero en una consonancia mezquinamente deliciosa.

Sus labios se curvan en una media sonrisa y, sin conocerlo absolutamente de nada, me doy cuenta de dos cosas: la primera, que ese gesto está bañado de pura arrogancia; la segunda, que, claramente, se está riendo de mí.

—Debería ver mis cocos de viaje —respondo sin achantarme—. Me caben dos portatrajes y un neceser con secador incluido.

El hombre me mantiene la mirada y, en contra de mi voluntad, estudio su rostro. El pelo, de un castaño casi dorado, peinado como un actor de Hollywood. La mandíbula marcada y los labios sexis completan un dibujo en el que reinan sus ojos, de un turquesa diabólicamente perfecto, como si, de pronto, toda la fuerza del mar pudiera concentrarse en un color. No cabe duda alguna. Es guapo, muy guapo.

—Si fuera usted, empezaría a preocuparme —replica—. Después de lo que ha pasado ahí dentro, puede que el gobierno de Hawái le confisque todo el material.

Entrecierro los ojos, analizándolo. ¿De qué va? Hay algo en él que me resulta familiar. Su

mirada, la modulación de su voz, la manera en la que se mueve, incluso cuando no lo hace. Todo está teñido de una presuntuosa seguridad.

—¿Así es cómo pasa las tardes de miércoles, riéndose de las pobres chicas que no saben bailar el hula?

No es una cuestión al azar, quiero ver cómo reacciona. En realidad, ése es el principal motivo por el que los abogados hacemos el sesenta por ciento de las preguntas que hacemos; lo que nos interesa, más allá de la respuesta, es todo lo que leemos en el otro cuando las pronunciamos.

Él cabecea, fingiendo meditar la respuesta.

—Las tardes de miércoles, no —contesta al fin, con ese tono maliciosamente burlón—, pero las funciones escolares es otra historia.

Otra vez esa presuntuosa arrogancia, esa seguridad. Quiere llevarnos de cabeza a un juego al que se le da demasiado bien jugar.

—No es tan guapo como se cree —suelto a bocajarro.

Estoy cansada y los Holloway me han hecho sentir como la pequeña patosa en una reunión familiar más. No me apetece que ningún desconocido, por muy atractivo que sea, me utilice para reírse de mí y hacer tiempo hasta que su sobrino, el hijo de su novia o lo que sea salga a recitar a William Shakespeare vestido de Abraham Lincoln.

Lo he visto venir.

—Ni tú tan buena fingiendo que no llevas pensando exactamente en eso desde que me has visto —me rebate.

Suelto un suspiro completamente indignado. Puede que tenga parte de razón, pero no tiene ningún derecho a exponerlo de semejante manera.

—La malicia arrogante está sobrevalorada —sentencio, fría y distante. Aunque no lo parezca por mi irrisoria nómina, hacer de abogada se me da muy bien.

Él da un paso hacia mí. El patio ya no parece tan grande ni tan espacioso y un suave calor empieza a pesar más que el aire.

—¿Lo que está de moda es decir que no te pone cuando no podrías estar más mojada? —contraataca.

¡Pero ¿qué demonios?!

A la palabra *masculina* justo ahora tengo que sumar el adjetivo *grave* al hablar de su voz.

Me humedezco el labio inferior, obviando todo eso, que ahora esté un poco más cerca, y me centro en la conversación que nos ocupa.

—Eso ha estado fuera de lugar —le recuerdo.

—¿La sinceridad también está sobrevalorada?

De nuevo una canalla sonrisa se apodera de sus labios. El gesto mueve su expresión, creando un hoyuelo en su mejilla derecha, y me percató de lo peligroso que puede ser ese simple ademán para las mujeres del mundo.

—Ésa, sí —certifico.

—Pero sigue siendo sinceridad.

Mi mente se cortocircuita y caigo en la cuenta de que acabo de dejarle meridianamente claro que tiene razón y me parece rematadamente sexy.

—Lo que yo decía —abandona en el aire, dando un paso más.

«¡Reacciona, idiota!»

—Y con lo que usted se equivocaba —le espeto, alzando la cabeza, remarcando el «usted» al que él ha renunciado, para marcar las distancias.

Y, dejando a un lado las metáforas, a esta distancia literal y estando descalza, me saca una cabeza sin problemas.

Yo también sonrío con cierto deje de superioridad moral, mi manera favorita de sonreír, sobre todo ante tíos ridículamente guapos y arrogantes que creen que pueden tener a cualquier chica en la palma de la mano.

—Vuelvo a decírselo —continúo—: por muy guapo que sea, necesito mucho más para que un hombre me haga sentir... —hago una pausa deliberadamente larga antes de pronunciar la palabra — algo.

Quiero que lea entre líneas que está lejos de provocarme incluso una mínima sensación.

—No creo que hayas usado la palabra adecuada.

Ladeo la cabeza. ¿Por qué tengo la sensación de que me está desafiando?

—Y, según usted, ¿cuál sería? —planteo.

—¿En cuál estás pensando tú?

—Excitación.

—Autoengaño —pronuncia con esa misma sonrisa en los labios.

Definitivamente, era un duelo en toda regla y acabo de perderlo.

Entorno los ojos, más enfadada que antes.

—¿Otra vez vas a recordarme lo guapo que soy? —me fastidia.

Ahora mismo quiero darle una bofetada sólo para que deje de sonreír.

—No, voy a marcharme —le dejo claro.

—¿También guardas las llaves de un coche en uno de los cocos?

—Lo que tenga debajo de los cocos no es asunto tuyo —gruño.

A la mierda el «usted».

Se toma un segundo para barrerme de arriba abajo con la mirada, lleno de descaro, antes de centrarse de nuevo en mis ojos azules. Estamos muy cerca y me hago un poco más consciente de él, de la suave calidez que desprende su cuerpo, de su olor a cítricos y a algo que me recuerda al metal y al cristal, a Nueva York, a la palabra *sofisticado*.

Da un último paso hacia mí. Me emborracho con su olor. Todos los músculos de mi cuerpo se estiran deliciosamente y la idea de que, si levanto las manos, podré tocarlo se instala en el fondo de mi vientre.

Sonríe.

Lo sabe.

Le gusta.

Lo odio.

—Pero apuesto a que te encantaría —sentencia.

Aprieto los labios hasta convertirlos en una fina línea.

—¿Quién demonios te crees que eres? —demando.

Él me mantiene la mirada sin ningún problema, y esa sonrisa maliciosa y macarra sigue instalada en sus labios. Parece tener clarísimo lo que provoca en las mujeres; lo que ahora mismo, en contra de mi voluntad, está provocando en mí.

Abro la boca dispuesta a llamarlo cabronazo engreído. Es lo que se merece y lo que me muero de ganas de decir, ¿por qué quedarme con las ganas?

—Pequeña patosa, estás aquí —nos interrumpe mi hermana, caminando hacia la puerta del patio.

¿En serio tenía que llamarme justo así en este momento?

La sonrisa de él cambia a una más burlona, pero también más desdenosa.

—Tienes que venir conmigo —insiste Monica—. Tengo que rellenar una piñata del tamaño de todo Brooklyn.

Achino los ojos sobre el desconocido. Creo que ahora lo odio un poco más por saber mi estúpido mote. Sin embargo, mi cerebro consigue calmar mi enardecido cuerpo, recordándole que no voy a volver a ver a este hombre tan atractivo como insufrible nunca más.

Todavía con sus preciosos ojos turquesa sobre los míos, suelto un largo suspiro. La versión oficial, para tranquilizarme y demostrarle que no me afecta lo más mínimo; la extraoficial... la extraoficial es un poco más complicada.

No me doy un solo segundo más y me obligo a echar a andar hacia mi hermana, que, cuando ya me tiene de frente, repara en él y se queda completamente embobada. Al llegar a su altura, la empujo para que empiece a andar, pero me lo pone realmente difícil.

—¿Quién es ese tío? —murmura, atolondrada.

—No lo sé —le explico con prisas, azuzándola para que se mueva.

—¿Qué te ha dicho? —vuelve a la carga, aunque por lo menos se ha desplazado un metro—. ¿De qué habéis hablado?

—De nada —farfullo—. Vámonos.

Por fin logro que reemprenda la marcha, pero... cuando sólo nos hemos alejado unos metros...

—Hasta la próxima vez, pequeña patosa.

Su voz atraviesa el aire y despierta mi cuerpo para mal, con una ira casi infinita, y para bien, ya que cada terminación nerviosa vibra con el tono grave de su voz, imaginando sus sensuales labios.

Me giro dispuesta a fulminarlo con la mirada, pero no me da opción. Ha desaparecido.

Toda yo resoplo, decepcionada, pero automáticamente lo mando al diablo. No obstante, no

puedo evitar quedarme el siguiente minuto, con sus largos sesenta segundos, observando la porción de patio donde estaba. ¿Quién demonios es? ¿De dónde ha salido? ¿Cómo ha conseguido que mi cuerpo se funda, despacio?

—¡Espabila! —grita mi hermana, sacándome de mi ensoñación.

Ni siquiera sé cómo se llamaba.

* * *

Ya cambiada, regreso al salón de actos. Una de las clases está bailando una versión muy libre de la canción *Good morning*, de *Cantando bajo la lluvia*. Esa peli y ese tema siempre me hacen sonreír, así que se me olvida un poco lo enfadada que estoy.

No me puedo creer que haya vuelto a ser la pequeña patosa.

Cierro los ojos, mortificada, pero me obligo a dejar de martirizarme. Siendo completamente honestos, había bastantes posibilidades de que esto acabara así... no por nada es el deporte con más éxito practicado por mi familia, e incluso a veces por mí.

Me doy cuenta bastante rápido de que eso es otra manera de torturarme y decido prestar atención al espectáculo. Sin embargo, no tardo demasiado en mirar a mi alrededor. «Para distraerme», me digo. «Para buscar a ese tío tan odioso como atractivo», me admito.

En cualquier caso, no hay rastro de él.

Dos horas después estoy subiendo los escalones de mi edificio en Narnia.

—¿Qué tal ha ido? —pregunta Lexie desde el sofá.

Los canales suenan en la televisión interrumpiéndose unos a otros. No deben de poner nada divertido y mi mejor amiga es implacable con el mando. Si no la has cautivado en los cinco primeros segundos, mueres víctima del *zapping*.

—Nada en especial —respondo, descalzándome y dejándome caer a su lado—. En el metro, una ancianita, sin duda alguna en complot con mi madre y mi hermana Monica, me ha dicho que estaba soltera por pensar demasiado en los donuts. Monica me ha obligado a bailar el hula vestida de hawaiana delante de doscientas personas y he acabado enseñándoles el culo, después de hacer malabares imaginarios. Todo, en presencia de un cabronazo que estaba buenísimo y que después se ha reído de mí maliciosa, inteligente y arrogantemente.

Mi amiga me mira asintiendo, escuchando concienzudamente cada una de mis palabras.

—*Nolite te bastardes carborundorum* —responde sin trabarse una sola vez, haciendo referencia a la mítica frase popularizada primero por la escritora Margaret Atwood y, después, por la HBO, en «El cuento de la criada». Es latín a medias y mucho amor propio también, y viene a decir algo así como «no dejes que los bastardos te hagan polvo». Entre nosotras siempre ha significado un contundente «que les jodan».

La señalo con el dedo, dándole la razón, suelto un profundo suspiro y automáticamente doy la situación por acabada. Se terminó el darle vueltas.

—Además, ¿qué más puede pasar? —planteo.

¡¡¡Nunca te preguntes eso!!!

SARAH
Sólo tú
(*Only you*), 1994, Norman Jewison

—Está despedida.

¿Qué?

No puede ser.

Me quedo en blanco. Algo hace «clic». Creo que incluso pierdo la noción del tiempo y el espacio.

La primera vez que pisé Fordbrader, Higgins y Beck fue un verano entre cursos de la Escuela de Derecho de la Universidad de Nueva York. Sólo hubo un motivo por el que pedí trabajar de becaria en aquel momento aquí y por el que me esforcé sobremanera en conseguir un empleo al licenciarme: Mason Fordbrader.

El señor Fordbrader no es un abogado como los demás. Cuando se licenció en 1977, dejó atrás su vida acomodada en New Hampshire y se fue a Misisipi a luchar por los derechos civiles. Un abogado recién graduado, de buena familia, blanco y de la costa este. Como podéis imaginar, no lo recibieron con los brazos abiertos precisamente, pero no le importó. Sabía que, a pesar de que las leyes sobre segregación en el país se habían abolido a finales de los sesenta, en el sur seguía habiendo gente que lo necesitaba y peleó por ella, consiguiendo que sus vidas mejoraran día a día y, sobre todo, logrando que todo aquello por lo que habían trabajado grandes líderes del movimiento, como Martin Luther King o Bobby Kennedy, se hiciese tangible y real.

Por él me hice abogada.

Sin embargo, Fordbrader, Higgins y Beck es un bufete un poco particular y, más allá de compartir recursos económicos y espacio, cada socio tiene su equipo de trabajo exclusivo, y yo fui asignada a Jebediah Higgins, especialista en derecho inmobiliario. Nunca he podido intercambiar una sola palabra con el señor Fordbrader más allá de un «buenos días». No obstante, el que compartiésemos oficina me daba acceso a sus expedientes y he perdido la cuenta de cuántas horas me he pasado en el diminuto cuarto lleno de archivadores releiendo los casos en los que ha participado, siempre relacionados con los derechos civiles en cualquiera de sus acepciones, cuando el bufete se quedaba vacío por las noches.

Además, en mi época de becaria —los becarios son el único personal intercambiable entre los socios—, hice, para sus abogados y pasantes, decenas y decenas de fotocopias. Fotocopias... Hasta ahora ésa había sido toda mi aportación para tratar de cambiar el mundo, pero no me

importaba porque tenía el convencimiento de que, más tarde o más temprano, tendría mi oportunidad, ¡pero acaban de despedirme!

—No puede ser —replico, avanzando un paso hacia la mesa de mi jefe, que está sentado y con los brazos cruzados—. Trabajo muchísimo. Me paso aquí horas y horas de más para que todos los casos estén a punto. Me esfuerzo al doscientos por cien. Siempre.

Y nunca he recibido ni un maldito «gracias», por no hablar de que el señor Smithee, el que me está despidiendo, no ha movido un solo dedo desde 1996.

Él alza la mano, indicándome sin molestarse en usar una sola palabra que no va a impresionarlo todo lo que trabajo. ¡Maldito cabronazo!

Pruebo un cambio de estrategia.

—Tengo que quedarme en este bufete —prácticamente le suplico, pero, por mucho que me fastidie, no me importa hacerlo. Quiero hacerlo. Es la única manera que tengo de llegar a trabajar para el señor Fordbrader—. Creo en el derecho. Sólo hay una cosa que siempre va a estar ahí, pase lo que pase, independientemente de todo, incluso de nosotros mismos, y es la justicia. Es el único faro que puede guiarnos cuando todo lo demás se desmorona y yo...

Vuelve a levantar la mano, interrumpiéndome, aún más desgano que antes si cabe.

—Sally —me pide, desagradable—, no monte una escena.

¿Sally? ¿En serio? Tiene que ser coña o más bien el puto colmo.

Entrecierro los ojos. Acaba de cabrear a la *Sally* equivocada. Abro la puerta y, haciendo repiquetear mis tacones, camino hasta el centro de la sala y, ni corta ni perezosa, me subo en la que ha sido mi mesa los últimos seis años. Sin embargo, no logro llamar la atención de mis compañeros. No puedo culparlos, son abogados y residentes en Nueva York, ya han visto de todo, así que carraspeo exageradamente alto.

—No os robaré mucho tiempo —empiezo a decir cuando poco a poco el rumor de los dedos aporreando los teclados va calmándose y todos empiezan a mirarme—. Me han despedido —añado sin paños calientes justo en el momento en el que mi jefe sale de su despacho con el paso lento y cara de superioridad—. Ese inútil al que le interesan más las comidas de negocios que que ganemos casos me ha puesto de patitas en la calle, a pesar de que hago de media treinta horas extras a la semana y que tengo que explicarle los casos antes de entrar en la sala de reuniones porque no se molesta ni en leer los expedientes.

Todos comienzan a murmurar. Mis compañeros, que lo sufren como yo, asienten ante mi brote de sinceridad barra revolucionario, y mi jefe empieza a sudar.

—Eres abogado en uno de los mejores bufetes del país —prosigo, dirigiéndome directamente a mi exjefe, el señor Smithee— y, si en algún momento dejaras de mirarte el ombligo, te darías cuenta de la enorme oportunidad que estás perdiendo de hacer algo bueno por la humanidad —afirmo, exasperada, extendiendo las manos.

Me da igual que no trabaje para el señor Fordbrader, que pertenezca al socio que se encarga del derecho inmobiliario. Siempre hay una forma de hacer algo bueno por el mundo, por los que

necesitan desesperadamente que lo convirtamos en un lugar mejor.

—Pero no —añado con los labios torcidos en una sonrisa irónica—, prefieres mirar para otro lado, cobrar las primas por beneficios e intentar ligar con pobres incautas que tienen demasiado miedo a perder su trabajo como para decirte que no. Eres un cerdo —sentencio.

Y los silbidos toman la sala.

—Un machista aprovechado —continúo, y los murmullos de asombro suben un poco más— y un soberano inútil —concluyo, encogiéndome de hombros.

Los «aaahhh» y los «uuuhhh» arrasan la sala. Mi compañera Priya incluso rompe a aplaudir.

—Así que buen viaje —le espeto, bajándome de mi escritorio y recogiendo mis escasas pertenencias y mi bolso ante la expectante mirada de toda la sala, los que han salido de sus respectivos despachos por tanto revuelo y la de mi jefe, quien, actualmente, me odia con el mismo fervor con el que busca una piedra bajo la que esconderse.

Echo a andar hacia la salida, pero, cuando sólo he avanzado unos metros, me doy media vuelta, decidida.

—Y, por cierto —digo, dejando que todo mi enfado sature cada letra—, me llamo Sarah Holloway, gilipollas.

No doy opción a réplica, giro sobre mis tacones y reemprendo la marcha. Toda la sala rompe en aplausos. La que más, Priya; a ella la llama Peggy y le pide que le haga el café cada mañana para poder mirarle el culo sin cortarse un solo pelo, haciéndola sentir demasiado incómoda. Sinceramente, espero que lo despidan y la asciendan a ella.

No obstante, una vez que la adrenalina del momento y la euforia por haber dicho exactamente lo que merecía se esfuman, me encuentro en el andén del metro con la esquina del marco de una foto de mi familia sobresaliendo de mi bolso y mi cactus, *Randy*, en una mano. Tengo ganas de llorar.

* * *

—Antes de que te des cuenta encontrarás otro curro.

Lexie lleva repitiendo esa cantinela dos semanas, pero me siento igual de estafada que cuando me prometió que mi vida de alegre divorciada sería lo más de lo más. Me he pasado los últimos catorce días recorriéndome cada bufete o despacho de la ciudad, echando currículos, visitando agencias de trabajo especializadas... y no he conseguido una sola entrevista.

—Nunca volveré a trabajar —me lamento—. Ahora mi vida es ésta. Comer helado en pijama a las cinco de la tarde mientras veo un culebrón turco en Netflix.

Me meto una cucharada casi sobrehumana de helado de chocolate y cookies en la boca mientras veo cómo Surca le dice a Zeylan que su amor prohibido será más fuerte que todos los que intentan separarlos. Ay, si el pobre Surca supiera que su mayor enemigo es su hermano gemelo, al que creía muerto, y si la pobre Zeylan comprendiera que el hijo que espera es de Surca y no del

malvado jefe de policía y primo segundo del padre desaparecido de Surca, quien, en realidad, está vivo, pero Surca no lo sabe porque perdió la memoria en un trágico accidente de lancha motora. Lo pienso un instante. Surca es un panoli... y Zeylan también.

—¿Por qué no hablas con tu familia? —me propone Lexie.

—Porque no quiero contarles que me han despedido.

—No quieres preocuparlos, ¿no?

Eso también tengo que pensarlo un momento. Estoy segura de que se preocuparían, son mi familia y me quieren, pero, tras dos minutos de desasosiego, llegarían los quince de sermón y después el silencio absoluto hasta que mi hermana Monica arquease una ceja y sentenciase «pequeña patosa, lo haces todo mal». Gracias, pero no, gracias.

—No tengo mucho ahorrado —digo, centrándome en lo importante: no acabar en la indigencia —, pero podré sobrevivir un par de meses.

—Mi padre nunca dejaría que terminaras en la calle.

—No puedo permitir que tu padre me mantenga —replico, veloz.

Ella me mira como si no comprendiese dónde está el problema y yo me tomo otra supercucharada. Mi vida es un desastre.

En ese instante mi móvil comienza a sonar en nuestra pequeña mesita de centro. Arrugo la frente al leer «número oculto» en la pantalla. ¿Quién demonios es?

—¿Diga? —respondo con cautela.

—¿Sarah Holloway?

El estómago me da un brinco. Tiene que ser por trabajo. ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Alguna de los siete millones de solicitudes de empleo que he rellenado ha dado sus frutos!

—Sí, soy yo.

—La llamamos de Fordbrader, Higgins y Beck.

«Mierda.»

Mi gozo en un pozo profundo y oscuro.

—Nos gustaría que se reuniera con nosotros.

Me muerdo la lengua justo cuando voy a preguntar si van a denunciarme. Mejor no mencionarlo. Si es un sí, que me lo digan allí, mirándome a los ojos, después de que me haya comido un *cupcake* de los que les ponen a las visitas y me haya guardado un par de ellos en los bolsillos. Nota mental: llevar chaqueta con los bolsillos grandes.

—Claro —contesto, profesional—. No habrá ningún problema.

—Perfecto. La esperamos mañana a las diez en punto en el 393 de Lafayette.

Eso está a un par de manzanas del bufete, no es el bufete.

Suspiro y asiento, y entonces me doy cuenta de que no puede verme.

—Allí estaré.

Cuelgo y lo cierto es que rozo el estado de *shock*. ¿Para qué quieren verme? Si fuera una de esas optimistas incurables diría que para volver a contratarme, pero soy abogada y los abogados

no tenemos de eso. En cambio, sí mucho pragmatismo, lo que me lleva directamente a cómo de improbable sería que me devolviesen el empleo y, en cambio, cuánto de factible que me denunciasen por comportamiento inadecuado en el entorno laboral... incluso si hubiesen despedido al señor Smithee, el cerdo, machista aprovechado e inútil (me reafirmo, eligió un mal momento para llamarme Sally).

* * *

Me paso el resto del día dándole vueltas y más vueltas y a la mañana siguiente estoy en la esquina de la 4 Oeste con Lafayette quince minutos antes de la hora convenida. Estoy inquieta, y a eso he de sumarle confusa, porque, por más que miro la dirección que anoté en el móvil justo después de la llamada y el número en una pequeña placa sobre la puerta, no hay ningún error. El 393 de Lafayette es una cafetería, una llamada Morning Place, para más señas.

Sacudo la cabeza y dejo todas las dudas a un lado. Me han citado aquí, pues aquí será. Echo a andar, decidida, y así atravieso el umbral del local. Miro a mi alrededor y otra vez todo me da un vuelco cuando lo veo a él, al mismísimo Mason Fordbrader, sentado cómodamente a una de las mesas del centro de la sala, con los dedos apoyados en una taza blanca que descansa sobre el metal.

¿Acaso voy a verme con él?

También existe algo llamado *casualidad*, me digo, pero me niego a contemplar esa posibilidad. Sea o no la persona de Fordbrader, Higgins y Beck con la que estoy citada, es mi oportunidad de hablar con él y no pienso desaprovecharla.

—Buenos días —digo, deteniéndome frente a él—. Disculpe que lo moleste, señor Fordbrader, soy...

—Sarah Holloway —me interrumpe él, todo pelo oscuro salpicado de canas plateadas, un imponente traje y una sonrisa amable—, lo dejó muy claro su último día de trabajo —añade con un deje divertido en la voz.

Me siento un pelín avergonzada y una sonrisa algo nerviosa se me escapa. Mi brote revolucionario tiene la sombra alargada, aunque sigo sin arrepentirme. No podemos dejar que nos pisoteen y no podemos dejar que pisoteen a los demás.

—Tome asiento, por favor —me pide.

Obedezco y ocupo la silla frente a la suya. Me gusta este lugar. Parece agradable y huele a café recién hecho.

—¿Qué le traigo? —pregunta un camarero acercándose con un pequeño bloc y un diminuto lápiz.

Me levanto con el estómago cerrado y ni siquiera fui capaz de tomarme una pieza de fruta, y sigo demasiado alterada.

—Café, gracias —musito.

El chico asiente y desaparece camino de la barra.

—Supongo que se preguntará para qué la he citado aquí —empieza a explicarme el señor Fordbrader.

¡El señor Fordbrader! Creo que aún no termino de creérmelo, pero, entonces, vuelvo a recordar cómo me marché de su bufete.

—¿Van a denunciarme? —planteo antes de poder controlar mis propias palabras—. Por todo lo que le dije al señor Smithee.

El señor Fordbrader, imperturbable, me mantiene la mirada, estudiándome y siendo completamente impenetrable al mismo tiempo. Supongo que más de treinta años en un juzgado te dan ese superpoder.

—¿Algo de lo que dijo era mentira?

Niego con la cabeza. Tengo la boca seca.

—No, señor —indico con firmeza.

Tan pronto como pronuncio esas palabras, su expresión se relaja.

—Entonces, hizo bien en exigir que lo despidieran, ¿verdad?

Abro los ojos como platos.

—Hablé con el resto de sus compañeros —me informa—. El comportamiento de Smithee era inaceptable. No podía permitir que continuase trabajando en el bufete, aunque no lo hiciese para mí.

Algo en mi interior hace piruetas, creo que un delirante orgullo, porque mi héroe, que ahora lo es un poco más, confió en mí y dio valor a mis palabras.

—Gracias por hacer algo al respecto —pronuncio, luchando por no sonreír.

—Gracias a ti, Sarah —contesta tras darle un sorbo a su taza de café. El tratamiento de cortesía desaparece y eso hace que su frase me reconforte todavía más—. La verdad nos hará libres, dicen. Aunque me gusta pensar que será la justicia quien lleve a cabo esa misión.

No puedo evitarlo más y sonrío, feliz.

—Usted dijo esa frase en 1980 —apunto, otra vez orgullosa por el simple hecho de estar delante de quien estoy, y sigo conservando el «usted», se lo ha ganado a pulso—, en el Tribunal Supremo.

Su amable sonrisa se ensancha. Apuesto a que recuerda perfectamente aquel día. Yo lo haría.

—Bobby Kennedy fue quien me inspiró para decirla.

—Por ustedes dos me hice abogada, así que puedo entenderlo.

Su sonrisa vuelve de nuevo.

—Sólo he necesitado leer tu carta de admisión en el bufete para saber que no me equivocaba contigo.

Abro la boca dispuesta a decir algo, pero vuelvo a cerrarla porque no habría salido nada más que un titubeante «¿qué?». Ha leído mi carta. En ella decía por qué era tan importante para mí entrar a trabajar en Fordbrader, Higgins y Beck. Lo mencionaba a él una decena de veces, citaba

sus casos, su idea del derecho, cómo me había ayudado a forjar la mía propia. La escribí con todo mi corazón, pero siempre pensé que se había quedado enterrada bajo una montaña de papeles en cualquier rincón del departamento de Recursos Humanos.

—¿De verdad la ha leído? —inquiero, completamente asombrada.

—Y quiero que trabajes para mí.

¡Dios!

Me quedo un segundo en silencio, no por gusto, sino para comprobar si me he desmayado o no. «Tierra llamando a Sarah. Tierra llamando a Sarah. ¿Estás consciente? Sí. Pues entonces no parezcas una tarada, habla.»

—¿Quiere que vuelva al bufete?

—No exactamente.

Frunzo el ceño. Ahora sí que me he perdido.

El señor Fordbrader parece notar lo, porque se inclina ligeramente hacia delante, indicándome sin palabras que lo esencial de esta reunión viene ahora.

—Estoy metido en un caso muy importante. Hay mucho en juego, Sarah.

Asiento. Lo sé. El señor Fordbrader no está en esto para ganar dinero, lo hace para cambiar la vida de la gente.

—Estamos reuniendo pruebas contra una serie de cargos públicos —continúa— que desvían subvenciones estatales destinadas a personas en grave riesgo de exclusión social a empresas privadas que usan el dinero para comprar edificios enteros en Manhattan. Se están aprovechando de esas personas para enriquecerse y, al mismo tiempo, manzana a manzana, controlar toda la ciudad.

Sacudo la cabeza. ¿Cómo puede haber chusma así? Esa gente necesita ese dinero. Desde la crisis, muchas familias lo han perdido todo y aún no han podido levantarse de nuevo e, incluso haciéndolo, su nivel de vida ha quedado prácticamente en el subsuelo.

—Cuenta conmigo para lo que necesite —le dejo claro sin dudar.

—Hace muy poco, hemos descubierto que el epicentro de todo este turbio asunto es un bufete en la propia Manhattan: Cohen, Carter y Stearling. Necesito que entres a trabajar con ellos y nos informes desde dentro.

Por un nuevo segundo, todo me da vueltas.

—Eso es espionaje industrial —replico.

Un delito penado con multas astronómicas e incluso la cárcel. Los abogados en general y los abogados de este estado en particular se toman muy en serio el guardar sus secretos.

—Lo sé —responde sin paños calientes—, por eso es imprescindible que realmente quieras involucrarte.

Tuerzo los labios y, antes de que pueda controlarlo, el gesto cambia por un profundo suspiro. Quiero hacerlo, pero es muy peligroso. La cabeza me funciona a toda velocidad.

El señor Fordbrader vuelve a darse cuenta, echa su taza de café a un lado, deslizándola por la

mesa de metal, y apoya los codos sobre la superficie. De pronto, su postura parece más vehemente, pero, al mismo tiempo, más cercana, y una estúpida fantasía juvenil comienza a iluminar mi mente, calmándola: ¿acaso confía en mí? Me siento como un niño de once años al que Iron Man le pide que lo ayude a combatir el crimen.

—No voy a mentirte, Sarah. No va a ser fácil y sí muy peligroso, pero lo que hay en juego es demasiado importante como para que perdamos esta oportunidad. Tanto me da que nunca hayas trabajado para mí directamente, sé que eres de la clase de abogados que se subió a este tren porque quiere que el mundo sea un lugar mejor. Todavía crees en la justicia, en el derecho. Con toda sinceridad —añade, entornando suavemente los ojos—, ¿te haces una idea de lo difícil que es encontrar un abogado que aún piense así?

Sé que debería seguir meditándolo, incluso pedirle un par de días para sopesar pros y contras con tranquilidad, pero no lo necesito. Tiene razón. Ése fue el motivo por el que me hice abogada, él lo es, y no pienso perder la oportunidad de poner mi granito de arena para que un puñado de corruptos malnacidos acaben entre rejas. Si me niego, no sería mejor que Smithee, y no podría perdonármelo.

—Acepto —sentencio.

El señor Fordbrader me estudia un puñado de segundos más, supongo que tratando de asegurarse de mi determinación, y finalmente asiente.

—Bienvenida al equipo, Sarah Holloway —dice, tendiéndome la mano.

Se la estrecho y tengo la sensación de que a quien tengo enfrente es al mismísimo Robert F. Kennedy.

Lo sé. Estoy donde tengo que estar.

El señor Fordbrader continúa explicándome más cosas sobre el caso. Me advierte de que tendré que estar muy alerta, ya que, quizá, la información que necesito puede estar codificada de alguna manera o escondida en casos tapadera. Siento una nueva punzada de vértigo cuando me dice que empezaré en Cohen, Carter y Stearling mañana mismo. El señor Fordbrader ha utilizado sus contactos en una agencia especializada para colocarme en el bufete como pasante y, por motivos obvios, han inventado un nuevo currículum para mí, eliminando mis años en el despacho de Fordbrader y sustituyéndolos por distintos trabajos con otros letrados.

Es muy emocionante y también estoy un poco asustada.

* * *

Dormir, lo que se dice dormir, no duermo demasiado. No paro de darle vueltas a todo una y otra vez, repitiendo hasta la saciedad los detalles de mi currículum ficticio, incluso pensando algunas anécdotas para poder contar si fuera preciso.

Lo que más me preocupa es que voy a entrar a trabajar como pasante, básicamente un becario, cuando ya tengo treinta años. Parte de mi vida laboral cuenta que me licencié cuatro años más

tarde de lo debido porque primero estudié Bellas Artes. Tendrían que haberme elegido otra maldita carrera. Soy un desastre con las manualidades e incapaz de ver todas las cosas que la gente suele ver en los cuadros modernos. Si veo dos brochazos azules sobre uno rojo en un lienzo blanco, para mí son dos brochazos azules sobre uno rojo en un lienzo blanco, no el retrato de la angustia del ser humano ante la inevitable futilidad de la nada. Para compensar, me aprendo el nombre y la biografía de un autor de cada uno de los principales movimientos artísticos. ¿Os he comentado ya que los abogados estamos terriblemente obsesionados con eso de cubrirnos las espaldas?

A las ocho en punto estoy en plena Avenida Lexington, a un par de pasos del cruce con la 42 Oeste. Alzo la cabeza y observo el edificio casi infinito. Las oficinas de Cohen, Carter y Stearling ocupan una planta entera. Thomas Cohen y Howard Carter fundaron el bufete a principios de los ochenta, logrando ser rápidamente un despacho exitoso, con un gran número de casos ganados. Hace unos tres años entró en escena Michael Stearling, convirtiéndose en el nuevo socio de la firma. Desde ese momento el número de victorias aumentó para ellos un veintiséis por ciento, y lo cierto es que sigue creciendo.

Termino de observar el edificio, y con ello de mentalizarme, y entro. Recuerdo las palabras del señor Fordbrader: no va a ser fácil, pero merecerá la pena.

Espero paciente el ascensor entre una nube de ejecutivos y subo hasta la planta treinta y dos. En cuanto las puertas se abren, una pared inmaculadamente blanca en la que puede leerse «Cohen, Carter y Stearling» en letras de madera de color haya me recibe. Bajo ellas, hay un elegante escritorio y, tras él, una chica con el pelo largo y negro perfectamente peinado en una cola alta. Es muy guapa y tiene una de esas miradas que transmiten la idea de que lo tienen todo controlado.

—¿En qué puedo ayudarla? —me pregunta cuando aún estoy a unos pasos.

—Soy Sarah Holloway —me presento—. Hoy empiezo como abogada... quiero decir, pasante —me corrijo, veloz.

Ella hace el amago de una sonrisa y asiente una sola vez. Descuelga y pulsa una extensión en el teléfono.

—La señorita Holloway está aquí —informa a quien sea que hay al otro lado de la línea.

Tras sólo dos segundos, cuelga.

—La esperan en la sala de reuniones B —me explica.

La miro esperando a que me dé más información.

—Pared del fondo, segunda puerta empezando por la derecha —añade, señalando con el bolígrafo a su espalda, al pasillo que se intuye tras la pared blanca.

—Gracias.

Ella me muestra una sonrisa cortés, sólo un instante, y vuelve a prestar toda su atención al ordenador.

Respiro hondo, me aliso mi falda lápiz gris con las palmas de las manos y me dirijo al pequeño corredor. Sólo tengo que caminar en él un par de pasos para que una bulliciosa sala se abra ante

mí. Todo está pintado de blanco, como la recepción, consiguiendo que la luz artificial, por un segundo, parezca natural y todo adquiriera un cariz mucho más cálido. Una veintena de mesas agrupadas en parejas ocupan toda la sala, en cada una hay un reluciente Mac y todas conservan una pizca de intimidad, gracias a dos tabiques, también de madera clara como las mesas, de no más de un metro y medio de altura, colocados al frente y en un lateral.

La pared del fondo está salpicada de puertas y, en el extremo, nace un nuevo pasillo mucho más amplio.

Sonrío al darme cuenta de que el suelo es de parquet y no de moqueta. Me encanta como repiquetean los tacones sobre la madera.

Echo a andar decidida hacia la puerta que me ha indicado la recepcionista sin llamar la atención de ninguna de las personas que trabajan en las mesas o entran o salen de alguna de las salas contiguas. Si tuviera que darles una media de edad, supongo que rondarían los treinta y largos, algo menor que la media de otros despachos.

Llamo a la sala de reuniones B y espero a que me den paso.

—Buenos días —digo, entrando.

El saludo me lo devuelven un puñado de voces mitad emocionadas, mitad asustadas, aunque no por los mismos motivos que yo. Son el resto de pasantes y están recién salidos de la Escuela de Derecho.

«Ninguno de ellos tiene treinta y está divorciado, eso seguro. Fdo.: La voz de tu conciencia.»

La ignoro y tomo asiento.

—Catherine —se presenta la chica a mi lado.

Sonrío.

—Sarah —respondo.

—¿De qué universidad vienes?

—Universidad de Tennessee y Escuela de Derecho de Brown —miento de acuerdo a mi currículum falso.

—Yale y...

—Buenos días. —Una voz determinada y seria la interrumpe y, por inercia, las dos miramos hacia la puerta.

Una mujer de unos cincuenta años, muy elegante, irrumpe en la sala, cerrando la puerta tras de sí casi sin detenerse y cruzándose de brazos grácil al tiempo que se planta en el centro de la estancia. Sólo necesito un segundo para darme cuenta de que *a)* es dura y *b)* ¡es clavada a Julia Roberts!

—Mi nombre es Amanda Reeves —anuncia y, si no fuera imposible, diría que nos ha mirado a todos a los ojos a la vez—. Soy la responsable de los programas de becarios y pasantías dentro del bufete y, por lo tanto, de ustedes. Se lo pondré fácil —sentencia.

Hace una pequeña pausa, pero nadie levanta la mirada de ella. Es pelirroja, con una melena densa y rizada, que descansa más abajo de sus hombros, perfectamente moldeada. Lleva una falda

de tubo blanca y una camisa sin mangas vino tinto. Todo, con una increíble sofisticación.

—En este bufete existe tres normas que tendrán que respetar a la perfección —continúa. Su seguridad es absoluta y su firmeza hace que te entre un poco de miedo en el cuerpo—. Confidencialidad. —Genial, la primera en la frente—. Todo lo que sucede en esta empresa se queda en esta empresa. Jamás ni uno solo de nuestros clientes ha puesto en duda nuestra lealtad.

Trago saliva. Lo cierto es que tengo la tentación de levantarme y marcharme, pero aguanto el tirón. Con toda probabilidad, esa confidencialidad de la que hacen gala sea el principal motivo por el que esos políticos corruptos han elegido esta firma como centro neurálgico.

—Exclusividad —añade. Habla con una serenidad casi pasmosa, una mezcla perfecta entre frialdad, profesionalidad y control—. Si dudan sobre si el derecho es lo suyo, márchense. Si éste es su plan B por si su carrera como modelo, actriz o DJ no despegas, márchense. Si no están dispuestos a entregarse a este despacho al trescientos por cien, márchense. Éste no es un trabajo sencillo y sí muy exigente.

Los pasantes la miran con cara de susto. Apuesto a que uno de ellos ha estado a punto de levantarse y largarse. Tiene cara de ser pinchadiscos de bodas y *bar mitzvahs*, esperando su gran oportunidad para que lo contraten en el EHON.

—Y la tercera. —De nuevo hace una pequeña y deliberada pausa y, como me pasó con el señor Fordbrader en la cafetería, tengo la sensación de que lo que está a punto de decir es el verdadero objeto de esta reunión—. Política de tolerancia cero respecto a la confraternización en el trabajo. Aquí, los líos de oficina no son una opción, independientemente del puesto que se ostente dentro del bufete, y constituyen un motivo de despido fulminante. Espero haber sido lo suficientemente clara.

Como si tuviese su intervención medida al segundo, la puerta se abre, un chico entra diligente y le entrega un dossier de color sepia.

—Ruiz, Donaldson y Zhao —lee en uno de los documentos de la carpeta— trabajarán para el señor Cohen. Thomas, Meyers y De la Oca, con el señor Carter. Ericksen, Woods y Holloway, con el señor Stearling.

Cierra la carpeta y, con la misma elegancia con la que ha entrado, se dirige de vuelta a la salida.

—Instálense —sentencia—. La reunión ha acabado.

Y juro que ha faltado un «a la orden» como respuesta, porque todos nos levantamos prácticamente a la vez.

Sin embargo, de nuevo en la sala principal, todos nos miramos con cara de circunstancias. ¿Dónde se supone que debemos instalarnos? Comenzamos a deambular entre las mesas y poco a poco vamos encontrando nuestros escritorios.

—Perdona —me excuso, deteniéndome frente al puesto de trabajo de una chica. Debe de tener más o menos mi edad—. Hoy es mi primer día aquí y no tengo ni la más remota idea de dónde está mi mesa.

Ella sonríe, amable. Está claro que también ha pasado por este azaroso momento.

—¿Cohen, Carter o Stearling? —demanda, resuelta.

—Stearling.

—Pues, entonces, tienes suerte —contesta—, porque ése es tu sitio —me informa, señalando el escritorio que está a unos pasos.

Sonrío, aliviada por haberlo encontrado, y me dirijo hasta allí.

—Muchas gracias —le digo—. Por cierto, me llamo Sarah, Sarah Holloway.

La chica vuelve a sonreír. Parece muy simpática. Tiene los ojos verdes y el pelo liso y castaño, cortado a la altura de la barbilla.

—Alex Hannigan —responde.

Frunzo el ceño. Tengo la sensación de que su nombre me suena de algo.

Dejo mi bolso sobre la mesa y, algo acelerada, echo un vistazo. Como todas, tiene un reluciente ordenador y, además de él, el material básico de oficina: un teléfono fijo, un cubilete lleno de lápices afilados y una pila de papeles de varios tamaños y colores. Lo tienen todo tan organizado que por un momento resulta abrumador.

—Amanda Reeves te ha dado el discurso —comenta, cómplice.

No puedo evitar caer en el hecho de que ha usado el artículo «el» y no «un».

Asiento.

—No dejes que te apabulle —me amina—. Es una tía legal, aunque al principio dé un poco de miedo.

Por la manera en la que habla de ella, es obvio que también la ha sufrido.

—¿Llevas mucho trabajando aquí?

Ella entrecierra los ojos, haciendo memoria.

—Casi dos años. Entré de pasante como tú. Ahora soy abogada júnior.

Abogada júnior, ése es el puesto al que optaría en circunstancias normales. El estómago se me encoge de repente y empiezo a pensar, de nuevo, que, tal vez, todo esto haya sido un error.

Uno de los chicos que estaba en la reunión conmigo se levanta decidido y echa a andar sin perder un solo segundo hacia el ancho pasillo que nace de uno de los extremos de la sala.

—¿Y te gusta trabajar aquí? —le pregunto, centrándome en la conversación.

Alex asiente con la mirada fija en las carpetas que revisa.

—Sí, es un buen sitio —contesta—. Son decentes.

Decentes. La palabra se queda flotando en el ambiente, colisiona de golpe con todo lo que sé de Cohen, Carter y Stearling y llego a la conclusión de que no sólo son corruptos, sino que también tienen engañados a sus empleados. Por lo menos, eso significa que Alex no tiene nada que ver. Esa idea me consuela. Parece buena persona.

En mitad de mi acuciante reflexión, Catherine, la compañera que he conocido justo antes de hacer lo mismo con Amanda Reeves, también se levanta y también se dirige al mismo pasillo. ¿Qué está pasando? ¿Y por qué estoy tan rematadamente nerviosa? Ah, sí, porque soy una maldita

espía. Quizá les han dado el soplo de que uno de los pasantes está aquí para destapar su corruptela y quieren interrogarnos uno a uno. Suspiro, consternada. No sé si voy a ser capaz de hacerlo. Me obligo a recordar todas las anécdotas que me inventé ayer sobre mi tapadera y la biografía de todos los pintores que me aprendí. Picasso era cubista y nació en Málaga, al sur de España, en ¿188... 2, 3? ¿Quién era Monet y quién Manet? ¿Y cómo se llamaba el flipado de los colores? Tenía nombre de candelabro de Ikea...

—No te preocupes —me consuela Alex—. Los socios están llamando a los pasantes para que se presenten. Nada importante.

Me obligo a sonreír para que toda mi preocupación parezca que viene de ahí y acto seguido me obligo a tranquilizarme. No estamos en una peli de espías y no ha habido ningún soplo. Así que ¡basta!, ¡ya!

Me siento, dejo mi bolso en el primer cajón y enciendo mi ordenador. Pueden llamarme cuando quieran. Lo tengo todo controlado. Picasso nació en 1881. Monet era el que se casó con su amante, y Manet, quien pilló la sífilis, y de vez en cuando también pintaban. La mente funciona mucho mejor cuando una no se imagina en un coche patrulla.

Amanda Reeves cruza la sala, fría y profesional, como una ejecutiva en una película de los ochenta, y hablando de películas...

—Oye —llamo a Alex—, no te parece que Amanda Reeves se parece muchísimo a Juli...

—No lo digas —me frena, alzando la mano.

La miro completamente perdida.

—¿Por qué?

¡Se parece un montón! Es casi imposible mirarla y no pensarlo.

—Por aquí es como un tema tabú. Cada vez que algún incauto se lo ha mencionado, digamos que ese incauto no ha acabado muy bien —me avisa, encogiéndose de hombros.

Me vuelvo y entorno los ojos sobre la jefa de becarios. ¿Por qué reacciona así? Parecerse a Julia Roberts es algo de lo que sentirse orgullosa. No la nombraron novia de América por nada. Suelto un ruidito, pensativa. Este tema acaba de despertar toda mi curiosidad.

—¿Puedo echarte una mano con algo? —me ofrezco a Alex.

Ella sonrío, preguntándome sin palabras si va en serio, y yo le devuelvo el gesto, contestando que sí.

—Genial —pronuncia, recostándose sobre su silla para alcanzar unas carpetas que tiene al otro extremo de la mesa—. Estamos preparando un resumen de las declaraciones de los expertos informáticos —continúa, tendiéndome los dosieres—. Puedes empezar por ahí.

Cojo las carpetas y empiezo a trabajar. No espero encontrar nada, sólo quiero distraerme y tranquilizarme mientras espero mi turno para ir a ver al señor Stearling.

Sin embargo, una hora después, nada.

Estaría nerviosa, pero, hace algo así como cuarenta minutos, me las ingení para identificar a Ericksen y a Woods, mis compañeros de socio, y a ellos tampoco los han llamado.

—Voy a por un café. ¿Te apetece uno? —le ofrezco a Alex, levantándome.

—Con dos de azúcar, por favor.

Doy el primer paso hacia delante, pero casi en el mismo segundo me doy cuenta de que, en realidad, no tengo ni la más remota idea de dónde está la sala de descanso.

—Pared a tu espalda. Tercera puerta —me informa ella, adivinando mi confusión—. No te comas las galletas de nueces del armarito o Alexander te echará la bronca.

La señalo con el dedo justo antes de dirigirme a donde me ha indicado.

—Gracias por la información. La guardaré como un tesoro.

Una vez vi cómo la tranquila de Priya amenazó con un lápiz afilado a Anthony Geller por comerse sus pastas de pistacho. La gente se pone muy nerviosa cuando en momentos de estrés descubre que alguien se ha comido sus dulces. Después de los crímenes pasionales, son los más peliagudos.

Menos de cinco minutos después estoy de vuelta con dos tazas de café.

—El señor Stearling quiere verte en su despacho —me anuncia Alex cuando le doy su taza.

Mi reacción, automática, es fruncir el ceño.

—Acaba de llegar, ha cruzado la sala como una exhalación y te han mandado llamar con Amanda Reeves.

Vale. Ha llegado el momento.

Dejo mi taza sobre mi escritorio y me encamino al mismo pasillo por el que han desfilado la mayoría de los pasantes. En cuanto me alejo sólo un par de pasos, el murmullo de la sala se disipa por completo y la palabra *sofisticado* sube otro nivel. No hay ninguna duda, es la zona de la oficina reservada para los socios.

Me topo con dos pares de puertas dobles de una madera más oscura que la que domina la sala principal y claramente más cara, pero no me detengo hasta llegar a la tercera, donde, en una discreta placa, puede leerse «Señor Stearling».

Carraspeo y, como es mi costumbre, me aliso mi falda lápiz con las palmas de las manos antes de cruzar el umbral. La antesala del despacho de mi jefe es grande y perfectamente iluminada. Su secretaria, una mujer de unos sesenta, con el pelo elegantemente recogido y una camisa blanca de seda, me observa desde su escritorio, situado junto a una de las paredes laterales.

—¿En qué puedo ayudarla? —pregunta, profesional.

—Soy Sarah Holloway. El señor Stearling me está esperando.

Ella asiente con rectitud y descuelga el teléfono fijo de su mesa.

—Señor Stearling —no dice más y él tampoco parece hacerlo al otro lado, ya que, tras apenas un segundo, cuelga—. Puede pasar —concluye.

—Gracias... —Guardo silencio sin dejar de mirarla, esperando a que me diga su nombre.

—Señora Jones.

Asiento.

—Gracias, señora Jones.

Me encamino a la puerta cerrada y los nervios aumentan al mismo tiempo que mi mente elucubra un montón de posibilidades acerca de cómo será mi jefe. Teniendo en cuenta que ya es socio y no asociado, debe de rondar como mínimo los cincuenta... si no más. No es rápido ni fácil acabar con tu nombre en la recepción de un bufete de abogados.

Llamo y espero.

—Adelante —me dan paso.

Frunzo el ceño. Esa voz.

Abro la puerta, cierro tras de mí y me encamino hasta el centro del despacho.

—Buenos días, señor Stearling. Soy...

Y las palabras se diluyen en la punta de la lengua.

No puede ser.

SARAH

Cómo perder a un chico en 10 días
(How to lose a guy in 10 days), 2003, Donald Petrie

El despacho es grande y unas maravillosas vistas de Nueva York a un lado hacen que el carísimo y cosmopolita mobiliario, así como los cuadros en otra de las paredes, queden completamente eclipsados... pero, para mí, Manhattan tras el cristal acaba de esfumarse.

—Mira a quién tenemos aquí, a Miss Hawái.

Es él. El desconocido con los ojos más increíbles del mundo. ¡No puede ser!

Una media sonrisa se cuelga en sus labios, exactamente igual que la última vez que nos vimos, y es justo ese gesto el que me saca de mi ensoñación y me hace racionalizar sus palabras.

—Tú no puedes ser Michael Stearling —me quejo.

Él enarca una ceja.

—¿Y se puede saber por qué?

—Porque eres socio de un bufete importantísimo. Deberías tener más de cincuenta años y haber perdido casi todo el pelo, además de estar al borde de tu segundo infarto por culpa del estrés.

El señor Stearling entrecierra los ojos.

—¿Siempre tienes tantos prejuicios?

Su cuestión me hace sentir culpable. Las reglas son las que son, no las he inventado yo.

—No, claro que no.

—Entonces, ¿te estás esforzando sobremanera en dar una buena impresión? —replica lleno de ironía, casi mezquino.

Ri-én-do-se-de-mí.

Esa media sonrisa tan presuntuosa vuelve y yo me descubro a punto de perder los papeles y lanzarle algo a la cara. ¡No se puede ser tan guapo y tan mala persona!

—No puedo trabajar para usted.

Me niego en rotundo. No lo conozco y ya sé que es malicioso, arrogante e injustamente atractivo.

—¿Cuántos años tienes? —pregunta obviando mis palabras, cogiendo una de las carpetas de su escritorio y abriéndola al tiempo que se recuesta sobre su sillón de ejecutivo y estira sus largas piernas, apoyándolas en su carísima mesa, cruzando los tobillos al final.

Al verlo, automáticamente frunzo el ceño. Los altos ejecutivos no hacen eso.

—Treinta —respondo, atolondrada.

—Llegas tarde al trabajo por primera vez en cuatro años y mira lo que te toca —protesta,

hastiado.

Arrugo la frente.

—¿Eso va por mí? —inquiero.

—Por lo menos espero que tu experiencia laboral sea decente.

Sí, definitivamente va por mí. Aprieto los labios hasta convertirlos en una fina línea. ¿De qué va?

—No vale de nada. No vale de nada —empieza a decir leyendo cada línea de mi currículo... inventado. Diablos, cómo me gustaría gritárselo a la cara—. Por Dios, ¿esta firma todavía tiene clientes? —plantea, burlón y malicioso.

Me obligo a contar mentalmente hasta diez. Pienso en el señor Fordbrader. Tengo que conservar el empleo.

—¿Y qué sabes hacer? —demanda—. Si es que sabes hacer algo...

No puedo negármelo más. Tengo ganas de estrangularlo.

—Sé...

—Coger el teléfono, preparar café y pintarte los labios —me interrumpe, presuntuoso.

Pero ¿qué demonios?

La luz incide en su pelo y el castaño se vuelve más dorado.

—Eso es...

—¿Sexista? —se permite el lujo de terminar la frase por mí.

—Iba a decir grosero —le rebato—, pero lo suyo también —sentencio beligerante, cruzándome de brazos.

—Y no te haces una idea de lo poco que me importan cualquiera de las dos cosas.

Abro los ojos como platos. No puede estar hablando en serio. Sencillamente no puede. Si una sola persona de Recursos Humanos lo oyese...

Se incorpora lleno de gracilidad, deja el dossier sobre la mesa y, sentado, teclea algo en su Mac. Es tan alto como recordaba y el traje azul marino, también a medida y también de corte italiano, le queda tan bien como el gris que lucía en el patio.

—La cosa funciona así —comenta—: eres mi pasante, lo que viene a significar, a efectos prácticos, que tu vida me pertenece —continúa, y otra vez suena desdeñoso, como si mantener esta conversación lo aburriese soberanamente.

—No soy de su propiedad.

Alza la cabeza y sus increíbles ojos turquesa se posan en los míos. La malicia se mezcla en ellos con la socarronería. Santo cielo, es un cabronazo de manual. Está disfrutando de que le estén plantando cara, como si eso le asegurara diversión para un par de minutos. ¡Pero es que yo no soy el entretenimiento de nadie!

—¿Otra vez estamos jugando a autoengañarnos con las cosas que más deseamos?

Suena arrogante. Es arrogante. Le encanta serlo.

—No tengo el más mínimo interés —suelto contundente.

—Por supuesto.

—Estoy hablando en serio.

—¿Quién lo duda?

¡Él! ¡Lo está dudando él! ¡Dios! ¡Qué frustrante!

—Tendrás que preparar los expedientes de los casos, hacer millones de llamadas que no me apetece hacer y resúmenes de informes que no pienso leer, porque no me fio de ti. ¿Queda claro?

«No lo asesines. Piensa en Fordbrader. No lo asesines. Piensa en Fordbrader.»

—Cristalino —le indico entre dientes.

Vuelve a dedicarme esa media sonrisa. El condenado es muy sexy y eso también lo sabe.

—Entonces, ¿por qué sigues aquí? Ve a aprender a bailar el hula o lo que os guste hacer a las becarias de treinta años.

—Soy pasante, no becaria.

—Y eso debería importarme, ¿por...? —deja en el aire, apoyando un codo en su lujoso escritorio y llevándose el reverso del índice a los labios.

—Porque estamos en el trabajo.

—No —me corrige—. Yo estoy en el trabajo. Tú estás en el centro de mi despacho perdiendo el tiempo, buscando una excusa para decirme que no te importa lo guapo que soy.

—Eso no es cierto.

—Y los dos lo sabemos, te importa y mucho —replica, desdeñoso—, pero quería darte una excusa para marcharte con el orgullo intacto.

Sencillamente, si alguien de Recursos Humanos lo oyese, se desmayaría.

—Si no desea nada más, señor Stearling... —gruño.

—Puedes volver a tu diminuta mesa.

Entorno los ojos, me trago todo lo que me gustaría decirle y salgo de su despacho. En cuanto la puerta se cierra a mi espalda, suelto un resoplido con los puños cerrados con rabia junto a mis costados. ¡Es insoportable! ¡Es la persona más insoportable que he conocido nunca!

Estoy a punto de patalear, pero gracias a Dios recuerdo que su secretaria está a escasos metros de mí, observándome.

Suspiro de una manera mucho más zen y echo a andar con una profesional sonrisa.

—Señora Jones —me despido.

Ella me hace un leve gesto con la cabeza y yo salgo de la antesala del despacho del señor Stearling.

Es odioso. Nunca había tenido tantas ganas de perder de vista a alguien. Por eso, cuando lo conocí en el patio de la escuela, me resultó tan familiar su manera de moverse, su actitud... Es un maldito abogado de pies a cabeza: arrogante, desdeñoso y malicioso.

Meneo la cabeza con desaprobación. ¿Cuántos años tendrá? ¿Treinta y siete, treinta y ocho? Estoy segura de que ni siquiera llega a los cuarenta, ¡y es socio de todo esto! ¿Cómo lo habrá conseguido? De pronto, recuerdo toda la historia turbia del bufete. ¿Hasta qué punto estará

implicado? Tal vez esas corruptelas sean el motivo de su ascenso meteórico, quizá él las ideó. Tuerzo los labios. No sé por qué, pero esa posibilidad no me gusta.

Me cruzo con Ericksen, que me mira con una sonrisa nerviosa y expresión de miedo absoluto. Yo le dedico una amable para tranquilizarlo, pero no creo que surta mucho efecto y, de todas formas, es mejor que entre ahí en guardia o Michael Stearling se lo comerá con patatas. Mi propia toma de contacto con mi jefe desfila ante mí como si mi mente actuara de proyector. ¿Cómo se ha atrevido a decirme todas esas cosas tan inapropiadas?

«Porque ya lo hizo la primera vez que os visteis y, sin conocerte de nada, te dejó muy claro que era perfectamente consciente de que te tenía en la palma de la mano.»

Gruño un juramento ininteligible entre dientes.

Por lo menos no me ha llamado pequeña patosa.

—Algo es algo —murmuro para mí mientras atravieso el pasillo de vuelta a la bulliciosa sala principal.

Al llegar a mi mesa, frunzo el ceño, confusa, al ver una pila de carpetas en un extremo, incluso miro a mi alrededor por si me he equivocado de escritorio.

—Uno de los abogados júnior lo ha traído —me explica Alex—. Dijo que el señor Stearling ya te había dicho qué hacer con ellos.

«Llamadas que no me apetece hacer y resúmenes que no leeré porque no me fio de ti.»

Achino los ojos al recordar sus palabras.

—Más o menos —contesto, desanimada.

Cabronazo.

Estoy con el tercer dossier cuando, sin ningún motivo en especial, alzo la mirada. El señor Stearling sale del área de socios con el paso decidido, abrochándose la chaqueta de su impresionante traje. No lo había visto caminar hasta ahora y resulta... estimulante. Tiene el andar masculino, cargado de seguridad; en definitiva: sabe moverse. Asiento, satisfecha. No podría haberlo expresado mejor. Sin embargo, tan rápido como lo hago, abro la boca, indignada, y agacho la cabeza.

¿Sabe moverse?

¿En serio?

¿Qué demonios me pasa?

Michael Stearling es el enemigo. El enemigo de todas las mujeres de la humanidad.

Me obligo a concentrarme en el expediente que tengo delante. Él, obviamente, ni siquiera repara en mi presencia y se come la sala a grandes zancadas.

¿Se marcha? Mejor. No tenerlo cerca es una gran noticia para mí.

—Pequeña patosa —me llama a unos pasos de la recepción, sin detenerse, sin ni siquiera mirarme—, tenemos trabajo.

Me hundo en mi silla. ¿Cómo puedo tener tan mala suerte?

Resignada, me levanto y lo sigo. Cuando alcanzo el vestíbulo de la planta, él está entrando en

los ascensores. A punto de hacerlo yo, levanto la cabeza y, por un segundo, me detengo en seco. El señor Stearling está en el centro del cubículo perfectamente iluminado. Él también alza la mirada y sus ojos del color del mar se posan en los míos al tiempo que esa media sonrisa sexy, desdeñosa y canalla se cuelga en sus labios una vez más.

Es el diablo y me está tentando.

—¿Tienes dudas? —pregunta, saboreando cada letra que pronuncia.

Tiene una voz increíble.

Necesito un segundo de más, pero logro rearmarme sobre mí misma y doy el paso definitivo para entrar en el ascensor.

—Claro que no —afirmo.

No me afecta lo más mínimo.

Me coloco a su lado, profesionalmente separada, de frente a las puertas, y observo cómo éstas se cierran.

La pequeña pantalla marca que hemos descendido el primer piso cuando Michael Stearling se inclina sobre mí, despacio, utilizando de nuevo la palabra *tentación* a su favor.

—Genial —susurra, y su cálido aliento baña la piel de mi mejilla—, porque es exactamente lo que piensas.

Todo mi cuerpo se enciende y ladeo mi cara hacia él por puro instinto. Sus ojos vuelven a posarse en los míos y la fuerza del mar vuelve a arrasarlo todo. Lo que pensaba se multiplica exponencialmente. Es el enemigo, el diablo, pero es un diablo moderno y sofisticado que huele de miedo y es tan guapo como caliente el infierno.

Las puertas se abren en una planta indeterminada. Michael Stearling se aparta y clava su vista al frente, inescrutable, mientras a mí me tiemblan las rodillas. ¡Mala idea! ¡Muy mala idea!

Dos personas entran en el elevador y es justo lo que necesito para reactivarme. Carraspeo y doy un discreto paso a mi derecha. Versión oficial: quiero ser más profesional. Versión extraoficial: prudencia, amigas.

En cuanto alcanzamos el vestíbulo, el señor Stearling rompe a andar con la mano en el bolsillo de sus pantalones, sin molestarse en indicarme que lo siga, sino dándolo por hecho. Cruzamos el imponente *hall* del edificio y salimos a la Avenida Lexington, llena de gente y coches.

Decidido, camina hacia una elegante berlina negra, un Audi A8 último modelo. Cuando aún está a unos pasos, un hombre ataviado con un traje negro le abre la puerta trasera y él se acomoda hábilmente.

Yo me detengo apenas a un metro, esperando instrucciones. ¿Quiere que lo acompañe? ¿Quiere indicarme que haga algo y vuelva a la oficina?

El tipo enchaquetado no cierra la puerta, pero tampoco me mira, así que no obtengo ninguna pista.

—¿Quiere que lo acompañe, señor Stearling? —traduzco mi pregunta mental, inclinándome para que nuestras miradas se encuentren.

Pero Michael Stearling, con la vista al frente, pone los ojos en blanco, hastiado.

—No, es que me encanta que me despidan agitando un pañuelo, como en la cubierta del Titanic, cada vez que me voy a una reunión —alega, irónico.

Tuerzo los labios. «No lo asesines. No lo asesines.»

Me monto en el coche y, el que imagino que es el conductor, cierra la puerta. Por dentro el Audi es una auténtica pasada, todo tapicería de cuero claro, suave iluminación de ambiente y una pantalla llena de información y controles.

El chófer ocupa su puesto tras el volante y nos incorporamos al fiero tráfico de Manhattan.

Los minutos van avanzando y el señor Stearling no me dedica una sola palabra. No es que esperase que tuviésemos una conversación sobre nuestros *hobbies* preferidos, pero sí que al menos dijera, no sé, algo.

—¿A dónde vamos? —pregunto, resuelta.

No me importa ser yo quien rompa el hielo.

—Somos abogados —responde sin dejar de prestar atención a la pantalla de su iPhone—, piénsalo y acertarás. Tómate tu tiempo —me indica, burlón.

Otra vez aprieto los labios.

—¿Tenemos un juicio?

El señor Stearling se guarda el teléfono en el bolsillo interior de su chaqueta y se reacomoda sobre el asiento al tiempo que lanza un largo suspiro.

—Sí, el gran abogado y pequeña patosa, su pasante, van a hacerle frente al colosal sistema judicial norteamericano —contesta, grandilocuente.

—Tiene un gran concepto de sí mismo, ¿verdad? —apunto, entrecerrando los ojos sobre él.

—Yo lo llamo *memoria histórica* —sentencia.

No quiero, juro por Dios que no era mi intención, pero suelto una risotada.

—Ha sido engreído incluso para afirmar que es engreído —le rebato, señalándolo con el índice como si las palabras aparecieran en subtítulos frente a mí, para ganar énfasis.

—¿Por qué te llaman pequeña patosa? —inquire, ignorando por completo mi comentario.

—No es asunto suyo —declaro veloz, y es obvio, no lo es.

—Soy tu jefe, tengo derecho a saberlo.

—En realidad, justo porque lo es, no lo tiene. Caso Frost contra Clearwater.

—Si eres un desastre, quiero saber por qué. Caso Grant contra me importa una mierda.

Un suspiro mezclado con una risa incrédula se me escapa y, sin quererlo, sin ni siquiera saber por qué, los restos de la risa incrédula se transforman en algo parecido a una sonrisa. ¿Cómo ha podido atreverse a decir eso? ¿Cómo puede ser tan presuntuoso? ¿Y por qué, en contra de mi propio sentido común, mi cuerpo ha brillado cuando lo ha hecho?

—Contéstame —me ordena.

Lo miro. No debería responderle, ¿no? Sus ojos vuelven a clavarse en los míos. A esta distancia son aún más demoledores, más imponentes, más enloquecedores.

—Mi familia me lo puso cuando era una cría por culpa de una marioneta de «Barrio Sésamo». Tengo el mismo mote desde que tengo cinco años.

Michael Stearling continúa observándome y, despacio, una suave sonrisa va apoderándose de sus labios.

—Eres adorable —pronuncia con la voz ronca.

—Yo...

Me ha pillado completamente fuera de juego y, al mismo tiempo, algo ha vibrado dentro de mí. Ni siquiera sé qué decir.

—Tienes un apodo de marioneta que seguro que te describe a la perfección —comenta de nuevo con toda esa malicia. Genial. Otra vez se estaba riendo de mí—. ¿Cómo es posible que no tengas novio? —añade, burlón.

—Eso no es asunto suyo —contraataco, rauda como el rayo... enfadadísima, mucho, otra vez—. ¿Y por qué ha dado por hecho que no lo tengo? —apostillo, cayendo en la cuenta de ello. Creo que ahora estoy un poco más cabreada que hace diez segundos.

—Podría darte todas las razones por las que es obvio que estás soltera, pero no quiero que te deprimas y tenga que parar a comprarte chocolate. Llegamos tarde.

Maldito cabronazo, malnacido.

—Tengo novio —digo alto y claro.

Su media sonrisa hace su entrada triunfal.

—Mentira —replica sin ni siquiera mirarme.

¿Cómo que mentira?

—Lo tengo —me parafraseo—. Es... eeehh... piloto.

El señor Stearling ladea la cabeza en mi dirección y su mirada se vuelve un poco más desdeñosa, más maliciosa.

—¿De qué? —demanda.

«Piensa, rápido.»

—De aviones

—¿Qué compañía?

—Fly Emirates.

—¿Con base en?

—Nueva York.

—¿Aeropuerto?

—El JFK —respondo, acelerada—, aunque también vuela desde La Guardia y Newark. Sólo vuelos internacionales.

Sonrío, orgullosa. La base de cualquier testimonio sólido, y es también aplicable a las mentiras, son los detalles concisos.

—¿Cómo se llama? —inquire de nuevo, pillándome por sorpresa.

Me quedo en blanco. ¡Maldita sea! Un segundo, dos, tres, cuatro... ¡Di un nombre! ¡El que sea!

—Señoría —sentencia, socarrón—, no hay más preguntas.

Creo que acabo de descubrir por qué es socio de un bufete a su edad. El cabrón es muy bueno.

Malhumorada, me recoloco en mi asiento y pierdo la vista por la ventanilla. No tendría que haber iniciado una conversación. Lo recordaré la próxima vez.

Sin embargo, sin quererlo, me hago consciente de su mirada sobre mí. Me contempla con la alevosía de estar disfrutando de la situación que él mismo ha creado y sin ningún interés en disimularlo.

—Va a ser divertido.

Su frase vuelve a pillarme por sorpresa y ya he perdido la cuenta de cuántas veces ha pasado. Me giro, confusa, pero tan pronto como lo hago sus ojos me atrapan y una mecha imaginaria se prende otra vez en el centro de mi cuerpo.

—No debería decir esa clase de cosas —le rebato.

Lo hago porque tengo razón. Es mi jefe y apenas nos conocemos, pero mi voz suena trémula, como si las palabras fuesen equivocadas.

El señor Stearling sonríe una vez más y todo se complica un poco más.

—Y que tú hayas dicho exactamente eso, va a hacer que lo sea todavía más.

Le mantengo la mirada, incapaz de hacer otra cosa a pesar de todas las señales de peligro que mi cerebro envía desesperado. Es un descarado y un malnacido. ¿Cómo es posible que mi cuerpo no lo entienda?

La puerta a su lado se abre, sacándome de mi ensoñación. Cabeceo, aturdida y sintiéndome un pelín culpable. El señor Stearling aparta sus ojos de mí y sale sin decir una sola palabra más... supongo que disfrutando de la piscina de confusión en la que acaba de dejarme sumergida.

El conductor abre mi puerta y, cuando mis pies tocan la acera, me percató de que estamos en el Lower Manhattan, cerca de Columbus Park. Los juzgados están muy cerca, pero no a menos de cinco manzanas.

—Creía que íbamos a los juzgados —comento mirando el edificio frente a mí, grande y alto, de piedra caliza y ventanas labradas que llaman la atención de cualquiera que se pare a observarlo. Es realmente bonito.

—Antes tengo una pequeña reunión con algunos funcionarios —contesta, abrochándose los botones de su perfecta chaqueta.

Funcionarios. Mi instinto de espía se activa.

El señor Stearling camina decidido hacia el interior del inmueble y, al darme cuenta, lo sigo. Es muy rápido y tengo que acelerar para poder seguirle el paso.

El suelo de mármol del vestíbulo nos recibe y el sonido del repiqueteo de mis tacones se hace más evidente, delatando mi esfuerzo. Ladea la cabeza en mi dirección, apenas un segundo; no soy capaz de ver toda su expresión, pero juraría que ahora mismo está sonriendo, una sonrisa diferente.

Nos cruzamos con al menos una veintena de ejecutivos y, cuando alcanzamos el ascensor, está

atestado. Me escabullo hasta el fondo, mientras que el señor Stearling se queda un poco más adelante. Sin pretenderlo, he acabado en una posición desde la que puedo observarlo con todo lujo de detalles. Empiezo a darle vueltas a esta reunión, a cómo funciona el bufete, a Fordbrader y, antes de que pueda racionalizarlo, lo estoy contemplando con los ojos suavemente entornados, estudiándolo. Sólo necesité un segundo en aquel patio para darme cuenta de que era muy guapo, cualquier persona sería capaz de percibirlo, pero hay algo más, una de esas cosas que no pueden explicarse con palabras y que se reflejan en su mirada, en su sonrisa, en toda esa seguridad.

El señor Stearling se humedece el labio inferior y baja la cabeza en un gesto lleno de hastío, que automáticamente se transforma en condescendencia. Está dejando claro, sin utilizar una mísera palabra, que él no pertenece a este lugar, está por encima, y de pronto esa idea que no sabía explicar se materializa: lo salvaje, lo indómito, lo rebelde. Michael Stearling no es como ninguno de los ejecutivos de este ascensor, como ninguno de los abogados del edificio. Michael Stearling es completamente diferente.

—Buenos días —lo saluda un hombre, saliendo a nuestro paso en cuanto abandonamos el cubículo en la planta quince.

El mismo ejecutivo le dedica una sonrisa de lo más solícita. Está claro que quiere complacerlo.

—Buenos días —responde el señor Stearling, mirando a un punto en concreto al fondo de la sala, yendo un paso por delante de esta conversación—. La reunión —sentencia.

Vaya, a eso le llamo yo no andarse por las ramas.

El tipo tarda un segundo, confuso porque se haya saltado todos los protocolos sociales, como hablar del tiempo o del trabajo, y finalmente asiente.

—Por favor, síganme —nos pide, echando a andar y haciéndonos un amable gesto para que lo acompañemos—. La señora Wilson lo espera en la sala de conferencias.

¿Wilson? ¿Susanah Trian Wilson? ¿La coordinadora jefa de planificación urbana del distrito metropolitano de Manhattan? Es, básicamente, la persona que decide cómo, cuándo y dónde se levanta un nuevo rascacielos en la isla y, teniendo en cuenta que el *skyline* de la ciudad es famoso por ellos, es, con toda probabilidad, una de las funcionarias más importantes del estado.

Por un momento me quedo completamente alucinada. No se trata de «una pequeña reunión con funcionarios», como el señor Stearling ha dicho antes, estamos hablando de la segunda persona más importante de la ciudad de Nueva York, después de Bill de Blasio, el alcalde. ¿Por qué van a reunirse?

Salgo de mi ensoñación y acelero el paso para alcanzar de nuevo a mi jefe, quien, junto al otro hombre, acaba de detenerse frente a la puerta de la sala de conferencias.

Al llegar a su altura, me detengo en seco. El ejecutivo abre la puerta y la mantiene así para que podamos pasar. Sin embargo, justo antes de hacerlo, el señor Stearling vuelve a inclinarse sobre mí, como ha pasado en el ascensor, en su coche, el movimiento exacto para ponerme muy complicado concentrarme en otra cosa que no sea él.

—Pequeña patosa —pronuncia, disfrutando maliciosamente de cada letra—, no hagas que me arrepienta de haberte traído.

Lo fulmino con la mirada y aprieto los labios hasta convertirlos en una fina línea. Si no fuera porque necesito estar ahí dentro y enterarme de qué es lo que están tramando, lo mandaría al diablo.

—No, señor —me obligo a contestar.

—¿Es ira reprimida lo que noto?

¡Y tiene el valor de sonreír! Como si todas las veces que tengo que morderme la lengua para no llamarlo cabronazo le hicieran gracia.

Me contengo una vez más. Él me observa, pasándolo de cine a mi costa, y se dirige hacia la puerta.

—Espérame aquí —me exige.

¿Qué? ¡No! ¡Tengo que entrar!

—Señor Stearling... —lo llamo, dando un paso hacia él. Debo conseguir que me permita estar ahí dentro.

—Te dejo que me echas de menos —me interrumpe y, sin más, cierra la puerta.

¡La cierra!

¿Echarlo de menos?! ¡No puedo con él! ¡No puedo!

Antes de ser capaz de controlarme, empiezo a patalear. No lo soporto. Es un imbécil, un cabronazo, un capullo integral.

Y entonces...

La puerta de la sala de conferencias vuelve a abrirse y el señor Stearling me pilla en pleno ataque, golpeando los tacones con furia contra el suelo, incluso dando algún que otro saltito. ¡Mierda!

Me paro de golpe y me aparto el pelo de la cara al tiempo que me giro hacia él muerta de la vergüenza, pero plantando cara. Siempre hay que plantar cara. Lo primero que veo es su canalla media sonrisa. Se cruza de brazos y se deja caer hasta apoyar su hombro y su costado en el marco.

—¿Qué puedo decir? —plantea, socarrón—. Nunca defraudas a tu público.

Cierro los ojos con fuerza sólo un segundo y, en ese tiempo tan pequeño, me visualizo a mí misma haciendo malabares imaginarios. Quiero que la tierra me trague.

—Telefona al despacho —me ordena—. La señora Jones tiene una lista de llamadas que debes realizar. Las quiero hechas para cuando termine la reunión.

—Sí, señor —gruño entre dientes; luego giro sobre mis talones y me dirijo de nuevo al vestíbulo de la planta.

—Holloway —me reclama.

Me vuelvo, esperanzada. Quizá, después de todo el bochorno, tenga una oportunidad de presenciar la reunión.

—Procura no bailar el hula mientras estés por aquí —me pide, entrecerrando los ojos, burlón

—. Éste es un sitio respetable.

Lo imagino muriendo lentamente, pidiendo agua tirado en la carretera después de que lo haya atropellado un autobús.

—Descuide, señor —obliga a las palabras a atravesar mi garganta—. Nada de hula.

Michael Stearling me dedica su media sonrisa, otra vez disfrutando de provocarme todos estos instintos homicidas. Sigue apoyado en el marco de la puerta y, durante los siguientes segundos, sólo me observa, como en aquel patio. Yo quiero mandarlo al diablo, creo que nunca he necesitado tanto hacer algo, pero, no sé por qué extraño fenómeno psíquico cósmico, sigo aquí, embebiéndome de él, permitiendo que él se embeba de mí. Nunca había visto a un hombre tan guapo en toda mi maldita vida.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando él se incorpora, grácil y masculino, y entra en la sala de conferencias. Me gustaría decir que no, pero la verdad es que me quedo un poco más ahí, de pie, casi en estado de *shock*, tratando de poner todas mis ideas en orden. ¿Por qué me afecta así?

* * *

El resto de la mañana es una auténtica locura. Nos desplazamos por todo el Lower Manhattan para ver a distintos clientes y arreglar diferentes asuntos. Para mi desgracia, el señor Stearling no me deja pasar con él a ni una sola de las reuniones. Todo lo que hago son llamadas y fotocopias. Me siento como si volviera a tener veintitrés años, sólo que con menos paciencia y más tendencia a la agresividad.

—Creía que volvíamos al despacho —comento, extrañada, cuando el imponente Audi se detiene en pleno barrio de Chelsea.

El señor Stearling no contesta y baja del coche mientras el conductor abre mi puerta.

—Gracias —murmuro al salir.

Él me devuelve una comedida sonrisa que, enorme, se contagia en mis labios al darme cuenta de que estamos frente al Malavita, uno de los restaurantes más *in* de toda Manhattan.

—¿Vamos a comer en el Malavita? —inquiero, emocionada, echando a andar junto al señor Stearling, que se dirige al restaurante—. Dicen que conseguir mesa aquí es casi imposible.

Mis últimas palabras se convierten en un murmullo cuando Michael Stearling se detiene en seco y se gira hacia mí.

—Yo voy a comer en el Malavita —sentencia.

Frunzo el ceño, completamente perdida.

—¿Y dónde se supone que voy a comer yo?

—No lo sé —contesta, displicente—, ¿en un Burger King?

Abro la boca, indignadísima, pero, antes de que pueda decir nada, el señor Stearling vuelve a hacer lo que parece que es su movimiento favorito: gira sobre sus carísimos zapatos y entra en el restaurante sin mirar atrás, cerrándome la puerta en la cara.

Yo me quedo en una calle cualquiera de uno de los barrios más caros de Nueva York con la mirada clavada en la puerta de madera blanca envejecida. Estoy muy cabreada. Trato de contar hasta diez cinco veces, pero nunca paso del cuatro y, entonces, tengo una revelación: se acabó lo de decirle que es inapropiado, apuntar que Recursos Humanos no lo aprobaría o tragarme todo lo que me gustaría soltarle a la cara. Está claro que eso no funciona. Al diablo se le gana con fuego.

Y no pienso perder.

Voy a devolvérsela.

Me alejo un par de manzanas y utilizo el pequeño trayecto para buscar el número del Malavita en Google. Dos tonos después, contestan.

—Restaurante Malavita, ¿en qué puedo ayudarle?

—Hola —respondo con mi voz más profesional—, le llamo de Cohen, Carter y Stearling. Necesito que nos preparen algo de comer.

La chica al teléfono duda. Presiento que está a punto de decirme que las cosas no funcionan así, por lo que me adelanto.

—Entiendo que no es algo que suelen hacer habitualmente, pero dos de los socios se encuentran en mitad de una ardua reunión y no pueden abandonarla. Le estaría sumamente agradecida.

Ella se toma un nuevo segundo.

—No se preocupe. Cualquier cosa por Cohen, Carter y Stearling.

Sonrío, victoriosa. Quien dijo que la abogacía se practica igual desde el despacho más humilde o desde el más importante, nunca intentó pedir comida a domicilio.

—¿Qué desean que les prepare nuestro chef?

Pienso, pero lo cierto es que no conozco la carta y ni siquiera si están especializados en comida italiana, como podría sugerir su nombre.

—Confío plenamente en usted —respondo veloz, tratando de que no se note que es sólo una estratagema.

Un segundo, dos... y oigo un suspiro de júbilo. Se lo ha tomado como un halago. Mejor.

—El chef ha preparado un estupendo *risotto* con trufa negra.

Sonrío de nuevo. Eso suena a caro.

—Perfecto.

—¿Querrá acompañarlo con vino?

—Sí, por favor. Un pinot noir, un Chapelle-Chambertin Grand Cru del 2015.

—Gran elección.

Mentalmente, le doy las gracias al padre de Lexie por las lecciones sobre enología que nos da cada vez que viene a casa a comer. Esa botella vale más de doscientos pavos.

—¿Tomará algo de postre?

¿Por qué no?

—¿Puedo sugerirle nuestro pastel de limón y merengue japonés?

Tuerzo los labios.

—¿Algo de chocolate?

—Quizá... ¿tarta Sacher?

¡Adjudicada!

—Dos trozos, por favor. —Hago una deliberada pausa. Ahora viene la mejor parte de todas—. El señor Stearling está comiendo en su restaurante; él se hará cargo de la cuenta.

—Por supuesto.

Ni siquiera ha dudado. Ser rico e importante (o fingirlo) es una pasada.

—Su pedido estará esperándole cuando decida venir a buscarlo.

—Mandaremos a una pasante a por él.

—Gracias por confiar en nosotros —se despide.

—Un placer —sentencio.

Cuelgo y cierro el puño a la vez que encojo el brazo en señal de victoria.

Eso le pasa por meterse con la chica equivocada, señor Stearling.

Recojo mi pedido y camino hasta el Chelsea Park, donde me instalo en un banco de madera oscura y hierro forjado negro frente a una preciosa fuente. El rumor del agua al caer y los árboles aíslan este rinconcito del ruido del tráfico y el funcionar de la ciudad. Incluso puede oírse el piar de los pájaros.

La comida huele de maravilla, tiene una pinta estupenda y sabe aún mejor. La venganza, ya sabéis. Además, el eficiente personal del restaurante ha pensado en todo y ha incluido incluso un bonito sacacorchos.

Estoy disfrutando de mi porción de tarta de chocolate cuando veo unos zapatos de Cesare Paciotti marrones entrar en mi campo de visión y detenerse junto a mí. Enseguida sé a quién pertenecen.

—Así que... aquí estás —comenta en un golpe de voz.

Una parte de mí empieza a pensar que debería preocuparme el hecho de que pueda despedirme, pero la otra, la que está en pie de guerra, apunta sabiamente que yo sólo estoy jugando con las reglas que él ha marcado. Si buscaba una pasante que se quedara dócil y calladita, escuchando todas sus lindezas, debió traerse a Ericksen a las reuniones. Además, no sé por qué, algo dentro de mí no para de gritarme que no va a hacerlo.

Sin embargo, mi curiosidad también tiene algo que decir aquí: ¿cómo ha sabido que estaba en el parque?

Levanto la barbilla y lo observo impertinente mientras me llevo otro trozo de tarta a la boca. El señor Stearling tiene la mirada entornada sobre mí. Las manos en los bolsillos del pantalón hacen que su chaqueta se abra. Una pose, en teoría, casual, pero que, en el fondo, no lo es. Está en guardia.

—¿Ha disfrutado del almuerzo, señor? —pregunto.

—¿Y tú?

Contemplo mi comida, fingiendo que no entiendo a qué se refiere.

—¿Lo dice por todo esto? —inquiero—. He pedido mi menú del Burger King para llevar y he dado buena cuenta de él aquí.

—¿Burger King? —repite, dándole a esas dos palabras su malicia habitual.

—Ajá —afirmo, asintiendo también.

—¿Y la botella de vino?

Me encojo de hombros, con aire inocente.

—Venía de regalo con el menú infantil —respondo.

Michael Stearling suelta un profundo suspiro al tiempo que pierde su mirada en la fuente. Un segundo después puedo notar de nuevo sus ojos sobre mí, recorriéndome de arriba abajo.

—Te estás metiendo en terreno peligroso —susurra.

Finjo que su voz no me ha afectado, hago una bola con la gruesa servilleta de papel y la tiro en el envase vacío del *risotto*.

—Le diría que eso es inapropiado —contesto, levantándome—, pero apuesto a que ya lo sabe.

Me saca una cabeza y la forma en la que me mira consigue intimidarme, pero no me importa. No voy a achantarme.

Michael Stearling da un paso en mi dirección. El aire entre los dos se materializa bajo el peso de su voz ronca y sexy, bajo la manera en la que nos desafiamos en silencio, el deseo corroyéndome despacio. Tengo que confesar que todo se vuelve un poco borroso. El sol incide en su pelo, dibuja su rostro y proyecta en mi mente algo así como media docena de fantasías muy concretas sobre nosotros, esta fuente y el sexo en lugares públicos.

—Me las vas a pagar, pequeña patosa —me advierte, clavando sus espectaculares ojos turquesa en los míos.

—Lo mismo digo, señor Stearling —se la devuelvo, alzando la barbilla, altanera.

¿Quiere jugar? Pues vamos a divertirnos mucho los dos.

Recojo mis cosas y esta vez soy yo la que se marcha de vuelta a la 27 Oeste sin esperar respuesta por su parte.

Al salir del parque, veo a un sintecho acomodar sus cosas en la entrada de una tienda cerrada por traslado. Decidida, me acerco, me acuclillo frente a él y le entrego la otra porción de tarta y la botella de vino. El hombre me da las gracias y una sonrisa, y se le iluminan los ojos cuando abre la caja y ve el pastel de chocolate.

Ladeo la cabeza por encima del hombro y veo al señor Stearling en la entrada del parque, observando toda la escena. No sé por qué, sabía que estaba justamente así.

Hay algo en la manera en la que me mira que me hace pensar de nuevo que no pertenece a esta esfera de Manhattan y esa idea del rebelde indomable vuelve a posarse sobre él. Algo así como un millón de preguntas nacen en el fondo de mi estómago. ¿Quién es Michael Stearling en realidad? ¿Por qué ha acabado siendo abogado? ¿Por qué su mirada parece hablar de muchas más cosas?

Sin embargo, me obligo a arrinconar todos esos pensamientos y no dejarles un mísero resquicio

donde anidar. Me incorporo y me dirijo al coche con determinación. No necesito saber nada sobre él; de hecho, no quiero hacerlo. Ni siquiera es mi jefe de verdad y, cuando todo esto termine, no pienso volver a cruzar una sola palabra con él nunca.

Maldita sea.

Pasa a cámara lenta.

Con mi orgullo y mi dignidad en la cresta de la ola, sintiéndome victoriosa después de haberle dejado claro que no puede reírse de mí cuando le venga en gana, un tacón se me engancha con otro, ni siquiera sé cómo pasa, y, en mitad de mi paseo triunfal, me doy de bruces contra el suelo. Lo peor es que soy plenamente consciente de que incluso grito «nooooo» con la voz grave y los ojos clavados en la acera que me he comido un segundo después.

Me levanto de un salto y automáticamente me inclino para frotarme la rodilla al tiempo que cierro un ojo, sólo uno, y aspiro con fuerza. Joder, duele. Estoy en ésas cuando otra vez sus zapatos entran en mi campo de visión y la sombra que provoca su casi metro noventa de estatura me cobija del sol.

—Eres pura poesía —sentencia, burlón, con las manos aún en los bolsillos.

Tuerzo el gesto y, antes de que pueda decir nada más, echo a andar hacia el vehículo.

El señor Stearling camina a mi lado y, cuando llegamos al elegante Audi, se detiene junto a la puerta abierta.

—Pequeña patosa —pronuncia, estirando el brazo en el ademán de un movimiento más marcado para indicarme que pase primero.

Lo fulmino con la mirada, pero no digo nada; esta vez me lo merezco y entro en el coche.

El vehículo se incorpora al tráfico y, apenas unos segundos después, estamos en la Octava, dirección norte. Si antes quería que la tierra me tragase, ahora estoy dispuesta a cavar el agujero con mis propias manos y desaparecer. ¡Me he caído! ¡En plena calle! ¡Delante del ser más mezquino de Nueva York! Sospecho que ese último detalle es lo peor de todo.

—¿Estás bien? —pregunta, sacándome de mi ensoñación.

Me giro, sorprendida e incluso un poco confusa, la verdad. Más aún cuando, a pesar de su suave sonrisa, esa frase no es la antesala a ninguna broma ni tampoco se está riendo de mí. Realmente quiere saber cómo me encuentro.

—Sí —musito—. Sólo ha sido la rodilla.

Esa sonrisa suave y tenue sigue ahí y, por algún motivo que ni siquiera entiendo, me está poniendo muy difícil apartar mis ojos de él.

Michael Stearling mueve la mano lentamente y una corriente eléctrica recorre todo mi cuerpo cuando sus dedos se posan sobre mi rodilla, despacio, casi como una caricia.

—¿Aquí? —susurra.

Asiento y la boca se me hace agua.

—Sí —respondo.

Mis terminaciones nerviosas se mueven formando parte de la misma ola, del mismo océano, y

siento el eco de su roce en todo mi ser.

Nunca me había sentido así.

—Deberías tener más cuidado la próxima vez —me pide.

Y algo en su voz, sensualidad mezclada con el peligro de los errores más sexis, tensa cada uno de mis músculos.

—Lo intentaré —contesto.

Michael Stearling deja sus abrasadores ojos sobre los míos un puñado de segundos más, juraría que satisfecho, como si, implícitamente, yo misma acabase de aceptar un desafío. Cada vez tengo más claro que mi jefe es de la clase de hombres a los que les gusta que les pongan las cosas difíciles.

Finalmente, se deja caer de nuevo contra el asiento, apartando su mirada y su mano en el mismo movimiento, y yo contengo milagrosamente un suspiro por la decepción y la sorpresa.

«¡Sarah Rose Holloway, no te atrevas!»

¡Es arrogante, malicioso y descarado!

¡Tiene la palabra *error* escrita en la frente!

¡Es mi jefe!

Ficticio, sí, pero, al fin y al cabo, actualmente, siendo técnicos, lo es.

Decido concentrarme en mi ventanilla y así llegamos al bufete. En el ascensor me escabullo cobijada por una nube de ejecutivos y, cuando entramos, lo hago unos prudentiales pasos por detrás.

—Ya estás de vuelta —me saluda Alex, con una sonrisa, desde su mesa.

Dejo mi bolso y las carpetas sobre mi escritorio y me acomodo con un suspiro ruidoso en mi silla.

—Y no sabes cuánto me alegro.

La sonrisa de Alex se ensancha.

—Michael Stearling es un hueso duro de roer —me explica con un lápiz entre los dientes y la vista centrada en los documentos que tiene delante. Si no me equivoco, una declaración jurada—, pero también un abogado increíble.

Tuerzo los labios. Puede que ésta sea una buena oportunidad para saber algo más sobre él y saciar un poco mi curiosidad.

—No lo dudo —le doy la razón—, aunque sigo sin entender cómo ha llegado a ser socio del bufete con sólo treinta y ocho —lanzo al aire, con las cejas enarcadas.

—Tiene treinta y cuatro —contesta, entendiendo perfectamente mi pregunta velada—, pero se convirtió en socio hace tres.

¡¿Con treinta y un años?!

—¿Cómo pudo...? —planteo, alucinada—. ¿Qué hizo...?

—Perdió un caso.

Arrugo la frente, completamente confusa. Ahora sí que no entiendo nada.

Alex parece intuirlo, porque rompe a reír, deja el lápiz sobre el escritorio y se levanta despacio.

—Vamos a la sala de descanso —me ofrece—. Las dos necesitamos un café y te terminaré de contar la historia.

Sonrío y acepto sin dudar.

Esa sala es pequeña, pero muy cómoda, con dos gruesos sofás, colocados contra las paredes, formando ángulo recto en una de las esquinas, y una mesa redonda con cuatro sillas alrededor. Está pensada para relajarse y, más que nada, para sugerir la palabra informalidad, con tonos desenfadados y cojines mullidos.

Nos preparamos unos cafés y nos sentamos a la mesa.

—Me decías que perdió un caso —vuelvo a la conversación, y doy un sorbo cogiendo la taza con las dos manos.

Alex sonrío.

—Tienes mucha curiosidad, ¿eh?

Le devuelvo el gesto, supongo que un poco culpable, pero las ganas de saber pueden más.

—¿Tanto se nota?

Sus labios de curvan todavía más y, al final, las dos sonreímos, casi reímos.

—Michael Stearling es... —un capullo arrogante, un malnacido insufrible—... complicado —sentencio, diplomática.

—Y un cabronazo presuntuoso —pronuncia Alex, divertida.

Asiento. Yo no lo habría descrito mejor.

Sus palabras y mi gesto son tan vehementes que, sin que ninguna de las dos pueda evitarlo, tampoco queremos, esta vez sí, rompemos a reír.

—Entonces —continúo cuando nuestras carcajadas se calman—, entiendes por qué tengo tantas ganas de saber cómo ha llegado a convertirse en socio de uno de los bufetes más importantes de la ciudad.

—No lo dudes. —Alex hace una pequeña pausa—. Hace tres años, Michael Stearling se enfrentó a este despacho en un caso de desahucio. Él defendía a una familia con pocos recursos del norte de Queens, y Cohen y Carter, a una potente promotora que quería echarlos para levantar un rascacielos enorme con vistas al East River. Era algo así como David contra Goliat. Todos lo sabían y todos parecían tener claro cómo acabaría el asunto.

Tuerzo los labios. Suena mal, casi desesperanzador, pero también es una realidad. Las grandes empresas contratan jaurías de abogados capaces de despedazar a cualquiera que se interponga en su camino; cuentan con detectives privados, expertos de todo tipo y mucho dinero y, a veces, la justicia queda solapada debajo de todas esas cosas.

—Pero el único que parecía no entender que perdería era el propio Stearling... y no por falta de sentido común, sino porque tenía claro que Cohen y Carter, con toda su legión de ayudantes, acabarían mordiendo el polvo.

Sonrío. Puede que apenas lo conozca, pero esa idea lo describe pulgada a pulgada.

—Se esforzó cada día y luchó como un auténtico animal. Rebatí cada informe técnico; en el estrado, destrozó a todos los testigos, e incluso consiguió que la juez desestimara una petición de Cohen y Carter para que todos los casos de desahucio del edificio fueran tratados a partir de la resolución de éste y no uno por uno. Llegó a poner a la constructora y a Cohen y Carter contra las cuerdas.

Sigo cada palabra que sale de su boca absolutamente admirada. Ya lo sospechaba, pero ahora puedo decir sin ningún género de dudas que Michael Stearling es un abogado increíble.

—¿Y qué pasó?

—Perdió.

A pesar de saber lo que ocurrió, un suspiro decepcionado se escapa de mis labios.

—Si hubiese sido un combate de boxeo, habría perdido por los puntos —profundiza—. Nada más salir del juicio, ¿sabes qué hizo? —añade, creando expectación.

Niego con la cabeza, completamente sumergida en la historia.

—Demandó a la promotora por daños morales a su cliente.

Sonrío. Está claro que no pensaba rendirse.

—El señor Cohen no lo dudó y le ofreció un trabajo, pero Stearling lo rechazó, y eso debió de impresionarlo aún más, porque le dio la posibilidad de ser socio del bufete. Supongo que entendió que era demasiado bueno como para dejarlo escapar o, lo que era peor, enfrentarse a él de nuevo en un juicio.

Mi gesto se ensancha. Es una revisión del clásico: si no puedes con ellos, únete.

Seguimos charlando un poco de todo. Alex me cuenta que ella también entró como pasante un poco más tarde de lo habitual porque su primera opción fue periodismo, pero acabó comprendiendo que lo que realmente quería hacer con su vida era ser abogada. Su prometido, Charlie, también lo es y trabaja en un bufete en la Octava.

—Un día tienes que venirte con nosotros a tomar algo —me propone mientras nos dirigimos de vuelta a nuestras mesas—, así conocerás al resto de la pandilla y nuestro pub favorito, The Vitamin.

—Lo conozco —comento, entusiasmada—. Está en la 39 Oeste, ¿no? Mi amiga Lexie estuvo saliendo una temporada con Dalton, el portero.

Alex frunce los labios y asiente.

—Pues entonces no hay nada más que hablar —sentencia.

Voy a contestar, pero un pequeño revuelo cerca de nosotras nos distrae a ambas. Un hombre y una mujer acceden a la sala principal con paso resuelto, en dirección a la de conferencias, con carpetas y maletines en las manos. Tras apenas un segundo, otra mujer y otro hombre entran caminando más pausadamente, aunque igual de determinados, manteniendo una discreta conversación. Tardo un segundo de más, pero, cuando por fin la identifico, sencillamente me quedo boquiabierta. ¡Es la jueza Josephine Tannin!

Las dos la observamos cruzar la sala y, en lo que a mí respecta, lo hago completamente asombrada y muy muy admirada. Es una leyenda. Fue una de las primeras juezas que habló públicamente de la necesidad de que más mujeres se implicaran en el derecho a todos los niveles y quien señaló a los hombres que no lo permitían. Es dura, inquebrantable y, a pesar de que se lo han ofrecido varias veces, siempre ha rechazado formar parte de la Corte Suprema, argumentando que su sitio está en los tribunales de Nueva York, defendiendo la justicia para todos los neoyorkinos.

En el mismo momento en el que la jueza Tannin entra en la sala de conferencias, Michael Stearling aparece desde el pasillo que lleva a los despachos de los socios.

—Pequeña patosa, tenemos trabajo —me comunica.

Mi rostro se ilumina.

—¿Vamos a estar en la reunión con la jueza Tannin?

—Sí —responde.

¡Genial! Sonrío de pura emoción.

—Vas a tener que defender ante ella el caso de la pasante contra la fotocopiadora —se burla—. Doble cara. Color —especifica, tendiéndome una carpeta.

Entorno los ojos como respuesta, agarrando el dossier y maldiciendo por dentro, pero una vez más tengo que tragarme la retahíla de insultos. No van a ser el camino más rápido para que me deje entrar en esa sala.

—Déjeme estar en la reunión —le pido sin paños calientes—. Le seré muy útil.

Él frunce el ceño, parece que, realmente, meditando mis palabras.

—Las reuniones suelen ser aburridas, pero todavía no he necesitado tener a nadie dentro para entretenerme mirándole las piernas e imaginándome cosas.

—¿Qué tipo de cosas? —pregunto por puro instinto, antes siquiera de llegar a pensarlo con claridad.

El señor Stearling sonrío encantado, desdeñoso y muy sexy, y voy a decir que en ese segundo exacto, porque me niego a admitir cuántos tardo en realidad, me doy cuenta de que acabo de ponérselo en bandeja. Además, no me interesa lo más mínimo ninguna de sus cosas.

«No te lo crees ni tú. Fdo.: La voz de tu conciencia.»

—Me da igual, no quiero saberlo —añado, veloz.

Sin embargo, Michael Stearling me dedica la sonrisa más condescendiente de su vida y, encantado de conocerse, se dirige a la sala de conferencias.

No lo dudo y salgo tras él. Necesito estar en esa habitación. Esa mujer es increíble y verla argumentar tiene que ser una pasada. También puede que me resulte muy útil; tal vez obtenga información que sea relevante para el señor Fordbrader. De pronto, me paro en seco y me percató de cuánto me deprime esa idea, de cuánto me decepcionaría la posibilidad de que la jueza Tannin estuviese involucrada en algo corrupto.

Juraría que el señor Stearling nota que me he detenido y eso le extraña, pero no hace ni dice

nada que lo demuestre.

Sacudo la cabeza para quitarme de la mente esos pensamientos tristes y me reactivo rápido.

—Sólo estaba intentando explicarle que, quizá, podría ayudarlo —le digo acelerando el paso, casi corriendo, hasta colocarme a su altura.

—Si todo esto es porque ya me echas de menos, la reunión sólo durará un par de horas. Ve a tu mesa de juguete y, no sé, haz lo que hagas normalmente..., ¿comer chocolatinas? —comenta, encogiéndose de hombros.

Es un malnacido.

—Estoy hablando en serio —gruño entre dientes, tragándome lo que verdaderamente querría decirle... otra vez.

—Yo también

—Puedo levantar actas.

No he levantado una en mi vida, pero aprendo rápido y escribo aún más.

—Vale —replica el señor Stearling, deteniéndose junto a la puerta de la sala de conferencias y girándose hacia mí, que me freno de golpe al ver que él lo hace. Nunca una sola palabra había sonado tan condescendiente—. Primero, tienes que dejar de ver reposiciones de «Murphy Brown». Segundo, deja de decir cosas que me recuerdan que mi pasante nació durante la Guerra Fría —expone malicioso, inclinándose sobre mí—. Ya nadie levanta actas de nada. Las reuniones se graban.

—¿Se graban?

¡Eso es magnífico, qué digo, espectacular! Si descubro dónde se guardan los archivos con las grabaciones, obtendré horas y horas de información. Dudo que sean tan estúpidos de grabar sus reuniones sobre asuntos turbios, pero podré obtener pistas, indicios, cualquier cosa que me lleve hasta el centro de toda la trama.

—Sí —contesta, desdeñoso— y, si alguien dice «joder», les salta una alarma a los de Recursos Humanos.

—Si eso fuese verdad, usted ya estaría en la cárcel —contraataco sin pensar, y me arrepiento porque no es profesional, pero también debo decir que me arrepiento muy poco.

Tuerzo los labios y le mantengo la mirada. Esa chispa traviesa vuelve a aparecer en el fondo de sus ojos verdes.

—Yo soy más de follar —replica.

Por Dios, ¿por qué tiene que ser tan condenadamente sexy?

—¿De la palabra o...? —murmuro al borde del tartamudeo.

Se muerde el labio inferior y creo, sinceramente, que estoy a punto de desmayarme.

—Me parece que voy a dejarte con las dudas.

«Nota mental: ya está más que claro. Siempre utiliza su talento para el mal.»

Quiero contestar, pronunciar una frase completa e hilada, aunque, no os voy a mentir, me conformo con que sea coherente. Sin embargo, actualmente, es una tarea perdida. Tiene los ojos

increíbles, la boca sucia y le encanta jugar. No tengo ninguna posibilidad.

—Déjeme estar en la reunión —pronuncio, obligándome a reconducirme—. Les llevaré los cafés... —propongo a la desesperada.

Su mirada cambia.

—Yo no te he contratado para que lleves cafés —me interrumpe.

—Yo...

Me deja completamente fuera de órbita. Por primera vez desde que lo conozco, no hay rastro de juegos. ¿Acaso lo he enfadado?

—¿Qué ocurre? —demanda una voz de mujer, quien se detiene bajo el marco de la puerta de la sala de conferencias.

Tardo un segundo de más en fijar mi mirada en ella. Estoy perdida en los ojos turquesa de Michael Stearling, tratando de leer en ellos. Pero, cuando por fin le presto atención, me doy cuenta de que es la jueza Tannin.

—¿Podemos comenzar, señor Stearling?

Él asiente, con la mirada todavía sobre mí... pero no porque no pueda apartar sus ojos de los míos, más bien es una cuestión de arrogancia.

—¿Todo bien? —continúa la jueza.

Es mi oportunidad.

—Sólo estaba explicándole al señor Stearling que podría serles de utilidad tener una asistente más en la reunión.

La jueza valora mis palabras un instante.

—Hay mucho papeleo que revisar —argumenta, y estoy a punto de dar saltos de alegría—. Es cierto que podría sernos útil —añade, dirigiéndose al señor Stearling.

—No lo creo —replica mi jefe.

Oh, vamos.

La jueza Tannin debe de percibir algo entre los dos, porque posa su vista en el señor Stearling al tiempo que se cruza de brazos.

—¿Es porque es una mujer? —plantea, aunque creo que sería más adecuado decir que lo amenaza. Es un engreído descarado. Me alegro de que vaya a hacerlo sudar—. Porque, de ser así, usted y yo tendremos una conversación, señor Stearling.

—No, por Dios —responde casi ofendido. La jueza relaja su mirada, aunque se mantiene en guardia y consigue que me sienta un pelín culpable—. Es porque es ella —sentencia sin dudar.

¡¿Qué?! ¡Quiero asesinarlo!

Tallin asiente, entendiendo que me quedo fuera por incompetente, no por tener vagina, y así acabo de quedar como una zoquete delante de una mujer alucinante ¡por culpa de él!, que me dedica una sonrisa desdeñosa y entra en la reunión.

Yo... yo... yo... debería saber qué hacer, pero no puedo más. Creo que he llegado a una especie de límite. Giro sobre mis tacones y voy hasta el baño. Me aseguro de que ninguno de los

cubículos está ocupado y empiezo a maldecir entre dientes.

El día de hoy ha sido un completo desastre. Lidar con él ha resultado agotador y complicado y frustrante y me ha enfadado tantas veces que ni siquiera puedo contarlas. Lo que pensé al cruzar mi mirada con la suya en el despacho es completamente cierto. No dejo de dar paseos de un lado a otro de la estancia enlosada de blanco y naranja. No puedo trabajar para él. ¡No lo soporto! Es la persona más mezquina, arrogante y engreída que he conocido en todos los días de mi vida.

—¡Dios! —grito, furiosa.

Encima me ha hecho quedar como una auténtica imbécil delante de la juez Tallin después de que saliera en mi defensa. Las iras homicidas que nunca se han marchado por completo vuelven en todo su esplendor. Podría quemar su despacho con gasolina. Achino los ojos y me detengo en el centro del baño, valorando esa posibilidad.

—Podría escapar antes de que me pillaran —murmuro.

Acabo ladeando la cabeza y dedicándole un mohín al aire. Por muy tentadora que sea la idea, no puedo hacerlo.

Ahora mismo lo único que me consuela es que éste no es mi empleo real y que, muy pronto, podré salir de aquí y trabajar con Mason Fordbrader.

Regreso a mi mesa y continúo revisando expedientes y, cómo no, haciendo fotocopias, a doble cara y color.

Cuatro horas y media después, ya sólo quedamos en la enorme y diáfana sala los pasantes del señor Stearling y algunos abogados júnior. En nuestro caso, debemos quedarnos hasta que termine la reunión y archivar la documentación que hayan dejado allí. En tres palabras: ordenar la sala. Como podéis ver, las diferencias entre un becario y un pasante son pocas y, poder evitar hacer lo que nadie más quiere hacer, no es una de ellas.

En ese preciso momento, la sala de conferencias se abre y la jueza Tannin abandona el bufete con sus asistentes, tal y como llegó. Oigo al señor Stearling, supongo que al teléfono, aproximándose a la puerta, pero prudentemente clavo mi mirada en los documentos que tengo delante. No quiero verlo. Ya he tenido suficiente por hoy.

Él sale. En la estancia principal ya resulta obvio que está hablando por teléfono. Enfila el pasillo de los socios y se marcha. Cuando ya no puedo distinguir su voz, me levanto y me dirijo a la sala de conferencias. Al verme, Ericksen y Woods me siguen.

Por suerte, la habitación no está hecha un desastre demasiado grande, aunque, para mi desgracia, no han dejado ningún documento importante que me pueda dar una pista de qué temas han tratado. Me sigo negando a pensar que la jueza Tannin tenga algo que ver con ninguna corruptela.

—Stearling da un poco de miedo, ¿no? —murmura Woods, y nos mira buscando un poco de complicidad.

Yo la observo y le dedico una sonrisa llena de empatía.

—Asusta un poco, pero es sólo porque es tu jefe —trato de animarla.

Recuerdo el primer jefe que tuve y cómo me impactaba que pidiese las cosas a gritos y siempre estuviese de mal humor. Después, con los años y la experiencia, te das cuenta de que, con los primeros jefes pasa como cuando eres un crío y ves tu primer rascacielos: tienes la sensación de que es mucho más grande de lo que realmente es, que atraviesa las nubes y sigue hacia arriba, como si fuera la planta de *Jack y las judías mágicas*. Al final, sólo son personas con un problema para controlar el estrés. Con la edad y de nuevo la experiencia, también aprendes otras cosas, como que ése no es el problema de Michael Stearling, pero no quiero asustar a la pobre Chiara Woods diciéndole que su nuevo jefe es un megalómano arrogante.

Ella me agradece los ánimos asintiendo y dedicándome una sonrisa algo nerviosa.

—Dicen que nunca ha perdido un caso —comenta, admirado, Ericksen.

—Todos tienes que perder alguna vez —le rebate Woods.

—O no —continúa él—, no si eres tan bueno como él. Me muero de ganas de verlo en plena acción.

Y yo.

Frunzo el ceño por mi propia respuesta mental y me obligo a profundizar un poco más en ella, pero mi subconsciente me echa a patadas, canturreando «no te va a gustar lo que te voy a decir».

—En un juicio, quiero decir —especifica Ericksen.

—Y yo —añado veloz y sumamente inquieta, justificándome ante mí misma.

Soy patética.

«Punto para la pringada. Fdo.: La voz de tu conciencia».

Estoy sola, recogiendo las últimas carpetas, cuando oigo unos pasos detenerse bajo el umbral de la puerta. Alzo la cabeza pensando que será Ericksen, pero no podría estar más equivocada. El diablo está paseándose por sus dominios.

—¿Todavía por aquí, señorita Holloway?

Tan pronto como su voz grave modula esas palabras, su aspecto llama de inmediato mi atención y mis ojos se pierden en cómo el pantalón le cae de una manera muy sexy ahora que no lleva chaqueta, en cómo se ha remangado su camisa blanca, en cómo se ha aflojado la corbata y desabrochado los primeros botones. Ha ganado toneladas de atractivo y eso me parece increíblemente injusto.

—Los pasantes tenemos que dejar ordenada la sala de conferencias antes de marcharnos —le explico, lacónica, centrándome en terminar de apilar los cuadernos en los que nadie ha anotado nada.

—Piénsalo: así, por lo menos, has formado parte de la reunión. Era lo que más querías, ¿no?

Tengo la sensación de que, de alguna manera, me está desafiando.

—No ha sido justo —suelto en un golpe de voz.

—No tengo ninguna intención de serlo.

Su respuesta me hace fruncir el ceño.

—¿Por qué?

Michael Stearling me dedica su media sonrisa.

—Tampoco tengo ninguna intención de contestar a esa pregunta.

Otra vez se está riendo de mí.

—Puedo serle útil —siseo, señalando la mesa con el índice, y jamás he tenido tan claro como ahora que, aunque parezcan tres palabras sin ninguna importancia, dichas en un trabajo en el que ni siquiera voy a prosperar, a un hombre que no será mi jefe de verdad, más que nunca me estoy reivindicando.

—Eso ya lo has dejado muy claro, señorita Holloway, encargando botellas de vino de más de doscientos dólares y consiguiendo que otro pague por ellas.

—Sólo quería demostrarle que no soy ninguna cría sumisa con la que pueda hacer lo que quiera.

Sus labios vuelven a dibujar una sonrisa sexy, algo dura y muy canalla, y sus ojos se clavan directamente en los míos.

—Ésa es una de las pocas cosas que nunca he pensado de ti —me deja claro.

El ambiente vuelve a cambiar entre los dos y esa fuerza anhelante y eléctrica regresa para instalarse a nuestro alrededor. Deseo, errores, peligro..., todo se entremezcla como una tela de araña y, en el centro, estoy yo, perdiéndome en sus ojos del color del mar.

—¿Por qué no quiso que llevara el café? —inquiero, y mi voz suena diferente.

—¿Eso es lo único que quieres saber?

—No —me sincero.

No es lo único que quiero saber. Deseo que me explique por qué no tiene ninguna intención de ser justo, si es una actitud vital o si sólo se refiere a mí. Deseo saber si, cada vez que he leído un desafío en sus palabras, ha sido verdad. Y, más que nada, deseo saber si sonrío así a cada pasante con la que se cruza, pero sé el error que sería pronunciar alguna de esas preguntas. Los abogados hacemos las cuestiones que hacemos para buscar una reacción, ¿recordáis? Sin embargo, soy consciente de que, si lo hiciera, la que quedaría expuesta sería yo.

—¿Entonces? —me reta.

—¿Por qué no quiso que llevara los cafés? —repito.

La sonrisa de Michael Stearling se ensancha y no sé si sentirme orgullosa por la posibilidad de que esa pregunta fuera una trampa de abogado y no haber caído en ella o, por el contrario, haberle dejado cristalinamente claro que soy consciente de que esas cosas que quiero saber son demasiado peligrosas para mí.

—Porque no es lo que espero de ti —sentencia—, lo que tú misma deberías esperar. Has estudiado, te has esforzado. Cada uno tenemos el valor que nosotros mismos queramos darnos, señorita Holloway. No permitas que nadie te haga sentirte menos de lo que mereces.

No ha sido una frase vacía y también sé que no está jugando, pero ¿entonces? Doy una larga bocanada de aire, todavía estudiándolo con la mirada sin que, despacio, poco a poco, segundo a segundo, vaya cayendo más en esa aura de puro atractivo que lo rodea.

—¿Incluso si el que me hace sentir así es usted? —planteo.

Michael Stearling me mantiene la mirada y siento que la sensualidad a su alrededor, al mío propio, crece un poco más. No es un hombre como los demás. No puedo evitar pensarlo justo ahora. No pertenece a este lugar. No le pertenece a nadie.

—Si no sabes la respuesta a esa pregunta, deberías salir corriendo sin mirar atrás.

No especifica nada más. No añade un «en el trabajo». Michael Stearling ladea la cabeza y vuelve a atrapar mis ojos. El silencio se llena de electricidad y de muchas ideas que no llego a pronunciar en voz alta. ¿Estamos poniendo las cartas sobre la mesa? No lo sé, pero si algo tengo clarísimo es que hay cartas y, con él, más me vale saber a la perfección cuál es mi estrategia, porque, si doy un paso en falso, acabaré con mi corazón destrozado a sus pies, junto a miles de otros corazones de otras mujeres que han terminado igual.

No dice nada más, gira sobre sus talones y se marcha. Yo me quedo allí, petrificada, haciendo lo mismo que hago sentada en el metro de vuelta a casa y en las dos manzanas hasta mi edificio y cuatro plantas hasta mi rellano: pensar.

MICHAEL
La cruda realidad
 (*The ugly truth*), 2009, Robert Luketic

¿Por qué me hice abogado?

No lo elegí. Supongo que me adapté, como siempre he hecho, como me adapté a aprender a montar a caballo llevando aquella ropa, como me adapté a resistir el calor sofocante.

Es una lección que no me enseñó nadie, más bien ha sido una idea que siempre ha guiado mis movimientos y no voy a negar que me ha sido jodidamente útil. Cuando naces en uno de los peores barrios de Chicago, no tienes demasiadas oportunidades para nada decente, así que aprendes a sobrevivir, rápido.

Atravieso el salón casi en penumbra sin que mis pies descalzos prácticamente hagan ruido sobre el parquet de madera oscura recién acuchillado. Llego a la cocina, abro la nevera y saco una cerveza. Me deshago de la chapa con la mano y la lanzo al fregadero. Con el primer trago, reemprendo la marcha.

Mi portátil sobre la pequeña mesita de centro empieza a sonar. Me dejo caer en el sofá gris con una sonrisa, cojo el MacBook, me lo coloco sobre el regazo y acepto la llamada de Skype.

—Hola, capullo —dice Reed al otro lado, tan exquisitamente amable como siempre.

Le enseño el dedo corazón por respuesta mientras doy otro trago.

—¿Eso es todo lo que voy a obtener como saludo? —protesta—. ¿Ni siquiera un «buenas noches, gilipollas»? Estás perdiendo los modales —se lamenta, burlón.

—No mereces que haga el esfuerzo de insultarte.

—Creía que los abogados erais más agudos.

—Si quieres, puedo tomarte en serio y buscar un diccionario —le ofrezco, desdeñoso.

—No —responde con un suspiro—, los insultos redichos no me van. Yo soy más de grandes clásicos, como bastardo

—Malnacido —propongo.

—Imbécil, arrogante, licenciado en derecho.

Finjo sopesar sus palabras un segundo.

—Lo que más me ha molestado de esa frase ha sido «licenciado».

—Lo suponía —replica, convencido—, porque no puedes evitar el hecho de que eres el rey de los imbéciles arrogantes.

—Sólo te guardo el trono hasta que regreses, majestad.

Ambos nos miramos y, un instante después, estallamos en risas. Es uno de mis mejores amigos.

Lo echo de menos.

—¿Qué tal estás? —le pregunto.

Reed empieza a contarme cómo va todo por allí últimamente. Él y los chicos siguen manteniéndolo todo bajo control. A veces tengo la sensación de que nunca me marché de allí y otras, que me muero por volver, por estar con ellos y no tener que preocuparme de nada más, pero, casi en el mismo segundo, recuerdo por qué regresé a Nueva York y todo se vuelve más complicado y, a la vez, también se relativiza. Tomé la decisión que debía tomar y no me arrepiento; sólo me gustaría que ese maldito hijo de puta se alejara de todos nosotros.

—Y, tú, ¿cómo vas?

—No puedo quejarme —contesto.

—¿Qué respuesta de mierda es ésa?

—La que pienso darte —alego, encogiéndome de un hombro.

—¿Debería sentirme intimidado? —demanda, socarrón—. Porque nos conocemos desde hace mucho y te he visto llorar con *El rey león*.

—Teníamos nueve años —le rebato, apartándome el botellín helado de los labios— y tú también lloraste.

Reed niega con la cabeza mientras también disfruta de su Coors.

—Sólo lo fingí porque quería demostrarle a Carla Meladetti que era un tío sensible.

—Pues no te funcionó muy bien —le recuerdo. Puestos a sacar a la palestra anécdotas bochornosas, saquémoslas todas—. No te acostaste con ella hasta los dieciocho.

—Fue un proyecto a largo plazo, intercalado por otros proyectos a corto plazo.

—Sí y, cuando ella se enteró de todas las rubias a corto plazo, te pegó una bofetada.

Reed sonrío, canalla. No sé si está recordando a Carla, el resto de proyectos o la bofetada.

—Me la merecía.

Ambos sonreímos.

Reed, Spencer, Chase, Cooper y yo nos conocemos... desde siempre. No tengo ningún recuerdo de mi infancia ni de mi adolescencia donde no aparezcan ellos. Nos criamos juntos en Canaryville, un suburbio de Chicago, y nos convertimos en hermanos. Por eso ni uno solo de los cinco lo dudó cuando hubo que dar el paso y por eso los cinco nos mantuvimos juntos, siempre, protegiéndonos.

—¿La has visto? —inquire Reed.

Tuerzo los labios. Odio hablar de este tema.

—No —digo, lacónico.

—¿Te lo está poniendo difícil?

—Difícil sería algo con lo que podría lidiar.

Resoplo, malhumorado. Decir que odio la situación se queda injustamente corto, más que nada cuando sé quién es el hijo de puta responsable de todo y no puedo enfrentarme a él como me gustaría.

—Eres uno de los tíos más inteligentes y tenaces que conozco, Michael. Sé que vas a encontrar una solución.

Lo miro a los ojos y me da igual que sea a través de una pantalla, lo encuentro a él, a mi hermano, y me siento reconfortado. Las personas que te importan, las personas a las que tú les importas, no tienen por qué estar a tu lado para demostrarte que puedes contar siempre con ellos, aunque, como en este caso, estén a más de seis mil setecientas millas.

Asiento y sé que él ha entendido el «gracias» que no he pronunciado, igual que yo he comprendido el «voy a estar siempre contigo» que no ha dicho él.

—Espera un momento —le pido, chistoso, rompiendo el momento porque se estaba poniendo la hostia de cursi—, ¿por qué has dicho uno de los tíos más inteligentes y tenaces que conoces y no *el tío*?

—Porque también me conozco a mí mismo —sentencia sin un gramo de arrepentimiento.

—Eso sólo implica que la lista es más larga, no que estés por delante de mí.

—Abogado. Presuntuoso. Capullo. Michael Stearling —contraataca grandilocuente, como si leyera cada palabra de un enorme cartel luminoso.

—No merece la pena profundizar en el dato. No merece la pena profundizar en el dato. No merece la pena profundizar en el dato. Conrad Reed.

—No te preocupes, ya sabemos que nunca se te ha dado muy bien profundizar.

—Al menos, yo nunca he profundizado donde no debía.

Va a contestar, pero yo enarco las cejas, dispuesto a ponerle nombre y apellido a ese «no debía» y, al final, los dos nos echamos a reír.

Se oyen ruidos provenientes de detrás de su ordenador y capto una voz de chica de lo más acaramelada. Reed levanta la cabeza y responde algo que prefiero no entender.

—Tengo que irme —anuncia con una media sonrisa.

—Diviértete, cabronazo.

—Pienso hacerlo.

Los dos alzamos el botellín de cerveza y lo chocamos suavemente contra la pantalla, en una especie de brindis virtual.

—Por Cooper —pronunciamos al unísono, con la voz serena.

—Hablamos esta semana —se despide.

—Cuando quieras —respondo antes de cerrar la aplicación.

¿Por qué me hice abogado?

Definitivamente, sólo me adapté.

Me acabo la cerveza de un trago y me voy a la cama.

* * *

Salgo del ascensor con el paso decidido al tiempo que me meto la mano en el bolsillo del

pantalón negro de mi traje de tres piezas. El derecho no se me da mal, nada mal. Sólo se trata de ser más listo que quien tengas enfrente y anticiparte a sus movimientos. Los alegatos, las pruebas, incluso los juicios en sí, no son más que una farsa. Lo importante es ver venir las jugadas, adaptarte y reaccionar. Adaptarte. Siempre adaptarte.

—Buenos días, señor Stearling —me saluda Pipper, la recepcionista.

Ignoro la suavidad intencionada de su voz y la manera en la que me mira, diciéndome sin palabras «vamos a hacer que el suelo de tu despacho tiemble». No me malinterpretéis, tiene un cuerpo de escándalo y pinta de saber de verdad cómo hacer que el suelo tiemble, pero no voy a tirarme a nadie del trabajo. No pienso correr ese riesgo, por muy buena que esté. Mujeriego, sí. Gilipollas, no.

—Buenos días, señor Stearling —me saluda un grupo de pasantes y abogados júnior.

Para mí todos son un número... pasante número uno, abogada júnior número cuatro. Otra vez no me malinterpretéis, joder. No soy un ogro. Jamás le he gritado a ningún empleado. Con toda sinceridad, eso me parece de inútiles pusilánimes. Si necesitas gritar para que te obedezcan es que eres un profesional nefasto. Si necesitas gritar para que te tengan miedo, es que no van a tenértelo nunca. Tampoco soy amable, la verdad; sólo lo soy cuando me nace serlo y me nace serlo más bien poco. Tengo claro lo que quiero y no necesito fingir que no es así.

—Señor Stearling —me saluda mi secretaria, la señora Jones, al verme entrar en la antesala de mi despacho.

—Ponme al día.

Ése es nuestro código. Cuando acepté convertirme en socio, me ofrecieron poder contratar a una secretaria de veintipocos, muy guapa y muy predispuesta, pero me negué. Pobres altos ejecutivos idiotas si piensan que una secretaria es sólo un adorno. Una secretaria es tu mano derecha y tu mejor instrumento a la vez. Por eso le ofrecí a la recepcionista de la oficina un ascenso y fui muy sincero con ella: quiero saber absolutamente todo lo que pase en este despacho. No es que sea un desconfiado de mierda, pero la información es poder. Ella había estado al frente de la recepción durante más de diez años, conocía a las otras secretarias, a los abogados júnior desde que eran pasantes, y se llevaba de cine con Amanda Reeves, lo que indicaba que era una mujer lista. Reeves es un hueso duro de roer en todos los sentidos. La señora Jones lo entendió a la perfección, me exigió tres pavos más por hora y nuestro vínculo se hizo inquebrantable. Somos como Robert Redford y Brad Pitt en esa peli de espías, sólo que, curiosamente, ella es Brad Pitt.

Así que cada mañana, al llegar, la señora Jones me informa de todo lo que ha sucedido en mi ausencia.

Sin embargo, en vez de hablar, en esta ocasión mi secretaria me hace un sutil gesto con la cabeza, indicándome los sillones de espera situados en la pared frente a la puerta de mi despacho. Sin poder evitarlo, una media sonrisa se cuelga en mis labios. Vamos a divertirnos.

—¿No es algo temprano, pequeña patosa? —Hago una pausa absolutamente deliberada—. Me parece un poco excesivo que, después de sólo un día juntos, ya hayas comprendido que no puedes

vivir sin mí, pero ¿qué puedo decir? Entiendo que haya marcado la diferencia en tu vida.

Ella se levanta de golpe y abre la boca, indignadísima. Creo que, si arrastraba un poco de sueño por la hora, se le ha quitado de repente. De inmediato, aprieta esos labios tan jodidamente sexis en una fina línea y me fulmina con la mirada, apuesto a que conteniéndose para no insultarme.

Yo le dedico mi media sonrisa. Sé por qué está aquí, pero todavía no comprendo por qué motivo me divierte torturarla. Es algo así como un plus por venir a trabajar.

—Estoy aquí porque la señora Reeves me ha informado de que cada mañana uno de los pasantes debe presentarse en su oficina por si necesita algo.

—Necesitar —comento, torciendo el gesto desdeñoso, caminando hacia ella—, puede que necesite un par de cosas, pero no sé si vas a estar a la altura.

—Yo siempre estoy a la altura —sisea, manteniéndome la mirada.

Ya estamos separados por menos de un mísero metro. Levanta la cabeza para no romper el contacto visual y seguir demostrándome lo enfadada que está. No se deja avasallar y me observa esforzándose en dejarme claro que no la impresiono. Mi sonrisa se ensancha. Me pone que me pongan las cosas difíciles.

—Eso depende de dónde esté el listón —replico—, y tengo la sensación de que siempre te han obligado a ponerlo muy bajo.

La señorita Holloway capta al vuelo la doble intención de mi frase, claramente referida a los torpes inútiles con los que se ha acostado, y parece todavía más furiosa. Creo que eso es una de las cosas que me atraen de ella: las pilla a la primera y eso hace las conversaciones mucho más interesantes.

—Cuanto más ladra el perro —contraataca—, peor muerde, señor Stearling.

Ladeo la cabeza, socarrón. Es rápida. Eso también me gusta. Me gusta que cada charla sea una batalla.

—¿Estás poniendo en duda mi listón? —inquiero, malicioso.

—Le estoy poniendo en duda a usted.

—Y mi listón —le rebato—. No sé qué me ha dolido más.

Tiene unos ojos azules increíbles, despiertos, grandes, vivos, con la mirada clara y directa. Me motiva que los use para intentar leer en mí, estudiarme. Son unos ojos sinceros.

—Eso es porque tiene un ego del tamaño de Nueva York. Es muy fácil darle de lleno.

Sonrío de nuevo. Una sonrisa media y canalla.

—Y, según tú, ¿qué debería hacer?

—Bajarlo.

—¿El listón?

—El ego.

Acabo con la distancia que nos separa, sólo es suelo entrometido entre los dos, y me inclino sobre ella. Su suave perfume me envuelve y la calidez que desprende su cuerpo se entremezcla

con el mío. Algo, eléctrico, me atraviesa la columna vertebral y me paso el pulgar por las yemas del resto de los dedos de la mano.

—Ahora mismo tengo las dos cosas demasiado duras para bajarlas —susurro.

Se estremece. Joder, lo noto en una parte muy concreta de mi cuerpo.

Me mira con rabia, pero no se aparta. No es la mujer más guapa que he visto en mi vida ni la más despampanante, pero no se aparta y yo no quiero que lo haga.

—Señor Stearling, es usted un malhablado —me reprocha, airada.

—La culpa es tuya —sentencio sin un solo gramo de arrepentimiento. No lo tengo—. Deseas, tienes.

Su respiración se acelera y sus ojos, tímidos, bailan de los míos a mis labios. El eco eléctrico vuelve a recorrer mi cuerpo, colocándolo en guardia, situándolo al borde del abismo. Me he follado a muchas mujeres, pero hacía siglos que no sentía la adrenalina recorriéndome las venas de esta manera. Y tengo razón. Todo es culpa suya, es ella quien lo está provocando.

—¿En qué estás pensando ahora mismo, en mi listón o en mi ego?

Mi voz suena más lobuna, más trémula. Mi media sonrisa se ensancha un poco más, pero también se vuelve algo más macarra.

Sarah abre la boca dispuesta a decir algo, pero acaba soltando un suspiro, casi un gemido, cierra los labios con rabia y se aleja un paso de mí, cuadrando los hombros al mismo tiempo, como si acabase de recuperar la compostura.

Mi sonrisa se hace más grande otra vez. Provocarla es una puta delicia.

—Yo no deseo nada de nada de usted —gruñe, estrellando las carpetas que tenía entre las manos contra mi pecho y saliendo disparada.

La observo hasta que deja la habitación y, antes de que pueda hacer nada por controlarlo, frunzo el ceño. No quería que se fuera, joder. Me rasco la nuca, pensativo. No tengo muy claro de dónde ha salido esa idea. Sólo es una cuestión de diversión, me digo. Si no la tengo cerca, no puedo torturarla, y torturarla es divertido. Me obligo a girarme, pero me sorprende mirando por encima de mi hombro para que la puerta siga en mi campo de visión.

Sólo se trata de jugar.

Nada más.

¿Verdad?

Me acerco a la señora Jones aún confuso y puede que malhumorado y le hago un gesto para que empiece a hablar.

—El señor Cohen ha delegado el caso Bowan a dos de sus abogados júnior para poder encargarse personalmente del tema de Brooklyn Heights. —Asiento, eso ya me lo esperaba—. Sigue al frente del caso Ferrera y de la demanda colectiva de Industrias Grass-Cartwright, de los que no hay ninguna novedad. —Otra cosa que también estaba clara. Le hago un gesto con la mano, indicándole que continúe—. El señor Carter se ha reunido a primera hora con Dominic Sevoir.

Frunzo el ceño. Eso parece interesante.

—¿Aquí?

La señora Jones niega con la cabeza.

—En el Pierre. Podré decirle algo más cuando almuerce con su secretaria.

—Si hay alguna memoria de la reunión, quiero verla.

Pensativo, pierdo la mirada en el interior de mi propio despacho. Sevoir es uno de los ayudantes del gobernador. Carter estaba llevando los asuntos de Anthony Jenkins. Después de todo el escándalo de la saturación de capitales de Grant y asociados que descubrió la Oficina del ejercicio bursátil, Jenkins buscó un nuevo gestor para su enorme imperio inmobiliario. Carter estaba centrado en eso. Delegó todos sus casos pendientes a su abogado júnior número dos e incluso pasó de dos clientes que le habrían generado muchos beneficios para centrarse en Jenkins. ¿Qué pinta Sevoir en todo esto? Tiene que haber algún tipo de conexión.

—Estaré de vuelta antes del almuerzo —le digo a la señora Jones, saliendo del despacho—. Quiero esa memoria para entonces.

Estoy en mitad del gran pasillo, camino de la sala principal, cuando mi teléfono empieza a vibrar en el bolsillo interior de mi chaqueta, indicándome que acabo de recibir un email.

Sin dejar de caminar, rescato el móvil y abro el correo electrónico. Sonrío satisfecho. Estaba esperando esta información. Me dejo caer de costado contra la pared y empiezo a leer con detenimiento.

Llevamos el caso de una pequeña empresa informática que cedió parte de los derechos de una nueva aplicación que están desarrollando a cambio de financiación, pero la firma inversora no está cumpliendo con lo pactado, sospecho que como parte de un plan para acabar robándole la patente y no tener que pagar un centavo por ella.

Dibujó la estrategia que seguiremos y perfilo el siguiente paso. Hay que buscar y analizar todas las patentes adquiridas por la compañía inversora en los últimos cinco años. Me apuesto un millón de pavos a que no es la primera vez que juegan sucio.

Alzo la cabeza y peino la sala en busca de mi abogado júnior número tres, pero, entonces, por pura casualidad, me encuentro con la señorita Holloway.

Está en su diminuta mesa, con una montaña de carpetas a un lado, muy concentrada. Vuelvo a ser consciente de que no es la chica más guapa que he visto en mi vida, pero me gusta observarla. Tiene algo, no tengo ni la más remota idea de qué.

Ella levanta la mirada y sonrío a algo que le dice la abogada número cuatro de Cohen. Joder, el gesto tiene un eco directo en mi polla. De pronto, me la imagino de rodillas en mi despacho; me la imagino tumbada sobre mi mesa con la piel encendida, gimiendo.

Antes de que la idea termine de cristalizar en mi cuerpo, doy el primer paso hacia ella por puro instinto. Si imaginarla gemir ha sido increíble, verlo en directo tiene que ser una puta locura.

Sin embargo, con el segundo paso, otros más rápidos y sofocados en el otro extremo de la estancia llaman mi atención.

Joder.

Mimi Kiernan.

—Michael Stearling. Quiero verlo. Ya —dice, plantándose delante del escritorio de la pequeña patosa, olvidándose, como todas las niñas ricas, de la palabra *modales*.

Ella frunce el ceño un momento, observándola. Está claro que Mimi no es abogada ni ejecutiva ni nada por el estilo. La melena hasta casi la cintura, suelta, lisa y perfectamente peinada, el maquillaje, el vestido ajustado y con un ligero, aunque efectivo, escote y los tacones de ajuga. Ésas son las pistas. La conclusión: sólo es una cría consentida de cualquier barrio rico de Nueva York. El veredicto: no tendría que habérmela tirado cuando vino a firmar unos papeles de su fideicomiso, ahora sabe dónde encontrarme.

—El señor Stearling está ocupado —responde la pequeña patosa—. No creo que pueda atenderla en toda la mañana.

Sonrío. Ésa es mi chica, aunque, con toda probabilidad, sólo esté mintiendo porque cree que así me fastidia.

—Pues no voy a marcharme hasta que lo vea —insiste Mimi—, y no pienso darte una sola explicación más. Avísalo. Ahora. Ya —añade, agitando la mano con una soberbia displicencia.

Pongo los ojos en blanco, hastiado. Voy a tener que acabar con esto yo mismo.

Echo a andar hacia ella, que, en cuanto me ve, pestañea un número ridículo de veces y trata de sonreír pareciendo sexy. La recuerdo en el suelo de mi despacho, desnuda, y no siento nada. Los polvos son recuerdos con fecha de caducidad. Te acuestas con alguien, sudáis, disfrutáis, os corréis y ahí se acaba. ¿Para qué complicar algo que es perfecto y que funciona desde los albores de la humanidad? De hecho, gracias a eso, hay humanidad.

Al tenerme lo suficientemente cerca, Mimi da una suave palmada y un paso hacia mí, provocando que yo me detenga uno antes. Cuanto antes entienda que no vamos a volver a compartir el mismo espacio personal, antes acabará esta estupidez.

—Estás aquí por... —dejo en el aire, irónico, desdenoso y con nulo interés, todo a la vez.

Al hacerlo, la señorita Holloway repara en mí. Me observa unos segundos y tengo la sensación de que me está estudiando, uniendo cabos e imaginando diferentes posibilidades. Yo podría hacer muchas cosas, dejar que piense lo que quiera o simplemente ignorarla, pero opto por algo más... divertido.

Vuelvo mi vista hacia ella, tomándola por sorpresa, y atrapo su mirada en el mismo movimiento. Sarah me la mantiene y, entonces, articulo con los labios, sin emitir sonido alguno:

—Sexo.

La señorita Holloway cuadra los hombros de golpe y sus mejillas se tiñen de un delicioso color rojo. Sonrío encantado. Misión cumplida.

—He pensado que podríamos comer juntos —nos interrumpe Mimi, rompiendo la diversión.

Resoplo exasperado, girándome de nuevo hacia ella.

—Sí, ya, eso no va a pasar —le dejo claro.

—Pero, Michael, tú me gustas muchísimo.

La absurda conversación me aburre. Me aburre soberanamente; antes del sexo también, siendo sinceros, pero, por lo menos, es el camino a un fin. Alguna que otra vez he pensado en apuntarme a una de esas apps para follar, pero los abogados somos demasiado paranoicos y tenemos demasiado claro que todo el mundo miente como para arriesgarme a que una psicópata me acuchille en mitad de un polvo. Haber visto de adolescente *Atracción fatal* supongo que tampoco ayuda. Demasiado joven e impresionable para esa rubia chalada.

—No me sorprende, pero tampoco me importa —replico, encogiéndome de hombros—. Pequeña patosa —la llamo. Es más que obvio que no se ha perdido ni un detalle de la conversación—, avisa a seguridad. La señorita se marcha.

La señorita Holloway me mira con los ojos como platos, completamente alucinada. Yo arqueo una ceja, preguntándole sin palabras por qué no está haciendo lo que le he pedido. Ella asiente, veloz, y descuelga el teléfono, y yo, al fin, me dirijo a mi oficina. Tengo muchas cosas que hacer y odio perder el tiempo.

—¡Michael! —chilla de nuevo Mimi.

Me detengo en seco y suspiro, hastiado, incluso pongo los ojos en blanco otra vez. Me vuelvo despacio y, cuando lo hago, ella ya está frente a mí.

—Que te dejase gritar mi nombre mientras te corrías en el suelo de mi despacho no significa que puedas llamarme cuando te apetezca.

Ella entorna los ojos y aprieta los puños con rabia junto a sus costados. La típica pose de niña malcriada, enfadada porque su padre le compró el Lexus descapotable azul y no rojo.

—Eres un cabrón —sisea, furiosa.

Le dedico una media sonrisa dándole la razón, porque, joder, la tiene.

—No es mi problema que acabes de darte cuenta —afirmo.

Mimi aprieta los labios e hincha las mejillas, a punto de tener una rabieta en toda regla. Finalmente, lanza algo parecido a un gemido clasista lleno de ira, gira sobre sus tacones infinitos y se marcha sin mirar atrás.

Suspiro hastiado, otra vez.

El sexo es sexo y nada más. No soy tan cínico de pensar que no puedes follar estando enamorado o que el sexo se acaba cuando te echas una novia, aunque se parece bastante a morir lentamente cuando lo haces una vez a la semana, en una única postura y dura algo así como quince segundos, con la misma persona, siempre, y nótese que he dicho *persona* porque puede llegar a ser igual de deprimente para hombres que para mujeres. Los tíos que piensan que las mujeres no dan importancia al buen sexo están condenados a machacársela viendo porno el resto de sus tristes vidas. Pero el sexo también puede ser sexo y nada más. A millones de tíos, y supongo que a muchas mujeres, nos gusta que no haya nada más después. Si quieres enamorarte, enamórate, pero asegúrate de que la otra parte de orgasmo piense lo mismo que tú y no esté contando mentalmente hasta diez antes de levantarse de la cama, vestirse y largarse.

Y no es algo que haya inventado yo, es la cruda realidad.

SARAH
El diario de Bridget Jones
(Bridget Jones's diary), 2001, Sharon Maguire

El diario de Bridget Jones o, lo que es lo mismo, un manual muy detallado de cómo las mujeres siempre nos colamos por los chicos malos. *El diario de Bridget Jones: Sobreviviré*, manual extendido y revisado.

Lo he visto en riguroso directo. He presenciado cómo esa chica se ha arrastrado a los pies del señor Stearling y todo lo que ha obtenido ha sido un resoplido hastiado y un «gracias por el polvo». Y lo metafórico aquí es la frase, porque no le ha dicho gracias ni nada mínimamente parecido; en cambio, sí ha habido resoplido hastiado, como si le exasperase de una manera increíblemente condescendiente que las mujeres den por hecho cosas como una segunda cita porque les haya echado un polvo en su despacho. ¡En su despacho! No puedo dejar pasar ese detalle. ¿Erótico festivo? Sí. ¿Engrandece su leyenda? Con toda probabilidad. ¿Lo convierte en un inconsciente? ¡Sí!

Por eso es un error con patas y tiene una señal de advertencia pegada en la frente, y por eso tengo que conseguir que mi cuerpo deje de hacer las cosas que hace cuando lo tengo cerca. Prohibido sentir esas cosquillitas en el estómago. Prohibido que los músculos se me tensen deliciosamente. Prohibido seguir el instinto de apretar los muslos. Michael Stearling es el enemigo.

Mi móvil empieza a sonar. Es algo tarde y la oficina está prácticamente desierta. Dejo la carpeta abierta sobre otras dos encima de mi escritorio, despego un pósito y busco un lápiz. ¿Dónde lo he metido? El teléfono continúa sonando. Levanto unos expedientes, levanto otros, otros, ¡ahí está! Lo cojo y empiezo a anotar a grandes rasgos la idea sobre el testimonio del caso que estaba revisando. *Might not like me*, de Brynn Elliott, para y luego comienza de nuevo.

—Ya voy, ya voy —murmuro, escribiendo más rápido—. Voy —pronuncio con más energía, alzando la cabeza, rescatando el *smartphone* y deslizando el pulgar por la pantalla—. ¿Diga?

—Dime que no es verdad.

La voz de mi madre llega firme desde el otro lado de la línea.

Tuerzo el gesto.

—Pueden ser tantas cosas —respondo, impertinente.

—Dime que no es verdad que hayas aceptado un puesto como pasante.

Levanta la voz al llegar a la última palabra y la vuelve más aguada. Es como un rey mandando a un soldado a leer un nuevo mandato real a sus súbditos: acaba de dejar claro sobre qué va a

versar esta conversación telefónica.

—Mamá, tengo mis motivos.

—¿Y son? —replica, veloz. Es muy rápida.

Abro la boca, dispuesta a hablar y a contárselo todo, pero en el último momento me doy cuenta de que no puedo hacerlo. No sólo porque estaría confesando en voz alta, o baja, muy baja, que estoy perpetrando espionaje industrial en la propia empresa en la que lo hago, sino que, técnicamente, es información confidencial. Soy abogada, sé que no firmé ningún contrato con ninguna cláusula explícita de confidencialidad, pero, porque lo soy, sé que hay una cosa llamada secretos de naturaleza técnico industrial, los de orden comercial y los organizativos... básicamente, «no cuentes por ahí los trapos sucios que afectan a tu jefe».

—No puedo contártelos —claudico al fin—, pero aquí estoy haciendo algo realmente importante.

—¿El qué? ¿Llevarle el café a tu jefe?

Esa frase me hace pensar en el señor Stearling, en todo lo que dijo ayer acerca del valor de una persona.

—Soy pasante, mamá —le rebato con el tono alto y claro—. Yo no llevo cafés.

Me siento muy bien cuando lo digo.

—Universidad de Berkeley, Escuela de Derecho de la Universidad de Nueva York, redactora de su revista de derecho —empieza a mencionar mi carrera académica, pero, no os confundáis: no son halagos, sólo es su manera de indicarme cómo he podido hacerlo tan mal, teniéndolo todo para hacerlo bien—. Querías trabajar para Mason Fordbrader, pero te conformaste llevando casos menores inmobiliarios.

Siendo estrictos, tiene razón, pero, siendo estrictos, también se equivoca. Sí estoy trabajando para Mason Fordbrader, ¡aunque no pueda decirlo!

—Mamá, estoy haciendo lo que tengo que hacer y tú tienes que confiar en mí.

—Francamente, jovencita, eso es más que complicado.

Un golpe en el centro de la diana.

Hundo los hombros y, de pronto, siento que sólo mido dos centímetros. *Pequeña patosa is back.*

—Te has divorciado —me recuerda, como si fuese algo que una es capaz de olvidar—, vives con Lexie, como si todavía estuvieras en la universidad, y no estás tomando las decisiones más inteligentes con respecto a tu vida laboral. Tienes treinta años, Sarah; necesitas urgentemente empezar a hacer las cosas bien.

Es lo que quiero; lo que quiero con todas mis fuerzas.

Agacho la cabeza y me muerdo el interior de una mejilla al tiempo que siento cómo los ojos se me llenan de lágrimas. Lo último que busco es que mi vida sea un completo desastre y me gustaría que mi madre no me lo recordara cada vez que tomo una decisión con la que no está conforme.

—Hablamos mañana, ¿vale? —intento dar la conversación por acabada.

Mi madre suelta un largo suspiro al otro lado de la línea.

—Hasta mañana, Sarah.

—Hasta mañana.

Cuelgo y dejo caer el teléfono sobre la mesa. Apoyo los codos en la madera, me llevo las palmas de las manos a los ojos y resoplo larga y sonoramente hasta que, finalmente, abrigo mis sienes con ellas y pierdo mi mirada en el vacío. Estoy haciendo lo que debo hacer, ¿no? No he mandado mi vida laboral al traste sólo por seguir al señor Fordbrader, ¿verdad? Si ahora mismo quisiera darme la patada, no tendría nada. No hay ningún papel que me vincule a él. Sólo sería realmente una pasante de treinta años con un currículum falso.

—Por Dios —me lamento.

—¿Qué te pasa?

Su voz me distrae y pego la espalda a la silla de golpe. Pensaba que ya se había marchado a casa.

Alzo la cabeza y lo primero que veo es su imponente torso enfundado en una camisa blanca remangada, adornado con una corbata azul. Subo un poco más y me topo con su armónico rostro, con sus ojos del color del mar y con su pelo castaño claro.

—Por lo poco que te conozco —continúa el señor Stearling—, y ya considero que es mucho más de lo que me gustaría, tienes muchas razones para llorar, así que... ¿cuál es la que ha hecho que el bote de helado que seguro que te zampaste anoche no funcionara?

Cierro los ojos. No me puedo creer que haya dicho algo así. Sencillamente no puede ser verdad.

Me incorporo, doy un paso hasta que nos quedamos frente a frente y levanto la barbilla para poder mirarlo directamente a los ojos. Me muevo despacio, pero con la rabia saturando cada pulgada de mi cuerpo. No quiero que piense que lo que estoy a punto de decir está provocado porque esté triste o nerviosa.

—Es usted un completo gilipollas, señor Stearling.

No puedo más.

Echo a andar sin ningún rumbo fijo, no quiero tenerlo cerca, pero antes de alejarme puedo ver cómo pone los ojos en blanco y suelta un resoplido hastiado. ¡Es el colmo!

Camino por inercia hasta la sala de conferencias. Estoy tan furiosa que ni siquiera puedo pensar. Primero ha sido mi madre, recordándome que mi vida es un desastre, y ahora el señor Stearling, riéndose de mí. ¡No voy a consentírselo!

Me cruzo de brazos y pierdo la vista en los ventanales. Estoy enfadada por todas esas cosas, pero, en el fondo, hay algo más profundo que hace que no pueda dejar de darle vueltas y más vueltas a todo. ¿Y si este asunto del espionaje es un error? ¿Y si sólo consigo sepultar mi carrera? No quiero equivocarme. Ser abogada y cambiar el mundo, ayudar a las personas, es todo lo que siempre he deseado ser.

—Pequeña patosa —pronuncia Michael Stearling, deteniendo sus masculinos pasos al cruzar el

umbral de la elegante estancia.

—Sarah. Me llamo Sarah —replico beligerante, girándome.

Tenerlo de frente no me ayuda en lo más mínimo. Eso debería haberlo sospechado, pero lo cierto es que ahora mismo estoy demasiado cabreada y, para qué negarlo, asustada por mi incierto futuro profesional como para haberme anticipado al cruel hecho de que cada día que pasa está más guapo. (¡Maldito cabronazo!)

El señor Stearling arquea una ceja, en parte diciéndome que no saque los pies del tiesto y, en parte, desafiándome a que lo haga.

—Pequeña patosa —repite con alevosía, demostrándome lo poco que le importa lo que yo opine al respecto—, ¿qué te ha pasado?

—Nada —contesto, furiosa, sin dudar— y, por supuesto, nada que vaya a contarle.

Él me mantiene la mirada y durante el siguiente minuto nos quedamos así, en silencio, inmersos en una especie de duelo.

—¿Debería impresionarme? —pregunta, encogiéndose de hombros, con las manos en los bolsillos de sus carísimos pantalones. Es otra vez esa pose tan inocente que hace que me hierva la sangre. ¡El último adjetivo que puede aplicársele a Michael Stearling es inocente!

—Debería hacerle entender que no quiero tenerlo cerca.

Mi jefe tuerce los labios, desdenoso, otra vez diciéndome sin palabras que le importa bastante poco lo que le diga, pero que, si quiero hacer la pueril estupidez de comentarlo, va a hacerme el favor de dejármela pasar. Es la persona más arrogantemente condescendiente que he visto en todos los días de mi vida.

—¿Qué te ha pasado? —vuelve a inquirir.

Yo suelto un suspiro, exasperada.

—No va a rendirse, ¿no?

Vuelve a encogerse de hombros. El señor Stearling habla mucho con su cuerpo, con sus gestos, con la forma en la que tuerce los labios o arquea las cejas. Aunque es lo último que quiero, no puedo evitar pensar que esa idea me gusta; convierte una conversación en algo más íntimo, como si ya existiese un código entre los dos.

—Rendirse es de idiotas —sentencia.

—¿Porque hay que ser poco hombre para hacerlo? —me burlo.

—Porque hay que ser soberanamente estúpido para darle valor a esa posibilidad. —El señor Stearling rodea la mesa y se sienta exactamente a tres sillas de mí—. Si quieres rendirte, ríndete; si no quieres hacerlo, lucha, pero adáptate y sobrevive, siempre.

Uau. Eso ha sido una declaración de intenciones en toda regla. En contra de mi voluntad, me quedo perdida en sus ojos turquesa, en toda la intensidad del mar, y, cuando me doy cuenta de que no sé cuánto tiempo llevo así, aparto mi mirada, acelerada, posándola de nuevo en los ventanales al tiempo que trago saliva y el corazón me late con más fuerza.

—Piénsalo —me ordena con la voz grave—. ¿Qué es lo que necesitas para sobrevivir?

Contemplo la ciudad un momento más antes de devolver mi vista hasta él y, despacio, caminar el trozo que me toca y sentarme a su lado.

—Necesito que mi familia me respete.

El señor Stearling niega suavemente con la cabeza.

—¿Por qué?

Voy a contestar, pero entonces me percató de que, en realidad, no tengo una respuesta. ¿Por qué necesitamos que nuestra familia nos quiera, nos respete? ¿Por qué de ellos depende en cierta manera nuestro lugar en el mundo? No debería ser así. La imagen que nos construimos de nosotros mismos tendría que depender sólo de nosotros, sin trucos, sin estrategias, únicamente un pacto sincero entre una persona y esa parte con la que todos cargamos que no para de decirnos «no vales para nada».

—Porque sí —expongo al fin. Supongo que la teoría es una cosa y la dura práctica, otra—. Eso es lo que todos buscamos, ¿no?

El señor Stearling ladea la cabeza de una manera muy elocuente al tiempo que se inclina hacia delante y apoya los codos en las rodillas.

—Ahí va una obviedad —susurra, y su voz, otra vez, me envuelve—: la gente que te importa debe hacerlo sólo si tú también eres importante para ellos.

Me mira y creo, no sé cómo, que ahora lo conozco un poco más, porque tengo la sensación de que esa frase lo define a él. Michael Stearling sólo necesita a la gente que le importa y no me hace falta ser ningún lince para entender que es un club muy selecto.

—Creo que las cosas no son tan sencillas —argumento.

Si fuera tan fácil borrar a una persona de tu vida, conseguir que dejara de contar para ti sólo porque tú no cuentas para ella, todos seríamos mucho más felices (y Maná se quedaría sin temática para sus canciones).

—Pues deberían serlo —concluye con una sonrisa, pero es una sonrisa diferente. Parece que ha sido capaz de leer lo que había detrás de mis palabras, incluido el apunte musical.

El señor Stearling entrelaza los dedos, dejando sus manos pender suavemente entre sus piernas, a escasísimos centímetros de mis rodillas.

Mi corazón se acelera, desbocado, y todo se vuelve un poco más confuso por saber un poco más de él, aunque sólo sea una mísera pizca, y porque esté aquí, en cierta manera, preocupándose por mí y, más que nada, la idea de que mi cuerpo, en contra de mi voluntad, está encendido, justo aquí, justo ahora, sólo porque Michael Stearling está cerca y podría estarlo un poco más.

—A veces tengo la sensación de que mi vida es un desastre —murmuro, seducida por la burbuja que se ha creado a nuestro alrededor.

Bajo mis manos hasta agarrar el borde de la silla, como si fuese mi última ancla a las buenas decisiones.

El señor Stearling sonrío, un gesto tenue, pero también sexy, arrogante, sincero y con un toque de malicia. Supongo que como es él.

—Todos tenemos derecho a equivocarnos —replica.

—Pero no todos los errores son iguales —le recuerdo.

—A veces es más fácil que todo eso, señorita Holloway.

Mueve las manos, sólo un milímetro, con sus ojos fijos en el movimiento. Mi cuerpo sube un escalón más y el deseo se funde con mi respiración entrecortada.

—Lo único que importa es si queremos equivocarnos. —Alza la mirada y sus impresionantes ojos atrapan de inmediato y sin remedio los míos—. ¿Quieres?

Sus dedos están a punto de tocar mi piel y la promesa de placer es tan grande que subleva hasta la última de mis terminaciones nerviosas. Mi mente se cortocircuita y es mi cuerpo el que toma el mando.

Desear equivocarse.

Caer en la tentación.

Todo el placer.

Si hubiese una moneda con tres caras, serían éstas y le pertenecerían a él.

Sí. Sí. Sí.

Estoy a punto de pronunciarlo, pero en el último microsegundo mi sentido común regresa y me levanto de un torpe salto, arrastrando la silla y haciendo muchísimo ruido en el proceso.

—Lo siento, señor Stearling —susurro sin poder evitar que mi voz suene trémula, y salgo disparada.

Lo último que veo es su media sonrisa, como si hubiese reaccionado exactamente como esperaba, y eso me confunde aún más.

Recojo mi bolso casi sin detenerme frente a mi mesa y salgo del edificio. Tengo que alejarme de él.

En el ascensor, el corazón me rebota con más furia contra el pecho. No puedo hacerlo. Soy plenamente consciente de que hay demasiados motivos, pero la verdad es que tengo que esforzarme muchísimo en encontrar uno ahora mismo. Liarse con alguien del trabajo no es profesional y, además, en este despacho es razón de despido fulminante. ¿Qué pensaría el señor Fordbrader? No puedo poner en peligro mi tapadera. Y, aunque me olvidase de todo eso, sigue estando él. No puedo colarme por alguien como Michael Stearling. Ninguna mujer debería hacerlo, no si no quiere acabar siendo una muesca en el cabecero de su cama y un conjunto más de lencería tirado a sus pies.

Cuando por fin alcanzo el vestíbulo, me escabullo para salir la primera y cruzo el vestíbulo tan veloz que el repiqueteo de mis tacones sobre él suena como el zapateo de un bailarín de claqué. Al empujar la puerta y poner por fin mis *peep toes* negros sobre la acera de la Avenida Lexington, el aire fresco me golpea y por fin tengo la sensación de que puedo volver a respirar.

Michael Stearling no es una opción.

Doy una bocanada larga y profunda.

Pensar en Michael Stearling no es una opción.

Dejo que la ciudad me envuelva y empiezo a caminar, buscando ganar seguridad con cada paso. Michael Stearling es peligroso.

—Michael Stearling no puede significar nada para mí.

Ojalá no sea demasiado tarde para tomar esa opción.

* * *

—Necesitas unas reglas —dice Lexie con un convencimiento absoluto, sacando la cañita de su batido de chocolate del Dean & DeLuca y llevándosela a la boca para rechupetear la nata. Le encanta hacer eso y creo que al hombre que viene de frente también; casi se come una papelera por mirarla a ella en lugar de por dónde camina.

—¿Reglas? —repito, intrigada, sorbiendo de mi cañita y deleitándome con mi batido de caramelo.

Es sábado, así que Lexie y yo estamos disfrutando de uno de nuestros rituales favoritos: bajar en metro hasta Times Square, dar un paseo y comer en el Green Salad, nuestro restaurante preferido. Después, andar cinco manzanas hasta el Dean & DeLuca de la Octava, en el edificio del *New York Times*, y comprarnos dos batidos para llevar. La idea es tomárnoslos en casa, pero nunca llegamos con ellos ni siquiera a la parada de metro.

Han pasado unas veinte horas desde que salí huyendo de Cohen, Carter y Stearling, lo que significa que llevo unas diecinueve y media poniendo al día a mi amiga de que mi jefe es la tentación hecha cuerpo de escándalo, voz ronca y malicia; sobre todo, esa última parte.

—Sí —contesta sin dudar—, unas normas básicas para mantenerte a salvo del que, sin duda, es un cabronazo cum laude.

—Tu padre tiene que estar superorgulloso de lo bien que aprovechaste las clases de latín del internado.

Lexie tuerce los labios, pero no suelta prenda. Aquí donde la veis, mi amiga, que cree en el amor libre, que el cuerpo no debería ser tabú y apoya todas las causas sociales con las que se topa, fue a un internado para pijos pijísimos de esos de Connecticut, donde todos llevan uniformes y, si te recoge algo más barato que un Lexus para llevarte de vuelta a casa por las vacaciones de Navidad, eres un pringado. Yo siempre tengo muchas cuestiones sobre esa etapa de su vida, pero ella siempre se hace la interesante y mira para otro lado. Seguro que no sucedió nada emocionante, pero consigue que acabe imaginándola en Hogwarts.

—CCL, cabronazo cum laude —me reitera—. Deberías centrarte en tu guapísimo problema o vas a acabar perdiendo las bragas por él.

Entrecierro los ojos. Tiene mucha razón.

—Continúa —le doy pie, francamente concentrada.

Pasamos por delante de la icónica escalinata roja frente a la estatua del dramaturgo George M. Cohan.

—Primera norma: tienes que mantenerte alejada de él al menos seis pies.

—Eso tiene mucho sentido. Huele demasiado bien —me sincero.

Lexie asiente a mis palabras y así les da más razón a las suyas, pero, entonces, de pronto, abre mucho los ojos. Parece haber caído en la cuenta de algo.

—¿A qué huele? —inquire, curiosa.

Lo pienso un instante y no debería, tengo clarísimo la respuesta.

—A sexo desbocado —respondo, exasperada.

¡Y lo estoy! No es nada justo.

Mi amiga abre la boca absolutamente maravillada, imagino que fabricando sus propias fantasías con el señor Stearling, y eso que aún no lo ha visto.

Le doy un manotazo en el hombro, esto no me ayuda. Está tan absorta que logro desestabilizarla, pero carraspea y se recupera rápido.

—Volvamos al tema que nos ocupa —pronuncia, corriendo un tupido velo—. Segunda norma: no mirarlo. Nunca. Mirarlo está rigurosamente prohibido y es muy peligroso, como darle de comer a un gremlin después de las doce de la noche o liarte con el novio de tu hermana.

—Esa regla tiene todavía más sentido —añado prácticamente antes de que termine.

—No me digas más —replica, entendiéndome a la perfección.

—¿Por qué no puede ser rematadamente feo? —me quejo, aunque creo que se lo estoy suplicando al dios de las pobres idiotas que sienten cosas por quienes no deben y acaban hechas polvo; supongo que debe de ser Bonnie Tyler.

—No lo sé. ¿Tú crees que los vemos tan atractivos porque son unos gilipollas arrogantes o que se vuelven unos gilipollas arrogantes porque son así de atractivos?

Lo pienso un instante, dos, tres. Es una pregunta realmente complicada.

—Creo que ése acabará siendo uno de los grandes misterios de la humanidad —sentencia.

Asiento con contundencia y ella le da un larguísimo trago a su batido. Pasamos junto a las taquillas TKTS, donde al menos una veintena de personas esperan, emocionadas, para comprar su entrada para un musical.

—¿Hay una tercera norma? —planteo.

—Por supuesto. La última y probablemente más importante de todas: no seguirle el rollo por muy tentador que sea. El CCL, o cabronazo cum laude, es inteligente y malicioso y se le da muy bien ponerte en situaciones en las que tú saltas, discutes con él y acaba poniéndote a mil con una frase con la que, además, también consigue que tú te lo imagines desnudo y encima de ti.

Me detengo en seco y, antes de que pueda controlarlo, recuerdo todas las veces que ha hecho precisamente eso, aquel «es exactamente lo que piensas», cuando nos montamos en el ascensor, toda la conversación del listón y el ego. Por Dios, ayer logró que me temblaran las piernas y me olvidara del día en el que vivía cuando me preguntó «¿quieres?».

—¡Es un auténtico CCL! —protesto, reemprendiendo la marcha.

—Señoría —alega Lexie, grandilocuente, haciendo una reverencia como si estuviésemos en el

siglo XVI. Tengo que explicarle cómo funcionan los juicios actualmente—, he concluido mi alegato.

—Eso es lo peor de todo, que sea tan mezquinamente inteligente y que siempre use ese talento para el mal.

—Un buen culo se agradece, pero, como des con el tío inteligente que te haga gracia, las mujeres estamos perdidas.

Me paro de nuevo.

—A mí no me hace gracia —gruño.

Mi amiga se frena, se vuelve y me mira con el inicio de un mohín en los labios, una clara traducción de «¿de verdad vas a hacerme demostrarte que tengo razón?».

—No te hace gracia porque te lo hace a ti —me indica como si fuera obvio— y, actualmente, te cabrea muchísimo, pero tú imagínate que vieras cómo se lo hace a otra, cómo da un cadencioso paso hacia ella —en contra de mi voluntad, mi mente sintoniza esa imagen precisa, en mitad de la sala de Cohen, Carter y Stearling. La chica no es una chica, es sólo un borrón blanco—, dejando la distancia suficiente como para no tocarla, pero consiguiendo que ella sólo pueda pensar en lo cerca que está. Le dedica una sonrisa de medio lado, la mira a los ojos, le dice cualquier tontería, aguda, inteligente, desdeñosa.

Una sonrisita de lo más boba se apodera de mis labios y me muerdo la lengua para controlarme.

—Ahí lo tienes —argumenta Lexie.

Pero, de pronto, el borrón blanco adquiere cara, la de una mujer indefinida, pero alta, guapísima y elegante, como la niña rica que se presentó en el bufete, y ya no me hace tanta gracia este experimento.

—Sigue sin tener gracia —siseo, reemprendiendo la marcha.

—Buen intento, sonrisitas —replica adelantándose, sorbiendo de la cañita y bebiéndose casi un cuarto de batido de un trago.

Yo la observo con los ojos entrecerrados, pero, como no surte el más mínimo efecto, acabo hundiendo los hombros, resignada, y disfrutando de mi batido. El chocolate es el gran amor de mi vida.

—¿Sabes lo que necesitas? —sienta cátedra mi amiga, ralentizando el paso para que la alcance y echando la cabeza hacia atrás para observar los neones que flanquean nuestro camino—. Que nos vayamos de marcha.

Lo pienso un instante. ¡Perfecto!

—Sí —contesto, entusiasmada—. Vamos a una disco increíble. ¡A bailar!

—Nos pondremos unos vestidos alucinantes —empieza a decir, estirando la mano con la palma abierta, como si ya nos visualizara—, nos subiremos a unos tacones increíbles y nos plantaremos en la puerta del EHON. No vamos a marcharnos de allí hasta que consigamos entrar.

El EHON, o el Electric House of Natives, es el club de moda en Manhattan. Muchas veces

hemos intentado acceder, pero nunca hemos tenido paciencia suficiente como para aguantar las interminables horas de cola; sin embargo, hoy va a ser el día.

Señalo a mi amiga con el índice.

—Ése es el plan, nena.

Lexie me guiña un ojo, seguimos disfrutando de Times Square un ratito más y regresamos en metro a casa. Tenemos mucho que hacer.

* * *

A las doce en punto estamos delante del EHON. Hay una cola inmensa a lo largo del callejón donde está ubicado el acceso principal del club y que sigue unos metros más por la 26 Oeste, y cuatro porteros con cara de malas pulgas y hablar ruso en la puerta.

—Va a estar complicado —comento, oteando por encima de las cabezas y cabezas (y más cabezas) que tenemos delante.

—No desesperes —responde Lexie—. Además, míranos —me exige—, estamos increíbles.

Asiento convencidísima, porque la primera regla para tener confianza en una misma es saber fingirla divinamente y, aunque los dos kilos que he ganado se empeñen en ponérmelo complicado, yo hoy me veo genial.

Después de más de una hora en la que la cola no se mueve ni un centímetro, por fin avanza y conseguimos llegar hasta la entrada. El exsoviético de uno noventa y el cuello tatuado nos observa a las dos, a mí unos dos segundos, a Lexie unos treinta, todo hay que decirlo, y hace una señal casi imperceptible indicando la puerta a su espalda para que pasemos. ¡Genial! ¡Lo hemos logrado! ¡Estamos en el club de moda!

Pero, cuando sólo he avanzado un paso siguiendo los de Lexie, el armario empotrado niega, enérgico, y alza la mano para que me detenga.

—Tú, sí —gruñe a mi amiga—. Ella, no.

Abro la boca, indignada.

—¿Por qué? —me quejo.

—Déjala entrar —protesta Lexie—. Está guapísima.

—Puede que no tanto como ella —intervengo yo—, pero creo que esta noche lo he hecho bastante bien.

El tipo me observa de nuevo y tuerce los labios muy poco impresionado. ¡Qué desgraciado! Llevo un vestido negro ajustado sin mangas, con un escote muy suave y más pronunciado en la espalda y la silueta de un precioso pájaro blanco bordado bordeando el cuello y un hombro. He conseguido que mi media melena rubia esté ordenada y divertida a la vez. Los ojos, ahumados; los labios, de rojo. ¡He hecho un buen trabajo!

—Ella no está en lista —nos da como única explicación.

—Yo tampoco —replica Lexie.

El portero sonríe.

—T  no necesitas estar en lista.

Las dos seguimos mirándolo mal, pero Lexie tiene que luchar por contener una sonrisita. No la culpo. Ha sido como decirle «eres tan guapa que no hace falta que nadie te apunte en ningún papel».

De pronto, se me ilumina la bombilla.

— Sabes qué, grandullón? —digo con la voz clara y firme—. Soy abogada, y una de las buenas, y me he dado cuenta de cinco... —agito la cabeza suavemente, repas ndolas mentalmente —... siete normas que incumple este local.

Me mira, pero no le supongo la más mínima inquietud.

—No es verdad.

— Me est s cuestionando? —lo desafío.

—El club tiene abogado muy bueno y dice todo en regla. —La frase es la más elaborada que ha dicho hasta el momento y su acento se hace más notable.

— Y ese abogado tan bueno os ha hablado del caso McTiernan contra Foster? —Alzo la barbilla con suficiencia y los ojos del ruso se vuelven recelosos—. Básicamente, sientan los derechos de los usuarios como yo a entrar en clubs como éste al determinar que, a no ser que la lista sea pública cuarenta y ocho horas antes del evento en un medio de difusión superior al veinte por ciento de la población total donde el local est  ubicado, no puedo impedirse el paso a ninguna persona en alusión a la misma, quedando dicho comportamiento penado con multas de diez mil a ciento cincuenta mil dólares e incluso al cierre del negocio si quedase demostrado el dolo. Así que, a no ser que hayas avisado —hago un rápido cálculo de cuál sería el veinte por ciento de la población de Nueva York— a m s de un millón y medio de neoyorkinos de que no est n en la lista, te toca dejarme entrar.

El hombret n no levanta su vista de mí; yo le mantengo la mía y, entonces, enarco una ceja, perspicaz. Ese pequeño gesto termina de inclinar la balanza a mi favor, ya que el portero me fulmina con la mirada y mueve su grueso cuerpo a un lado, dejándome el camino libre para entrar.

Lexie y yo accedemos y, en cuanto la puerta se cierra a nuestra espalda, las dos soltamos un grito y alzamos los brazos. Oficialmente, esta vez s ,  estamos dentro!

— Ha sido alucinante! —comenta Lexie—.  C mo pod is recordar los abogados tantos casos? —plantea, curiosa.

—Tenemos nuestros trucos —respondo, encogiéndome de hombros—, pero, en esta ocasión, no he tenido que recordar nada, porque me lo he inventado.

Mi amiga me mira boquiabierta y, al cabo de un segundo, me señala al tiempo que asiente con vehemencia.

— sa es mi picapleitos.

Sonrío de medio lado.

—Actualmente: mitad picapleitos, mitad juerguista.

Asiente de nuevo.

—Yo no lo habría expresado mejor —sentencia.

Nos aguantamos un solo segundo la mirada y las dos rompemos a reír.

—¡A disfrutar! —nos arenga Lexie.

Cuando avanzamos un metro más y el EHON entra en nuestro campo de visión, esas palabras parecen crecer hasta el infinito. ¡Es espectacular!

Suena *Million dollar life*, de The Wizardz of Oz, y todo, la música, los colores, los centenares de personas bailando, se funden como si estuvieran hechos de magia, estilo y buen ritmo. No hace falta fijarse en las enormes barras de metal, en la segunda planta descubierta o en la cabina del DJ reinando sobre una pista abarrotada para entender por qué es el club de moda de la mismísima Manhattan; es una posición que se ha ganado a pulso.

Lexie y yo nos abrimos paso entre la multitud y llegamos a una de las barras, todavía flipando.

—¡Dos tahoes! —le pide mi amiga, eufórica, al camarero.

Él la mira, es imposible no ver a Lexie, apoya las palmas de las manos en el mostrador y se inclina ligeramente sobre la superficie.

—Soy camarero, y uno muy bueno —le explica—, y, a no ser que te refieras a un blue tahoe, no he oído hablar de ese cóctel en mi vida.

—Nada de blue tahoe —le informa Lexie—. Ron añejo, zumo de limón, azúcar moreno y el ingrediente secreto: drambuie. Invención mía, y me hará famosa —añade, orgullosa.

Yo asiento a su lado por lealtad de amiga, pero también porque lo he bebido en millones de ocasiones y está delicioso.

—Ron, limón, azúcar, drambuie... —repite el chico, demostrando que no necesitará que se lo digan dos veces para elaborarlo a la perfección—. ¿Me permites un consejo profesional?

Lexie asiente, enérgica.

—Lima en vez de limón.

Ella lo piensa un instante.

—Y un par de rodajas —propone mi amiga.

—Y un toque de soda. Necesita vida.

Lexie abre mucho los ojos.

—¡Eres un camarero de la hostia...! —deja en el aire, esperando a que le diga su nombre.

—Max —concreta él—. Marchando dos tahoes para las señoritas —añade, girándose y comenzando a prepararlos.

Las dos sonreímos. Lo más curioso es que, aunque haya podido parecer lo contrario, no han flirteado, y eso que Max está como un queso, sólo ha habido una sana complicidad. Además, no sé por qué, pero sospecho que Max tiene novia. No soy capaz de explicar el motivo, pero siempre he sabido ver esa clase de cosas. Me gusta pensar que se debe a que, cuando se está enamorado, se irradia felicidad.

Llegan nuestras copas, le damos las gracias y nos alejamos unos pasos de la barra.

—Está increíble —advierde Lexie después de darle un sorbo—. Max sabe lo que se hace.

Sonrío. Supongo que hay que saberlo para trabajar en un garito así. Esa idea hace que otra vez, sin proponérmelo, pierda la vista en el local. Es impresionante. Distingo los primeros acordes de *Pineapple skies*, de Miguel. Hay personas charlando, bailando, riendo, disfrutando mientras la música, golpe de guitarra a golpe de guitarra, lo va inundando todo.

Y, entonces, tomándome completamente por sorpresa, lo veo. A él.

—¿Qué hace él aquí? —farfullo como si, al quejarme lo suficiente, el universo fuera a ponerme las cosas más fáciles, desintegrándolo.

—¿Quién? —inquire Lexie, confusa y curiosa, llevando su vista hacia donde ya apunta la mía.

—El señor Stearling.

En el preciso momento en el que pronuncio su nombre, la música, las luces, el local en general, parecen aliarse con él para lograr la perfecta sensación de que estamos en un anuncio de Armani, de esos que te dejan sin respiración.

Está de espaldas a la barra, con los codos apoyados en ella y esa extraña mezcla de sofisticación y displicencia. El delicioso dibujo de un rebelde moderno, oscuro y sensual. «Adaptarse, siempre», dijo, y ahora me doy cuenta de que sólo fue otra prueba más de que, bajo su carísimo traje, late un alma completamente diferente.

El pelo castaño dorado, el total *look black* y esos espectaculares ojos hacen el resto.

—Cabronazo cum laude —murmura Lexie, admirada, sin poder levantar sus ojos de él.

Una sonrisita de lo más boba roba mi expresión. Puede que esté enfadada por lo inconveniente de que esté aquí, pero no quiero dejar de mirarlo por nada del mundo. Además, a esta distancia, me siento a salvo de poder hacerlo sin que me pille con las manos en la masa y utilice el pequeño, pequeñísimo detalle, de que esté completamente embobada para reírse de mí. ¡Ay, benditos largos metros!

—Vamos a saludarlo —suelta Lexie, convencidísima.

¿Qué? ¡No!

—No —digo sin dudar, ahora en voz alta.

Mi amiga me mira como si no entendiese mi respuesta.

—Tienes que acercarte y saludarlo.

—¿Por qué? —Y no lo pregunto, lo protesto.

—Porque es tu jefe. Lo conoces —sentencia sin piedad.

—Ése no es un motivo —me defiendo, acelerada—. Conozco a mucha a gente de este sitio —miento a la desesperada—. Mira —argumento, achinando los ojos sobre un chico a lo lejos—, creo que fui con ese a la escuela primaria.

Cierro la mano en un puño, rindiéndome. A esta distancia podría ser la reencarnación del mismísimo George Michel que no podría distinguirlo.

Lexie me mira con los labios torcidos.

—¿Has terminado? —demanda, sardónica.

Arrugo la nariz. No ha colado.

—No pienso ir —dejo cristalinamente claro.

No voy a hacerlo.

—Si en algún momento él ya te ha visto a ti y tú no te acercas, vas a colocarlo en una posición de poder y va a aprovecharlo en tu contra.

Sus palabras me hacen mirarla suspicaz. Claramente poner a Michael Stearling en ese lugar es lo último que quiero. Ya se las apaña bastante bien para conseguirlo sin mi ayuda.

—Pequeña patosa —continúa con la voz ronca, imitándolo—, ¿recuerdas cuando coincidimos en el club de moda y fingiste no verme porque te pongo tanto que temes no poder articular palabra en mi presencia?

Sopeso la idea y vuelvo a mirarla, francamente mal esta vez. Sin embargo, no surte el más mínimo efecto y mi amiga, simplemente, se encoge de hombros.

—Yo no soy la responsable de tus problemas —alega—, sólo me encargo de recordártelos.

Tiene razón, pero me da igual y le hago un mohín que ella no duda en devolverme. ¡Qué osada! Le pego un manotazo en el hombro y Lexie me da otro a mí. Un pellizco en el costado por mi parte, otro más por la suya. Las manos vuelan y nos pasamos el siguiente minuto agrediéndonos.

—No quiero ir —me lamento en un gimoteo, parando.

—No es querer, es deber —afirma.

Hundo los hombros.

—Te odio —protesto, claudicando y echando a andar.

—Eso es música para mis oídos.

Lo observo de reojo. Sigo enfadada. El muy desgraciado es el colmo del atractivo. Aunque sigue apoyado en la barra, ha bajado los brazos y de una de sus manos pende un vaso con un líquido ambarino.

Un grupo de chicas lo observan y cuchichean embelesadas, pero él no repara en ellas. Parece que las mujeres sólo existen para Michael Stearling cuando él decide que existan.

Pongo los ojos en blanco ante tamaña posibilidad y aparto la mirada. Además, sería un gran momento para poner en marcha la regla número dos de los cabronazos cum laude: no mirarlos. Nunca.

Lexie, que camina delante, se detiene exactamente a dos pasos de él, pero el señor Stearling no le presta la más mínima atención. Yo resoplo, maldigo un poco más y, finalmente, me coloco al lado de mi amiga.

Por Dios, qué castigo. El corazón, acelerado. La respiración echa un caos. Las burbujas, en el estómago. Odio reaccionar así cuando lo tengo cerca. No se lo merece.

Cabeceo. Lo mejor será saludarlo y acabar con esto. Abro la boca dispuesta a hablar...

—Buenas noches, señorita Holloway —me interrumpe con alevosía y esa media sonrisa canalla en los labios.

¿Me ha visto? ¿Sabía que estaba aquí? ¿Existo para él?

«Mejor no profundicemos en por qué te has hecho la última pregunta. Fdo.: La voz de tu conciencia.»

Sacudo la cabeza de nuevo, tratando de apartar esas cuestiones y que las burbujitas se hayan multiplicado por ese «¿existo para él?».

—Buenas... —empiezo a responder.

Pero, entonces, lo veo. A él, a mi otro *él*.

SARAH
Serendipity
 (*Serendipity*), 2001, Peter Chelsom

¡¿Qué demonios está haciendo mi exmarido aquí?!

¡Con la pelirroja que se tiró sobre mi encimera!

Resoplo, exasperada y nerviosa y enfadada. Nueva York tiene más de ocho millones y medio de habitantes, ¿por qué he tenido que encontrármelo a él... con ella?

—¿Qué pasa? —pregunta Lexie, confusa.

—Jeremy —respondo, escueta.

Maldita sea. Tengo derecho a poder echarlo de mi vida y que se quede en el condenado rincón donde el karma expulse a los exmaridos infieles, mentirosos y aprovechados.

—¿Dónde está? —inquire, mirando al frente, buscándolo.

Me siento incómoda, violenta. Ya no quiero estar aquí.

En mitad de toda esta situación, el señor Stearling me observa un único segundo.

—¿De qué estás huyendo? —me desafía.

Lo miro, alucinada. ¿Cómo ha podido saber qué pensaba hacer con una sola mirada? ¿Acaso puede leerme la mente?

—Sarah —me apremia.

Es la primera vez que pronuncia mi nombre y no tengo ni la más remota idea de por qué en sus labios suena completamente diferente a los cientos de millones de veces que lo he oído antes.

No puedo evitarlo y mis ojos se pierden en los suyos. Sólo es un momento, pero en ese momento ocurre que la música desciende hasta volverse inaudible, que la discoteca se vacía persona a persona, que las luces sólo nos iluminan a nosotros.

Sacudo la cabeza. Me obligo a volver al presente.

—Es... es mi exmarido —contesto, aún aturdida.

—¿Tienes un exmarido? —plantea, frunciendo el ceño—. Nótese que la sorpresa está en marido, no en ex.

Aprieto los labios, clavando mis ojos en los suyos ahora de una manera completamente diferente. Quiero asesinarlo. Sin embargo, por muchas ganas que tenga, en este instante debo concentrarme en lo importante.

—No tengo tiempo para esto. Me largo —lo informo, echando a andar.

—¿Por qué? —demanda con la voz dura, sin ninguna intención de sonar amable, asiéndome de la muñeca y obligándome a girarme.

Una corriente eléctrica nace en el trozo de piel que tocan sus dedos y se expande sin control, brillante, por todo mi cuerpo.

Él también lo nota; lo sé porque sus ojos turquesa se vuelven de un verde oscuro, ensombrecidos de deseo.

Me suelta despacio y mi cuerpo cae, decepcionado.

Cabronazo cum laude. Las reglas. El peligro. ¡No puedo permitirme cometer este error!

—Contéstame —me ordena.

—Porque me engañó, ¿vale? —siseo a regañadientes, cabreada, en un golpe de voz—. Con la misma pelirroja que ahora lleva de la mano, y no quiero verlos ni a él ni a ella, ni quiero que ellos me vean a mí, nunca, joder.

Profesional liberal con kilos de más, divorciada, sin blanca... ¿recordáis? Ésa soy yo actualmente y no quiero serlo delante de ellos. No quiero darle a Jeremy la oportunidad de que me vea así... No quiero darme la oportunidad a mí. Cuando estás en el pozo, bajar un escalón más puede ser muy tentador, como si una voz desde el fondo te llamara, seductora: «Aquí estarás cómoda y calentita. Olvídate de recuperar tu vida y quédate conmigo». Con total franqueza, hay días, sobre todo noches, en los que esa posibilidad ya me resulta suficientemente apetecible; no quiero ganarme más puntos, y coincidir con mi exmarido en estas circunstancias puede ser como comprarme un billete en *business a fracasovilla*.

El señor Stearling me estudia con la mirada y mi línea de pensamientos, de pronto, evoluciona. Me inquieta que Jeremy, al que ya eché de mi vida, me vea así, pero no me importa que mi jefe lo haga, ¿por qué? ¿Por qué no me preocupa mostrarme delante de Michael Stearling como soy en realidad, incluso si no soy mi mejor versión? ¿Por qué una parte de mí hasta quiere hacerlo?

—Tengo que irme —me parafraseo de nuevo, pero no puedo apartar mis ojos de los suyos mientras lo hago.

El señor Stearling asiente sólo una vez, pierde su vista al fondo, juraría que calibrando la situación, vuelve a agarrarme de la muñeca con una abrumadora familiaridad y tira de mí, llevándome al lado opuesto del local.

Cruzamos el club mientras suena *Never be the same*, de Camila Cabello. Empuja la puerta del baño de señoras sin pensárselo y nos conduce al interior con el paso decidido. Yo lo observo absolutamente alucinada, lo que, siendo sinceras, empieza a no ser una novedad. El señor Stearling sonríe con descaro a las mujeres con las que nos topamos, que lo contemplan tan sorprendidas y extrañadas como yo, y dos de cada tres también bastante maravilladas, para concretar, al tiempo que salen.

Sin embargo, a pesar de todo, lo miro también agradeciéndole en silencio que me haya sacado de allí. En mi interior, una lucecita se expande y llena mi cuerpo de una calidez suave y especial.

Las sigue con la vista hasta que nos dejan solos. Cuando lo hace la última, el señor Stearling corre el pestillo y tengo la sensación de que el sonido marca un antes y un después para mí.

Me suelta la mano a la vez que me recorre con la mirada de arriba abajo con esa mezcla de

descaro, arrogancia y sensualidad. La media sonrisa sigue en sus labios, electrificando el aire entre los dos.

—Eres un desastre —susurra, socarrón, con la voz grave, claramente *ri-én-do-se-de-mí*.

—No tienes ningún derecho a decirme eso —protesto, beligerante—. No tienes ningún derecho a decirme nada.

—En realidad —replica, torciendo el gesto, sopesando la situación y a mí—, diría que, después de esconderte de ese gilipollas, tengo el derecho a decir exactamente lo que me dé la gana —sentencia, clavando sus espectaculares ojos en los míos.

Lo odio.

Cierro los puños con fuerza junto a mis costados. Lo odio y nunca había tenido tantas ganas de besarlo como ahora. Definitivamente debo de tener graves problemas mentales.

—Te odio —le escupo.

—Qué dura —se burla.

—Si pudiera, te clavaría algo profundo en la garganta —contraataco, con los ojos entrecerrados.

El señor Stearling me observa un segundo de más y sonrío encantado por mis palabras. Que se lo pongan difícil, ¿recordáis?

—Deberíamos pensar qué hacer para matar el tiempo —comenta.

Sonríe canalla y tengo que reconocer que mis defensas se derriten un poco.

—¿Y qué propone, señor Stearling?

Se encoge de hombros y su sonrisa se ensancha.

—Puedes hacerme una mamada.

¡Pero ¿qué coño?!

Abro la boca absolutamente escandalizada, pero, entonces, su sonrisa se hace otra vez un poco más grande y rompe a reír, sincero. El sonido cruza el ambiente entre nosotros, a nuestro alrededor, y activa partes de mi cuerpo que ni siquiera sabía que tenía. Tiene una risa maravillosa.

—¿Por qué me has ayudado? —inquiero antes de que la pregunta cristalice en mi mente.

—Porque quería hacerlo —contesta con franqueza.

Mis defensas caen un poco más y dejo que su mirada atrape la mía otra vez. Michael Stearling es un error, ¿qué dudas pueden quedarme ya sobre eso?, pero también, de una manera que se escapa por completo a mi control y a mi sentido común, llama a mi cuerpo, creo que incluso lo posee sin ni siquiera tocarlo, como si fuese capaz de fabricar el deseo para mí, y convence a mi piel de lo bien que lo pasaríamos juntos si me dejase llevar.

Pero lo peor de todo, lo que asusta más, es que sé que no es algo unilateral, que él también lo siente; lo sé por la manera en la que me mira, por cómo sus ojos se oscurecen, por cómo una chispa brota, incendiaria, en el fondo de ellos.

La respiración, el corazón, todo se acelera. Nuestros cuerpos piden más y la habitación parece reducirse hasta medir un mísero centímetro cuadrado.

—Y yo qué sé —añade, displicente—, por la cara de perrito abandonado que pones, supongo. El momento estalla en mil pedazos... y ése era su único objetivo.

—Eres imbécil —gruño.

Me giro para marcharme, descorro el pestillo y abro la puerta, pero, cuando apenas se ha separado del marco, el señor Stearling coloca la masculina palma de su mano sobre la madera, cerrándola de nuevo.

Me vuelvo en pie de guerra y él da un paso hacia mí, acorralándome contra la propia puerta, una batalla en toda regla.

Su olor me envuelve, me emborracha, y mi cuerpo se enciende como se encienden los cohetes, los reactores, la antorcha de la estatua de la Libertad.

—No te vayas —susurra.

—Discúlpate —le exijo.

—Yo no suelo disculparme —contraataca su voz baja en tonalidades y ganadora en sensualidad mientras él se inclina sobre mí y apoya su antebrazo en la puerta por encima de mi cabeza. Otra vez mi respiración y mis latidos se alían en mi contra y la boca se me hace agua—, pero, en las pocas, poquísimas —especifica con un macarra retintín— ocasiones en las que ocurre, sólo sé hacerlo de una manera.

Mueve la otra mano despacio y sus dedos acarician el bajo de mi vestido negro sin llegar a tocar mi piel. Por puro instinto, mis ojos se clavan en sus labios.

Sus dedos se deslizan bajo la tela como un perfecto explorador, hábil, certero, delicioso. Me acaricia, furtivo, el interior del muslo y la electricidad se transforma en estrellas fugaces avanzando por mi piel.

Contengo un gemido. Sube un poco más. Contengo dos.

Es increíble y la promesa de que vaya a haber algo más es todavía mejor.

—Lástima que no tenga nada de que disculparme —sentencia, apartando su mano de repente.

Mi cuerpo protesta, decepcionado y frustrado, y el cabronazo de Michael Stearling debe de adivinarlo, porque sonrío encantado.

—Eres... eres... —empiezo a pronunciar, pero francamente no sé qué decir. ¡Estoy tan decepcionada y frustrada como mi propio cuerpo!

—Mientras encuentras las palabras adecuadas, seguimos teniendo tiempo para esa mamada — replica con esa sonrisa *bajabragas*.

No lo pienso y, siendo sinceras, tampoco quiero, y le suelto una reverenda bofetada.

Michael, creo que acabamos de cruzar la última frontera para abandonar al señor Stearling, aunque sea mentalmente, se lleva la mano a la mejilla al tiempo que gira la cara hasta que nuestras miradas vuelven a encontrarse y me dedica su media sonrisa más chula. Le gusta este juego, le gusta jugar y, a pesar de lo clarísimo que tengo que es un grandioso error, quiero jugar con él.

Se inclina un poco más. Mi respiración hecha un caos resuena por la habitación y el deseo y las ganas se comen a bocados todo lo que no seamos nosotros.

El cálido aliento de sus labios ya baña los míos y otra vez mis ojos vuelan hacia ellos.

—No voy a darte lo que quieres —me advierte, torturador.

Por Dios, ¿por qué parece que lo han sacado de una fantasía erótica? Literalmente, me tiemblan las rodillas, otra vez.

—No quiero nada de ti —replico con una seguridad absoluta.

—Te felicito —contesta, asintiendo socarrón—. Disimulas muy bien.

—He aprendido del mejor.

Involuntariamente arqueo el cuerpo con la libido al timón de mis mandos. Él me observa con esa sexy media sonrisa. No se aparta, pero tampoco permite que el roce entre nosotros sea posible, y el mío vuelve atrás, loco, lleno de anhelo palpitante, y lo sabe, maldita sea, lo tiene clarísimo, porque Michael Stearling es un castigador.

—Si tan claro tienes que quiero algo que no vas a darme, deberías largarte —afirmo.

No puedo consentir que me trate como si me tuviese en la palma de la mano.

Michael me mira, otra vez evaluando la situación, evaluándome a mí. La chispa de deseo de sus ojos turquesa resplandece ardiente, una llamada directa a mi cuerpo, que a duras penas aguanta aquí quietecito y no lamiéndolo entero. Quiero que se quede, porque así estaríamos al mismo nivel... y por lo de lamerlo entero, la verdad.

Da un paso hacia mí. Sus ojos van de los míos a mis labios. Va a pasar y estoy muerta de ganas.

Se inclina, entreabro la boca... y, entonces, oigo el pomo de la puerta que tengo a mi espalda ceder. Me giro, conmocionada, justo a tiempo de ver cómo la abre, sin ni siquiera mirarme. Me aparto con la dignidad hecha bandera y él se marcha.

En cuanto me quedo sola, clavo la vista en el techo y resoplo, exasperada. Antes de que sea capaz de darme cuenta, empiezo a caminar de un lado a otro sin ningún tipo de sentido. ¡Se ha ido! ¡Yo le he dicho que lo hiciese! Actualmente, tengo mi dignidad intacta, mi sentido común al mando... y un calentón de campeonato.

—Soy soberanamente idiota —gruño.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Lexie, acelerada, entrando en el baño.

Cierra la puerta tras ella para tratar de conservar esta parcelita de intimidad, aunque importa bastante poco, ya que, tan rápido como lo hace, dos chicas entran y, tras ellas, una más. A los pocos segundos, ya hay más de diez mujeres charlando y retocándose el maquillaje frente al espejo mientras hacen cola para los cubículos.

—Contéstame —me azuza mi amiga.

—Necesito una copa.

Una enorme.

* * *

Es domingo y tengo una resaca descomunal... peor que eso; si hubiese un procedimiento

quirúrgico por el que te arrancasen la cabeza, la dejasen en un barreño con agua y hielo y volviesen a colocártela un par de horas después, yo, Sarah Rose Holloway, pagaría por él.

Me visto con un pantalón vaquero corto, una camiseta de los Backstreet Boys y me recojo mi media melenita rubia de cualquier manera. Unas pintas con las que, cualquier otro día, no querría que me viese ni mi peor enemigo, pero que, hoy, con total franqueza, me dan exactamente igual.

Necesito urgentemente chocolate, mucho, galletitas saladas y una botella de Sprite tamaño familiar, mi remedio contra la resaca, así que bajo a la tienda del señor Wang Su.

Ando dos manzanas de ida y dos de vuelta por la 177 Oeste y regreso a mi edificio con mi botín. En las escaleras de la segunda planta vuelvo a oír gritos. Otra vez no sé si es portugués o castellano, pero claramente necesitan ir a terapia de pareja o, tal vez, a «Caso cerrado», para ser juzgados por la doctora Polo.

—Doctora Polo —repito en mi malísimo español.

No tengo ni la más remota idea de cómo pillamos Telemundo en la televisión del cuarto de Lexie.

Llego a mi rellano. Lo recorro de mala gana, abriendo el paquete de crackers y devorando uno.

—La cabeza me va a estallar —me quejo, entrando en nuestro diminuto apartamento.

No debí beber tanto, pero es que tenía mucho que olvidar: a mi exmarido, a la pelirroja y, sobre todo, a Michael Stearling, guapísimo como si no hubiese un mañana, acariciando el bajo de mi vestido... ¡Por Dios! ¿Cómo puede dársele tan rematadamente bien? Apenas me tocó y consiguió que me pasase toda la noche pensando en él y juntando los muslos. Es un malnacido.

Avanzo por el salón y, cuando alcanzo el pasillo, mi siguiente pisada suena como un... chapoteo. Bajo la cabeza, extrañada.

—Pero ¿qué demonios...? —es lo único que alcanzo a decir.

¡El suelo está completamente anegado!

—¡Ha reventado la maldita tubería! —chilla Lexie saliendo del baño, en pijama, con su pelo oxigenado hecho un caos y blandiendo la fregona como si fuera la justa de un caballero—. ¡No para de salir agua!

Me asomo al aseo aún con las galletas en la mano y gimo, desolada. El agua aparece desde debajo del lavabo y, por la velocidad a la que sale despedida, estamos a un par de horas de acabar flotando. ¡Es un desastre!

—Voy a buscar al conserje —la informo, girando sobre mis pies.

—Dile que se dé prisa —me azuza Lexie— o voy a buscar un tablón donde mantenerme a flote y, te lo digo ya, yo soy Rose, así que prepárate para hundirte a lo Leo DiCaprio.

La creo. Si mi amiga hubiese estado en el *Titanic*, habría conseguido puesto en el primer bote.

Bajo a toda velocidad y, después de estar aporreando la puerta del apartamento del señor Corber, en la planta baja, durante tres minutos enteros, al fin me abre. Parece que no soy la única que está de resaca.

Lo primero que hace el conserje es cortar el agua de nuestro piso y, tras más de una hora

trabajando, tumbado bajo nuestro lavabo, acaba maldiciendo e incorporándose.

—El problema es de la tubería principal del apartamento —nos cuenta, limpiándose las manos en un trapo que no está precisamente limpio.

—¿Qué significa eso? —planteo, alarmada.

—Que hay que picar, echar abajo la pared y cambiar la tubería, quizá también las secundarias que van al lavabo y puede que el lavabo en sí.

¡¿Qué?! Sencillamente me quedo sin habla y acabo alzando las manos, alucinada. ¿Qué vamos a hacer?

—Hablaré con el propietario del edificio —continúa—, pero ya os adelanto que no podréis quedaros aquí.

—¿Y a dónde vamos a ir? —pregunta Lexie.

El señor Corber se encoge de hombros con desgana. Sí, definitivamente nuestro problema no le quitará el sueño esta noche.

Lexie lo fulmina con la mirada, pero eso tampoco parece preocuparlo. Se da media vuelta y regresa al aseo.

—¿A dónde vamos a ir? —repite mi amiga, esta vez girándose hacia mí.

Yo resoplo, perdiendo la mirada a mi alrededor, tratando de pensar.

—No lo sé —claudico—, pero tenemos que encontrar una solución.

Lexie ladea la cabeza, meditando la situación.

—Podemos hablar con mi padre —propone.

—No —respondo veloz—. No puedes recurrir siempre a tu padre. Lena Dunham, ¿recuerdas? —le hago ver, mencionando a la protagonista de *Girls*, siguiendo el mismo argumento que ella puso en pie hace unas semanas.

Lexie lo pillá al vuelo y asiente, convencida.

—¿Con los tuyos? —contraataca.

La observo, displicente. Esa pregunta ni siquiera se merece una respuesta.

—¿Cuánto tienes ahorrado? —inquire—. ¿Podemos permitirnos un hotel?

—Créeme, el hotel que podemos permitirnos con lo que tengo ahorrado no iba a gustarte.

Pienso. Pienso. Pienso. Ha de haber una solución.

—¡Lo tengo! —grita Lexie, entusiasmada, dando un brinco e incluso unas palmaditas.

Voy a preguntar el qué, pero alza la mano, interrumpiéndome, y corre hasta la barra de la cocina.

—Necesito hacer una llamada para confirmarlo —me explica.

La veo coger su móvil y marcar, cantarina, un número de teléfono.

—¡Spencer! —saluda.

Suelto un suspiro ahogado. No voy a irme a casa de uno de sus ligues. Todavía recuerdo las dos semanas que Peter Dunffy estuvo viviendo aquí porque era el amor de su vida. Aquel mes tuvo tres.

Prefiero echar a Rose del tablón y quedarme flotando aquí.

—Ya está todo arreglado —comenta, regresando triunfal—. Tenemos casa mientras duren las obras.

—Tú tienes casa —la corrijo.

Mi amiga me mira sin comprender nada.

—No pienso irme a vivir al piso de uno de tus novios.

—Spencer no es mi novio —replica con una sonrisita.

—Tu ligue —sentencio.

Niega con la cabeza.

—Tampoco.

—Tu rollo.

—Frío, frío.

Resoplo.

—Me da igual cómo lo lames —le dejo claro—. No pienso ir.

Vuelvo a repasar la lista de personas que podrían acogerme. Mi madre me dejaría claro que mi vida es un asco en minuto y medio. A mi hermana Monica le sobraría el minuto y Heidi vive en la residencia de estudiantes del Instituto Tecnológico de Massachusetts, el MIT, en otro estado. Supongo que acabaré en ese hotel tan bonito que puedo costearme. Sólo tengo que recordar llevar mis propias sábanas... y desinfectante.

—Spencer es sólo un amigo —me informa Lexie, a punto de echarse a reír.

—Tú no tienes «sólo amigos».

No me malinterpretéis. No se trata de que mi amiga folle indiscriminadamente con todo lo que se mueva, que, de ser así, tampoco habría ningún problema, cada cual puede invertir su tiempo y sus energías en lo que desee mientras sea legal. Lexie es un espíritu libre y cree en el amor libre. Tiene un corazón enorme y se entrega sin dudar, por eso es una amiga increíble, y en lo que se refiere al sexo y los hombres, ella sólo busca ser feliz, sin hacer daño a nadie y sin que se lo hagan a ella.

—Está buenísimo, *mucho* —concreta, haciendo hincapié en la última palabra.

—Sólo estás reforzando mi teoría.

—Y es gay —suelta.

Sonrío, maravillada. Parece que voy a poder olvidar el desinfectante.

—Es dueño de una casa chulísima en Hudson Square —sigue—, hasta tiene jardín.

Uau... Hudson Square y jardín. Deber de ser un casoplón.

—¿Y no le importa acogernos?

Lexie niega con la cabeza.

—Está fuera del país. Así que, pequeña —me llama, grandilocuente—, recoge tus cosas, nos mudamos. Para mis amigas, sólo lo mejor —añade ya dándome la espalda, bailando más que andando camino de su habitación.

* * *

Dos horas después, estamos saliendo de la estación de metro de la calle Houston y, apenas cinco minutos y una manzana más tarde, estamos plantadas frente al número 54 de la calle King.

—Esta casa es una pasada —murmuro, admirada, y, creedme, no lo estoy diciendo por decir.

—Y eso que no la has visto por dentro —replica Lexie con una sonrisa enorme.

Efectivamente, el interior es aún más espectacular. La casa tiene dos plantas. En la inferior, sólo puedes dejar de mirar, admirada, la cocina americana con muebles metalizados en azul Klein y una enorme isla flanqueada por taburetes *vintage* para luego contemplar, alucinada, el amplio salón, coronado por un precioso sofá gris con pinta de ser increíblemente cómodo y unas puertas de cristal del suelo al techo, con el vidrio soplado de forma artesanal, que da paso a lo que imagino que es el jardín.

Lexie me mira divertida, enarcando las cejas, y me hace un gesto para que la siga y crucemos las mencionadas puertas.

Uau.

No sé qué otra cosa decir, porque creo que sencillamente me quedo sin aliento ante el porche de madera lleno de pequeñas lucecitas, el césped perfectamente segado y cuidado y los enormes árboles al fondo. ¡Es maravilloso!

—¿De qué conoces a este tío? —inquiero, y sí, como imagináis, todavía sigo atónita.

Mi amiga no contesta, encantada de mantener el misterio.

—¿Del internado? —propongo—. Seguro que estaba lleno de pijos ricos.

Dejo la idea en el aire con gesto inocente, aunque, en realidad, no lo estoy siendo en absoluto. He visto una oportunidad y la he aprovechado. Lexie, que habla absolutamente de todo, nunca dice una palabra sobre los años que pasó allí y yo tengo mucha curiosidad.

—Buen intento —replica con una sonrisa—, pero no, no lo conocí en el internado. Lo conocí en... —hace memoria, con la vista al frente, hasta que al final se encoge de hombros. Parece que es incapaz de recordar el motivo exacto por el que le dijo «hola» por primera vez—... en Nueva York —concreta vagamente, muy vagamente.

La miro mal. ¿Qué tipo de respuesta es ésa?

—¿Qué? —se defiende—. Conozco a mucha gente en Nueva York.

—¿Quién lo duda? —la pincho.

—Tú —contraataca—. Lady Mi vida social murió en el 2004.

Nos miramos y un microsegundo después nos echamos a reír. Adoro la complicidad que hay entre nosotras. Saltó la primera vez que nos vimos el primer día del último año de instituto y, desde entonces, hemos sido la mejor amiga de la otra.

—Bueno, ¿y a qué se dedica nuestro anfitrión? —pregunto cuando regresamos al interior de la casa.

—Es militar, pero uno de esos de las fuerzas especiales, un ranger, un seal o algo así.

Levanto las cejas, sorprendida.

—Parece un tipo muy interesante.

—Lo es.

De pronto Lexie da una palmada y consigue sobresaltarme.

—¿Qué? —demando, llevándome la mano al pecho.

—¡Hagamos unos tahoos! —propone, entusiasmada, y, antes de que pueda decir nada, va directa a la cocina y empieza a rebuscar en las bolsas que hemos traído con toda la comida que había en nuestro piso.

—Tal vez, antes de beber otra vez, deberíamos comer algo —le hago ver.

El baño inundado acabó con mi resaca de golpe, pero, antes de volver a ingerir alcohol, no estaría mal llenar el estómago. Esta casa es demasiado elegante como para acabar vomitando en uno de sus baños vestida de Blancanieves.

—Los tahoos llevan lima, y la lima es una fruta.

Decido obviar su comentario y comienzo a rebuscar también en las bolsas. Creo que tenemos lo suficiente como para hacer un par de sándwiches de ensalada de pollo.

I'm yours, de Alessia Cara, empieza a sonar desde el móvil de Lexie. Sonrío mientras mezclo los tres tipos de lechuga que tenemos. La música es el mejor invento de la humanidad, incluso por encima de la rueda, los vaqueros y el Renacimiento.

—Oye —planteo al caer en la cuenta de que hay algo fundamental que no he preguntado todavía—, ¿dónde está Spencer ahora?

—No lo sé —responde—. Creo que en Irak.

—Afganistán —la corrige una masculina voz al tiempo que el ruido de algo pesado cayendo controlado contra el suelo cruza el aire de la cocina.

Me sobresalto, pero no por el ruido. Es esa voz deliciosamente perfecta, porque sé exactamente a quién pertenece.

Alzo la cabeza justo a tiempo de ver a Michael apoyar el costado contra la pared a la vez que se cruza de brazos. Es la primera ocasión en la que no hay elegantes trajes italianos, sólo unos gastados vaqueros y una simple camiseta, pero, en realidad, da exactamente igual. El condenado sigue estando de vicio.

Me barre de arriba abajo con los ojos y mi vieja camiseta de los Backstreet Boys arde incluso separándonos cinco metros de sofisticada cocina y una isla. Cuando termina su descarado recorrido, fija sus ojos turquesa en los míos sin un solo gramo de arrepentimiento y las rodillas me tiemblan un poco más casi tan rápido como los músculos de mi vientre se despiertan, glotones.

Sin embargo, no puedo dejar que me desconcentre. ¿Qué hace aquí?

—¿Qué haces aquí? —pregunto, haciendo eco de lo único en lo que puedo pensar.

La bolsa a sus pies, lo que ha provocado el ruido al dejarla caer, llama de inmediato mi atención. Es un petate, de la misma forma y color que los que usan en el Ejército.

—El cabronazo cum laude —murmura, admirada, Lexie, reparando en él.

Michael no le presta atención, aunque la comisura de sus labios se eleva imperceptible pero arrogantemente. Es más que obvio que ha oído su apodo.

—¿Qué haces aquí? —repito, reconduciendo la conversación.

¡No puedo creerme que aún no me haya contestado!

—Instalarme —contesta, escueto y, otra vez, engreído.

Sin aportar un mísero dato más, agarra las asas de su petate, se lo echa al hombro y comienza a andar hacia el piso de arriba con una naturalidad pasmosa, como si lo hubiese hecho un centenar de veces.

Yo lo observo casi conmocionada. En serio, ¿qué demonios hace aquí?

Estoy a punto de quedarme petrificada, pero mi abismal enfado me hace reaccionar justo a tiempo y salgo como una flecha tras él. Alcanzo las escaleras cuando él sube el último peldaño y lo único que capto es su estela antes de que, con esa misma pasmosa familiaridad, gire a la izquierda.

Acelero el paso, siguiéndolo, y un pasillo con cuatro puertas idénticas y lámparas de Philippe Starck se expande ante mí.

Voy hasta la última, la única abierta, y ahí está, mi jefe.

—¿Por qué te estás instalando aquí?

Michael me observa un único segundo y sonríe con malicia justo antes de lanzar su petate a la cama. La bolsa se gira en el movimiento y puedo ver la palabra *Ranger* serigrafiada junto al número 175... Espera un momento, eso es el batallón 175 de los Rangers. No sé mucho del Ejército, pero sí lo suficiente como para tener clarísimo que ésa es una de las fuerzas de élite mejor preparadas y más respetadas de Estados Unidos. ¿Acaso Michael perteneció a ella? ¿Estuvo en los Rangers? ¿Cuándo?

Cabeceo, obligándome a volver al aquí y ahora, y me olvido del equipaje para centrarme en él. Por supuesto, que me haya quedado embobada con su maleta no es algo que le haya pasado inadvertido y ahí está, en medio de la habitación, con los brazos cruzados en la pose más presuntuosa que he visto en todos los días de mi vida, observándome socarrón y, para mi desgracia, mezquinamente sexy.

Dios, hablo en serio, ¿por qué tuviste que hacerlo así de atractivo?

—Contéstame —le exijo, reconduciéndome de nuevo, y no quiero profundizar en el hecho de que es la tercera vez que tengo que hacerlo desde que ha llegado—. ¿Por qué te estás instalando aquí?

—Porque es la habitación en la que suelo hacerlo.

—¿Suelo? —repito, confusa.

—Suelo —responde, claramente riéndose de mí.

Abre el petate, saca una bolsa más pequeña y muy gastada y la deja sobre la mesita.

—¿Qué haces aquí, en esta casa —concreto para evitar que vuelva a irse por las ramas—, Michael?

No me doy cuenta de que lo he llamado sólo por su nombre hasta que una media sonrisa se cuele en sus labios.

—No sabía que ya nos llamábamos por nuestro nombre de pila, pequeña patosa.

—El mío es Sarah —le dejo muy claro, muy enfadada.

—Ya —replica, desdeñoso—, no lo creo.

Resoplo, absolutamente exasperada. ¡Va a volverme loca!

—Dime de una vez por qué estás en casa de Spencer —me quejo casi en un grito, cerrando con rabia los puños junto a mis costados.

—Precisamente porque es la casa de Spencer.

Abre el enorme armario, que ocupa toda la pared frente a la cama, y lanza su bolsa al fondo. Puedo ver varios trajes colgados. No necesito un segundo vistazo para percatarme de que son suyos.

—¿Vives aquí? —inquiero.

—A veces.

—Santo cielo —protesto de nuevo—, contesta alguna pregunta con información real y algo más de dos palabras, por favor. ¿De qué conoces a Spencer? ¿Es tu amigo?

Parece pensarlo un instante antes de responder y por un momento tengo la sensación de que al fin va a explicarse.

—Podría decirse que sí —contesta, y sus ojos se llenan con una chispa traviesa.

Tengo que esforzarme muchísimo en contener una sonrisa, como si su mirada, llena de ganas de jugar, instintivamente llamase a mi cuerpo y le hiciese un montón de deliciosas promesas.

—¿Vas a quedarte?

Mi sentido común es el responsable de esa pregunta y el mismo que está suplicando que la respuesta sea un no. Vivir en la misma casa que Michael Stearling es un error, uno de esos gigantes que señalan con flechas luminosas y carteles de advertencia. *No-puedo-hacerlo*.

Michael me observa y sé que sabe exactamente en lo que estoy pensando.

—Sí —sentencia, disfrutando de esa única palabra, girando sobre sus talones y saliendo de la estancia como si fuera el maldito rey del mambo—. Vamos a divertirnos mucho, pequeña patosa —añade, desdeñoso.

Joder.

En serio.

Odio las malditas casualidades.

MICHAEL
French kiss
 (*French kiss*), 1995, Lawrence Kasdan

Va a ser la hostia de divertido.

Sigo sin entender por qué, pero estar con ella, torturarla, es una delicia, como si algo me dijera que siempre voy a provocar una reacción en ella, que Sarah va a provocarla en mí.

—No puedes quedarte aquí —me espeta, saliendo tras de mí.

Cuando alcanza las escaleras, yo ya he bajado más de la mitad. Supongo que ha necesitado un momento para maldecir.

Sonrío con suficiencia, pero no me detengo.

Llego a la cocina y me pavoneo hasta la barra. Me asomo a un bol con lechuga picada y, al lado, veo una bandeja de pechuga de pollo aún sin abrir. No hay rastro de la chica de antes.

—A ver qué tenemos para cenar —comento, socarrón.

Sarah se planta a un paso de mí, digna, enfadada y beligerante, esperando una respuesta por mi parte, como que la mire o le conteste a alguna de sus preguntas, pero no hago nada de eso y tampoco me esfuerzo mucho en contener una sonrisa. Al cabo de un par de segundos, ella resopla, completamente exasperada. Joder, es realmente entretenido.

—Hablo en serio —dice por enésima vez. Al ver que continúo sin volverme y empiezo a trastear con lo que hay en la encimera, da el último paso que nos separaba y se agarra con las dos manos al granito—. No podemos vivir juntos. ¡Es una locura!

—Yo creo que va a ser de lo más interesante —la provoco.

—Michael —gime, exasperada, pegándose a mi cuerpo un poco más sin darse cuenta.

Su olor me sacude.

Su calidez impacta con el centro de mi pecho.

Y algo hace «clic».

Y hago exactamente lo que quiero hacer.

Me giro hacia ella y la beso con fuerza, sin tocarla con las manos ni ninguna otra parte de mi cuerpo, concentrando toda la fuerza, la electricidad, en la unión de nuestros labios, y *electricidad* es la palabra indicada aquí, porque la corriente que me recorre de pies a cabeza es brutal, abismal, jodidamente única.

La sorpresa sólo dura un segundo en ella y su boca, sexy y suave, se acopla a la perfección a la mía, con una deliciosa mezcla de timidez y seguridad, como si me pidiese sin palabras «vamos a jugar».

Me gusta. Me gusta mucho.

Me separo y la observo. Ella continúa con los ojos cerrados y los labios entreabiertos, aún donde el beso la haya llevado.

Una media sonrisa se apodera de mi expresión e, impertinente, espero a que regrese al mundo real. En cuanto abre los ojos, los míos la atrapan. El siguiente par de segundos está adorablemente confusa, pero, entonces, reacciona, entorna la mirada y aprieta los labios hasta convertirlos en una fina línea. No la culpo, la media sonrisa que todavía luzco es, con toda probabilidad, la más arrogante que he puesto jamás, y eso que soy un tío bastante presuntuoso.

La otra chica entra desde el jardín con el móvil en la mano. Supongo que ha salido para hacer una llamada; no me interesa lo más mínimo, ni siquiera recuerdo su nombre.

Sigo con los ojos sobre Sarah. Ella sigue con los ojos sobre mí.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunta su amiga, caminando hasta la licuadora—. Parece que te hayas quedado sin pilas.

Mi sonrisa se ensancha un poco más y también se vuelve un poco más desdeñosa. La señorita Holloway continúa a mi lado, inmóvil, debatiéndose entre asesinar me con la mirada o ponerme ojitos.

—Necesita un reinicio —comento, burlón—, por sobrecalentamiento.

La contemplo un instante más. Ella parece hervir de rabia y mi sonrisa se hace un poco más grande. La electricidad se despierta de repente, pero consigo mantenerla a raya. «Tranquilo, vaquero, no te la vas a tirar en la encimera de la cocina, aunque la tentación sea grande.» Esa idea, el tener que controlarme, me hace sentir incómodo, porque *a)* yo nunca tengo que controlarme, hago lo que quiero y cuando quiero, y *b)*, sobre todo *b)*, tener que controlarme implica que he estado a punto de perder el control y eso no me gusta lo más mínimo.

Cabeceo y devuelvo mi vista al granito. Además del pollo, hay cebolla roja y mayonesa. No pienso comerme un sándwich de ensalada de pollo. Si encuentro tomate, ajo y mantequilla, podré preparar algo decente. Voy hasta la nevera y comienzo a rebuscar.

Soy consciente de que, en cuanto me alejo, las chicas intercambian varias miradas.

—Me llamo Lexie —se presenta.

Con razón no recordaba su nombre; ni siquiera me había dado cuenta de que no me lo había dicho.

Encuentro la mantequilla. Mierda, es de soja, aunque imagino que servirá.

Sarah abre mucho los ojos sobre su amiga y ésta se encoge de hombros.

—Michael —respondo sin prestarle atención, sacando la cabeza del frigorífico y regresando hasta la isla con los nuevos ingredientes.

La pequeña patosa me sigue con la mirada sin poder creerse que vaya a ponerme a cocinar en mitad de toda esta situación. Sé que ahora mismo quiere gritarme muchas cosas y que si no lo hace es por una mezcla entre seguir conmocionada y evitar demostrarme cuánto le afecta.

—¿Vas a cocinar? —plantea al fin.

—Yo no como cualquier cosa —contesto a modo de toda explicación.

Me detengo y la observo, con las palmas de las manos apoyadas en la encimera para hacer hincapié en el doble sentido de la frase y torturar a la pequeña patosa un poco más.

Sarah resopla y aprieta los puños junto a los costados.

—Voy a instalarme —gruñe, y se marcha escaleras arriba.

Antes de que pueda evitarlo, tuerzo los labios. No quiero que se vaya. Me gusta que sea divertido. Me gusta que esté cerca.

—Necesito limas —alega su amiga, contemplando todo lo que tiene esparcido alrededor de la licuadora.

En ese momento su teléfono suena, un mensaje. Ella lo lee, veloz, y sonrío de esa manera en la que sonrían las mujeres cuando un hombre ha dicho exactamente lo que querían escuchar.

—Voy a comprarlas —comenta—. ¿Podrías decirle a Sarah que no tardaré?

La oigo mientras sigo atento a lo que mis manos hacen, pero no interactúo con ella de ninguna manera. Ya os dije que sólo soy amable con quien me nace serlo y que me nace serlo más bien poco.

Se dirige hacia la puerta y de camino coge su bolso, pero, cuando ya sólo está a unos pasos del vestíbulo, se detiene y se gira, despacio.

—Ey, tú —me llama.

Alzo la cabeza. ¿Qué demonios quiere? Suelto el paño sobre la isla, vuelvo a apoyar las manos en el mueble y me yergo, arrogante; una pose de perdonavidas en toda regla, pero ella se lo ha buscado.

Traga saliva, pero me mantiene la mirada.

—Pórtate bien —me amenaza; no obstante, su voz suena menos segura. Mejor.

—Métete en tus asuntos —le dejo claro.

—Eso hago.

—Entonces, todos contentos, ¿no?

Ladeo suavemente la cabeza, sólo un momento, sin levantar mis ojos de ella. Una advertencia con todas las letras, pero, como dije antes, ella se lo ha buscado. Mis asuntos son cosa mía. Sarah es cosa mía.

La chica me aguanta la mirada, alza la barbilla, asiente y, tras girar sobre sus zapatos hecha toda dignidad, se marcha. Sonrío. Por un instante me ha recordado a la señorita Holloway.

Continúo preparando la cena y, unos treinta minutos después, lo tengo todo listo. Abro la vinoteca de Spence y saco una botella de un pinot grigio californiano bastante decente.

Después de dejarla sobre la mesita de centro, observo las escaleras. La pequeña patosa no ha vuelto a bajar. Resoplo con los ojos en blanco y, a regañadientes, voy hasta la planta de arriba.

Se ha instalado en la habitación de invitados con vistas al cuidado jardín. Lo sé porque es la única que está cerrada. Tampoco se me escapa el detalle de que ha elegido el dormitorio más alejado del mío.

Apoyo una mano en el marco y golpeo la puerta con la otra. Es obvio que está ahí y los dos sabemos que lo sé, pero se está tomando su tiempo y, por algún extraño motivo, eso me hace sonreír, imaginándomela sentada en el borde de la cama, decidiendo si abrirme o no y cada vez más enfadada sólo con pensar que estoy aquí.

—¿Qué? —responde, molesta, abriendo.

Me paso la lengua por el filo los dientes, conteniendo una media sonrisa.

—No pienso bajar...

—La cena está lista —la interrumpo.

La pequeña patosa frunce el ceño. Lleva un pantalón corto que cualquier hombre calificaría como azul y al que cualquier mujer añadiría tres apellidos, y una camiseta de tirantes. No voy a mentir, me gustan esos putos pantaloncitos.

—¿Has preparado la cena? —inquire, confusa y sorprendida a partes iguales.

—Sí.

—¿Para los dos?

Resoplo suavemente. Demasiadas preguntas cuando lo único que tendría que decir es «gracias» y mover su delicioso culo hasta el salón.

—Sí; no es que hacerte la cena fuera lo que más me apeteciese en el mundo, pero no quería arriesgarme a dejarte a tu aire y acabar pagando otro Happy Meal de seiscientos pavos.

Obviamente no es verdad, pero para esta situación es una respuesta que me vale.

Sarah lucha por evitarlo, pero acaba sonriendo, sincera, y mi polla vuelve a despertarse, contenta. Me la imagino de rodillas delante de mí. Me la imagino en la encimera de la cocina, desnuda. Me la imagino gimiendo mi nombre. Y, no sé por qué, mi instinto más primario me grita que ella también lo sabe, que ella también lo desea.

Me mira directamente a los ojos y esa sensación, la de que el hambre la está arrasando por dentro como me está arrasando a mí, se multiplica por mil.

—Está bien —contesta al fin. Su voz ha cambiado. Sigue habiendo recelo, pero también ha sonado más dulce y más trémula al mismo tiempo—. Ahora bajo.

No se mueve y yo tampoco, y sé que ambos estamos pensando que no hay más que unos metros hasta una cama; que ni siquiera nos haría falta, que puedo tumbarla en el suelo de parquet y follármela hasta que los dos perdamos el conocimiento.

Me obligo a apartar la mirada de ella y regreso al salón. Estoy sirviendo el vino cuando la señorita Holloway hace acto de presencia. Sigue en pijama; mejor para mí. La barro de arriba abajo con la mirada mientras me llevo la copa a los labios. No tiene un cuerpo de infarto ni tampoco es un bellezón, pero tiene algo, me he cansado de preguntarme qué demonios es, qué hace que el deseo, las putas ganas, incendien mi cuerpo.

A un par de peldaños, se detiene y me observa, esperando a que termine mi recorrido y la mire a los ojos. Un hombre menos canalla que yo se amilanaría, bajaría la vista y pediría perdón, pero yo me tomo todo el tiempo del mundo.

—¿Has acabado? —pregunta, cruzándose de brazos.

—¿Quieres que acabe? —replico, burlón.

Por un momento no contesta y mi yo arrogante saca pecho. En cuanto se da cuenta, entorna los ojos, pero también se sonroja. Le gusta que la mire... y no sabe con quién está más enfadada por eso, si conmigo o con ella misma.

—¿Dónde está Lexie? —gruñe, sólo para cambiar de idea.

—Si quieres la versión oficial, se ha ido a comprar limas, pero, teniendo en cuenta que hace casi una hora de eso y que no soy gilipollas, ha quedado con un tío.

Sarah hace una mueca e imagino que maldice mentalmente, pero es su amiga y jamás se quejará de ella en público.

—¿Tienes alguna otra pregunta? —demando, impertinente—. No sé, ¿de dónde vienen los arcoíris?, ¿por qué se extinguieron los unicornios?... ¿o podemos cenar ya?

Resopla. Sonríe. Creo que podría pasarme la vida haciendo esto.

—La verdad es que sí tengo algo que decir —comenta, enfadada y segura.

—Adelante.

—Me gustaría que hablásemos de por qué me has besado.

—Y yo quiero cenar.

—Quiero una respuesta y no me importa que tú no quieras dármela —me exige.

Vuelvo a sonreír sin levantar los ojos de ella.

—¿Vas a acorralarme dialécticamente? —planteo, socarrón.

—No era mi intención —me espeta.

—Mejor, porque no vas a conseguirlo —le dejo cristalinamente claro, y no lo digo porque piense que no es capaz, estoy convencido de que lo es y mucho, sino porque no me supone el más mínimo problema hablar de lo que hago y por qué lo hago—. No tengo nada de lo que esconderme.

—Entonces, despreocúpate y contéstame —me desafía.

—Quizá, la que tendría que preocuparse, eres tú. Puede que no te guste la respuesta.

—Ése es mi problema.

—Te besé porque me dio la reverenda gana —expongo sin un solo gramo de remordimiento.

Sarah traga saliva y yo me hago un poco más grande. Puede que haya odiado mi contestación, pero también ha hecho que le tiemblen las rodillas.

—¿Y siempre haces lo que te da la gana?

—No te quepa la menor duda —sentencio, dando un paso hacia ella.

Sarah me mantiene la mirada. Sus ojos se llenan de un deseo deslumbrante, cegador, casi inocente. Su vista baja hasta mis labios y su piel se enciende con un delicioso color rojo. Quiero follármela, pero también quiero que este juego dure más y más para ver cómo se derrite despacio, cómo gime pidiendo más.

—A comer —le ordeno, y mi tono se endurece.

—¿Te refieres a... a la cena? —susurra con voz entregada, curiosa, tímida y segura, todo a la jodida vez.

Estoy a punto de aullar.

—No deberías hacer esa clase de preguntas, pequeña patosa —replico, disfrutando de lo cerca que está, de cómo su respiración se está acelerando—, puedes meterte en un lío enorme.

En un lío enorme en la cocina, en un lío enorme en la ducha, en mi dormitorio, en el suyo y en el maldito césped del jardín.

Ella da una bocanada de aire, como si el oxígeno a nuestro alrededor no le fuese suficiente. Sus ojos brillan un poco más.

—Lo último que quiero es meterme en un lío —murmura.

—Buena chica —replico, con la voz más ronca que nunca.

Dos palabras y ella gime. Un gemido de sus labios y yo pierdo la maldita cabeza. Sin embargo, cuando me inclino para besarla, ella da un paso hacia atrás y me mira directamente a los ojos.

—Puede que tú hagas las cosas cuando te dé la gana —me advierte con la voz aún llena de deseo, pero también firme—, pero yo también.

Algo dentro de mí se relame paladeando su reacción. Me gusta cómo el deseo se apodera de su cuerpo y sus ojos azules. Me gusta que se deje llevar, pero también que sea valiente, que me plante cara, que me ponga en mi jodido sitio.

Sonrío sin una pizca de vergüenza, aceptando el reto implícito que acaba de lanzarme.

Ella me devuelve el gesto al tiempo que cuadra los hombros toda dignidad.

—Creía que íbamos a cenar —me recuerda, insolente.

Estiro el brazo en un ademán caballeroso para que pase delante.

Toma asiento en el sofá, frente a la mesita de centro, y, al ver la comida, en contra de su voluntad, se le ilumina la mirada. Sí, definitivamente no son sándwiches de ensalada de pollo.

—Tiene muy buena pinta —se obliga a decir, educada.

—Un cumplido —la torturo, saboreando la idea y sin molestarme en disimularlo ni siquiera un poco.

Ella suelta un resoplido de lo más arisca.

—Mis padres se esforzaron muchísimo en que tuviera modales —argumenta, cogiendo el tenedor—; no puedo decir lo mismo de ti.

Yo la imito, pero soy más rápido y, mientras ella examina su comida, curiosa, yo ya he dado el primer bocado.

—No tengo ni la más remota idea de quiénes son mis padres —respondo—. Me crié en una casa de acogida con un tío llamado Skitt, al que lo único que le preocupaba era recibir el cheque mensual de los Servicios Sociales por mí.

Al oír mi breve historia familiar, la pequeña patosa se gira hacia mí con el cubierto aún en la mano y una mezcla de confusión y culpabilidad. Le mantengo la mirada, aunque he de confesar que en un primer momento no entiendo su reacción. Es una parte de mi vida, la viví y punto. No hay

que darle más vueltas, y no lo digo desde el resentimiento o la tristeza; sencillamente no me interesa. Sin embargo, al instante siguiente comprendo que pueda resultar conmovedora para otras personas. No obstante, no es eso lo que ella está sintiendo. Se siente mal por mí, y automáticamente toda esa empatía, como si fuera una muestra más de la complicidad que parece latir entre nosotros, me despierta muchísima ternura.

—Lo siento —murmura con sus increíbles ojos azules todavía sobre los míos.

—¿Por qué? —pregunto con una suave sonrisa en los labios.

¿Cómo es posible que sea así de dulce? ¿Que, a pesar de todas las veces que la torturo, la desafío, la fastidio, sea capaz de dejarlo al margen en un solo segundo sólo porque cree que el recuerdo me hace sufrir?

—Por todo lo que tuviste que vivir.

—Eso es el pasado —replico con naturalidad, porque de verdad lo pienso—. Acabar así no dependió de mis decisiones y, en cuanto pude ponerle remedio, lo hice.

No puedes lamentarte de lo que no estuvo en tu mano elegir vivir. No puedes culparte y es inútil culpar a otros, porque, con toda franqueza, si no se arrepienten, no van a hacerlo porque otra persona les diga que son unos hijos de puta. Lo mejor es concentrar las energías en cambiar la situación, en amoldarla a lo que tú quieres que sea, en construirte una vida mejor, en sobrevivir, ¿recordáis?

—Pero ¿no te duele?

Me mira a los ojos tan de verdad que creo que puede leer en mí, pero la sensación no me violenta; de hecho, me hace sentir extrañamente cómodo.

—No pienso darles ese poder —susurro, y mi voz se vuelve más ronca.

—Eso es muy valiente.

—Todos lo somos, pequeña, lo que pasa es que, afortunadamente, no todos lo necesitamos.

Su apodo se queda en la punta de mi lengua como un azucarillo que se deshace despacio, haciéndome pensar en ella incluso cuando la tengo delante, deseándola más, logrando que mis manos piensen en su piel como la arena de la playa piensa en el sol.

Sarah no aparta la mirada y el momento se alarga unos segundos. Estamos muy cerca, pero eso no es un problema, porque quiero que lo estemos mucho más.

—Deberíamos... deberíamos seguir cenando, va a enfriarse —prácticamente tartamudea, forzándose a colocarse de nuevo de frente y centrarse en su plato.

Le concedo la huida y el siguiente par de minutos comemos en silencio.

—¿De qué conoces a Spencer? —plantea de pronto, y estoy seguro de que lo hace con el único objetivo de sacar un tema de conversación para intentar borrar lo cerca que hemos estado antes en todos los sentidos.

—Voy a responder a esa pregunta con otra: ¿de qué lo conoces tú?

—Contestar a una cuestión con otra es señal de falta de inteligencia.

—Igual que apuntar lo que hace el otro en lugar de dar tus propias explicaciones lo es de

cobardía.

Atrapo sus ojos azules y enarco una ceja. Ella me mantiene la mirada.

—El primero que lo ha hecho has sido tú —contraataca.

Las batallas. Joder, las batallas son lo mejor de todo.

—Otra vez eludiendo la pregunta, señorita Holloway.

—Otra vez recibiendo de su propia medicina, señor Stearling.

Mi sonrisa se ensancha, traviesa. Ella también sonrío y el aire vuelve a mutar, a transformarse, como una fuente de energía que cambia de color una y otra vez y me calienta por dentro.

—Contéstame. —Mi voz suena como una orden y algo dentro de mí se relame.

Sarah me observa con sus espectaculares ojos azules. Es la mirada más sexy que he sentido en toda mi vida.

—No lo conozco. Ni siquiera lo he visto —pronuncia, sincera—. Es amigo de Lexie. ¿Y tú?

—Somos amigos de toda la vida, nos criamos juntos en los suburbios de Chicago. Aunque, ahora que lo pienso —finjo caer en la cuenta—, yo tampoco lo he visto nunca.

Sarah rompe a reír, no se esperaba semejante apunte final, y la contemplo hasta que sus carcajadas se calman y las ganas de follármela se multiplican. Me gusta, joder, y quiero que me mire a los ojos cuando esté de rodillas delante de mí.

Su cuerpo reacciona al mío y sé que también se revoluciona. Su respiración se acelera suavemente y sus ojos se pierden en mis labios un segundo antes de apartar la mirada.

—¿Eres de Chicago? —pregunta, nerviosa, cogiendo su copa de vino y bebiendo luego de ella. Asiento.

—Viví en mi barrio, Canaryville, hasta los veinte.

—¿Y te gustaba?

—Nunca has estado en Canaryville, ¿verdad? —inquiero, socarrón.

Canaryville es el rey de los suburbios de Chicago, pero no por peligrosidad, la verdad, ahí la palma se la lleva West Englewood, sino por pura historia. Fue un mal barrio desde su inicio, donde toda la basura irlandesa, de la que desciende un servidor, fue a parar. Como buenos irlandeses borrachos y peleones, defendimos nuestro territorio en revueltas raciales contra otros europeos y afroamericanos a principios del siglo xx. Muchos críos, muchos bares, una iglesia enorme y, desde los sesenta, mucho desempleo, los mismos críos y aún más bares. Se lo conoce por ser un barrio que tiende al aislamiento autoprovocado y ser hostil con los foráneos. En definitiva, una auténtica joya de la ciudad del viento.

Aun así, como dije antes, lo que te rodea, tu barrio, te afecta en la medida que permites que te afecte, y yo me las apañé para tener una vida bastante decente. Reed, Cooper y yo lo hicimos; Chase, no, y Spencer, tampoco, pero no tuvo nada que ver con el barrio.

—Nunca he estado en Chicago —me explica—. De hecho, sólo he salido del estado de Nueva York para ir a California.

Recuerdo su currículum y frunzo el ceño.

—¿Y qué hay de la Universidad de Tennessee?

El pánico atraviesa sus ojos y sonrío, nerviosa. ¿Qué coño está pasando aquí?

—Eeh..., es una sensación, quería decir —se explica, aún más inquieta—. La sensación de que nunca he salido de aquí, salvo una vez, por unas vacaciones.

La estudio, pensativo. Está tratando de colármela. ¿Por qué?

Voy a descubrirlo cuando mi móvil comienza a sonar y el estridente tono se apodera del silencio de la habitación. Teniendo en cuenta lo que me traigo entre manos, no le haría el más mínimo caso, pero sé quién es.

—¿Qué pasa? —contesto.

—Es Chase —responde Reed. Me preocupo. Joder. Me preocupo muchísimo—. No sé nada de él desde hace tres días.

—¿Has hablado con ella?

—Lo he intentado, pero no me coge el teléfono.

Un pitido me indica que tengo otra llamada. Me aparto el *smartphone* de la oreja y miro la pantalla.

—Es él —digo a modo de toda explicación antes de colgarle a Reed—. Chase...

—Michael, ayúdame, por favor —me pide con la voz triste, perdida.

—¿Dónde estás?

Haría cualquier cosa por él. Haría cualquier cosa por Reed, Spencer, Cooper o él.

SARAH
Cuatro bodas y un funeral
(*Four weddings and a funeral*), 1994, Mike Newell

Michael cuelga el teléfono y, sin decir una sola palabra, sale disparado. Yo frunzo el ceño, completamente confusa. ¿De qué iba esa llamada? Y, dándole unas cuantas vueltas más a todo, ¿qué hace viviendo aquí?, ¿por qué ha preparado la cena?, ¿por qué me ha besado?, ¿y dónde demonios se ha metido Lexie?

Me deajo caer sobre el respaldo del tresillo y lanzo un suspiro larguísimo. ¿Qué está pasando con mi vida?

Termino de cenar, aunque ya no tengo demasiada hambre, lo que no quita que toque decir que la comida está buenísima. Parece una broma que sean prácticamente los mismos ingredientes de un simple sándwich de ensalada de pollo.

Recojo la mesa, cargo el lavavajillas y subo a mi habitación provisional. Llamo un par de veces a Lexie. No me lo coge, pero me manda un whatsapp diciéndome que lo siente por haber desaparecido y promete contármelo todo mañana a la hora del almuerzo. Me invita a comer en mi cafetería preferida para hacerse perdonar y, como sirven unas hamburguesas con queso y bacón alucinantes, me deajo sobornar.

Me gustaría poder decir que no pienso en Michael Stearling ni en el beso una sola vez, pero mentiría, descaradamente para ser exactos.

* * *

A la mañana siguiente me levanto temprano y me doy una ducha en el baño de invitados tamaño spa. Me visto y me preparo algo para desayunar. Sigo pensando en el beso en intervalos de treinta segundos, pero, como soy consciente de que no puedo permitírmelo, comienzo a analizar cosas más productivas, como que necesito averiguar qué asuntos tienen en común Michael y la jueza Tamin y, sobre todo, si están relacionados con lo que quiera que tratase la reunión con la coordinadora jefe de planificación urbana del distrito metropolitano de Manhattan.

Con esa idea entre ceja y ceja, y, siendo honestas, la de no volver a coincidir con Michael en el terreno no profesional hasta que haya decidido cómo me siento respecto a anoche, llego al despacho un par de horas antes. El bufete no está desierto como esperaba, pero sí es cierto que los abogados júnior que hay por aquí están demasiado ocupados maldiciendo sus vidas e inyectándose café en vena como para prestar atención a lo que hago.

Me meto en el cuarto de archivos y trato de encontrar información que pueda serme útil: memorandos de reuniones, declaraciones de intenciones, copias de acuerdos... pero nada. Es complicado y, además, cuento con el hándicap añadido de que, en realidad, no sé qué estoy buscando. Todo sería infinitamente más fácil si hubiese podido estar presente en las reuniones, aunque soy consciente de que ésa es una batalla perdida.

Después de casi dos horas buscando, no encuentro ni una mísera pista, lo que me lleva a una única conclusión: la información no está en estos archivos. Sea lo que sea, el asunto que Michael se traiga entre manos con la jueza Tannin tiene que ser algo realmente importante; de lo contrario, ella no estaría involucrada. Además, Stearling es demasiado listo como para dejar información comprometida donde cualquiera podría encontrarla. Sólo me queda una salida: tengo que colarme en su despacho.

Resoplo.

No es por el hecho de colarme en sí, ni siquiera por lo del espionaje industrial, aunque no voy a negar que eso siga robándome el sueño, es por él. ¿Qué pasa si me escabullo hasta su oficina y encuentro exactamente lo que estoy buscando? ¿Qué ocurre si él es el responsable de la corrupción del bufete? ¿Y por qué me preocupa si ése fuese el caso?

Resoplo aún más fuerte.

No sé el motivo, pero no quiero descubrir que Michael es culpable.

Cabeceo. No me conviene ir por ahí y tampoco puedo mirar hacia otro lado. Estoy infiltrada en esta firma por un motivo.

Me llamo idiota un par de veces y voy hasta el pasillo que lleva a los despachos de los socios. Tengo que pasar de nuevo por la sala principal y está un poco más bulliciosa que antes, pero todos siguen con el piloto automático puesto y ni siquiera reconocerían a sus propias madres.

Camino sigilosa por el suelo de parquet, prácticamente pegada a la pared, y sonrío victoriosa al asomarme a la antesala del despacho de Michael y ver que no hay rastro de su secretaria, la señora Jones.

Acelero el paso, aunque sigo intentando eso de ser sigilosa como un gato. Echo un vistazo al escritorio de su asistente. Obviamente, está ordenadísimo. Reviso las bandejas de «entrada» y «salida». Sólo hay un par de documentos. Nada importante.

Dejo atrás la mesa y me dirijo a la puerta de la oficina de Michael, mi verdadero objetivo. Un paso. Otro. Silencio absoluto. Alcanzo la puerta.

—Señorita Holloway.

¡Joder!

Me enderezo de golpe y me contengo para no soltar un grito de puro susto mientras el corazón me retumba en los oídos.

—Señorita Jones —digo, patéticamente nerviosa, girándome hacia la secretaria de Michael—, buenos días.

Ella sonrío perspicaz sin levantar sus ojos oscuros e inteligentes de mí.

—Buenos días.

Se queda en silencio, observándome, y siento que me hago más y más pequeña, como si un cartel de neón con la palabra *culpable* y una flecha gigante apuntándome estuviesen apareciendo sobre mi cabeza.

«¡Espabila, pequeña patosa! ¡Di algo!»

—Venía a presentarme ante el señor Stearling —le explico, y no dudo. Una de las claves de la mentira es no dudar—, tal como la señora Reeves nos ha indicado que debemos hacer.

La señora Jones me contempla un segundo más, escrutándome, hasta que finalmente asiente, desconfiada, y se dirige hasta su mesa, donde deja el bolso con cuidado y estilo.

—El señor Stearling no ha llegado todavía —me informa.

Ahora soy yo la que asiente y me alejo un paso de la puerta.

—Debería esperarlo —añade, y diría que mi mentira ha colado.

Asiento de nuevo y me acomodo en uno de los sofás de elegante tapizado marrón claro que forman la zona de espera frente al escritorio de la señora Jones.

Apenas han pasado unos segundos cuando el teléfono comienza a sonar. La secretaria descuelga veloz y responde.

—Despacho del señor Stearling.

Escucha con atención y niega con la cabeza.

—Las copias deben estar en el juzgado antes de las diez —replica—. Envíame al mensajero —continúa—. Lo esperaré en recepción.

La señora Jones cuelga y se levanta. Entra en el despacho de Michael y sale a los segundos con una carpeta. Se me ilumina la mirada al ver el dossier. Es más que obvio que toda la información está en ese despacho.

La secretaria camina hacia la salida, pero, al llegar a mi altura, se detiene. Va a echarme, está claro, y eso choca de lleno con mis planes.

—¿Le importa si espero aquí al señor Stearling? —le pido, levantándome, anticipándome a cualquier cosa que pensase decirme—. No puedo empezar con el trabajo de hoy hasta asegurarme de que él no me necesita y tengo algo así como un millón de expedientes que revisar —concluyo, tratando de darle pena, aunque sólo sea un pelín.

La señora Jones ladea la cabeza al tiempo que suena un sonoro resoplido.

—No te muevas de aquí —me advierte.

Asiento por tercera vez con una sonrisa agradecida y, rauda, vuelvo a tomar asiento, alisando antes la falda de mi vestido, siguiendo la curva de mi trasero y después dejando las manos en mi regazo con la espalda bien recta. Una postura de niña buena en toda regla.

La secretaria no dice nada más y se marcha. Agudizo el oído hasta que no soy capaz de percibir sus pasos en el pasillo y cuento mentalmente hasta diez para asegurarme. Me levanto como un resorte y salgo disparada hasta el despacho. Cierro a mi paso, intentando no hacer ruido, y miro mi reloj de pulsera, como mucho tengo diez minutos.

Abro una de las carpetas que hay sobre el escritorio. Es un caso pro bono, la manera elegante que tienen los bufetes caros de decir que aceptan causas gratis para parecer solidarios. Estudio la segunda. También pro bono. Frunzo el ceño. Normalmente un bufete suele tener una media de un uno por ciento de causas gratuitas al año; eso, con el volumen de esta oficina, son unos diez casos, que, de cualquier forma, siempre llevan abogados júnior, nunca los socios. Miro la tercera. ¿Otro pro bono? No puede ser. Vuelvo al primer dossier, al segundo y al tercero. Michael es el abogado principal de los tres procesos. Se ha encargado de ellos personalmente.

De pronto, recuerdo lo que me contó Alex acerca del caso que llevó a Michael a ser socio. Me había equivocado al pensar que, simplemente, quería ganar. Realmente, intentaba ayudar a esas personas, igual que con todos estos expedientes. De no ser así, no se ocuparía de tantas causas que no van a reportarle un solo centavo. Michael luchó por ellos, de verdad.

Dejo los papeles donde estaban, aturdida, y continúo buscando, pero no doy con nada.

Cierro el último cajón y, de pronto, me siento muy culpable. ¿Qué estoy haciendo? Pierdo la mirada en el enorme ventanal del despacho y la postal de edificios y precioso cielo azul me recibe. Tal vez sea cosa de los otros socios. Michael es inocente. No sé cómo lo sé, pero lo sé. Hay algo dentro de mí que lo cree sin un solo resquicio de duda, que lo ha creído desde el primer momento, y se acabó el negarse a escucharlo.

Asiento, enérgica. Me aseguro de haber dejado todo como lo he encontrado y salgo del despacho.

De regreso en mi miniescritorio, estoy haciendo unos resúmenes de unas declaraciones de testigos cuando, en mitad del rumor de la sala, consigo distinguir el pitido del ascensor y, dos segundos después, Michael Stearling irrumpe en la sala con sus largas y masculinas zancadas y un delicioso traje de corte italiano a medida, comiéndose a bocados el parquet. Por Dios, es casi una visión divina (y no soy la única que la nota, más de una abogada júnior está a punto de lanzar un suspiro).

Me obligo a salir de mi ensoñación y apartar la vista y, por inercia, me topo con el reloj de la esquina inferior de la pantalla de mi ordenador. Son más de las diez. Nunca he visto a Michael Stearling llegar un solo minuto tarde, y creo que lo conozco lo suficiente como para poder afirmar que no ha ocurrido antes, salvo, precisamente, el fatídico día que descubrí que sería mi jefe. Entorno lo ojos, pensativa. ¿Tendrá algo que ver con la llamada de ayer... o con el beso?

De repente, ese momento particular de mi vida entra en mi mente como un ciclón, revolucionando hasta la última pulgada de mi piel. Fue tan intenso que incluso su recuerdo lo es y estoy a punto de llevarme los dedos a los labios para poder tocar su sabor en los míos. «¡Mala idea! ¡Muy mala idea!», me reprocho. Tengo que hablar con él. Tengo que dejarle claro que no puede volver a pasar, y que no se note ni un poquito cuánto me gustó.

—Tenemos que hablar, señor Stearling—digo con la voz clara al tiempo que me levanto.

Él, que ya ha pasado de largo mi mesa y está apenas a unos pasos de ella, se gira despacio y me mira condescendiente, malicioso y sexy.

—Tú y yo no tenemos nada de que hablar —replica—, a no ser que quieras explicarme por qué has decidido hacer esos resúmenes de una manera tan desastrosa.

Frunzo el ceño. Sólo les ha echado un fugacísimo vistazo. ¿Cómo es posible que se haya dado cuenta de que están mal...? ¡Sobre todo cuando no es así!

Michael sonrío otra vez, con ese punto de arrogante astucia.

—Yo lo sé todo, pequeña patosa —contesta la pregunta que no he llegado a formular en voz alta, sacando a relucir su innata capacidad para leerme la mente. Es un cabronazo.

—Tenemos que hablar —repito con más vehemencia y también más enfadada.

—¿De qué? —me desafía.

Sabe perfectamente de qué quiero que mantengamos una conversación, sólo me está poniendo a prueba para saber si soy capaz de pronunciarlo en voz alta aquí, donde la confraternización entre empleados está taxativamente prohibida.

—De lo que hizo anoche.

—Ayer hice muchas cosas —me rebate.

—Piense en una de ellas.

—Como apuesto a que llevas haciendo tú todo el día.

—Señor Stearling —lo reprendo.

—Y toda la noche —añade, sexy y torturador.

¡Esto es el colmo! Pero ¿quién se cree que es? Y, lo que es más urgente, ¿quién ha dado por hecho que soy yo? Si me imagina como una de esas niñas ricas que caen rendidas a sus pies sólo con una mirada, se equivoca de lleno.

—Te tengo calado —le dejo clarísimo, cruzándome de brazos frente a él.

Sólo es un abogado de Nueva York y, como todos, arrogante, mujeriego y desdeñoso.

—Ah, ¿sí? —me reta, y una media sonrisa se apodera de sus labios.

—Sí.

—Quiero follarte.

—¿Qué? —La voz se me escapa demasiado aguada e incluso más conmocionada de lo que acabo de quedarme yo.

—Ya me has oído —continúa sin un solo gramo de arrepentimiento— y, si me tienes tan calado, ya sabrás que te quiero de rodillas y escuchar un «gracias, señor Stearling» cuando te lo hayas tragado todo.

Me contengo para no abrir la boca alucinada, para no apretar los muslos y para no tirarle algo a la cabeza, en ese escrupuloso orden.

—Eso ha estado fuera de lugar —le recrimino, ¡y tengo razón! No puede decirme esa clase de cosas y, siendo más prácticos, no puede decirme esa clase de cosas en mitad de la maldita oficina; la mesa de Alex está a medio metro de la mía.

—¿El qué? —replica, sin una sombra de vergüenza—. ¿Que te imagine de rodillas o que quiera que me des las gracias?

—Todo —grito bajito, escandalizada.

Michael se encoge de hombros, displicente y presuntuoso.

—Sólo tengo que prestarle un segundo de mínima atención a cualquier mujer de esta sala para conseguir lo que quiero. Tú —pronuncia, clavando sus ojos del color del mar en los míos—, en cambio, te vas a ir a casa tan mojada como estás ahora.

—¿Por qué? —le espeto dando un paso hacia él, recogiendo el condenado guante que acaba de tirarme y lanzándoselo a la cara—. ¿Acaso no crees que pueda encontrar a otro hombre con la misma facilidad?

Porque puedo, cabronazo engreído.

—No —sentencia, y esa sonrisa canalla que nunca ha abandonado sus labios se hace un poco más grande—, porque a ti te valgo sólo yo.

Hay tanta seguridad en sus palabras, con sus ojos atrapando los míos, que, en contra de mi voluntad, mi cuerpo reacciona a su favor. La electricidad vuelve a estallar como si fuera un condenado motor a reacción, y la excitación, el deseo, lo impregnan todo. Él también lo nota, lo sé, y precisamente es lo que hace que todo esto sea una locura aún mayor.

—No tengo tiempo para esto —gruño, alzando la barbilla, altiva, y manteniéndole la mirada, dejándole claro que lo que pensaba al principio de esta conversación es verdad: no soy una de esas niñas ricas que se tira en su despacho y no voy a caer rendida a sus pies, aunque, para mi desgracia, la última parte de esa frase, sospechosamente, cada vez se parezca más a una mentira.

Giro sobre mis tacones y, móvil en mano, salgo de la sala. Me meto en el baño buscando algo de intimidad; por suerte, está vacío. Suelto el resoplido más largo de la historia, incluso farfullo un par de cosas sin sentido sobre asesinar a Michael Stearling y hacer mi propio Burning Man en la plaza del Rockefeller Plaza con todos sus trajes.

«Corazón, cálmate ya —me grito mentalmente, mirando mi reflejo en el espejo—, y, cuerpo, compórtate», aunque en la actualidad eso es un poco más complicado. Ahora mismo sólo soy deseo, sangre caliente y malas decisiones.

* * *

Esa misma tarde llego al Morning Place un par de minutos antes de la hora. Me pido un café y me siento a una de las mesas. Estoy nerviosa, mucho, no voy a negarlo.

—Buenos días.

La voz me hace alzar la cabeza y casi en el mismo momento arrugar el entrecejo. ¿Quién es?

Abro la boca dispuesta a plantear esa cuestión, pero él me interrumpe, sonriendo. Debe de tener más o menos mi edad y es alto, con el pelo castaño oscuro y las facciones muy marcadas.

—Soy Ross Elliweather —se presenta—. El señor Mason Fordbrader me ha enviado para que me reúna con usted.

No quiero, y lo disimulo a tiempo, pero me siento decepcionada. Esperaba poder ver al señor

Fordbrader y charlar un poco más con él.

—Encantada de conocerlo —me obligo a decir.

Él sonrío de nuevo, aunque, como con la primera, no es un gesto auténtico, sino más bien algo como mi frase: pura cortesía.

Se sienta frente a mí, abre su maletín en su regazo y levanta suavemente la mano, pidiendo un café.

—Bien —inicia la reunión, sacando una pequeña libreta negra y un bolígrafo plateado de su maletín y dejando éste de nuevo en el suelo—, ¿qué tiene para mí?

Mis nervios aumentan, aunque, extrañamente y contra todo pronóstico, me siento muy bien por lo que estoy a punto de decir.

—He empezado centrándome en Michael Stearling, el socio más joven del bufete. Tuvo una reunión con una alta funcionaria y con una jueza, pero, después de investigarlo, no obtuve nada. Está limpio.

Ese mismo algo dentro de mí que me gritaba desde el principio que Michael era inocente ahora suspira aliviado porque yo misma lo haya dicho en voz alta.

Elliweather me observa un par de segundos más, anota algo en su libreta, la cierra veloz y la guarda en su maletín. Ha dado la conversación por finalizada.

—Señor Elliweather...

—No saque conclusiones tan precipitadas, señorita Holloway —me interrumpe—. Siga investigando. Michael Stearling está en el centro de todo. No lo dude.

—¿Cómo lo sabe? —contraataco, rápida y desconfiada.

—No podemos compartir toda la información con usted —responde con cierta soberbia, que automáticamente hace que me hierva la sangre—, pero, créame, lo sabemos, y necesitamos que realice el trabajo para el que se la contrató y obtenga las pruebas pertinentes.

—El señor Fordbrader me contrató para encontrar al culpable —le recuerdo.

—Pues, entonces, ya le hemos adelantado trabajo.

Le mantengo la mirada porque *a)* no me intimida lo más mínimo, por mucho que él esté intentando lo contrario, y *b)* si piensa que puede venir aquí y decirme lo que tengo que hacer por encima de lo que es justo, no me conoce lo más mínimo.

—El señor Fordbrader confía en usted —dice en un claro cambio de estrategia y, maldita sea, le funciona—. No lo defraude.

Elliweather se marcha y yo me quedo aquí, sentada como una idiota. No puedo decepcionar a Fordbrader, pero estoy segura de que él es el primero que quiere descubrir al verdadero culpable, y Michael no lo es. Lo sé. Suspiro y me hundo un poco más en la silla. ¿Qué demonios voy a hacer?

«No tienes ni la más remota idea y más te vale descubrirlo pronto. Fdo.: Tu voz de la conciencia.»

* * *

Regreso al bufete y me paso el resto del día trabajando sin descansar un solo segundo. El señor Stearling no aparece en toda la jornada y le encarga todos sus asuntos de hoy a uno de sus abogados júnior.

—Ey, ¿cómo vas? —me pregunta Alex, deslizándose en su silla de su mesa a la mía.

—Bien —contesto poco convencida.

No me culpéis. Tengo una pila de carpetas para revisar del tamaño del Empire State y la tengo justo delante. Es complicado fingir que no existe.

—Ya son más de las ocho —continúa—. Vámonos a tomar algo.

Dudo. Debería echarle un vistazo a un par más de dossiers.

—Hoy has llegado dos horas antes —me recuerda, cantarina.

Sonrío culpable. Vaya, esta chica es realmente observadora.

—Está bien —claudico, lanzando el lápiz contra mi escritorio—. Me has convencido.

—Soy muy buena, ¿verdad? —plantea con una sonrisa que le devuelvo mientras me cuelgo el bolso.

Veinte minutos y ocho manzanas después estamos frente a la puerta de un local llamado The Vitamin.

—Parece uno de esos pubs que conoces cuando eres universitario y al que sigues yendo noche tras noche, aunque con los años ni siquiera recuerdes por qué —apunto, divertida.

Desde el interior comienza a sonar *Faith*, de George Michael.

Alex asiente varias veces, siguiendo el hilo de mi argumento.

—Así nos hicimos íntimos este lugar y yo —responde, resuelta—. Seguimos viniendo porque tienen una noche a la semana con música de los ochenta y somos unos nostálgicos. Está estratégicamente cerca de las casas de todos y somos unos vagos. Y, además, sirven un cóctel delicioso llamado Martini Royale y somos... —busca la palabra adecuada, cruzada de brazos con la mirada fija en la fachada de madera y ventanales *vintage*—... alcohólicos, supongo —suelta, encogiéndose de un hombro.

Mi sonrisa se ensancha, la suya también y, un segundo después, las dos rompemos a reír.

—Vamos dentro —me anima cuando nuestras carcajadas se calman, tirando de mí para que la siga—. Mis amigos te van a encantar.

No tengo ninguna duda.

—Chicos —pronuncia Alex, deteniéndose frente a una de las mesas del interior del local. El bar está de bote en bote. No reconozco la canción que suena—, os presento a Sarah.

Todos, dos chicas y un chico, alzan la cabeza y me miran, curiosos. Yo sonrío algo nerviosa.

—Sarah —sigue Alex—, éstas son Maddie y Lauren, y él es mi hermano James.

—Hola —saludo, animada.

—Hola —me devuelven la palabra, amistosos, casi a coro.

—Siéntate —me ofrece la chica rubia con una sonrisa. Es muy guapa. Creo que se llamaba Lauren—. ¿Quieres tomar algo?

—Martini Royale —se adelanta James a cualquier cosa que pensase responder—, es nuestra seña de identidad —añade, guiñando un ojo.

Sonrío de nuevo. Son muy simpáticos. Desde el primer momento consiguen que te sientas como una más.

—Yo me encargo de traer la próxima ronda —anuncia Alex. Va señalándolos a todos, que asienten enérgicamente—. Te animas, ¿verdad? —inquire al llegar a mí.

—Si es vuestra seña de identidad... —finjo rendirme, encogiéndome de hombros.

—Ésa es mi chica —sentencia Alex justo antes de girar sobre sus tacones y dirigirse a la barra. La siguiente hora nos la pasamos charlando de todo y de nada a la vez.

—Perdona —me disculpo con Maddie, divertida y un pelín mortificada; es la tercera vez que me quedo mirándola fijamente—, pero es que tu cara me suena muchísimo.

Ella niega con la cabeza, tímida, pero sin dejar de sonreír.

—Pues no se me ocurre por qué puede ser —interviene James—. Nuestra Maddison tiene una cara de lo más común, nada de lo que uno pueda enamorarse inoportunamente.

Ella entorna los ojos, tratando de resultarle amenazante, y le suelta un manotazo en el hombro, pero sólo consigue hacer sonreír a James. No sé por qué, tengo la sensación de que esa broma tiene una historia detrás.

—Así que te has reinventado —me comenta Lauren, dándole un nuevo rumbo a la conversación.

Frunzo el ceño, confusa. ¿A qué se refiere?

—Como la tocapelotas de mi hermanita —apunta James.

Ante el cariñoso adjetivo, Alex le suelta otro manotazo, que, como el primero, James aguanta con dignidad y una sonrisa.

—Es muy lista —responde Alex por mí—. Le irá muy bien, aunque los principios como pasante siempre son duros.

Estoy a punto de suspirar al entender por fin de que están hablando.

—Fue una decisión difícil —miento sobre la marcha —, pero siempre he querido ser abogada y ayudar a los demás.

Todos me miran con una sonrisa. Entienden lo que digo y, en cierta manera, se alegran de que haya dado ese paso, como si oír decir a alguien que cree en la posibilidad de un mundo mejor te dejara un poco más cerca de lograrlo. De verdad, son buena gente.

—De la siguiente ronda me encargo yo —anuncia James, levantándose.

Lo sigo con la mirada camino de la barra y, con franqueza, todavía no puedo creerme que sea el jefe de las sesiones de Spotify en Nueva York. ¡Son alucinantes!

Con un nuevo Martini Royale en la mano, seguimos charlando. Este cóctel es una pasada. Está a la altura de los tahoos de Lexie. Aún recuerdo el verano pasado, cuando birló una botella de ron

añejo en un pub donde no nos trataron nada bien e hicimos una edición especial de *tahoes* y nos los bebimos en la escalera de incendios mientras leíamos revistas.

—¡Eres Maddison Riley! —grito cuando por fin consigo ubicarla, en concreto en la portada del *Vanity Fair*, en el reportaje sobre la gala del MET, que precisamente leí en esa escalera de incendios—. La mujer de...

—El gran *Gatsby* —me interrumpe James, socarrón.

—El dueño del mundo —indica Alex.

—El cabronazo más increíblemente sexy de la costa este —añade Lauren, y juraría que, con toda probabilidad, en estos momentos está imaginándose... desnudo.

No puedo evitar sonreír por la vehemencia de la última declaración.

—Sí —alega Maddie, centrándose en mí—, es lo que piensas: la mujer que acaba de fantasear con mi marido es una de mis mejores amigas —me explica, burlona, en referencia a Lauren— y está casada con el mejor amigo de Ryan.

Mi sonrisa y la de todos se ensancha.

—No pasa nada —se defiende Lauren, lanzando la mano al aire—. Mi *costillo* lo entiende perfectamente. Sólo soy objetiva. Bentley, mi marido, está cañón, con un culito para partir nueces, y aquí, sir James, caballero de la brillante armadura del melodramatismo —continúa, señalándolo—, ha logrado superar al mito y ser aún más guapo que James Franco.

Él le da un trago a su Martini Royale disimulando una sonrisa desdeñosa, encantada y encantadora, y todos volvemos a sonreír.

—¿Y tú? —me plantea Lauren—. ¿Tienes a algún hombre así en tu vida?

Michael Stearling. Su nombre se ilumina como el árbol de Navidad del Rockefeller Center sin ni siquiera necesitar pensarlo; por suerte, consigo contener las palabras a tiempo.

Abro la boca dispuesta a contestar, aunque, en el fondo, no sé qué decir si no es su nombre.

—Michael Stearling —contesta otra vez Alex por mí—, es el socio más joven del bufete y su jefe.

Vaya, ahora sí que no sé cómo continuar.

—¿Sí? —exclama Lauren, entusiasmada—. Cuéntanos —me pide, girándose hacia mí—. Danos detalles.

—Yo... yo...

Creo que hacía mucho tiempo que no estaba tan nerviosa. Bueno, sí, cuando estuve encerrada en el baño a escasos centímetros de Michael, cuando lo vi en casa de Spencer, cuando me besó... «¡Por Dios, deja de pensar!»

«Y de hacer el ridículo. Fdo.: Tu voz de la conciencia.»

«Eres una perra. Fdo.: La propietaria de una voz de la conciencia muy hija de puta.»

—Es... guapo —pronuncio al fin.

Genial. ¿Ésa es la primera palabra que se te ocurre para describirlo?

—Es... muy bueno en su trabajo. —Creo que algo he mejorado. Por lo menos no he dicho que

tiene un culo de escándalo—. Un gran abogado.

—Y un auténtico cabronazo, engreído y arrogante —añade Alex, a punto de echarse a reír.

—¿Puedo conocerlo? —pregunta Lauren, entrecerrando los ojos.

Al ver que todos la observamos con las sonrisas a punto de transformarse en carcajadas, ella nos devuelve la mirada sin entender nuestra reacción.

—¿Qué? —se queja—. Es curiosidad y estadística —nos explica justo antes de darle un sorbo a su cóctel—. Estoy haciendo un censo de cabronazos jodidamente sexis. Están Ryan, por supuesto; el fiscal general del estado, Ethan Anderson; los tres socios de una empresa externa que trabaja ocasionalmente para el Riley Group —prosigue con una sonrisilla. Creo que otra vez se los está imaginando desnudos—: Colton, Fitzgerald y Brent, y Reese Montolivo, el periodista del *New York Times* y, hablando del *Times*, Christopher Cross.

—¿Desde cuándo lees tú ese periódico? —inquire Maddie.

—Yo no tengo la culpa de que la prensa escrita haya muerto.

—Si dependiese de ti, nunca habría nacido.

Lauren le hace un mohín y ella se lo devuelve, divertida.

—Bentley tiene que estar encantado contigo y tus estadísticas —la pincha James.

—Bentley me quiere tal y como soy —sentencia ella y, antes de que pueda decir nada más, ni siquiera ella misma, sonrío enamoradísima.

—Censo de idiotas enamoradas hasta las trancas —propone Alex, socarrona.

—Lauren —respondemos Maddie y yo al unísono.

—Maddie —contestan Lauren y James a la vez.

—James —suma Alex.

Su hermano la fulmina con la mirada, pero un segundo después todos nos echamos a reír. Son geniales.

Más o menos una hora después, Lauren, James y Maddie están bailando en el centro del local grandes éxitos de los ochenta mientras Alex y yo los observamos desde la mesa. Maddie gira sobre sí misma y señala a Lauren con los dos índices. Ella acepta el reto y la imita. Alex, las chicas, James... me recuerdan a los protas de la peli *Cuatro bodas y un funeral*. Su amistad es inquebrantable y, gracias a ella, han conseguido superar momentos muy duros, disfrutar aún más de los buenos y siempre, siempre, permanecerán unidos.

—Tus amigos son increíbles —digo aún con la vista en la improvisada pista de baile.

Alex sonrío.

—Sí, lo son —me deja claro con una mezcla perfecta de orgullo y amor en la voz.

Me tomo unos segundos para estudiarla. Es obvio que está feliz estando aquí, pero hay más. Tengo la sensación de que le ocurre algo.

—Maddie, Lauren, James —comento—, todos parecen muy felices con su vida sentimental.

—Lo son —responde—. A veces, sólo con verlos, te hacen feliz por extensión —añade, divertida

—¿Y tú? —inquiero—. ¿Tienes novio?

—Sí, Charlie.

—¿Y eres feliz con él?

Vuelve a sonreír, pero una pizca de tristeza se hace más patente.

—Debería decir que sí, ¿no?

—Deberías decir lo que quieras decir.

—Es complicado.

Medito sus palabras.

—Puede ser —contesto tras un puñado de segundos—, pero, a la larga, plantearse si estamos bien o no es lo mejor, e incluso te arrepientes de no haber sido sincera contigo misma antes. Te lo dice alguien que salió un viernes antes del trabajo y encontró a su marido practicando sexo con otra encima de la encimera.

Alex me mira con los ojos como platos.

—Uau.

—No —replico con una sonrisa—, sólo complicado.

Ella me devuelve el gesto y sé que sabe que la entiendo.

—Charlie me hace feliz —dice—, sólo que las cosas no son como pensé que serían.

Asiento. No me equivocaba. Los abogados tenemos un sexto sentido para saber lo que le duele a los demás. Curiosamente, somos los más torpes cuando se trata de ver lo que nos dolerá a nosotros (sirva como ejemplo la multimencionada encimera o, siendo más concretos, el señor Michael Stearling).

—¿Y tú eres feliz? —La pregunta, hecha a bocajarro, me pilla desprevenida, y es certera como si la hubiese lanzado un F16.

La miro, lo pienso. ¿Lo soy? No lo sé. Mi vida ha dado un vuelco y por primera vez estoy dispuesta a admitir que no sólo de manera profesional. Me siento más viva. Michael, aunque me ponga de los nervios, es quien provoca eso en mí, y no es por el juego, o al menos no sólo por eso, es por él.

—Digamos que me están pasando cosas que no esperaba que sucedieran.

Ahora es Alex la que sonrío llena de empatía.

—Entonces, la vida de las dos está un pelín patas arriba.

—Tal vez un poco más de un pelín —declaro, divertida, entrecerrando los ojos.

Hay que tomarse la vida con humor.

—Y ahora vamos a cambiar de tema, por favor.

Las dos sonreímos.

—Me apunto a eso.

* * *

Regreso a casa de Spencer a unas horas que podríamos calificar de intempestivas. Lo paso genial con Alex y los chicos, pero lo cierto es que no puedo dejar de darle vueltas a mi encontronazo con Michael esta mañana, al beso, a él.

La excitación materializa mis recuerdos. El deseo me recorre como un millón de vatios, estremeciendo mi cuerpo de pies a cabeza. Puedo sentir su mano acariciarme el interior del muslo, sus labios dominándolo todo, conquistando mi boca.

Y no sé si es por la excitación, por las ganas, pero una de las dos me nubla la mente, porque dejo la puerta de mi habitación atrás y camino hasta la de Michael. ¿Qué estoy haciendo? ¿En qué demonios estoy pensando? Me hago las preguntas adecuadas, pero, con total franqueza, ahora mismo no me interesa contestar ninguna. Sólo busco dejarme llevar. Sólo quiero equivocarme.

Golpeo la madera con los nudillos, suavemente, nerviosa, tímida, asustada, entregada, excitada, de todo un poco y todo a la vez, sin medida.

—Michael —lo llamo.

No responde, pero nada de lo que siento se apaga.

MICHAEL
Crazy, stupid, love
(*Crazy, stupid, love*), 2011, Glenn Ficarra y John Requa

Cuelgo el teléfono después de tratar de hablar por quinta vez con Chase esta noche. Está mal, cualquier persona lo estaría, pero en su caso todo se multiplica por mil. Desde que éramos unos críos siempre le ha afectado todo un poco más. Siempre se ha sentido un poco más solo.

Me guardo el móvil en el bolsillo trasero de los vaqueros, resoplo, cansado, y pierdo la mirada en el jardín. Todo sería más fácil si estuviera aquí, donde pudiese protegerlo.

Regreso al interior de la casa. Estoy subiendo las escaleras cuando oigo su voz.

—Michael —me llama.

Su tono suena dulce, entregado, pero también insolente, peleón, diciendo «quiero jugar» y «quiero elegir el juego» al mismo tiempo.

Alcanzo el último peldaño y mi puerta y Sarah entran en mi campo de visión. Ella la golpea despacio, suavemente. Me apoyo en la barandilla y la barro con los ojos de arriba abajo mientras la palabra *control* empieza a dibujarse en el fondo de mi cuerpo.

«Puedes pedirme jugar todo lo que quieras, señorita Holloway, pero, quien decide a qué jugamos, cómo jugamos y cuándo, soy yo.»

—Michael —repite, golpeando de nuevo la puerta.

Lleva la misma ropa de esta mañana en la oficina, pero se ha descalzado y soltado el pelo. Los mechones rubios le caen hasta la nuca, meciéndose con suavidad. Lentamente, apoya la cabeza y ambos manos en la madera y suspira en un gesto tierno, jodidamente sensual.

—Michael —me llama por tercera vez.

Al ver que no abro, tuerce el gesto, decepcionada, gira sobre sus talones y regresa con el paso pesado a su habitación.

Yo la observo con una sonrisa en los labios y, para qué negarlo, imaginándome muchas cosas.

Cuando la oigo entrar en su dormitorio, cruzo el pasillo y accedo al mío.

En mi habitación llamo a Chase una vez más, pero no contesta. Lanzo el *smartphone* sobre el colchón y, un par de segundos después, dejo de dar inconexos paseos y me siento en la cama.

Apoyo los codos en mis rodillas entreabiertas y suelto un largo resoplido. Estoy preocupado. Estoy muy preocupado, maldita sea. Me inclino ligeramente hacia delante. Pienso en una manera de arreglar esto. Yo no soy de los que deja la mente en blanco. Nunca me ha funcionado. La única forma de tranquilizarme es sopesar la situación y encontrar una solución. Adaptarme. Sobrevivir.

Entrelazo los dedos de ambas manos. Estoy intranquilo. Estoy inquieto. Me llevo una palma a

la nuca al tiempo que ladeo la cabeza. Sin embargo, la inquietud está empezando a entremezclarse con otra cosa, transformándose, como si, por primera vez en mis treinta y cuatro años de vida, no pudiese controlar la línea de mis pensamientos.

Doy una larga bocanada de aire. La imagen de Sarah frente a mi puerta, llamando, apoyando su preciosa frente en la madera, se dibuja perfecta ante mí. Me paso la mano por el pelo. La dibujo delante de mí, desnudándose despacio. Cierro los ojos, deslizo el pulgar sobre las yemas de los dedos. Siento como si pudiese tocarla a ella. La imagino gimiendo y todo mi cuerpo se despierta de golpe. La imagino contra la pared. Todo se vuelve electricidad. Joder. Me levanto de un salto.

El cuerpo, ardiendo.

Las manos, aceleradas.

La deseo.

Deseo a Sarah Holloway.

Salgo de la estancia con paso seguro. No hay dudas. No hay nervios. Sólo confianza. Sólo control. Voy a hacer exactamente lo que quiero hacer.

Su puerta está cerrada. Ha pasado poco menos de una hora desde que llamó a la mía. Giro el pomo poco a poco entre los dedos y el placer anticipado me atraviesa.

Está durmiendo, tumbada en la cama con uno de esos pijamas cortos, y su pausada respiración lo inunda todo.

La recorro con la mirada poco a poco, fijándome en cada ínfimo detalle. El pelo suelto, esparcido por la almohada, deja sus hombros y las tres pecas que forman un destartalado triángulo justo debajo de su nuca al descubierto. Sus labios están entreabiertos y su pecho se hincha despacio, rítmico.

Doy un paso hacia la cama con la misma seguridad con la que he llegado hasta aquí. Clavo la rodilla en el colchón. Todo se multiplica por mil.

Me inclino con calma, muevo la mano lentamente y acaricio la cintura de su delicioso pijama con el reverso de los dedos. Su olor es lo mejor de todo. Huele a frutas, a verano, a algo fresco y cálido al mismo tiempo.

Sarah suelta un gemido pequeño, bajito. Sonríe y por dentro me relamo. Es un maldito sueño.

Me gusta su piel. Me gusta ella.

Pierdo mis manos en sus caderas y disfruto de su piel.

Deslizo mis dedos bajo sus pantalones y se los quito despacio. Joder, se los quito saboreándolo. Las bragas con rayas de colores me hacen sonreír y me excitan un poco más.

La acaricio por encima de la tela, la adrenalina satura mis venas y los siguientes movimientos son como un ímpetu. Son las ganas puras, duras.

Bajo un poco más la cintura de su prenda de lencería, descubriendo la zona sin nombre sobre su pelvis. La sonrisa se expande en mis labios maliciosa, más arrogante, más jodidamente libre.

Me inclino y la beso justo en la preciosa piel que acabo de destapar. Ella se mueve perezosa y suelta un gemido, otra vez bajito, otra vez suave, otra vez sexy hasta decir basta, y entonces soplo,

ligeramente. Sarah se estremece. Vuelvo a besarla y ella vuelve a gemir.

—Michael —jadea en ese momento en el que no sabes si estás dormido del todo o despierto del todo.

El deseo se estrella contra el condenado techo.

Avanzo por su piel hasta que mis manos se anclan a ambos lados de su cabeza, sosteniendo el peso de mi cuerpo.

—Sarah —la llamo. Ella ladea la cabeza suavemente, pero no se despierta—. Sarah —repito con una sonrisa en los labios, observándola. Gime de nuevo, pero no abre los ojos y yo me inclino un poco más—. Pequeña —susurro contra su boca.

Ella abre los ojos despacio, pero no se sorprende de encontrarme allí, como si su apodo en la punta de mi lengua fuese una especie de código, como si su cuerpo hubiese sentido el mío cuando he puesto el primer pie en esta habitación.

Alza las manos poco a poco y las coloca en mi torso, con una mezcla de timidez, dulzura y valentía que nunca había visto antes, que se impregna en cada uno de mis huesos. Me acaricia lentamente, leyéndome con sus manos.

Mi respiración se entrecorta y mis músculos se tensan todavía más. Sólo puedo pensar en tocarla, en estar dentro de ella, pero, al mismo tiempo, quiero que siga acariciándome, explorándome, despacio.

Nuestros cuerpos se adaptan como si no dependiesen de nosotros. Sarah se abre para mí con los mismos adjetivos de antes dibujándose en cada uno de sus movimientos, demostrándome que es un maldito regalo. Mis caderas caen entre las suyas. Nuestras piernas se enredan, nuestros pechos se acercan.

—Michael —vuelve a pronunciar, clavando sus increíbles ojos azules en los míos, y yo pierdo la condenada razón.

La beso con fuerza. Ella gime contra mis labios y me devuelve cada beso. Sabe aún mejor de lo que recordaba, con lo que llevo fantaseando todo el putito día.

Mis manos vuelan hacia su camiseta y me deshago de ella, de sus bragas. La quiero completamente desnuda debajo de mí, quiero sentir cada pulgada de su piel entre mis dedos.

La beso, la muerdo, la chupo, en el cuello, en su clavícula, en su pecho. Marco un camino y lo disfruto, joder, hago que ella lo disfrute, porque, en el fondo, eso es lo que más me pone de todo, mi única condenada meta: quiero que se derrita lentamente entre mis manos, quiero que sólo pueda pensar en esto, en mí.

Mi ropa también me sobra, porque todo lo que no seamos nosotros está de más. Me la quito, veloz, y, cuando ya estamos piel con piel, el sentido común se evapora y el hambre toma el control.

Recupero un condón de los pantalones, rompo el envoltorio con los dientes y me lo coloco en cuestión de segundos.

Sarah me observa jadeante, pero con toda esa dulzura bañándola, pidiéndome con sus ojos

azules que haga que se deje llevar.

Pierdo la mano entre los dos y la primera embestida es jodidamente brutal. La electricidad entre ambos crece y me recorre hasta dejarme casi sin aliento.

—Dios —gime, arqueándose contra mi cuerpo.

Gruño un juramento ininteligible entre dientes, atrapo sus manos por encima de su cabeza y comienzo a moverme impasible de verdad.

Sarah gime una y otra vez, y yo disfruto cada sonido, sus besos, su increíble sabor y toda la calidez de su cuerpo.

Quiero más.

Empieza a murmurar palabras sin sentido, me abraza con las piernas, dejándome llegar más profundo, y yo abandono la maldita conciencia de mí mismo para ser sólo esto, sólo aquí, sólo ahora.

—¡Dios! —grita.

Y se corre sintiéndome dentro, entre mis brazos, gimiendo contra mi boca.

El mejor espectáculo del mundo.

Sigo embistiéndola más fuerte, más rápido. Quiero volver a verlo.

Me muevo en círculos, llegando más hondo, saliendo casi del todo para volver a entrar con una seguridad atronadora. Mi boca, mis manos, todo juega un papel para que ella pierda la cabeza de nuevo.

Sarah se estremece, tiembla suavemente y, cuando giro de nuevo en su interior, ella se deja caer con violencia contra la almohada, estirando todo su cuerpo, dejándose a merced del placer más puro, y se corre con más fuerza que antes, sintiendo el orgasmo en todas las partes de su cuerpo y en todas a la vez.

La embisto. Su placer me atraviesa, llama al mío. Salgo de ella, me deshago del condón y me derramo sobre su estómago.

Ha sido algo primitivo e instintivo, pero no importa absolutamente nada. Quería hacerlo.

—Michael —gime contra mis labios, sintiendo todo lo indomable que me arrolla por dentro.

La beso con fuerza una vez más. Un beso corto e intenso.

—La próxima vez me correré dentro de ti —susurro con la voz grave contra sus labios.

Sarah me mira, yo la miro y la conexión entre los dos se hace más fuerte, como si se hubiese establecido y restablecido un millón de veces, como si tuviese la potencia de un puto motor a reacción.

—Quiero estar sola —me pide.

Lo entiendo. Necesita espacio. Pensar. Es lo justo.

Me levanto, recojo mis vaqueros del suelo y me los pongo.

Ella se incorpora hasta quedar sentada en la cama y me contempla con ojos cándidos, cubriéndose con la sábana en un gesto lleno de toda la ternura que me ha mostrado antes. Sé lo que

siente ahora mismo. Sé que está confusa. Sé que quiere que vuelva a esa cama y sé que quiere echarme a patadas.

—No te limpies —le ordeno, abrochándome los tejanos.

También sé lo que siento yo. Quiero que piense en mí cada segundo. Quiero saber que sigo ahí. Quiero seguir divirtiéndome con ella, porque ha sido increíble.

Ha sido una puta pasada. Ha sido un sexo loco, estúpido y genial.

SARAH
Algo para recordar
(Sleepless in Seattle), 1993, Nora Ephron

Sale de la habitación mientras yo no puedo dejar de pensar. Quería que pasara esto. Quiero que siga pasando, mil veces, mil noches como ésta, mil polvos descontrolados, enloquecedores, espectaculares.

Pero-es-un-error.

El mayor error de mi vida. Pienso en Mason Fordbrader, en Amanda Reeves, en mi madre. Las relaciones personales están prohibidas en el trabajo, es un bufete corrupto en el que puede que esté apuntalando el ataúd de mi carrera profesional y sólo porque Mason Fordbrader me pidió que lo hiciera. Los ídolos son peligrosos. Él es mi Bobby Kennedy. Dijo «salta» y yo salté, y ahí radica el verdadero problema, porque, al hacerlo, caí en las brasas y la palabra *peligroso* tomó otro cariz: el peligro de sentir algo por alguien totalmente inadecuado; el peligro de haber tenido el sexo más increíble de mi vida con ese mismo alguien, porque hemos follado con todas las letras y él folla demasiado bien.

Tengo que ser lista.

Tengo que tomar buenas decisiones.

Tengo que pensar en mí.

* * *

A la mañana siguiente, me levanto, me doy una ducha y me preparo para el trabajo. Lo hago sin permitirme pensar un segundo más, aunque tampoco voy a esconderme. Malas decisiones, puede; sentirme avergonzada de mí misma, jamás. Eso ya lo consiguieron mi ex y la encimera, y es un error que no voy a volver a repetir.

A pesar de todo, tengo que confesar que me alegro cuando no hay rastro de Michael.

En la oficina, hoy tenemos una reunión muy importante sobre proyección de estrategias, algo así como una manera de poner al día a los socios sobre los casos que han dejado en manos de sus abogados júnior.

No creo que se sienten a hablar de corruptelas mientras disfrutan de un *ristretto* en la sala de conferencias, pero quizá obtenga alguna pista, por muy pequeña que sea.

—Buenos días —me saluda Alex desde su escritorio mientras voy de camino a la sala de descanso a por un café.

Le guiño un ojo, divertida.

—Buenos días, señorita Hannigan.

Trabajo al mil por mil hasta que llega la hora de la reunión. Reviso aproximadamente una docena de casos, pero no encuentro nada que resulte mínimamente sospechoso. Esto comienza a ser de lo más frustrante.

—La reunión empieza en dos minutos —nos informa, distante y profesional, nuestra Julia Roberts particular, es decir, Amanda Reeves, deteniéndose en el centro de la sala.

Todos los implicados nos levantamos como un resorte, armados con carpetas y dosieres de colores, y nos dirigimos hacia allí.

Tomo asiento en la zona indicada para el personal del señor Stearling y espero a que lo hagan los demás. Todo es normal, supongo, pero cada vez estoy más y más nerviosa. Michael va a entrar en cualquier momento... Ayer nos acostamos, ¿cómo demonios voy a enfrentarme a él ahora? «Sin esconderme», me recuerdo. Alzo la barbilla. En esa cama éramos dos, él también lo pasó muy bien.

Como si fuese capaz de adivinar que todas mis neuronas están concentradas en él, Michael entra en la sala con un espectacular, espectacularísimo, traje de corte italiano de color carbón, una camisa blanca y una corbata oscura a perfecto juego; perdonadme que incida en los detalles, pero es que son unos detalles que hacen la boca agua.

Barre la estancia con la mirada y toda su arrogante seguridad. Cuando llega hasta mí, alarga el gesto un solo segundo de más y avanza decidido hasta su asiento, el cual, gracias a ese fantástico sentido del humor del universo, está, oh, sí, frente al mío.

—Si les parece, señores Cohen, Carter y Stearling —pronuncia Amanda Reeves en riguroso orden con su imperturbable tono, de pie detrás del sitio que debe ocupar en la mesa, con los brazos cruzados—, podemos comenzar la reunión.

Los tres asienten y, tras una mirada directa de Reeves, uno de los abogados júnior de Cohen se levanta y empieza a hablar sobre uno de los casos que está llevando.

Trato de concentrarme en lo que está contando, lo juro, pero soy incapaz. Algo tira de mí, algo que hace que el corazón me lata más deprisa, que mi respiración, latido a latido, sea un auténtico desastre. Sin quererlo, rindiéndome, llevo la vista hasta sus impresionantes ojos turquesa, que ya me esperan, y, de pronto, sin avisar, cada recuerdo de la noche de ayer se convierte en una imagen demasiado vívida para, simplemente, cabecear y pensar en otra cosa. Sus labios, sus manos en mi piel, su olor, su sabor...

Trago saliva.

Me contengo para no cerrar los muslos.

Michael me dedica una media sonrisa sexy y canalla. Lo sabe. Sabe en lo que estoy pensando ahora mismo y, aunque sea una auténtica locura, no puedo evitar que, por ese motivo, me parezca aún más atractivo.

El abogado júnior se sienta, otro se pone de pie, otro expediente. Trato de concentrarme, pero

mi libido es la dueña de un caos muy interesante que me domina por dentro.

Vuelvo a mirar a Michael. Él me barre de arriba abajo con esos alucinantes ojos con la fuerza del mar una vez más y se centra, provocador, en mi escote. Mi sangre se hace más caliente, mi respiración se acelera. Su mirada en mi piel me hace sentir sexy, valiente, provocando que la adrenalina y el deseo me recorran ardientes.

Otro abogado. Otra causa. Cero importancia. Ganas.

Debería subrayar la última palabra, ponerla en mayúsculas, repasarla con un rotulador fluorescente.

Y eso Michael también lo sabe, porque Michael puede leer en mí.

Me hace un gesto casi ínfimo, señalando la puerta con la cabeza. Se incorpora, grácil, al tiempo que se abotona la chaqueta y ofrece una parca disculpa, interrumpiendo a Cohen, que criticaba la actuación de su empleado. Todos lo miran, pero a él no le importa, gira sobre sus carísimos zapatos y se marcha antes de que nadie pueda oponer resistencia, aunque, con total franqueza, no creo que hubiese dejado de hacer lo que quiere hacer si alguien hubiera tratado de impedirlo.

Seguridad. Control. Me gustaría que me prestara un poco de ambas cosas, porque ahora me toca a mí.

—Perdón —musito, levantándome.

En ese preciso instante siento la mirada de Amanda Reeves fulminándome. «Existe tolerancia cero con las relaciones personales en el bufete.» La frase me martillea el cerebro, pero otra vez mi libido decide.

—Necesito salir un momento —me disculpo.

Todos me miran mal, pero nadie dice nada y yo lo interpreto a mi favor.

Abandono la sala, cierro la puerta a mi espalda y me apoyo en la madera. Debería pensar, respirar... pero no me da opción. Me agarra de la muñeca, me lleva contra la pared de enfrente, camuflados por la soledad del pasillo, y me besa con fuerza, aprisionándome entre su cuerpo de escándalo y el muro.

Sus manos se anclan a mis caderas y se deslizan hasta mi trasero. Lo aprieta con ímpetu y su perfecta boca me transporta al paraíso.

Es calor. Es excitación. Son un millón de emociones diferentes saturando mi cuerpo, mi mente, demostrándome hasta dejarme sin aliento que lo que siento es mejor, más fuerte; que su piel contra mi piel es mejor, más fuerte, como una estrella colisionando contra mí, que me convierte en estrella también a mí, que somos fuego y luz y deseo.

—Te tengo muchas ganas, señorita Holloway —susurra contra mis labios, con la misma sexy media sonrisa.

Gimo y él ataca de nuevo, derritiéndome muy despacio.

Hundo las manos en su pelo rubio y disfruto de su tacto. Michael me muerde el labio inferior y tira de él. Lo busco con las caderas y él hace más posesivos sus dedos en mi trasero.

Sin embargo, y odio con todo mi ser que haya un sin embargo, un último segundo de lucidez me recuerda cuánto me estoy jugando con esto.

—Michael —jadeo, entregada.

Su sonrisa se ensancha porque acabo de confirmarle todo lo que me está haciendo sentir.

Ladea la cabeza, juega conmigo, con el deseo, y este beso es como follamos anoche: alucinante.

Pero es un error.

No puedo permitirme jugar con fuego.

—Michael —repito. Mi voz suena diferente, él se da cuenta y se separa hasta que sus ojos atrapan los míos.

—¿Qué pasa? —inquire con su autocontrol dominándolo todo.

—No puedo hacer esto —me sincero, manteniéndole la mirada—. Es demasiado peligroso e inadecuado. No puedo perder mi trabajo.

No puedo fallarle al señor Fordbrader.

Michael me observa, leyendo en mí, y yo me pierdo en cada uno de sus armónicos rasgos. Soy consciente de que acabo de decir que no puedo hacer esto, pero me va a ser realmente complicado olvidarme de lo guapo que es y de lo bien que me siento en sus brazos.

Finalmente da un paso atrás, creando una abominable distancia entre los dos, y me siento despojada.

Se pasa las manos por el pelo, ordenándolo de nuevo, y creo que ya empiezo a arrepentirme de ser la chica buena que toma buenas decisiones.

Sus ojos continúan sobre los míos y sus labios se curvan en una sonrisa.

—Fue bonito mientras duró —sentencia, canalla.

Sin más, gira sobre sus talones. No. No. No. No te vayas. Lo observo alejarse a punto de gritar su nombre y lanzarme a sus brazos. Me contengo milagrosamente.

Tomar buenas decisiones es un asco.

Le digo adiós al mejor sexo de mi vida a las nueve y media de la mañana y el resto del día es una tortura china nivel «Masters del Universo».

Michael es atractivo hasta decir basta y verlo por la oficina no ayuda en lo más mínimo a que el incendio que tengo por dentro se apague.

Sin embargo, mientras salgo de la estación del metro de la calle Houston me doy cuenta de que lo peor viene ahora: ¡vivimos juntos!, en contra de mi voluntad, me gustaría puntualizar, aunque eso no resuelve mi problema.

La única manzana hasta casa de Spencer pasa como si hubiesen sido dos pasos. Otra vez mi corazón, mi respiración, mis muslos, parece que mi cuerpo loco e inconsciente, se están preparando para un segundo asalto.

Pienso. Pienso. Pienso. Podría ir a casa de mi madre, de Monica. Tal vez, al hotel infame. Volver a mi apartamento y flotar en el tablón a lo Leo DiCaprio. Quizá fugarme, aunque con el

dinero que tengo no pasaría de Hoboken, y Hoboken es un sitio muy feo... Espera un momento. Vuelvo a centrarme en lo del tablón; a Leo lo dejo al margen, no quiero a más buenorros en mi vida, sólo me traen problemas. ¿Y si la tubería ya está arreglada? Puede que haya sido una avería más pequeña de lo que preveían y esté casi solucionado.

Como si el universo quisiese devolverme una, mi teléfono comienza a sonar. Es Lexie.

—Hola, socia.

—Malas noticias —anuncia mi amiga en un resoplido—: acabo de hablar con el conserje. No podremos regresar al apartamento al menos en una semana.

¿Qué?

—No puede ser.

—Como lo oyes —se lamenta—, una semana.

¡Mierda!

—Nos vemos en casa de Spencer, ¿no?

—Llegaré en cinco minutos —le informo, apesadumbrada.

—Perfecto. Yo ya estoy aquí.

Cuelga y ralentizo el ritmo hasta casi detenerme. ¿Qué demonios voy a hacer? Me lo imagino con esos vaqueros estúpidamente sexis y una camiseta, descalzo y deliciosamente despeinado, y quiero gritar.

—Al menos no tengo que enfrentarme a él sola —me consuelo en un murmullo.

Entro en casa con un plan muy claro en la cabeza: saludar, robar lo más parecido que encuentre a un Twix y encerrarme a cal y canto en mi habitación, puede que en la de Lexie. Si me despierto debajo de Michael otra vez, voy a morirme del gusto, literalmente.

—Hola —digo al aire.

—¡En el jardín! —grita Lexie.

Me dirijo hasta allí con una pequeña parada para coger dos Buds *light* de la nevera.

—Qué inteligente es mi chica —apunta mi amiga desde una de las comodísimas sillas de madera clara y almohadones blancos del porche cuando ve su botellín lleno de gotitas de condensación.

Me deshago de mi bolso y me siento a su lado. Miro a mi alrededor. No hay rastro de Michael; tampoco ha vuelto al bufete después de comer. Decido charlar de cualquier cosa por aquello de disimular, pero tengo demasiada curiosidad y, al mismo tiempo, estoy demasiado nerviosa.

—¿Michael está aquí?

Lexie niega con la cabeza con la mirada perdida en el paisaje de luces y rascacielos que nos ofrece Manhattan.

—Ha venido hará como una hora, pero, cuando apenas llevaba cinco minutos aquí, lo han llamado por teléfono y se ha largado sin decir palabra.

Vaya. Igual que cuando cenamos juntos. ¿Será una chica? ¿La misma en las dos ocasiones? No soy tan estúpida de pensar que tiene una novia, pero ¿y si hay alguien?, ¿alguien con quien le

apetece estar para algo más que para echar un polvo? Tuerzo los labios y cabeceo con el único objetivo de olvidar esa idea y, sobre todo, el hecho de que se me hayan retorcido las tripas sólo de imaginarlo con otra mujer.

—¿Cenamos? —propone Lexie, sacándome de mi ensoñación.

—Claro.

La otra opción, ¿cuál es? ¿Quedarme aquí y darle la millonésima vuelta a todo? No, gracias.

Michael no aparece en toda la noche ni en parte de la madrugada. Aquí es cuando digo que no he estado hasta las dos de la mañana con los ojos como platos y la mirada clavada en el techo, atenta a cualquier ruido, y vosotras me creéis, que para eso somos amigas.

* * *

Me levanto bastante temprano. La puerta de Michael está cerrada. No sé si está dentro y no voy a negar que me cuesta no llamar para asegurarme de que se encuentra bien.

En el trabajo tengo una misión: necesito encontrar las grabaciones de las actas de las reuniones. Ya sé que no están en el cuarto de archivos, así que ¿dónde diablos las meten?

Con los pocos empleados que hay en el bufete a esta hora inhumana, me resulta fácil recorrer toda la oficina en busca del lugar donde guardan las actas, pero no doy con él. Sólo me han faltado los despachos de los socios, así que tengo una nueva misión dentro de la misión principal: hallar la manera de poder colarme en ellos.

—¿Cómo? ¿Cómo? ¿Cómo? —murmuro desde mi mesa, con los ojos achinados sobre el pasillo que lleva a la zona privada de Cohen, Carter y Stearling.

—Señorita Holloway —me interrumpe Amanda Reeves, deteniéndose frente a mi mesa—, ¿se ha presentado ya ante el señor Stearling?

Niego con la cabeza y me levanto de un salto.

—Lo habría hecho, pero el señor Stearling aún no ha llegado.

—El señor Stearling lleva más de tres horas en su despacho —replica sin titubeos.

Frunzo el ceño. Eso significa que no estaba en casa cuando me he marchado esta mañana, y era increíblemente temprano. ¿A qué hora ha llegado a su oficina? ¿Acaso ni siquiera ha ido a casa para dormir un poco?

Amanda Reeves enarca las cejas, esperando a que decida salir de mi empanada mental y me reactive.

—Ahora mismo —respondo veloz, moviendo el culo en dirección al despacho de mi jefe.

Sin embargo, apenas me he separado un par de metros de mi mesa cuando Michael irrumpe en la sala con el paso envidiablemente seguro.

—Pequeña patosa —me llama sin detenerse —, a los juzgados.

Yo lo miro y otra vez la misma dichosa dicotomía parece arrasarlo todo dentro de mí. Por un lado, me alegro de que esté aquí y bien, pero, por otro, necesito mantenerme alejada de él. ¿Qué

voy a hacer?

—Señorita Holloway —me azuza Amanda Reeves, decidiendo por mí.

—Sí —contesto, moviéndome de nuevo.

Cojo mi bolso y salgo disparada. Llego de milagro al ascensor y consigo entrar cuando las puertas ya empezaban a cerrarse.

Doy una bocanada de aire, aliviada, y alzo la vista justo para ver a Michael en el centro del pequeño cubículo, con uno de esos trajes que parece hacerlo más alto, más rubio, con los ojos todavía más salvajes.

—Buenos días —murmuro.

Me coloco a su lado; no me queda otra, el ascensor está bastante lleno, aunque no abarrotado. Prudentemente, cruzo mis manos delante y clavo la vista al frente. Una buena chica lista en toda regla. La actitud perfecta para combatir a los cabronazos.

—Buenos días —contesta él, y puedo notar un toque de perfecta impertinencia en su voz.

Se mete las manos en los bolsillos y también mira al frente, pero sé que está disfrutando con todo esto.

—¿Qué... qué tal la mañana? —inquiero.

En realidad, lo que me hubiera gustado preguntar habría sido dónde se fue anoche y por qué lo hizo, pero me contengo.

Michael frunce los labios con indiferencia.

—Bien, ¿y la tuya?

—Bien —respondo algo nerviosa.

Bajamos las plantas una tras otra. Guardo silencio unos segundos.

—¿Y ayer?

—Ayer, ¿qué?

—¿Cómo te fue ayer?

Otro gesto de pura indiferencia cruza su expresión.

—Bien.

—¿Sólo bien?

—¿Hay algo que quiera saber, señorita Holloway? —plantea, y los dos seguimos con la vista al frente.

—No —pronuncio rápidamente.

—Imaginaciones mías, supongo.

—Ajá —suelto, tratando de sonar tan indiferente como él.

—Pues es una pena.

—¿El qué?

—Que no sepas el resto de cosas que me imagino contigo —susurra directamente en mi oído, inclinándose con suavidad sobre mí.

Los músculos de mi vientre se tensan deliciosamente. Me giro despacio hacia él, con la sangre

caliente martilleándome en los oídos, pero Michael sigue imperturbable, con los ojos al frente, como si no hubiese pronunciado una sola palabra.

—No puedes decirme esa clase de cosas —musito, ocultando que ha conseguido que me tiemblen las rodillas.

—Entonces, tú no puedes indagar sobre lo que hice o no hice anoche.

—No estaba indagando —me defiende, molesta.

—Lástima que no dé esa impresión —sentencia, rebosante de chulería.

Las puertas se abren y Michael echa a andar, dejándome al borde de la pataleta y, básicamente, alucinada. Tengo que dejar de montarme con él en ascensores, siempre acaba saliendo de ellos como si fuese el rey de la fiesta.

Michael avanza por el vestíbulo y sale del edificio. Yo acelero el paso y empujo la puerta de cristal con fuerza. No pienso permitirle que se comporte así.

—Ey —lo llamo, deteniéndome en mitad de la Avenida Lexington y cruzándome de brazos.

Al oírme, Michael, que estaba a punto de entrar en el flamante Audi, se detiene y se gira lentamente, con arrogancia y una media sonrisa.

—¿Qué vamos a hacer en los juzgados? —pregunto con la voz seria y una seguridad plena.

—Vamos a los juzgados a un juicio. Complicado de entender, ¿eh?

—¿Y cuál será mi cometido allí?

—¿Nos hemos levantado perspicaces, señorita Holloway? —replica, burlón.

—Contéstame.

Michael frunce el ceño casi imperceptiblemente y algo en su expresión cambia, como si se hubiese dado cuenta de que no estoy jugando.

—Si vas a tenerme esperando en un pasillo o en el Burger King o si sólo quieres que te sirva de entretenimiento para cuando decidas que estás aburrido, olvídale, porque no pienso montarme en ese coche —le dejo claro.

Los taxis siguen moviéndose, inmersos en el endiablado tráfico; los neoyorkinos y los turistas continúan caminando; los sonidos, los olores... Manhattan sigue viviendo mientras yo le estoy demostrando al hombre más arrogante y desdeñoso que he conocido en todos los días de mi vida un par de cosas. ¿Y por qué lo hago? Podría contestar con una retahíla muy elaborada sobre mi profesionalidad y todo eso, pero, con total franqueza, lo hago porque ya ha llegado la hora y porque debí hacerlo mucho antes. Puede que nos hayamos acostado y puede que ya se haya terminado, pero, al margen de todo eso, sigo siendo una abogada respetable y él tiene que entenderlo.

Michael avanza exactamente dos pasos y se detiene de nuevo frente a mí. El desafío está servido.

—No tengo que darte explicaciones —me recuerda.

—No te las he pedido, pero no pienso consentir que hagas conmigo lo que quieras.

—Hacer contigo lo que quiera. —Michael entorna la mirada, malicioso, al tiempo que da un

nuevo paso hacia mí, con las manos en los bolsillos y una pose de perdonavidas en toda regla—. Creí que eso era peligroso e inadecuado.

Utiliza mis propias palabras y automáticamente me traslada a cuando yo misma las dije, entre su cuerpo y la pared, con la respiración jadeante por tenerlo tan cerca, por lo guapo que es y por ese beso de película.

—¿Me echas de menos? —pregunta de pronto, con la voz grave y sexy, pillándome por sorpresa, torturándome.

«Sí, te he echado de menos y, aunque me obligue a desear lo contrario, anoche quería que hubieras vuelto a colarte en mi habitación.»

—No voy a contestar a eso —respondo, porque en mitad de este huracán es lo más sensato.

—Puede que eso ya sea una respuesta.

—Pero puede que no sea la que quieras.

Su olor me envuelve y está tan cerca, es tan atractivo, que es lo más parecido a un castigo divino que he sentido nunca. Quiero que me toque. Quiero que vuelva a besarme... pero no puede ser.

Michael sonrío como si hubiese puesto otra vez en marcha su innata capacidad para leerme la mente y en ese mismo segundo se debatiese sobre si ponerme o no las cosas difíciles.

—Sube al coche, pequeña patosa —me advierte con esa voz que haría perder el juicio a cualquier mujer.

—No, hasta que me digas qué voy a hacer.

—Tendrás que arriesgarte —me reta, inclinándose un poco más, poniéndome las cosas, en efecto, un poco más complicadas, y por un momento no sé si habla del juicio o de nosotros.

Le mantengo la mirada, forzando a mi cuerpo a mantener la compostura.

—No me asustan los desafíos —le espeto.

—Demuéstrame.

—No tengo por qué —afirmo, y siento cómo el orgullo va haciéndome cosquillitas en la boca del estómago—. Igual que no tengo por qué montarme en ese coche contigo o quedarme aquí para que tú te entretengas del mal polvo que echaste anoche con la descerebrada que te dio la oportunidad. Eres mi jefe. Si me quieres en el juicio, me tendrás, pero yo me voy en taxi.

Michael me observa pronunciar cada palabra y, finalmente, tuerce el gesto, canalla.

—No fue tan malo —dice al fin.

Aprieto los labios hasta convertirlos en una fina línea. Quiero dispararle.

—No me interesa —gruño.

—Entonces, ¿no estás celosa? —inquire, socarrón.

—En absoluto.

—¿Ni te importa lo que hice anoche?

—¿Te importa a ti lo que hice yo?

—¿Te gustaría? ¿O ésa es otra pregunta que no vas a responder?

¡Por Dios! ¿Cómo se puede ser tan condenadamente chulo?

—Aprende rápido, señor Stearling. Recursos Humanos estaría orgulloso de usted.

Michael me observa un puñado de segundos y frunce el ceño en un gesto casi imperceptible.

—Móntate en el coche, Sarah —ruge, molesto, llamándome por mi nombre.

Pero yo niego con la cabeza, disfrutando de que la victoria, por primera vez, lleve mi nombre.

—No, *Michael* —respondo, haciendo un impertinente hincapié en el suyo.

—Juzgado mercantil. Juez Dirona. Veinte minutos —advierte con los ojos oscurecidos clavados en los míos—. Si llegas tarde, te despido.

Asiento y aguanto el tirón, aunque no voy a negar que eso me ha intimidado un poco.

—No tendrá queja —replico, comenzando a andar sin darle la oportunidad de rebatirme.

Pienso tener la última palabra y punto.

Pillo un taxi bajo su atenta mirada, ya que sigue en la acera observándolo todo como el rebelde con traje caro que es. Sin embargo, yo me monto en el Ford amarillo sin echar la vista atrás. No es un farol. Esta vez la reina del mambo soy yo.

Y la reina del mambo tiene que acabar quitándose los tacones nude y correr por los juzgados hasta la sala número tres, la del juez Dirona, para poder llegar a tiempo por culpa de un atasco monumental en Broadway, pero lo consigo.

—¿Entramos? —inquiero, deteniéndome junto a Michael en la puerta de la sala donde ya me esperaba.

Él me dedica una media sonrisa como si acabara de pasar una especie de prueba, más allá de llegar o no a tiempo a los juzgados.

—Nada de primera fila —me informa, empujando la puerta y manteniéndola abierta para que yo pase primero— y toma notas.

En el interior no hay más de una veintena de personas, lo que es bastante lógico en los juicios que, como éste, no tienen trascendencia mediática.

Nos sentamos donde nos indica Michael y aprovecho los minutos antes de que empiece el juicio para observarlo todo. Uno de los abogados de la causa hablando en susurros con su cliente, el secretario judicial ordenando papeles, las taquígrafas preparando el material y el abogado de la parte contraria fingiendo seguridad sólo para ganarle terreno a su adversario antes de comenzar. Me gusta. Me gusta estar aquí. Creo que, desde que era una cría que veía «La ley de Los Ángeles», todo esto, sencillamente, me fascina. Para muchos es como una partida de ajedrez, pero a mí me parece que se quedan cortos, porque lo que hay en juego, el proceso, todo, es demasiado importante.

Michael mira el reloj y ese pequeño gesto me saca de mi ensoñación. Sin quererlo, recorro su rostro, cómo sus ojos se centran al frente, estudiando la situación, tomando control de ella.

El alguacil anuncia la entrada del juez Joseph Dirona y todos, incluidos nosotros, nos ponemos en pie. De vuelta al mundo real, me doy cuenta de que no podría decir cuánto tiempo me he pasado

contemplando a Michael. Espero que él no haya notado nada. Sin embargo, de reojo, lo veo sonreír y me percato de que, quiera o no, me ha pillado con las manos en la masa.

Será mejor que, a partir de ahora, me concentre en el juicio.

«Qué buen consejo y qué tarde llega. Fdo.: La voz de tu conciencia.»

«Perra. Fdo.: Yo»

Dos horas y media de notas después, no entiendo muy bien qué hacemos aquí. Es una demanda mercantil contra una pequeña inmobiliaria. No está relacionado de ninguna manera con el bufete.

—¿Por qué hemos venido? —pregunto en cuanto el juez da por concluida la sesión de hoy.

Michael niega con la cabeza, pero sé que no es para mí. En este momento tengo la sensación de que la mente le está funcionando a mil millas por hora.

—No tiene sentido —murmura.

Frunzo el ceño, confusa.

—Eso es precisamente lo que quería decir —me reafirmo.

—Carter se reunió con Sevoir —continúa, ignorando mis palabras, hablando para sí, como si estuviera reuniendo las piezas de un puzle imaginario.

—¿Dominic Sevoir, uno de los ayudantes del gobernador?

—El bufete que ha representado a esta inmobiliaria es muy caro y muy bueno —me dice, moviendo el puño rítmicamente—. No pueden permitirselo.

—Quizá sea un caso pro bono, gratuito.

Michael suelta una risotada.

—¿Cuántos casos pro bono crees que, por ejemplo, Carter acepta al año? —plantea.

Me encojo de hombros. Sé que se refiere a que el número es mínimo, casi irrisorio, pero ése es el único motivo por el que un abogado, sobre todo uno carísimo, acepta trabajar gratis en Manhattan.

—Puede que les conmoviese su caso.

—Es una causa mercantil, no la defensa de los derechos civiles.

—Tal vez en ese bufete leyeron el caso de la inmobiliaria y supieron que lo justo era ayudarlos —argumento, pero sólo consigo que Michael ponga los ojos en blanco, condescendiente.

—¿Cuándo vas a dejar de creer en esas cosas, pequeña patosa?

Abro la boca, indignada, incluso un poco escandalizada.

—¿En qué cosas? —contraataco, irónica—. ¿En la justicia? ¿En hacer lo correcto?

—Sí —contesta, burlón—, exactamente en eso.

—Somos abogados —respondo, y noto cómo estoy a punto de tener un brote revolucionario—. Tenemos que luchar por defender a los demás, porque la ley los ampare.

Él lo hace con los expedientes gratuitos que elige llevar.

Michael me observa y esa misma sonrisa condescendiente regresa a sus labios. Sin usar una sola palabra me está diciendo que estoy equivocada y, de paso, que le parezco la persona más ingenua sobre la faz de la tierra. Y esa idea, el que me vea así por mi forma de entender el

derecho, encaja con muchas otras, con pensamientos sueltos que he tenido sobre él desde que lo conozco, y, sin proponérmelo, caigo en la cuenta de algo.

—¿Sabes? —pronuncio—. Eres el abogado con menos fe en la justicia que he conocido jamás.

Michael medita un par de segundos sobre mis palabras y, finalmente, se encoge de hombros. No obstante, hay algo en su gesto, en su actitud, que parece diferente, como si este tema, el comentario que he hecho, no fueran simples palabras para él.

—En este mundo de mierda la justicia no tiene valor, créeme —sentencia, clavando la vista al frente.

—Hablas como si te hubiese pasado algo en concreto.

—¿A quién no le ha pasado?

Supongo que tiene razón, pero, aun así, no puedo evitar pensar que él se está refiriendo a algo muy específico.

—Precisamente, porque el mundo por sí solo no siempre es lo justo que debería —replico y, sin quererlo, mi tono suena más suave, más dulce, pero también más seguro—, las personas necesitan el derecho.

Michael me contempla un puñado de segundos y algo cambia en su mirada.

—Realmente lo piensas, ¿verdad? —susurra con la voz ronca.

Asiento, pero de algún modo me siento hechizada por la intimidad que está creciendo justo ahora, justo aquí, entre los dos.

—Si tenemos la posibilidad de hacer un mundo mejor, al menos debemos intentarlo —contesto sin liberarme de su mirada.

Michael pierde su vista en el estrado vacío sólo un instante y vuelve a atrapar mis ojos azules.

—Si en el mundo hubiese más gente como tú, ya sería un lugar mejor.

Sus palabras tocan mi corazón y lo hacen latir más fuerte, como si con cada golpe creciera un poco más, las mariposas tuviesen más valor y todo lo malo importara un poco menos.

No lo pienso y estrello mis labios contra los suyos. Esa sensación se expande por mi cuerpo hasta inundarlo todo y las burbujitas brincan felices en la boca de mi estómago. Michael no reacciona de ninguna manera y, al cabo de tres segundos exactos, recupero el sentido común y me separo. Estoy tan avergonzada que ni siquiera me sonrojo. Es otro nivel.

—Yo... yo-yo... —tartamudeo. ¡¿Qué demonios digo?! ¡Acabo de besarlo!—. Tengo que irme.

Excusa universal para huir de las meteduras de pata.

Salgo al enorme pasillo del juzgado y echo a andar hacia un lado cualquiera, sólo que cuatro pasos después me doy cuenta de que no es hacia donde tengo que ir para poder salir del edificio y cambio de sentido, nerviosa y acelerada. ¡Soy imbécil! ¡Soy imbécil! ¡Lo he besado!

—¿Qué coño ha sido eso? —se queja, enfadado, saliendo al pasillo y buscándome con la mirada. Estoy a un mísero metro—. Así no es cómo funciona esto. No soy ningún hombre objeto, aunque de serlo se me daría de miedo —añade.

—¿Y cómo funciona? —acabo de cambiar la culpabilidad y la vergüenza por un monumental

cabreo y la verdad es que sienta mucho mejor—. Tú puedes besarme como y cuando quieras, incluso meterte en mi cama sin que nadie te haya invitado...

—Michael, por favor —gime imitando mi voz, el muy cabronazo—. La suplica se parece muchísimo a la invitación —replica con una media y descarada sonrisa.

Finjo no oírlo y mi enfado se vuelve de proporciones bíblicas.

—Tú puedes hacer todo eso y yo no —reconduzco la conversación.

—Qué injusta es la vida, ¿verdad? —me rebate, socarrón.

—De todas formas da igual, porque, ¿sabes qué?, no va a volver a pasar.

—Mejor —sentencia—. Tengo sentimientos, ¿sabes?

—¿Ah? —respondo—. ¿Ser gilipollas es un sentimiento?

Michael se encoge de hombros con suficiencia.

—Si hace que se te caigan las bragas, sí.

Aprieto los labios hasta convertirlos en una fina línea y cierro los puños con rabia, pero no me vale. Resoplo, muevo los brazos, pero tampoco. ¡Quiero gritar! ¡Quiero tirarle algo a la cabeza! Pataleo.

—¡No te soporto! —chillo, exasperada.

Y antes de que pueda decir o hacer algo que me enfurezca aún más, salgo disparada, pero, entonces, de reojo, puedo ver cómo sonrío y ya no puedo más.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le espeto tras deshacer mis pasos, aún más enfadada.

—Tú —contesta con cero remordimientos.

—Eres un capullo —siseo dando un nuevo paso hacia él.

Oficialmente, voy a lanzarle ese algo a la cabeza, sólo tengo que buscar el qué.

Michael tuerce los labios, desdeñoso.

—No estás descubriendo el fuego —contesta, caminando él otro paso, sin desunir nuestras miradas.

—No lo pretendo.

La tensión crece entre los dos.

—No sabes lo que quieres —ruge.

Otro paso. Él también está muy cabreado.

—No me conoces —gruño.

Otro más.

—No tengo intención.

La tensión se vuelve una condenada locura.

—Ni yo pienso permitirte.

Y estalla.

Michael se abalanza sobre mí, me besa con fuerza y yo lo recibo hambrienta. Me lleva contra la pared mientras sus manos vuelan a mi trasero y las mías se hunden en su pelo. Nos besamos

como si la humanidad fuese a acabarse y, maldita sea, lo disfruto tanto que estoy a punto de derretirme.

Toma mi labio inferior entre sus dientes y tira con ímpetu. Gimo y me estrecho aún más contra él, sintiendo cómo la sangre caliente va a desbocarse, cómo el deseo va a desbordar mi cuerpo, cómo absolutamente nada que no seamos nosotros, este beso, sus manos en mi piel, importa.

Me levanta a pulso hasta que lo rodeo con mis piernas mientras le desabrocho el cinturón y los pantalones con dedos veloces y apresurados. Sus manos recorren mis piernas bajo la falda de mi vestido.

Me rompe las bragas.

Echo la cabeza hacia atrás, mordiéndome el labio para no gritar.

Pero no quiero estar lejos de él y lo busco otra vez y estrello mi boca contra la suya. Michael saca un condón del bolsillo de sus pantalones, rasga el envoltorio y se lo enfunda habilísimo. Se recoloca entre mis piernas y, en mitad de uno de los pasillos del juzgado mercantil de Nueva York, me embiste con fuerza.

—Joder —suelto entre jadeos, y lo hago otra vez para no gritar, porque, cada vez que lo siento entrar en mi cuerpo, me llena hasta rozar el éxtasis, y cada vez que sale, lo echo de menos como si fuese un soldado marchándose al frente.

Esto es sexo, es sexo de verdad, piel con piel. Es calor y calidez. Es fundirse con otra persona, respirar su oxígeno, latir con su corazón, morir un poco cuando se retira y vivir eternamente al sentirlo entrar de nuevo.

Es éxtasis, soldados, embestidas, gemidos.

Es que la piel valga la pena.

—Córrete, por favor —susurro en su oído.

Necesito sentirlo. Necesito que vuele como estoy a punto de volar yo, porque eso es lo que más me excita de todo: saber que él tampoco puede controlarlo.

Michael atrapa mis ojos con los suyos incendiados de deseo y el mío crece tanto, entremezclado con el placer, que desborda mi alma.

—No voy a acelerar esto un solo segundo, pequeña —me tortura—. Quiero que esto dure hasta que pierdas la maldita noción del tiempo.

Me embiste de nuevo, su voz me envuelve y alcanzo un orgasmo alucinante, brillante, explosivo. Gimo su nombre contra sus labios y él vuelve a besarme, llevándome aún más lejos.

—Sentirte es lo mejor de todo —gruñe contra mi boca.

Se pierde en mí y el placer se hace indisoluble.

Es-pec-ta-cu-lar.

Sin embargo, con la dicha poscoital llega el sentido común y mi mente sumergida en la euforia más pura me recuerda que estamos en los juzgados y que, con toda probabilidad, un nuevo juicio está a punto de empezar en esta sala.

—Será mejor que...

Ni siquiera sé cómo terminar la frase. Lo empujo suavemente, Michael me mantiene la mirada y sus ojos del color del mar me devuelven al hechizo. Me deja despacio en el suelo y el contacto de mis tacones contra el mármol es el pistoletazo definitivo para volver a la realidad.

Él da un paso atrás para ofrecerme algo de espacio, pero se mantiene lo suficientemente cerca como para protegerme de miradas indiscretas.

—Esto ha sido un error —le recuerdo, ajustándome la falda del vestido.

Michael sigue observándome y una sonrisa fugaz y arisca escondida en un suspiro más breve se apodera de sus labios.

—No necesito oírte decir cada vez que echemos un polvo —gruñe, molesto.

—¿Podrías no hablarme así? —replico, contagiada de su humor—. Por lo menos, no justo después de follar.

No dice nada. Sigue mirándome, estudiándome, y yo, por un momento, me siento mal, extraña, complicada. No podemos estar juntos, supondría el despido fulminante; además están mi madre, el señor Fordbrader, y lo peor de todo es que no estoy siendo sincera con él. Le estoy ocultando por qué trabajo en el bufete... Por el amor de Dios, le espío. ¿Cómo voy a encajar todo esto con él, con lo que siento cada vez que estamos juntos?

En este momento no puedo tenerlo cerca.

Salgo disparada hasta el vestíbulo, pero, cuando estoy a punto de alcanzar la salida, unos pasos a mi espalda me distraen. No necesito girarme para saber a quién pertenecen.

—¿Te vas a marchar así? —pregunta, deteniéndose a un metro de mí—. ¿Sin hablar?

—Tú y yo no tenemos nada de que hablar —respondo, pero no me giro. Es más fácil alejarme si no lo miro.

—¿Eso es lo que quieres?

No.

—Sí. —Y tengo que repetirme todos y cada uno de los motivos por los que he elegido pronunciar esa única palabra.

Michael cruza la distancia que nos separa y se inclina sobre mí. Puedo sentir su cálido aliento bañar el lóbulo de mi oreja, su cuerpo casi tocando el mío, llamándolo, y todo vuelve a empezar: la excitación, el deseo, las toneladas de placer. Nunca podré cansarme de él, ya ahora lo sé, y duele, duele demasiado.

—Autoengañarte es la misma basura que huir hacia delante —sentencia—. Deberías saberlo.

Tan pronto como dice la última palabra, Michael reemprende la marcha, pasa junto a mí y desaparece sin mirar atrás.

Me quedo de pie, inmóvil, en mitad del vestíbulo atestado de gente, con la cabeza enmarañada y sintiéndome más sola que en toda mi vida.

SARAH
Love actually
(Love actually), 2003, Richard Curtis

Love actually no me gusta por la Navidad, sino por los aeropuertos. Cuando entro en uno de ellos, siempre veo el lado romántico..., personas que se reencuentran, viajeros que empiezan la aventura de sus vidas y tal vez encuentren el amor verdadero y, por supuesto, sonrío al imaginar a alguien acometiendo una carrera imposible, sorteando guardias de seguridad y controles y gritando el nombre de su «alguien», la única persona que está haciendo la cola de embarque llorando, hasta que oye cómo pronuncian su nombre, se vuelve y simplemente es feliz.

Y creo que es esa idea de romanticismo que vive dentro de mí la que me mantiene de pie en el centro del vestíbulo de los juzgados, buscando la manera de sentirme mejor, encontrándola y dándome cuenta de que no tiene que ver sólo conmigo, que también tiene que ver con Michael, que es por Michael. Sólo puedo sentirme bien si consigo reunir las pruebas que demuestren que son Carter o Cohen los culpables de la corrupción y no él, porque quizá no puedo contarle por qué trabajo estoy en el bufete, pero sí puedo demostrar que es inocente.

Regreso a la oficina con esa única intención y el corazón un poco encogido, no voy a negarlo. También sé que ya he intentado encontrar pistas o pruebas antes y no lo he conseguido, pero no voy a rendirme, aunque tenga que repasar uno a uno todos los papeles de este bufete.

Termino rápido con el trabajo que uno de los abogados júnior de Cohen me endosa y me escabullo al archivo. Empiezo por el primer dossier del primer caso que llevó Carter. Le digo a Lexie que no puedo cenar con ella y me conformo con un paquete de Cheetos Puffs y una lata de Dr. Pepper de la máquina de *vending*.

La última vez que miro el reloj son la una y media de la madrugada y los ojos se me cierran sistemáticamente por el sueño. Aun así, no me detengo.

Pero, al volver a abrirlos, frunzo el ceño, confusa. No reconozco dónde estoy. ¿Dónde estoy?

Estoy tumbada en un sofá que, a primera vista, tampoco me suena y tapada con una chaqueta, pero, oh, la prenda sí tiene algo que me resulta de lo más familiar: su olor. La chaqueta huele a él, a Michael, y cada terminación nerviosa de mi cuerpo lo ha reconocido.

Ladeo la cabeza y lo veo trabajando en su escritorio. Tiene el codo apoyado en la mesa, con el reverso del índice tapando sus labios y la vista centrada en la pantalla de su Mac.

Al darse cuenta de que lo observo, mueve la cabeza y sus ojos turquesa conectan de lleno con los míos. La electricidad entre los dos se hace patente en un solo segundo y mi cuerpo empieza a sentir.

Michael da una larga bocanada de aire y muchas palabras parecen dibujarse a nuestro alrededor: emoción, excitación, rebeldía, arrogancia, peligro. Él no es como los demás; estando con Michael no me siento como con mi ex ni como con ningún otro hombre. Puede que sea consciente de la mala decisión que supone, pero es como si algo dentro de mí ya hubiese elegido y sólo le valiese él.

—Me has traído aquí... —dejo en el aire.

No lo pregunto porque es obvio que ha sido él.

Michael asiente sin levantar sus ojos de mí, sin dejar ese aire pensativo, y otra vez tengo la sensación de que me está estudiando.

—Te encontré dormida en el cuarto de archivos.

En contra de mi voluntad, mi corazón se hincha, ilusionado. Ha cuidado de mí. Me contengo para no sonreír como una idiota y me percató de lo que encaja esa idea con la imagen que me había fabricado de Michael.

—Gracias —murmuro, incorporándome hasta sentarme.

—¿Tanto te sorprende?

Definitivamente, se le da muy bien eso de leer en mí.

—Puede que sí —respondo, sincera—. Nunca has hecho nada que me haga pensar que te comportarías así.

—Hago lo que quiero cuando quiero hacerlo —sentencia, ruge, me desafía, me seduce—. No tengo por qué demostrarle nada a nadie.

Una verdad inquebrantable se abre paso, luminosa, hasta mí. Todas esas veces que pensaba que Michael no pertenecía a este mundo de ricos tan falsos como educados no me equivocaba ni siquiera un poco. Él jamás se amilinaría, jamás fingiría ser quien no es ni por nada ni por nadie. Michael Stearling, para bien o para mal, es honesto y, sobre todo, auténtico.

—De todas formas, gracias —me reitero.

A pesar de todo, después de lo que ha pasado esta mañana en los juzgados, que me haya marchado sin ni siquiera hablar con él, habría resultado de lo más comprensible que hubiese pasado de mí.

Los ojos de Michael siguen sobre mí. Sería genial que la frase «un centavo por tus pensamientos» fuera de obligado cumplimiento. Correría a cambiar un billete de veinte en monedas para saber si se siente estando conmigo como yo me siento estando con él.

—¿Qué hora es? —pregunto algo inquieta, porque necesito desesperadamente llenar este silencio con palabras.

—¿Qué estabas buscando en el archivo?

Mi nivel de nerviosismo se vuelve vertiginoso, pero aguanto el tirón. Todavía no puedo contarle la verdad, pero odio tener que mentirle. Algo no para de gritarme que Michael no tiene nada que ver y que, si lo descubre, nunca me perdonará que haya mantenido esta farsa delante de él.

—No estaba buscando nada —miento. Soy una cobarde—. Sólo intentaba familiarizarme con los casos del bufete. Quiero aprender.

Me siento como una basura.

Michael asiente, otra vez sin liberarme de su mirada, y yo sólo quiero correr y acomodarme en su regazo, pedirle que me abrace con fuerza y olvidarme de todo.

Creo que eso también es capaz de verlo, porque algo cambia en sus ojos. Una suave ternura tumba su arrogancia y algo a lo que ni siquiera puedo ponerle nombre, por un momento, lo inunda todo.

De nuevo tengo que contenerme para no sonreír como una boba y, mentalmente, me preparo para coger carrerilla y salir disparada hacia él.

—Son casi las cuatro. Deberías marcharte a casa —me devuelve a la realidad.

Esa ternura y ese otro sentimiento se esfuman y esa sensación de control que siempre lo rodea brilla cegadora.

—El Audi está abajo —me explica—. Te llevará a casa de Spencer.

Asiento, aturdida. Me levanto porque no sé qué otra cosa hacer y, con la misma inercia, doblo su chaqueta y la dejo sobre el tresillo.

Echo a andar hacia la puerta, confusa. ¿Está enfadado? ¿Sabe que le he mentido?

Soy plenamente consciente de que no debería, pero, justo cuando estoy a punto de alcanzar la salida, me giro y vuelvo a buscar su mirada.

—¿Tú no vienes?

Michael se deja caer sobre su sillón de ejecutivo y la atmósfera entre los dos gana enteros de intimidad, de deseo, de todo lo que no puede explicarse con palabras, y sé que él también lo siente.

—No —contesta—. Márchate, Sarah.

Otra vez he vuelto a subir demasiado alto para después sólo caer.

Salgo de su despacho y, al notar la puerta encajar de nuevo en el marco, no puedo evitar sentirme todavía más confundida y también avergonzada, culpable, triste. Estoy colada por Michael y acabo de mentirle a la cara. Estoy colada por él y me he permitido a mí misma convertirme en alguien pequeño y vulnerable, suplicándole con otras palabras que viniera conmigo. Estoy colada por Michael y en este preciso instante no sé qué es lo que siente por mí y eso es lo peor de todo.

Me cuesta un mundo dejar de pensar y conciliar el sueño a pesar de la hora.

Michael no regresa en lo que queda noche.

* * *

Sin embargo, nada de eso me impide presentarme en el bufete a primera hora con las ganas al cien por cien. Pienso descubrir qué es lo que pasa aquí y encontrar al culpable.

—Hola —me saluda uno de los pasantes de Carter, no recuerdo cómo se llama—. Eres Sarah, ¿verdad?

Asiento y subrayo una de las preguntas del interrogatorio que Alex me ha pedido que le ayude a revisar.

—¿Qué quieres? —inquiero, amable.

Él parece dudar, pero finalmente da un paso hacia mi mesa.

—Necesito que me eches una mano con algo —me pide. Parece nervioso—. El señor Carter me ha pasado un caso para que prepare la sesión inicial, pero creo que no tengo toda la información o, no sé, no lo estoy haciendo bien —se lamenta, agobiado.

Tuerzo el gesto con empatía y mucha solidaridad laboral. Recuerdo cuando fui pasante, la primera vez, la de verdad, y resulta muy complicado. Quieres aprender, hacerlo todo bien, no defraudar y, al mismo tiempo, estás muerto de miedo precisamente por no aprender a tiempo, hacerlo todo mal y defraudar al mismo jefe que no para de gritarte.

—Claro, te echo un cable —respondo, levantándome—. ¿Dónde tienes el expediente?

—En mi mesa —me informa, aliviado.

Vamos a su escritorio, recogemos los dosieres y nos instalamos en la sala de descanso. No llevamos más de media hora cuando me doy cuenta de que, en efecto, tiene razón y el señor Carter no le ha pasado toda la información.

—Debes explicárselo —le digo a John; he descubierto su nombre disimuladamente—. Sin los documentos que faltan, es imposible que puedas elaborar un alegato inicial sólido.

El chico resopla un pelín angustiado y muy muy inquieto.

—Sé que tener que decirle a Carter que se ha equivocado no es tu idea de una jornada de trabajo ideal —comento, tratando de tranquilizarlo—, pero estoy segura de que valorará que quieras hacer el mejor trabajo posible.

—¿Sí? —plantea, dubitativo.

—Estoy segura —repito, en esta ocasión con una sonrisa.

John asiente, nervioso, se pone de pie y se dirige hacia la puerta todavía con el miedo en el cuerpo. Cuando sólo ha dado un par de pasos, se gira y me señala con el índice tembloroso.

—¿Puedes acompañarme? —me pide.

Mi sonrisa se ensancha.

—Claro.

Me incorporo y los dos nos encaminamos a ver a Carter. Mientras esperamos a que su secretaria nos dé paso, me fijo en todos los detalles.

—El señor Carter los recibirá ahora —nos informa la señora Donaldson, tras colgar el teléfono.

Ambos se lo agradecemos y entramos en el despacho principal.

—Buenos días, señor Carter —saludamos al unísono.

—Tengo un minuto antes de irme a una reunión —nos explica sin demasiada amabilidad—. Es

todo el tiempo con el que cuentan.

Al alzar la cabeza de las hojas que revisaba se percató de mi presencia y me observa extrañado y también desconfiado.

—Y usted es... —me da pie.

—Soy Sarah Holloway, pasante del señor Stearling.

—Le he pedido ayuda con el caso que me encargó que preparara —interviene John— y entre los dos...

—¿Qué? —masculla.

Ya no sólo parece receloso, ahora está claramente enfadado.

—Necesitaba ayuda y... —trata de alegar John.

—Márchese —me ordena Carter.

Mi compañero abre la boca y la cierra, completamente perdido, pero yo lo pillo a la primera. Carter no quiere que uno de los empleados de otro de los socios esté al tanto de sus asuntos; es lo que se conoce comúnmente como *confianza corporativa* (las dos palabras más irónicas dentro de un bufete).

Le hago un gesto a John para que no se preocupe y salgo de la estancia. La puerta no se ha cerrado del todo cuando oigo a Carter gritar como un energúmeno a su pasante por haberse permitido el lujo de compartir los detalles de un caso con una persona no autorizada. Lo que en realidad me llama la atención, más allá de que Carter es un completo gilipollas, son las palabras que emplea, porque esa expresión, «no autorizada», implica que hay información que debe quedar al margen y, normalmente, más cuando eres abogado y estás rodeado de otros, no suelen ser secretos que hagan quedar bien a nadie.

Damas y caballeros, por fin tengo una pista.

Estoy a punto de salir de la antesala del despacho de Carter cuando la recepcionista entra y camina con el paso decidido hasta la mesa de la secretaria con una caja metálica de no más de un palmo.

—Aquí tienes las actas de la última reunión —informa a la señora Donaldson—. Acaba de subirlas el informático.

La secretaria asiente, coge la pequeña cajita, se levanta y la guarda en un moderno archivador con huella dactilar y clave numérica. Yo me contengo para no abrir los ojos como platos. ¡Son las actas! ¡Ya sé dónde están!

Me despido, aunque ninguna de las dos parece oírme, y espero a John en el pasillo. Sale unos tres minutos después, con la cara blanca como el papel y la expresión apesadumbrada.

—Me ha echado la culpa —se lamenta—. Dice que toda la información necesaria está en el expediente, que yo no he sabido verla y que nunca tendría que haberte pedido ayuda. Ha amenazado con despedirme —añade con la voz llena de rabia y tristeza al mismo tiempo.

¡No me lo puedo creer! ¡Carter es un maldito hijo de perra! Yo misma he revisado esos papeles y la información no estaba ahí. Está siendo increíblemente injusto. Así que, sencillamente, no lo

pienso y, con toda probabilidad, debería hacerlo.

—Espérame en la sala principal —digo—. Voy a arreglar esto.

John está algo aturdido, pero finalmente murmura un «sí» y se marcha. Yo espero a que desaparezca pasillo arriba y voy hacia el despacho de Michael. Sí, el mismo Michael con el que tuve un sexo increíble en los juzgados ayer por la mañana, con el que discutí después y que esa misma noche cuidó de mí. En definitiva, el Michael que me tiene hecha un completo lío. Pero quiero ayudar a John. Necesito hacerlo. Bobby Kennedy, ¿recordáis? No puedo pasar una injusticia por alto.

—¿Puedo pasar? —le pido tras golpear la puerta entreabierta, a pesar de que su secretaria ya me ha dicho que podía hacerlo.

Me da permiso y su voz, por un momento, me deja completamente fuera de juego, como si mi cuerpo ya supiese lo que va a encontrarse y el placer anticipado lo inundara todo.

Me obligo a concentrarme, por mucho que cueste, y entro en la habitación, cerrando tras de mí.

—Hola —lo saludo.

Alzo la cabeza y lo encuentro en el centro de la oficina, apoyado, casi sentado, en su mesa, revisando unos papeles que sostiene con la mano izquierda. El traje negro, la camisa blanca, su pelo rubio perfecto, su uno ochenta y ocho, todo juega en mi contra y todo me hace vibrar.

Cabeceo y me fuerzo, otra vez, a centrarme en lo que me ha traído hasta aquí.

Espero a que diga algo, pero Michael me ignora con una exquisita arrogancia.

—¿Podemos hablar? —planteo.

—¿Hablar? —inquire, burlón, sin levantar la vista de los documentos—. Curiosa expresión.

Vale, está claro que no soy la única que recuerda a la perfección lo que pasó en los juzgados.

—Se trata de John.

—Y John es... —deja en el aire, displicente.

—Uno de los pasantes del señor Carter.

—No me interesa —sentencia prácticamente antes de que pueda terminar mi frase, incorporándose, rodeando su mesa y dejando los papeles sobre otras carpetas junto al teclado.

Sin embargo, yo no soy de las que se rinden.

—Carter está siendo muy injusto con él —me explico, avanzando hasta colocarme al otro lado del escritorio—. Lo acusa de no estar haciendo bien su trabajo...

—Porque probablemente sea así —me corta, de nuevo indiferente.

Entorno los ojos sobre él.

—Es Carter quien no se lo está permitiendo —replico—. Es un jefe horrible.

—¿Y qué estás haciendo aún aquí? —me rebate, y por un momento creo que al fin me está entendiendo—. Tienes que llamar a la policía. Hay suelto un jefe horrible —añade, riéndose de mí.

Resoplo, para dejarle claro que no me está haciendo la más mínima gracia.

—Carter no está siendo justo —me reitero.

—La vida, ¿cuándo lo es, pequeña patosa?

—Es tu oportunidad de hacer lo correcto.

No sé si es por mi vehemencia, pero Michael, al fin, se olvida de sus papeles y me mira. Una suave sonrisa se cuele en mis labios, no puedo evitarlo, y por un segundo sólo disfruto de sus ojos sobre los míos. Por Dios, estoy colada por él como una auténtica idiota.

—En la vida, hay momentos que se nos presentan para que hagamos lo correcto —murmuro, y mi voz suena más dulce, más tímida, como si fuera la mayor prueba de su hechizo.

Michael medita mis palabras.

—Ésos son mis momentos favoritos —afirma, y algo dentro de mí se ilumina con fuerza—. Los miro... y los saludo mientras observo cómo pasan de largo.

Pero ¿qué...?

Abro la boca, completamente escandalizada. Él me mantiene la mirada con las cejas enarcadas y una sonrisa canalla en los labios.

—No... no... no me lo puedo creer —gruño, a punto de tener un ataque.

Suelto un nuevo resoplido, giro sobre mis *peep toes* y me dirijo hacia la puerta pisando con energía y una ira desmesurada a cada paso.

—Encantado de hablar contigo, pequeña patosa.

—¡Vete a la mierda, señor Stearling!

No lo veo, pero, tomándome completamente por sorpresa, rompe a reír. El sonido cruza el ambiente, atrapa mi corazón y sencillamente me desarmo. Mis pies se detienen por su propia voluntad, me vuelvo y el sonido de su risa se dibuja ante mí como otra imagen más de Michael, más cálida, más jovial; maravillosa.

Sonrío, embrujada de nuevo. Cuando sus carcajadas se calman, sus ojos se encuentran con los míos y todos esos sentimientos bonitos vuelven como si fuésemos dos trapeceistas en la alto de la carpa de un circo, porque, en el mismo instante en el que nos alejamos del todo, empezamos a acercarnos y, al final, inexorablemente, acabamos el uno frente al otro, mirándonos a los ojos, saboreando que ambos estemos allí.

—Va a ser verdad que le gusta que le pongan las cosas difíciles, señor Stearling —pronuncio, engullida por este momento.

—A lo mejor quien me gusta que me las ponga difíciles eres tú, señorita Holloway.

Sonrío de nuevo y la electricidad se come a bocados todo lo demás.

—Siento que no habláramos ayer —me sincero.

—No hagas eso, Sarah —me advierte.

—¿El qué?

—No me des explicaciones. No te comportes como si tuviésemos una relación.

—¿Tú querías que la tuviéramos?

—¿Te has olvidado de lo que explicó Amanda Reeves sobre la confraternización en el trabajo? Niego con la cabeza. No es una frase dicha al azar y soy plenamente consciente de que me la

merezco. Al fin y al cabo, fui yo quien la puso sobre la mesa la primera vez.

—No es eso lo que te he preguntado —replico.

Puede que Michael no vaya a permitirme marcharme y regresar cuando quiera, pero hay cuestiones sobre las que deseo tener una respuesta.

—Pero sí es todo lo que voy a contestarte —sentencia.

Le mantengo la mirada. Hay hombres volubles, hombres que se rinden o que simplemente ceden. Michael Stearling no es así. Debí entenderlo hace mucho, pero algo me impide pasar esta página de mi vida y no sé si es mi cuerpo o mi corazón o si es su cuerpo o su corazón... y habéis leído bien. No se trata de que acabe de perder la poca cordura que me queda, es que todo eso que sentimos cada vez que estamos juntos, lo que nos aísla del mundo, es demasiado fuerte, demasiado intenso, y sé que los dos lo notamos, que nos golpea por igual. Quizá yo no pueda pasar página, pero también sé que él no quiere que lo haga.

—Michael... —lo llamo.

—Señor Stearling —me interrumpe su secretaria—, lo esperan en la sala de conferencias.

Michael asiente con la mirada todavía sobre mí y, sin más, se marcha.

Doy una bocanada de aire y contemplo mi alrededor tratando de que las rodillas dejen de temblarme. Necesito a Michael cerca, aunque sea complicado incluso pararme a admitirlo.

* * *

El resto del día me lo paso haciendo malabarismos para terminar mi trabajo y ayudar a Alex y a John, aunque el pobre continúa con el miedo en el cuerpo después de lo que le ha dicho Carter sobre compartir información con el pasante de otro socio y porque, además, seguimos sin tener el dichoso expediente completo. Sólo paro para comer con Lexie en el restaurante chino de la 46 Oeste, a unas manzanas del bufete. Me hace prometerle que pararé con todo esto de ser superprofesional y esta noche, viernes noche, para ser más exactos, saldré con ella a bailar y a tomar un par de tahoos. Mi amiga es como los clubs de *striptease* de postín: si quieres salir con ella, son dos consumiciones mínimo.

De regreso a la oficina, estoy trabajando en mi mesa cuando una carpeta aterriza en mitad de la diminuta superficie.

Frunzo el ceño, confusa, pero todo se esfuma cuando leo el número del caso en la parte derecha del dossier, ¡es el que trae de cabeza al pobre John! Alzo la mirada y no puedo evitar sonreír cuando veo a Michael.

—Dile a ese lumbreras de pasante —comenta, desdeñoso— que se aprenda el informe de arriba abajo o Carter lo confirmará como el rey de los inútiles.

Mi sonrisa se ensancha. Ha hecho lo correcto.

—Sólo estás siendo mezquino para ocultar que acabas de hacer algo bueno por alguien —suelto, burlona, apoyando los codos sobre mi escritorio e inclinándome sobre él—, pero, a mí, no

me engañas.

Michael pone los ojos en blanco, displicente, esperando a que termine mi discurso.

—Asegúrate de que no metes la pata —me ordena—. Eres la nueva guardiana de los sin sustancia de este bufete —añade, sardónico, y se marcha de nuevo hacia su despacho.

Sin embargo, a mí no me la da, puede mostrarse todo lo impertinente e insolente que le apetezca. Además, me siento extrañamente orgullosa, por él y también por mí. He conseguido que Michael Stearling haga algo bueno por otro ser humano. Me merezco el premio Nobel en la categoría de «arrancar un buen gesto a un auténtico cabronazo». Soy un hacha.

Y, como estoy totalmente en la cresta de la ola, no puedo dejar que esta conversación termine ya, así que me levanto y lo sigo hasta su oficina.

La señora Jones no está, por lo que me ahorro inventarme cualquier excusa.

La puerta de Michael está abierta.

—Has hecho lo correcto —canturreo impertinente, con una sonrisita, caminando con el paso relajado, casi saltarín, hasta colocarme frente a su mesa—. Has hecho lo correcto —por si la primera vez no le había incordiado lo suficiente.

Puede que esté muy orgullosa de él, pero no quita que aproveche la oportunidad de fastidiarlo.

—Bájate del unicornio, pequeña patosa —dice, dejando una carpeta sobre su enorme escritorio y abriendo otra—. No todos tenemos la imperiosa necesidad de ser buenas personas.

—Puede ser —contraataco—, pero a algunos se os da bastante bien.

Michael está a punto de sonreír, pero resopla para evitarlo. Está claro que no se esperaba mi contrarréplica y eso hace que mi sonrisa se ensanche.

—Ha sido una estupidez —se defiende—. Sólo tuve que conseguir el archivo. He tardado algo así como diez putos minutos.

—Aun así, han sido diez putos minutos de bondad —le rebato, repitiendo con retintín sus propias palabras—. Deberías alegrarte. Son diez minutos en contra de una vida entera de maldad. Seguro que el karma lo tiene en cuenta.

—¿Cómo sabes que es mi primera vez de amabilidad?

Achino los ojos, divertida.

—¿Acaso me estás diciendo que no eres virgen en este tema? ¿Has sido bueno antes? —planteo, impertinente sorprendida.

—Sí, pequeña patosa —contesta melancólico, con la vista perdida al frente para ganar en melodramatismo—. Para todo hay una primera vez. Yo tenía diecisiete años, y ella, treinta y dos. Estábamos en la parte de atrás de su Cadillac, le levanté la falda...

—¡Para! —me quejo, a punto de echarme a reír.

—Has sido tú.

—Estábamos hablando de ser amable.

—Y lo fui —replica—, mucho: esperé a que ella terminara primero.

No quiero, pero no puedo evitar sonreír.

—Eres incorregible.

—Y, según tú, buena persona.

—Eso te ha dolido, ¿verdad?

—Y, hablando de cosas que duelen, tu primera vez fue...

—No voy a contarte la primera vez que mantuve sexo.

—Creí que estábamos hablando de ser amables.

—Entonces, para tu información, intento serlo todos los días.

—Y, desde que nos conocimos, gimes mi nombre.

Estoy a punto de sonrojarme, pero lo evito sonriendo un tanto irónica.

—Intento ser... amable —le recuerdo.

—Correrte —pronuncia a la vez.

—¡Michael! —protesto.

Pero no puedo más y los dos nos echamos a reír.

Cuando nuestras carcajadas se calman, otra vez esa suave intimidad, mezclada con toda la deliciosa electricidad, inundan su despacho.

—Gracias —pronuncio, y, como cada vez, el ambiente, todo lo que hay entre nosotros, ilumina mis palabras y a mí.

—No hay de qué, señorita Holloway —responde, y su voz también suena más dulce, mejor.

Nos miramos un momento más, pero decido que lo más oportuno es salir de esta habitación, porque estoy peligrosamente cerca de que la sonrisa idiota me parta la cara en dos.

Despacio, giro sobre mis tacones y alcanzo la puerta bajo su atenta mirada.

Poco menos de una hora después, Amanda Reeves nos ordena a los pasantes que nos marchemos a casa. Sobra decir que ninguno protesta. Son casi las ocho de un viernes.

Yo, en contraposición, me tomo mi tiempo para recoger mis cosas, salir del edificio, incluso uso las cinco manzanas hasta la boca de metro como un paseo y no como una carrera para alejarme del trabajo lo antes posible. Estoy en mi nube particular.

Cuando al fin llego a casa, Lexie me recibe con *Night time*, de Superorganism, a todo volumen y todos sus botes de lacas de uñas desperdigados por la isla de la cocina.

—Tenemos que estar espectaculares, socia —me advierte con una sonrisa.

Así que, siguiendo sus rigurosas instrucciones, después de ducharme y secarme el pelo con secador, amén de pintarme las uñas, por supuesto, estoy delante del espejo del baño de la primera planta con un bonito conjunto de lencería negro y mi bata de seda por encima del muslo, maquillándome. Ha sido idea de Lexie que me pusiese justo esta bata, porque siempre que la llevo me hace sentir sexy, como una *pin-up* preparándose para una actuación, y, según ella, es justo lo que necesito.

Estoy poniéndome la máscara de pestañas cuando el tema que suena desde los altavoces conectados al móvil de Lexie en la planta de abajo cambia y *Wild love*, de James Bay, arranca.

Oigo unos pasos detenerse junto al umbral de la puerta y, como pasó junto a los ascensores, en los juzgados, no necesito girarme para saber quién es.

—Hola —digo, dejando el rímel sobre el lavabo y cogiendo la barra de labios.

Me centro en lo que mis manos hacen mientras la canción empieza a avanzar suavemente entre los dos.

Michael se apoya en el marco de la puerta lleno de una sofisticada elegancia. Me recorre de arriba abajo con la mirada, sólo una vez, sólo un par de segundos, y en ese período de tiempo casi efímero consigue que mi respiración se acelere, que el corazón comience a latirme deprisa.

—¿No vas a decir nada? —pregunto, insolente.

En el fondo no quiero que lo haga. Hay algo en él, como una especie de halo de misterio, que crece, lo envuelve, lo hace peligroso, y yo disfruto con esa idea, como si fuera un vaquero proscrito en el lejano Oeste, un contrabandista de alcohol durante la ley seca, un atracador de bancos en pleno siglo XXI.

Me aplico el pintalabios concentrada en mi reflejo en el espejo. Noto su poderosa presencia, su mirada abrasar mi piel y, de pronto, los movimientos se vuelven más sensuales, se impregnan del ambiente entre los dos, de la voz de James Bay diciendo que quiere darle a ella un amor salvaje que nunca se calme.

Michael da una bocanada de aire y el sonido me parece sexy y masculino al mismo tiempo. Me giro como si su cuerpo llamase el mío. Por inercia, por casualidad, por un toque del interesante destino, mi bata se resbala, dejando una porción de mi clavícula al descubierto.

Sólo una mirada, un único instante, y me siento deseada. Deseo. Es excitante. Es emocionante.

Sus ojos turquesa como el mar se oscurecen como en una noche de tormenta y Michael desliza una mano hasta sus pantalones. Se los desabrocha junto al cinturón con una habilidad pasmosa. Libera su miembro, ahora grande, duro, ligeramente arqueado, y se lo acaricia una sola vez. Lo hace delante de mí, con la misma malicia, el mismo descaro, la arrogancia con la que hace todo lo demás, y soy consciente de que debería mandarlo al infierno, pero hace mucho tiempo que el sentido común perdió su batalla aquí, y la libido, el placer, el fuego, la ganaron.

Michael continúa acariciándose sin levantar sus ojos de mí y nunca me había sentido más sexy, más deseada, porque me mira como si fuera el mayor tesoro sobre la faz de la tierra, como si aquí, ahora, en esta vida y en la siguiente, no existiese nada más para él, como si yo fuese lo único que quiere mirar.

La sangre me retumba en los oídos y el calor me sacude en todas direcciones, saturando mis poros con la palabra *placer*. Retuerzo los extremos del cinturón de mi bata entre mis dedos. Mi cuerpo grita, eléctrico, eufórico, y hago lo único que quiero hacer y abro la prenda para que pueda ver mi lencería. Me siento tímida y valiente a la vez, segura, cómoda, expuesta, libre.

Se acaricia cada vez más rápido, con la respiración agitada. Un gemido se escapa de mis labios mientras no puedo apartar mis ojos de él, hechizada, hipnotizada, perdida en un deseo incendiario.

Es masculino, instintivo, primario. Es la cosa más sexy que he visto jamás.

—De rodillas —gruñe con la mandíbula apretada.

Doy un paso hacia Michael, porque ahora mismo no somos ni él ni yo, sólo somos la expresión «dejarse llevar, saltar al vacío sin red». Es un regalo, porque sólo se trata de disfrutar, sin miedos, sin corsés, sin tabúes.

Me arrodillo y lo observo a través de mis pestañas. Michael lleva su mano hasta mi barbilla. Su pulgar acaricia mis labios entreabiertos y la sensual tormenta de sus ojos se vuelve un maldito huracán.

—Abre la boca —me ordena.

Y obedezco.

Dos sacudidas más y Michael se pierde en mi boca. Su esencia, cremosa y salada, se desliza por mi garganta y mi excitación conquista la cima de la escala de Richter.

Una suave sonrisa se dibuja en mis labios. Michael me toma de los hombros y, en el mismo movimiento en el que me levanta, me besa con fuerza, desmedido, como si el deseo apenas lo hubiese liberado, como si, hasta que sus manos tocasen mi piel, su hambre jamás pudiera saciarse.

Se deshace de mi bata de un tirón y su mano se desliza bajo mis bragas de encaje, rápida, hábil, perfecta.

Michael se come a besos mis gemidos mientras sus dedos obran magia. Mi cuerpo se arremolina, me agarro a sus brazos. Su mano libre se esconde en mi pelo hasta llegar a mi nuca, sosteniéndome donde quiere.

Volar. Soñar.

Volar. Soñar. Sentir.

Volar. Soñar. Sentir. ¡Vivir!

Me corro contra su mano, gimiendo, casi gritando contra su boca, notando cómo su nombre se graba a fuego entre mis muslos.

Pero sé que no ha tenido suficiente.

Creo que nunca tendrá suficiente de esto y yo tampoco.

Me agarra de las caderas, me sienta en el lavabo y me rompe las bragas, pero a quién demonios le importa. Se saca un preservativo del bolsillo trasero y, con la mirada lobuna, lo coloca a escasos centímetros de mi boca para que sea yo quien rasgue el envoltorio con los dientes. Lo hago, sonrío canalla, se lo enfunda en cuestión de segundos y, de una sola estocada, entra en mí, fuerte, duro, absolutamente inolvidable.

Se mueve entre mis piernas como los dioses debieron esculpir el mundo y los gemidos, los gritos, ya no son suficientes para dar salida al ciclón que me asola por dentro.

Mi cuerpo tiembla, cargado de placer, mientras el suyo se tensa con cada mágica embestida, llevándome más y más lejos.

—¡Michael! —chillo.

¡No puedo más! Siento que voy a romperme en millones de pedazos.

—Eres una puta locura —sisea contra mis labios—. Eres la mejor locura de toda mi maldita vida.

Su voz es como ambrosía, como una droga; me llena, me emborracha, y el placer de un orgasmo indescriptible me recorre de pies a cabeza mientras él sigue entrando, saliendo, mientras sus dientes se clavan en mi cuello, mientras sus dedos de ensueño se aferran a mi cadera.

Y, si antes he volado, ahora atravieso el condenado cielo.

Estamos hechos de polvo de estrellas, dice una canción; yo estoy hecha de luz, de placer y del mejor sexo de la historia.

Michael se pierde en mí y su clímax sólo retroalimenta el mío.

Deja caer su frente contra la mía. Yo lo recibo maravillada; lo siento cerca en todos los sentidos y durante los siguientes minutos la pequeña habitación se llena con el ruido pesado de nuestras respiraciones calmándose poco a poco.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —inquiero, aún con la voz jadeante, sin separarme un solo milímetro de él—. No soy tan estúpida de haber olvidado todas las cosas que nos separaban hace menos de una hora, pero es más que obvio que mantenerte alejado de mí no se me da demasiado bien.

Sonrío nerviosa, pero también feliz. Una media sonrisa se cuelga en los labios de Michael y su mano se hace más posesiva en mi cadera.

—A partir de ahora vamos a divertirnos muchísimo —contesta, torturador.

Mi sonrisa se ensancha y lo beso con fuerza sin pensar en nada más que no sea él.

Se acabó preocuparse por todo lo que puede salir mal. Toca vivir.

* * *

Me cuesta lo inimaginable separarme de Michael y echarlo del lavabo, del que, por cierto, nunca hemos cerrado la puerta (¡joder!), para terminar de arreglarme.

Puede que Michael sea el mejor sexo de mi vida, pero he quedado con Lexie y ella es mi mejor amiga.

—Adiós, Michael —se despide Lexie, cantarina, ya de espaldas a él, dirigiéndose a la puerta principal.

No creo que nos haya oído, porque, cuando nos hemos encontrado en el salón, no ha habido alzamiento de cejas, ni codazos, ni tarareo de sintonía de película porno de los setenta.

Yo me giro hacia Michael, que está en la barra de la cocina preparándose algo de cenar. Sonrío de nuevo. No puedo dejar de hacerlo. Él me recorre de arriba abajo con la mirada y se muerde la punta de la lengua en un gesto rematadamente sexy.

—Hasta después, Sarah —me dice, y es una provocación en toda regla.

—Hasta después —respondo.

Me obligo a que un pie siga a otro y los dos a Lexie, porque la visión es demasiado tentadora.

En la disco con Lexie lo paso genial. Cumpló con mis dos tahoes y pierdo la cuenta de cuántas canciones de moda bailamos en el centro de la pista del EHON.

Me lo paso de cine, pero no voy a negar que existe una pequeña, ínfima, diminuta, posibilidad de que tenga la cabeza en otra parte.

De regreso a casa, dejo a mi amiga en su dormitorio, mandándose whatsapps con un chico muy mono que hemos conocido mientras buscábamos un taxi, y, en teoría, me marcho al mío; sin embargo... sin embargo, creo que podría haber una habitación más interesante.

Paso de largo mi puerta y voy hasta la de Michael. Llamo, pero rápidamente decido que no me apetece esperar. Entro y cierro tras de mí. Está sentado en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero de diseño y las piernas extendidas sobre el colchón, sólo con el pantalón de pijama. Su tatuaje resalta en su hombro derecho, pero son sus chapas de identificación lo que llaman mi atención, como si fueran la guinda perfecta al rebelde pastel que es Michael Stearling.

Tengo que bajar la cabeza y reordenar mis ideas. «¿A por qué venía yo aquí? Ah, sí, a por sexo desbocado.»

«E inconveniente, que no se te olvide. Fdo.: La voz de tu conciencia.»

«He tenido cinco orgasmos en dos días. Voz de mi conciencia, puedes irte al diablo cuando te apetezca. Fdo.: Una mujer con la libido muy satisfecha.»

—¿Qué haces aquí? —pregunta Michael con esa voz de locura.

Me lo como con los ojos, no voy a negarlo.

—Acabo de volver del club.

Me mantiene la mirada sin decir una sola palabra, con un «¿y?» en sus ojos turquesa.

—Y quería saludarte —añado, resuelta.

Obviamente no es el «y» auténtico, pero mejor no enseñar todas las cartas a la vez.

—¿Saludarme?

—Ajá —me reafirmo, asintiendo.

—Hola —comenta, burlón.

—Hola —respondo, nerviosa—. Puedes darte por saludado —agrego.

—No lo dudes.

Michael me dedica una media sonrisa y yo empiezo a pensar que, quizá, mis cartas están un poco más claras de lo que pensaba.

—Si no quiere nada más, señorita Holloway... —deja en el aire, socarrón.

Mi libido refunfuña, incluso da un pisotón en el suelo. ¡Claro que quiero algo más!

—Si no quiere nada más, señor Stearling —lo imito.

Si se trata de jugar, podemos jugar los dos.

—Desnúdate —me ordena, y la sensualidad inunda por completo la estancia.

Controlo mi respiración milagrosamente, así como la sonrisa más boba del mundo, que amenaza con colarse en mis labios.

—Creía que nos estábamos haciendo los interesantes.

—Y se me da mucho mejor que a ti —replica sin remordimientos—, y ahora desnúdate. No te lo voy a repetir.

Hay algo en su voz, esa mezcla de deseo, control y necesidad, las ganas de tocarme ya, ahora, la seguridad de mantenerse a raya a sí mismo, el salvaje atractivo de ser exactamente como es y no tener ninguna intención de cambiar, que me hacen olvidarme de todo y entregarme por completo al placer de alma, cuerpo y corazón.

Deslizo la cremallera y el vestido cae a mis pies. Los nervios aumentan; la excitación, también. Lo último que veo antes de que se mueva veloz como un animal indomable por la cama, tire de mi muñeca y me tumbe sobre el colchón es su media sonrisa. Su cuerpo cubre el mío y sujeta mis manos por encima de mi cabeza. Su olor me sacude, su atractivo lo vuelve todo borroso y, cuando me besa en el centro del cuello, mi gemido es el pistoletazo de salida a todo lo demás.

He aterrizado en el paraíso una vez más.

* * *

Nos hemos pasado todo el fin de semana enredados. Creo seriamente que he estado a punto de desmayarme una decena de veces. También nos hemos reído mucho y hemos hablado más. Me confirma que estuvo en los Rangers, que se alistó con sus amigos Reed, Chase, Spencer y Cooper. Cooper, el hermano mayor de Chase, desgraciadamente, murió hace poco menos de un año. Desde el primer momento que menciona sus nombres me doy cuenta de que Michael y los chicos se cuidan y protegen siempre los unos a los otros. Son una familia.

Lexie desaparece el sábado por la mañana increíblemente temprano. Como me comunica por WhatsApp, está disfrutando de Manhattan con el chico del whatsapp (creo que, sin quererlo, acabo de componer uno de esos poemas japoneses tan cortitos), así que me ahorro infinidad de preguntas.

Por mi parte, me paso esos dos días ignorando las llamadas de Ross Elliweather. Soy consciente de que no es nada profesional, pero, antes de hablar con él, necesito reunir pruebas sólidas que demuestren que Michael es inocente. Sé que lo es. Confío en él.

Sin embargo, el lunes a primera hora ya no puedo seguir pasando de mi verdadero bufete y quedo con Elliweather en el Morning Place, la cafetería de siempre, a medio camino entre Fordbrader, Higgins y Beck y los juzgados.

—Buenos días —lo saludo, sentándome frente a él.

Estoy inquieta y, aunque intento no pensar en ello, cada vez más recelosa con todo esto.

—Señorita Holloway —responde, cortante. Imagino que no le ha hecho la más mínima gracia que haya estado evitando sus llamadas.

—Sé que ha sido muy complicado contactar conmigo estos últimos días —me disculpo—, pero he estado trabajando.

—¿Y recuerda para quién trabaja en realidad, señorita Holloway?

—¿Qué les traigo? —pregunta el camarero, deteniéndose junto a nuestra mesa, ataviado con un bloc de notas y un lápiz algo raído.

Elliweather lo mira francamente mal. El chico carraspea, sintiéndose culpable por interrumpir, y yo me siento mal por él.

—Un café, gracias —le pido con voz amable.

Elliweather le hace un maleducado gesto y el chico se marcha.

—¿Avances? —demanda en cuanto nos quedamos solos.

Sonrío, aliviada.

—Ya sé dónde guardan las actas de reuniones. Creo que podré...

—¿Esas actas involucran a Michael Stearling en algún asunto turbio?

Frunzo el ceño, confusa.

—No lo sé —el recelo se hace aún mayor y la confusión se hace más grande o puede que se disipe del todo—, y lo cierto es que usted tampoco —sentencio.

—Tiene que centrarse en Michael Stearling.

—¿Por qué? —Elliweather me observa, condescendiente—. Si realmente tuviesen pruebas contra él, no me necesitarían. —Quizá yo no pueda demostrar que Michael es inocente, pero ellos tampoco lo contrario—. Cohen o Carter podrían ser los responsables. No lo sabemos.

—Se la contrató con un objetivo definido —me recuerda.

—Sí: descubrir la corrupción dentro del bufete —le recuerdo yo a él, con una seguridad aplastante—, no culpar a uno de los socios sin pruebas.

Elliweather resopla, recupera su maletín de piel oscura y guarda su estilográfica en él. Supongo que, una vez más, ha optado por dar la conversación por acabada.

—Tomar esa clase de decisiones no depende de usted —me deja claro, levantándose—. No me obligue a tener que repetírselo.

Da el primer paso hacia la puerta; sin embargo, algo dentro de mí no está dispuesto a dejar que se marche así, por lo que alzo la barbilla y clavo mis ojos en él.

—Pues, con toda probabilidad, tendrá que hacerlo —replico, desafiante.

Elliweather se detiene en seco y lleva de nuevo su vista hacia mí. Parece que no es capaz de creer lo que acaba de oír.

—Eso ha estado completamente fuera de lugar —contraataca, fingiendo una seguridad que no siente.

Con total franqueza, ya lo sospechaba, pero no he constatado que era una mala persona hasta ahora.

—Mason Fordbrader me contrató porque odio las injusticias —le advierto sin levantarme—, así que deberían ser los primeros en tener claro que no voy a ayudar a perpetrar ninguna.

Elliweather no dice nada, sólo me fulmina con la mirada y finalmente se marcha. En cuanto me siento libre de él, suelto un resoplido larguísimo. Sé que no me equivoco. Sé que Michael es inocente. Sólo quiero entender por qué el señor Fordbrader da por hecho que él es el responsable.

Pago el café y le doy la enésima vuelta a todo. Soy abogada y los abogados sabemos que para todo hay un motivo.

Salgo de la cafetería y enfilo el camino a la parada de metro de la 8 Este. No he avanzado ni siquiera una manzana cuando unos dedos rodean mi muñeca y me obligan a girarme.

Sé quién es. Mi cuerpo no tiene una mísera duda.

—¿Qué hacías en esa cafetería? —gruñe Michael en cuanto nuestros ojos conectan.

Está enfadado, mucho. Yo trato de comprender qué hace aquí. Necesito mirar a mi alrededor para ubicarme y en ese mismo instante su agenda se dibuja ante mí. Todos los pasantes debemos conocer la agenda del socio para el que trabajamos y hoy Michael ha tenido una reunión muy cerca, en la Tercera con la 6 Este.

—¿Qué ocurre? —demando, aturdida.

Pero, en realidad, lo que estoy es muerta de miedo. ¿Me ha pillado con las manos en la masa? ¿Ha descubierto lo del espionaje, lo de Mason Fordbrader?

—Contéstame —me exige, casi interrumpiéndome.

—¿A qué? —replico tan veloz como él, con el único objeto de ganar tiempo.

—¿Qué coño estabas haciendo con ese tío?

Mi mente se enmaraña un poco más, pero de pronto una idea se abre paso perfectamente nítida.

—¿Estás celoso? —murmuro, atónita; la verdad es que ni siquiera soy capaz de creérmelo del todo. Él es tan... y yo soy tan poco... Cuando repartieron las cartas de inseguridad en esta relación, hubiese jurado que debían tocarme todas a mí.

Michael resopla, aún más cabreado, a punto de perder los papeles. Yo me zafo con rabia. También estoy empezando a enfadarme. Puede estar celoso si le da la gana, pero más le vale empezar a enfocararlo de otra manera.

—¿Es eso? —insisto.

—No seas ridícula —ruge—. Me importa una mierda a quién te folles, Sarah.

Sus palabras se comen el aire entre los dos y por un segundo mi corazón cae fulminado a mis pies. No soy tan estúpida de pensar que me procesaba amor eterno y, de haber estado celoso de verdad, yo misma le habría explicado que no puede tomarse las cosas así, pero, con lo que acaba de decir, básicamente, me está dejando claro que no le importo nada.

—¿A qué ha venido eso? —pregunto, perdida y, más que nada, dolida.

—Sarah, contéstame de una maldita vez: ¿qué hacías con ese tío?

—Explícame tú por qué quieres saberlo.

Estoy triste y cabreada. ¡No puede tratarme así!

—No estoy jugando —me advierte.

—¿Crees que yo sí? —le rebato.

Michael se lleva las manos a las caderas, con la mandíbula tensa. Nunca lo había visto tan al límite. Ni siquiera parece preocupado. Es algo peor, más profundo, y, aunque no pienso pasar por alto su comportamiento, no puedo evitar que me despierte compasión.

—Sarah—sisea.

Bufo, furiosa, y miro hacia ambos lados. No quiero ayudarlo, ¡quiero mandarlo al diablo!, pero su mirada me dice que, sea lo que sea contra lo que está luchando ahora mismo, es demasiado duro.

—No ha sido nada importante —miento—. Sólo el amigo de un amigo. Pedí trabajo en su bufete antes de entrar en Cohen, Carter y Stearling. Hace unos días me llamó para ofrecerme el puesto; quería explicarle por qué no podía aceptarlo en persona. Me pareció lo más amable.

Michael sigue cada una de mi palabra, estudiándome. Me observa decidido un puñado de segundos más y tengo la sensación de que estoy pasando una especie de polígrafo mental. Con total franqueza, creo que, si no estuviese tan furioso y pudiese pensar con más claridad, se daría cuenta de que miento. Finalmente, se pasa las manos por el pelo y suspira aliviado. Aliviado. Esa palabra no es gratuita. El alivio no aparece si lo que dejas atrás no es miedo.

—Vale —pronuncia, tratando de poner su autocontrol a trabajar—. Volvamos al bufete.

Me encantaría poder contestar que sí y olvidarnos de todo, pero, cuando dije que no podía consentir que me tratara así, hablaba en serio. Tal vez no se pueda elegir cómo te tratan los demás, pero sí depende de nosotros que lo aceptemos o no. En eso consiste el respeto por uno mismo. Además, qué demonios, sigo muy cabreada.

—No —respondo sin dudar.

—Sarah, sube al coche —me ordena.

—¿Sabes qué, Michael? —digo dando un paso hacia él, repleta de seguridad—. Si te importa una mierda a quién me folle —continúo, usando sus propias palabras, y mi herido corazón se rompe un poco más—, no te supondrá un puto problema cómo regrese al bufete —le espeto con rabia, y me gustaría decir que sólo es eso, pero también hay mucha tristeza.

Michael me mantiene la mirada y, aunque no dice nada, los sentimientos que inundan sus ojos lo dicen todo por él. La ira se vuelve más cortante; el desasosiego, más intenso, y, sobre todo, la decepción consigo mismo lo arrasa. Sin embargo, todo parece pertenecer a este momento tanto como a una herida más profunda y más antigua que nosotros.

Aun así, no puedo quedarme.

Giro sobre mis talones y camino decidida hasta el metro. Apenas pongo un pie en el andén, rompo a llorar como una auténtica idiota y soy incapaz de parar en ninguna de las cinco estaciones hasta la oficina.

¿Por qué duele tanto? ¿Por qué me siento así? Trato de poner mis pensamientos en orden, pero es una tarea imposible. Sólo puedo recordar cómo me ha mirado, cómo me he sentido, en lo que ha dicho. Estoy colada por él, eso lo asumí hace mucho, pero empiezo a plantearme que esa frase se queda demasiado pequeña, como una gota en mitad de una tormenta, como decir que sus ojos sólo son turquesa cuando esconden el mar.

Mi corazón levanta la mano, todavía demasiado triste, apuntando que él tiene la respuesta, pero creo que da igual lo valiente que haya sido en cualquier momento de mi vida, incluso sumándolos

todos, porque esa contestación da demasiado miedo.

¿Y si estoy enamorada de él?

Entro en el baño del vestíbulo del edificio del bufete y hago lo que puedo con mi maquillaje. Lo último que me apetece es hacer acto de presencia convertida en un oso panda y que toda la oficina se dé cuenta de que he estado llorando.

Me paso el par de horas siguientes trabajando y, siendo sinceras, intentando no romper a llorar de nuevo, hasta que, en mitad de todo eso, el teléfono de mi mesa empieza a sonar.

—Señorita Holloway, el señor Stearling quiere verla en su despacho.

Es la señora Jones, su secretaria.

Barajo una veintena de excusas, algunas bastante buenas, la verdad, pero, al final, él es el jefe y, por mucho que lo desee, y lo merezca, dentro de este bufete no puedo negarme a obedecer sus órdenes.

—Estaré allí en un minuto.

Cuelgo y dejo caer la frente contra la mesa, en una mezcla de resignación y desesperación.

—¿Estás bien? —pregunta Alex.

—Deberíamos tener la posibilidad de poder negarnos a ir al despacho de nuestro jefe al menos una vez al mes.

Yo utilizaría mi carta de comodín ahora, sin duda alguna.

De reojo, ya que aún no me siento con ánimos de levantar la cabeza, veo a Alex meditar mis palabras con la vista perdida al frente.

—¿Sabes? —llama mi atención—, me recuerdas a Maddie.

¿A Maddie? Frunzo el ceño al tiempo que me incorporo, y ella interpreta mi gesto a la perfección para continuar hablando.

—Cuando Ryan y ella empezaron... —Alex se detiene a meditar la expresión adecuada—... con lo que tuvieron al principio —claudica—, a Maddie también le habría gustado tener una excusa para no tener que ir al despacho de Ryan cuando él la llamaba.

—Michael y yo no tenemos una relación.

No respondo veloz, pero sí lo hago llena de seguridad, y eso me hace más complicado lo de no llorar. Si hubiera tenido que pronunciar esa misma frase esta misma mañana, lo habría hecho con una estúpida sonrisa en los labios. Las cosas pueden cambiar muy deprisa. La vida es un asco.

Alex sonrío y, no sé por qué, me recuerda al prota de la serie «El mentalista».

—Si querías que esa frase sonara convincente —replica—, deberías haber seguido llamándolo señor Stearling.

Cazada.

—Alex... —la llamo, pero en el fondo ni siquiera sé cómo seguir.

—Somos amigas —me interrumpe con una confianza plena y automática, e irracionalmente me siento mejor—. Deja de preocuparte, porque, para mí, lo único importante de esta situación eres tú.

La miro y, por primera vez desde que he entrado en la cafetería esta mañana, sonrío. Supongo que ése es el poder de la amistad.

—Gracias.

—¿Estás bien?

—No —respondo, sincera—. Todo se ha complicado.

Ahora es ella la que sonrío, llena de empatía.

—Creo que tú y yo estamos usando demasiado esa palabra —dice en clara referencia a la conversación que mantuvimos en *The Vitamin*—, así que ya va siendo hora de que las cosas se vuelvan un poco más sencillas.

Y, para conseguirlo, tengo que hablar con él.

Alex asiente, porque sabe a la conclusión a la que acabo de llegar.

—Valor, soldado —me anima, guiñándome un ojo.

Mi sonrisa se ensancha y, por fin, me levanto. Ha llegado la hora de afrontar la situación.

MICHAEL

Sólo los tontos se enamoran
(Fools rush in), 1997, Andy Tennant

Tenía mis motivos.

Ese tío es un hijo de puta que sólo sabe juntarse con otros hijos de puta como él. Necesitaba asegurarme de que Sarah no es como ellos, aunque algo dentro de mí ya lo sabía.

Pero tenía que asegurarme.

Son gentuza.

Tengo mis motivos y son demasiado importantes.

Llaman a la puerta. Sé que es ella. Mi cuerpo parece oler su esencia a mil millas de distancia.

Guardo silencio con los ojos posados en la puerta. Tiene que esperar. Mi cuerpo tiene que esperar. Necesito recuperar el control, que la maldita tormenta se calme.

Le doy paso. Sarah entra y cierra tras ella. Camina hasta colocarse en el centro del despacho. Se cruza de brazos al tiempo que alza la barbilla y, por fin, me mira. Está furiosa, pero, sobre todo, dolida, y dos cosas que ya sabía de Sarah se quedan grabadas a fuego en mis huesos. La primera, es valiente y fiel a sí misma, porque nunca esconde sus sentimientos, y eso la convierte en alguien fuerte, pero también vulnerable. Y la segunda, no soporto hacerle daño.

—Tenemos que hablar —pronuncio, serio.

No estoy jugando y quiero que lo entienda.

—¿Sabes? —replica, impertinente—, para ser un tío, te gusta demasiado hablar.

—¿Y tú sabías que eres más cruel cuando estás enfadada?

Obviamente, no me ha dejado hecho polvo, aunque ha picado un poco, pero tiene que quedarle claro que sé lo que está haciendo.

Sarah baja la cabeza, avergonzada y arrepentida. Es consciente de lo que ha dicho. Sin embargo, apenas un segundo después, vuelve a alzarla.

—Teniendo en cuenta cómo te has comportado esta mañana —contraataca—, lo mismo digo.

—Tenía mis motivos para lo que ha pasado.

—¿Y son? —deja en el aire, insolente.

—Que los tenga no significa que vaya a contártelos.

Esa gente es asunto mío. No pienso mezclarlos con más partes de mi vida. Ya me han quitado demasiado.

Sarah suelta un resoplido exasperado.

—Que respondas eso es lo mismo que decirme que te da igual cómo me sienta.

—No es verdad —no lo es—, pero que me preocupe por ti no significa que vaya a contarte todo lo que pasa en mi vida.

—¿Por qué?

—Porque es mi vida, Sarah.

No quiero hacerle daño ni tampoco quiero jugar al gato y al ratón, pero las cosas son así. No soy tan estúpido de pensar que Sarah es como las demás, el autoengaño no me va, y, si hubiese visto en aquella cafetería, con el imbécil de Ross Elliweather, a cualquiera de las otras chicas a las que me he tirado, simplemente hubiera sido una anécdota, porque, francamente, me habría costado incluso recordar el nombre de la mujer en cuestión. No obstante, tampoco voy a dar un paso que no quiero dar, en cualquier sentido.

—Será mejor que me marche —me espeta todavía más enfadada, echando a andar hacia la salida.

—Yo no he dicho que puedas hacerlo.

Mis palabras la hacen detenerse en seco a un paso de la puerta.

Despacio, mi sangre se vuelve más densa en mis venas y cada músculo de mi cuerpo se tensa. Dejo caer el brazo a lo largo del homónimo del sillón y deslizo el pulgar sobre las yemas de los otros dedos, permitiendo que la sensación de notar cómo mi cuerpo va alcanzando el estado de guardia lo inunde todo.

—No necesito tu permiso —me deja claro, volviéndose.

Alzo la mirada y nuestros ojos conectan de golpe. Es como una jodida revolución, como si mi condenado cuerpo le perteneciese y, al mismo tiempo, fuese más mío que nunca, como una musa y su pintor, como cada puta vez que he sentido algo, sólo que, sencillamente, un millón de veces mejor.

—Entre estas cuatro paredes, sí —sentencio.

El deseo está marcando las reglas. El hambre lo está dominando todo.

Ella me mira sin poder creer lo que acabo de decir y a la vez perfectamente consciente de que tengo razón y no tiene ninguna manera de evitarlo.

Ahora mismo me odia. Lo tengo jodidamente claro.

—¿Y qué puedo hacer por usted? —me recrimina, dejando que todos sus sentimientos saturen su voz.

Sé jugar mis cartas, siempre he sabido, por eso adaptarme se me da tan bien, pero no quiero tener que usarlas con ella así, no quiero tener que obligarla a estar aquí, pero una fuerza aún mayor que vive dentro de mí necesita que se quede y, antes de que pueda controlarlo, estoy demasiado cabreado con ella, conmigo, por cómo estoy perdiendo el control.

—Qué puedo hacer por usted, ¿qué? —replico con la voz endurecida y la rabia llenándolo todo.

Decidir ni siquiera es una opción si eso significa no tenerla cerca.

Sarah me odia más que nunca.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Stearling?

Yo también la odio. La odio más que a nada.

—Ordena estas carpetas —digo señalando con un golpe de cabeza unos dosieres en una esquina de mi escritorio.

Sarah se acerca a regañadientes y se detiene a un par de pasos de mí, concentrándose para no asesinarme con sus propias manos. Yo le mantengo la mirada y la recorro con ella con la misma arrogancia con la que me enfrento a todo sólo para enfadarla aún más. Si quiere estrangularme, por mí, perfecto, pero ahora mismo yo también querría poder elegir no tenerla cerca.

Abre el primer expediente, ojea el contenido, veloz y, de inmediato, entiende a qué caso pertenece y en qué archivador debe guardarla. No sé por qué sigue sorprendiéndome lo inteligente y despierta que es, lo lista, cómo capta cada situación a la primera y cómo, cuando pone toda esa capacidad al servicio de su trabajo, es implacable.

Regresa a por la segunda carpeta. Sigo molesto. Hostia, sigo muy cabreado, pero no puedo evitar que mi mirada se pierda en ella, en su delicioso vestido blanco justo por debajo de la rodilla y que deja sus hombros al descubierto; en su media melena rubia, en cómo sus mechones se pierden en su cuello. Sus ojos azules se fijan en cada línea, concentrados, y frunce el ceño de una manera adorable cada vez que tiene que desentrañar algo. Yo no me fijo en esa parte de las mujeres. No quiero conversación. Me da igual que sean putos premios Nobel, pero con ella es diferente; con ella, lo que me pone como una maldita moto es su cuerpo, pero también su interior.

Su respiración se acelera bajo mi mirada.

El calor aumenta.

Su pecho se hincha y se desinfla cada vez más rápido. Traga saliva. Doy una bocanada de aire. Las manos me arden. La deseo.

Sarah cabecea y se dirige con paso rápido de vuelta al archivador. Yo me echo hacia delante, apoyando los codos en mis rodillas. La observo y mi despacho se convierte en un dibujo, en una pintura que mezcla todo lo que siento ahora mismo. Es una obra de Keith P. Rein y un cuadro de Klimt. Son flores y chicas simbolizando mamadas mientras comen helado. Es la excitación, el deseo y la calidez bajo la piel. Son las ganas de follármela y querer que sea feliz siempre.

Tercera carpeta.

Está demasiado cerca y su olor lo inunda todo. La recorro con la mirada una vez más y me levanto al llegar a sus ojos porque ya no quiero pensar. No hay más vueltas que dar.

Un suave gemido se escapa de sus labios. El sonido es jodidamente perfecto.

—Dijiste que no te importaba a quién me follase —me recuerda, y yo odio con todo mi ser esas putas palabras.

—Sería capaz de partirme la cara con cualquiera que respirara el mismo aire que tú.

Y no estoy bromeando. No está hablando el deseo. Las palabras han salido desde el fondo de mis costillas.

—Márchate o lo haré yo —me advierte con la voz jadeante, trémula.

Me acerco un paso más. Su olor me emborracha.

—¿Y si no es lo que quiero? —Mi tono se hace más grave. No puedo pensar en otra cosa que no sea ella.

—Michael —susurra.

Le acarició el cuello con la nariz y mi cálido aliento se pierde en su piel. Necesito estar cerca de ella.

—¿Y si no es lo que quieres tú? —pronuncio.

—Tú no sabes lo que quiero.

—Pues dímelo, maldita sea, porque estoy dispuesto a dártelo todo.

Estrello mis labios contra los suyos con la fuerza de mil huracanes. Sarah rodea mi cuello con sus brazos, se aprieta contra mí y estoy a punto de perder la condenada cabeza. Quiero sentirla de todas las putas maneras posibles.

Mis manos vuelan hasta su culo, lo aprieto posesivo; la cojo en volandas sin dejar de besarla y la siento en la mesa. Me importa una mierda todo lo que cae al suelo.

Me recoloco entre sus piernas, mis dedos acarician todo su cuerpo a su paso, sus caderas, su cintura, sus pechos. Juego con sus pezones hasta hacerla gemir de placer y subo hasta acunar su cuello.

Ella me besa entregada, casi desesperada. Muevo las caderas. Mi polla se encuentra con su sexo y creo que estoy a punto de aullar, joder.

Me dejo caer en mi silla y, bajo su atenta mirada, le separo los muslos. Tiene la respiración echa un caos, y los labios, brillantes por todos mis besos.

Me detengo a contemplarla sólo un momento porque necesito perderme en este puto instante, disfrutarla. Sarah me mira con sus ojos azules llenos de toneladas de placer anticipado y la palabra *impaciencia* tatuada en la piel.

Alzo las manos y las muevo despacio, haciendo que toda su excitación crezca más, que su deseo aumente más y más. Acaricio sus piernas y subo por ellas, bajo su vestido. Llego a sus bragas. Vuelve a gemir, a contenerse para no gritar.

Relío la lencería entre mis dedos y los deslizo por sus muslos, dejando que la tela, mis manos, la arañen suavemente como una lenta agonía, como toda la euforia pidiendo a gritos recorrer su piel.

—Michael —suspira.

Una media sonrisa se cuele en mis labios justo antes de inclinarme sobre ella. Mi primer beso es en su estómago, el segundo provoca que eche la cabeza hacia atrás, que gima, que arda.

Mi lengua, mis labios, juegan con ella, la hacen arquearse, jadear, susurrar mi nombre como si fuese una plegaria.

Yo subo escalón tras escalón y, aunque el premio es para ella, la recompensa es para mí. Nuestros cuerpos están conectados y cada gramo de placer que la rebasa viaja por mi torrente

sanguíneo y alimenta mi piel. Sus gemidos son mi gasolina. Keith P. Rein, Klimt, ¿recordáis? Yo soy el pintor muerto de hambre de una buhardilla de París y ella es cada color de mi paleta.

Está tan a punto que le duele y yo quiero que se derrita poco a poco. Un beso más, una caricia más, y pinto el paraíso para ella.

Sarah se corre tratando de agarrarse a la mesa, buscando un ancla a la realidad, pero tampoco quiero eso. Le paso el brazo por el estómago para mantenerla exactamente donde quiero y continúo besándola. Ella se deja caer hasta tumbarse por completo; comienza a temblar, a gemir, a reír, y un segundo orgasmo la recorre aún con más contundencia que el anterior.

Impresionante.

Le doy un último beso y me levanto, irguiéndome entre sus piernas. Me limpio los labios con el reverso del brazo, saco un condón del bolsillo de atrás de mis pantalones y, una vez más, rompo el envoltorio con los dientes.

Sarah me mira hipnotizada, sin poder perderse uno solo de mis movimientos. Yo sonrío, canalla, mientras me enfundo el preservativo, anclo las palmas de las manos en la mesa y me inclino sobre ella.

—Lo que viene ahora te va a gustar todavía más —sentencio, macarra.

Ella jadea escandalizada por mis palabras, pero no la dejo responder, pensar, y la embisto con fuerza.

Su cuerpo sobreestimulado se sincroniza con el mío en cuestión de décimas de segundo. Grita. Rápido, le tapo la boca y sucede que, en ese endiablado instante, dentro de ella, con mi mano contra sus labios y sus ojos tan cerca de los míos, me siento como si hubiese estado perdido hasta este momento y ni siquiera lo supiese. Por primera vez en toda mi vida me siento cerca de alguien, de verdad.

Ella también lo nota y su preciosa mirada azul se llena de más dulzura, de más deseo, pero también de algo más profundo e importante.

Sólo se oyen nuestras respiraciones entrecortadas, acompasadas, llenar la habitación.

Lentamente aparto mi mano de su boca y la beso, porque necesito hacerlo, y mi necesidad se estrella contra la suya y el instante se transforma, estalla, crece, se expande. El sexo, el tocar a otra persona, sube un peldaño, como si el puto arcoíris tuviera otro color, como si Beethoven hubiese compuesto la décima sinfonía, como si el maldito año ganara otra estación, y la tierra, un nuevo sol.

Empiezo a moverme más rápido, más energético. Ella me acaricia, me abraza, me susurra que quiere más. La cojo sin salir de ella y nos tumbo en el suelo. No puedo parar. No quiero. Sarah se aferra a mi chaqueta, gime mi nombre, habla de sentirme donde nunca había sentido y con sus palabras me vuelvo invencible.

Entrelazo nuestras manos por encima de su cabeza, nos deslizamos por el suelo. Podría morirme así, joder.

Se aprieta contra mi cuerpo y otro orgasmo aún más espectacular la atraviesa.

—¡Santo cielo! —grita—. Michael —susurra en mi oído.

Y su voz entregada, perdida, es todo lo que necesito para estallar. Salto al vacío, el placer lo inunda todo y me corro sintiendo sus gemidos contra mis labios.

Me separo lo suficiente como para atrapar su mirada. Ella me la mantiene a través de sus largas pestañas, y toda esa conexión, esa necesidad, se hace mayor.

Desenlazo nuestros dedos despacio, me separo de ella y me dejo caer contra el parquet.

No tengo ni la más remota idea de cómo sentirme y creo que es la primera jodida vez.

—No podemos seguir así —dice, levantándose; luego se recoloca la ropa y rodea el escritorio para recuperar sus bragas.

—Sarah —la reprendo suavemente, con la vista todavía clavada en el techo.

Sé que es injusto y que me estoy portando como un cabrón condescendiente dándole a entender que no tiene que darle vueltas a todo cuando yo lo hago, pero no puedo admitir delante de ella que no tengo ni puta idea de a dónde va a llevarnos todo esto.

—Es un error —maldice—. Es un error enorme.

Pongo los ojos en blanco. Por un momento desearía poder escudarme con una sonrisa en los labios y cero preocupaciones, pero no puedo, hostia, no puedo.

Resoplo, me estiro sobre el suelo para abrocharme los pantalones y me pongo de pie. La observo el siguiente puñado de segundo moverse acelerada, demasiado nerviosa.

—Sarah —la llamo, y en el fondo lo que quiero es consolarla—, tienes que calmarte. No...

—Michael —me interrumpes, desesperada.

—Michael, ¿qué? —la freno yo ahora—. Si vas a decirme otra vez que, si nos pillan, nos despedirán, puedes ahorrártelo, porque ya lo sé. Además, creía que ese punto ya había quedado claro en casa de Spencer.

No salimos de mi cama en todo el fin de semana, follamos, hablamos y, sí, es peligroso, pero los dos decidimos dejar de pensar en eso y concentrarnos en nosotros.

—No se trata de eso.

—Y, entonces, ¿de qué?

Sarah me mira dispuesta a contestar, pero en el último momento parece arrepentirse.

—Sarah —la apremio.

Tiene que hablar, maldita sea.

—Entonces, de muchas cosas, Michael —casi grita, exasperada.

Echa a andar hacia la puerta, intentando huir, pero me muevo más rápido, la aferro de la muñeca y la obligo a girarse.

—Dime qué está pasando —rujo.

Sarah me empuja y se suelta de mi agarre sin dudar.

—No pienso hacerlo —me espeta.

—Oh, claro que sí —replico, enfadado, arrogante, desdeñoso.

—Oh, claro que no —sisea, cerrando los puños con rabia junto a sus costados.

¿Quieres jugar, pequeña? Por mí, perfecto.

—No vas a salir de aquí hasta que me lo cuentes —le advierto.

—No —responde, tozuda.

—Joder, Sarah. ¡Dímelo!

—¡Estoy enamorada de ti, maldito idiota!

¿Qué?

No sé qué contestar, qué pensar, qué hacer.

Está enamorada de mí.

—Gracias —contesto.

SARAH
No es tan fácil
(It's complicated), 2009, Nancy Meyers

Lo miro sin poder creerme lo que acaba de decir. «Gracias.» Ha dicho «gracias».

Al principio de esta conversación estaba confusa y enfadada; ahora sigo estando perdida, pero definitivamente ha terminado ganando la rabia.

—De nada —respondo sardónica, alucinada, triste.

Acabo de decirle que estoy enamorada de él... ¡y me ha dado las gracias!

—Sarah, no hagas esto —ruge, al límite.

Michael también está cabreado, es obvio, pero es que en este preciso instante de mi vida soy incapaz de controlarme.

—Que no haga, ¿el qué? —replico—. Te he dicho que estoy enamorada de ti y tú me has dado las gracias.

Abro la puerta para largarme, pero Michael la cierra al instante desde mi espalda.

—¿Y qué querías que contestara? —responde, colocándose de un paso frente a mí.

«¡Que tú también me quieres!»

Mi propia contestación mental me deja en un precipitado silencio. Dos realidades, dos precipicios abismales, se abren ante mí. Por un lado, no puedo cabrearme por cómo ha reaccionado cuando se lo he soltado así. Además, aunque no estuviésemos discutiendo y él se hubiera comportado como un príncipe de Disney, con canción incluida, y me hubiese jurado amor eterno, todo seguiría siendo demasiado complicado por algo así como un millón de motivos. Por otro, no soy estúpida. Sé que si ha reaccionado así es porque él no siente lo mismo por mí. La primera, duele; la segunda, duele mucho más.

—Nada —digo al fin, y en el fondo sólo estoy mintiendo—. No quería que contestaras nada.

—¿Por qué será que no te creo?

—Porque eres un engreído arrogante.

—O porque tú vives encima de un puto unicornio.

—Vete a la mierda, Michael.

Vuelvo a abrir. Vuelve a cerrar. Y yo no puedo más y le doy una sonora bofetada.

Michael gira la cara despacio, con la mandíbula apretada y sus ojos convertidos en una dura tormenta.

—No puedes cabrearte porque me digas «te quiero» y yo no sienta lo mismo —sisea.

—Y tú tampoco puedes hacerlo porque te diga que estoy enamorada de ti.

Nos miramos a los ojos, y el enfado termonuclear, por un momento, parece dejar paso a cosas más profundas, cosas que tienen que ver con el miedo que tengo a ser la única que sienta aquí. Al fin y al cabo, he visto a Michael con otras mujeres, echarlas con una palmadita en el trasero y un «gracias por el polvo», ¿por qué conmigo iba a ser diferente?

—Sé cómo eres con las mujeres —empiezo a explicarme, esforzándome en sonar más serena—. Sé las relaciones que eliges mantener. Tal vez te pasó algo hace muchos años. Quizá necesitas encontrar a la adecuada; sé que no soy yo, pero habrá una chica especial que te hará darte cuenta de que...

Me freno a mí misma, porque no quiero seguir. Odio la idea de que encuentre a otra mujer. Odio imaginarlo con ella.

—¿De qué? —me tortura, inmisericorde. Si no fuera imposible, diría que está aún más molesto.

Lo miro deseando que lo deje estar, pero sé que no va a hacerlo y debería agradecerse, porque lo mejor para mí es llegar al fondo de este tema.

—De que merece la pena enamorarse y tener una relación de verdad.

Michael resopla y se pasa las manos por el pelo con la rabia recrudeciéndose en cada hueso de su cuerpo.

—Siempre he sido así, Sarah. Ya lo era cuando en el instituto le dije a la jefa de las animadoras que me la chupara a cambio de llevarla al baile y después llevé a su mejor amiga porque a ella no me la había tirado, y seguí siendo así con todas las chicas que metí en mi cama en la universidad, pero ahora llegas tú, dando por hecho la absurda idea de que sólo necesito comprender la fuerza que tiene el amor —gruñe, aún más irritado, incluso dolido—. No eres la primera mujer que me dice que me quiere esperando que yo le diga lo mismo, y eso no a va a pasar, pero en algo sí tienes razón: tú no eres única ni especial para mí.

Tengo la sensación de que estoy viviendo esta situación desde fuera, de que le está pasando a otra persona y no a mí, pero el dolor, de repente, se vuelve sobrehumano, como si, en el momento en el que mi mente lo hubiese racionalizado todo, mi corazón se hubiera hecho millones de pedazos.

—Supongo que ahora soy yo la que tiene que darte las gracias —pronuncio, manteniéndole la mirada.

—No —contesta, pero algo en su voz, en su mirada, vuelve a decirme que a él también le duele todo esto—, pero tienes que decidir si te vale o no.

Lo miro a los ojos y pienso muchas cosas; muchas duelen, pero, para bien o para mal, mi respuesta está clara.

—Decido que no.

Michael deja su mirada sobre la mía un segundo más. Dos personas pueden decirse muchas cosas sin utilizar una sola palabra. La complicidad, la intimidad, incluso el sexo, todo juega su papel para conocerse. También lo hace para comprenderse a uno mismo. Por eso sé que lo quiero con todo mi corazón y por eso también sé que, si no me voy ahora, no seré capaz de decirle adiós.

Regreso a mi mesa y termino la jornada de una manera casi idéntica a como me encontraba antes de ir a su despacho: luchando por no llorar, sólo que ahora, además, rezando para que Michael no aparezca (y, si lo hace, seguir aguantando las lágrimas y pegarle otra bofetada).

A las cinco clavadas salgo disparada. Necesito alejarme del bufete, de Mason Fordbrader y, sobre todo, de Michael, y, creedme, entiendo lo complicado de esta última parte, porque sigo viviendo en casa de Spencer.

—Dime que estás en casa —me lamento al aire en cuanto cierro la puerta principal.

—¡En el jardín! —responde Lexie.

Suspiro aliviada y cruzo el salón con el paso apesadumbrado hasta las enormes puertas acristaladas.

—¿Qué te ha pasado? —pregunta desde una de las sillas del porche, con las gafas de sol puestas y los pies apoyados en la barandilla de madera.

—Demasiadas cosas.

No sé si es mi voz o que transmito un aura de pena absoluta, pero el caso es que se gira hacia mí y me observa, preocupada.

—Sarah... —trata de consolarme.

—He discutido con Michael —la interrumpo, a punto de romper a llorar otra vez, agitando las manos sin ningún sentido— y lo hemos arreglado y después hemos vuelto a discutir, y ahora..., ahora todo se ha acabado.

—Espera —me frena, confusa—, ¿por qué habéis discutido la primera vez?, ¿y la segunda?, ¿y qué se ha acabado?

Mi amiga, de pronto, guarda silencio, recapacita sobre sus propias palabras y abre los ojos como platos.

—¿Estabas liada con el cabronazo cum laude? —plantea, atónita.

Yo la observo sin saber si asentir y echarme a llorar definitivamente mientras clamo por helado o salir corriendo y volver dentro de un par de años, cuando se haya olvidado de la pregunta.

—Estábamos liados —me sincero.

El helado, de chocolate y masa de galletas, por favor.

—¿Y cómo demonios ha pasado? —replica aún más sorprendida que antes.

—Interesante cuestión —admito, dejándome caer en el sillón junto al suyo.

Necesito los veinte minutos siguientes para explicarle cómo empezó todo: desde el momento en el que nos vimos en el patio de la escuela de mi sobrina Patty, conmigo oportunamente, ironía modo *on*, vestida de hawaiana, hasta nuestra discusión de hace una hora, pasando por todas las peleas, los tira y afloja y todos los espectaculares polvos.

—Vaya —suelta, enarcando las cejas.

—¿Vaya? —gimoteo. Sí, he hecho mucho eso desde que empezó esta conversación—. ¿Eso es todo lo que vas a decir?

—Es un «vaya» muy asombrado —añade.

—De eso ya me he dado cuenta.

—¡Es que es alucinante!

—¡Lexie! —protesto.

Cruzo los brazos sobre el brazo de la silla y hundo mi cara en ellos. ¡Mi vida es un desastre!

—Vale, vale —intenta calmarme—, analicemos la situación. ¿Tú cómo te sientes?

Lo pienso... un segundo. No necesito más.

—Como si me hubiese atropellado un autobús —contesto sin salir de mi escondite.

—Eso ha sido muy gráfico.

—Es un sentimiento muy profundo.

—¿Profundo? —repite, achinando los ojos sobre mí—. ¿Tan grande la...?

—Me refiero a profundo emocionalmente —la freno, saliendo al fin de mi agujero.

Mi amiga esboza una sonrisilla, como si su sexto sentido, una especie de radar de penes descomunales y tiendas de música en oferta, le dijese que no iba nada desencaminada mientras yo me tomo un instante para ordenar lo que quiero decir.

—Le he dicho que estaba enamorada de él —declaro de un tirón.

Lexie vuelve a guardar silencio, lo cual me preocupa. Mi amiga no es de las que suelen quedarse calladas. Siempre acaban riñéndola en el cine.

—Lo hiciste para gastarle una broma, ¿no?

—No —respondo, sintiéndome avergonzada.

—¿Para que saliera huyendo?

—No.

—Entonces, ¿por qué? —inquire, alarmada.

—¡Porque lo quiero!

Nos miramos y juraría que las dos resoplamos a la vez. Eso nunca es una buena señal.

—Estás hecha polvo, ¿verdad?

Tuerzo los labios. Me niego a decir que sí. Siempre he pensado que admitir que estás mal es el primer paso para estarlo.

¿Por qué no aprendemos todas las mujeres de la gran Meryl Streep en *No es tan fácil* y elegimos al chico bueno o, al menos, no nos enamoramos siempre del malo?

—No sé lo que necesito, pero estoy completamente convencida de que necesito algo —respondo, cambiando, un pelín, de tema.

—¿Alcohol? —propone, mirando al infinito como yo.

—Puede ser.

—¿*Muffins* de chocolate?

—Seguro.

He hecho lo que tenía que hacer. Él nunca va a quererme, lo ha dejado muy claro, y no puedo permitirme el lujo de ignorar eso. Hace tiempo entendí que, como me siento con Michael, no me

he sentido con ninguno de los chicos con los que he estado, y eso significa que puede hacerme más daño que todos ellos juntos.

De pronto se me hincha el pecho y un sollozo atraviesa mis labios.

El portátil de Lexie, sobre la mesa de madera, comienza a sonar. Es una llamada de Skype.

—Sarah —me llama llena de ternura.

Mi amiga ignora la llamada.

—Contesta —le pido.

—Ni lo sueñes.

Niego con la cabeza.

—Hazlo, por favor. Ya me siento lo bastante estúpida. Necesito que la vida siga adelante.

Lexie me observa un par de segundos mientras la musiquilla del programa de videollamadas se detiene y vuelve a empezar. Finalmente tuerce el gesto, cediendo, y pulsa el «Enter» de su MacBook.

—Hola, preciosa —la saludan.

Decido darle algo de intimidación y me levanto dispuesta a volver a la cocina y, como ya he vaticinado, ahogar mis penas en la nevera.

—Hola, Spencer.

¿Spencer? Mi curiosidad se reactiva de nuevo y, como quien no quiere la cosa, me siento otra vez. Discreta, echo un vistazo. Al otro lado de la pantalla de Skype hay un chico de treinta y pocos con el pelo castaño claro, los ojos también claros y expresión de niño malo. Es muy guapo y parece muy simpático. La clase de persona que transmite la idea de que con él siempre vas a pasarlo bien.

Lleva ropa de trabajo militar y automáticamente recuerdo que él también es un Ranger.

—Spence —lo llama Lexie—, ésta es Sarah —me presenta, señalándome.

La verdad es que esperaba poder quedarme en mi rinconcito anónimo un poquito más.

—Hola —lo saludo, acercándome a mi amiga para que pueda verme—. Muchas gracias por dejarnos vivir aquí.

—Sarah —repite, risueño—. He oído hablar mucho de ti.

Sonríe y de inmediato esa sonrisa me da qué pensar. ¿Quién le ha hablado de mí? ¿Lexie o Michael?

Voy a abrir la boca dispuesta a preguntar, pero mi amiga me interrumpe.

—Sarah está un poco triste. —Abro los ojos como platos. No. No. No—. Tenemos que animarla.

—¿Y eso? —inquire, curioso.

—Malas decisiones —responde ella, asintiendo con vehemencia.

—Las malas decisiones también pueden ser divertidas —le rebate Spencer.

—Supongo que éstas también lo fueron, pero no ha acabado bien.

—*Acabado* es una palabra un poco drástica.

—Estoy de acuerdo.

Los observo como quien observa un partido de tenis, moviendo la cabeza de izquierda a derecha, sólo que completamente flipada porque estén hablando de mí, delante de mí, sin mí.

—El caso es que tenemos que animarla —concreta Lexie.

—Eso es fácil —sentencia Spencer con una sonrisa maravillosa—: montad una fiesta.

Ahora ya somos dos las que lo miramos atónitas.

—¿Te refieres a organizar una... aquí, en tu casa?

Spencer asiente.

—¿Para qué crees que me compré ese casoplón? —plantea, travieso.

Su humor es contagioso y las dos sonreímos.

—Sólo tengo dos normas —nos advierte—: pagáis lo que se rompa y nadie se lo monta en mi habitación.

Suena bastante justo.

Lexie da una palmada, completamente entregada, y yo me temo lo peor.

—¡Va a ser increíble! —grita, entusiasmada.

—Lexie... Yo... no... —trato de frenarla.

Creí que sólo estábamos hablando en hipótesis, lo último que me apetece hoy es una fiesta.

—Tenemos que llamar a todo el mundo y comprar bebida y algo de comer —añade—. Te dejo, Spence. ¡Eres el mejor!

—¡Disfrutad, chicas!

Lexie cierra el portátil y se levanta, pletórica.

—No sé si una fiesta es lo mejor —intento explicarle.

Ella niega con la cabeza sin dejar de caminar y las dos entramos en casa.

—Te equivocas —replica—. Es justo lo que necesitas: reírte, bailar, beber y pasarlo de cine.

—No lo veo claro —me lamento—. Michael vive aquí, Lexie.

—Michael vive aquí intermitentemente —contraargumenta—. La mitad de los días ni siquiera aparece.

La verdad es que en eso tiene razón, lo que me lleva a plantearme... ¿dónde está cuando no está aquí?, ¿tiene otra casa?, ¿vive en un hotel como si fuera el tío del Monopoly?, ¿hay otra chica en esa otra casa, en ese hotel?... ¡Por Dios, no te interesa! ¡Deja de darle vueltas!

Ella se detiene en seco y se vuelve, tomándome por sorpresa.

—Vas a pasártelo tan bien que no vas a tener que esforzarte en no pensar —me tienta.

—Vendido.

Lexie sonrío de oreja a oreja, incluso da unas palmaditas.

—Pero será algo pequeño —le pido—, algo entre amigos.

Conforme voy pronunciando la frase, me doy cuenta de lo improbable que es que Lexie, la misma que inundó la casa de su padre en nuestra fiesta de graduación, me haga caso, pero tenía que intentarlo.

—No te preocupes —replica—. Está todo controlado. Tú sube y descansa un poco.

Asiento. Eso suena bien.

—Pero nada de pensar —me riñe por adelantado cuando ya he subido la mitad de las escaleras.

La señalo. Es muy sabia.

—Haré lo que pueda, socia.

—Me conformaré con eso, socia.

Subo a mi habitación y me lanzo en plancha sobre la cama. Lo he visto decena de veces en las comedias románticas: cuanto más tortuoso e intenso es el amor, más cuesta dejarlo atrás. Eso es, sin duda, debido a que el corazón es el órgano más estúpido del cuerpo humano. Michael no es bueno para mí, tendría que estar contenta de que se haya acabado en vez de estar tumbada en este colchón, lamentándome, como en un videoclip triste de Selena Gomez.

El problema es que decirlo y hacerlo son dos cosas completamente diferentes y yo lo echo de menos como una idiota.

* * *

Me quedo dormida y, al despertarme, ya son más de las nueve y estoy muerta de hambre.

Estoy a punto de llegar a la nevera cuando no puedo evitar notar algo, no sé el qué.

Saco un zumo multifrutas y, al darle el primer sorbo, el jardín entra en mi campo de visión y mi «no sé el qué» toma una forma muy concreta. Hay un montón de pancartas colgadas en las puertas y, en realidad, ahora que me fijo, por todo el salón. Todas llevan el mismo acrónimo: TGIF (*Thank God it's Friday*, Gracias a Dios es viernes, la frase por excelencia para celebrar que el fin de semana ya está aquí y la excusa perfecta para irse de juerga).

Me dirijo a las puertas acristaladas y ya puedo ver lo que parecen varios barriles de cerveza y un rollo gigantesco de luces de Navidad. Voy a seguir indagando, pero entonces Lexie entra desde el jardín vestida como Katy Perry en su vídeo musical *Last friday night*, incluso se ha rizado y cardado el pelo hasta lo imposible y lleva un tacón altísimo de cada color.

—¡Socia! —grita al verme—. ¿Lo has visto? —pregunta, entusiasmada—. ¡Gracias a Dios es viernes! —añade antes de que pueda responder, alzando las manos al aire.

—Sí —contesto aún sorprendida—, es una pasada, pero...

Antes de poder continuar, mi amiga me coge de la mano y me lleva casi corriendo hasta el jardín y... creo seriamente que se debería dedicar a organizar saraos por todo el globo, porque es increíble. ¡Ya está todo preparado! Varios chicos, a los que no he visto en mi vida, están colocando botellas de alcohol y vasos de cartón rojo en una enorme mesa mientras otro está terminando de instalar dos parejas de altavoces gigantescos en el extremo opuesto. No me he equivocado con los barriles, apilados junto a la mesa anterior, ni tampoco con las luces; los árboles están llenos de ellas.

—¿Cómo has montado todo esto en un par de horas?

—Muy fácil —responde, resuelta—. Llamé a unos cuantos de mis amigos, y Spencer, a unos cuantos de los suyos.

—Pero te debes de haber gastado una pasta y...

El timbre suena, interrumpiéndome. Lexie da un saltito, emocionada.

—¡Ya están aquí! —me explica, echando a andar hacia la puerta—. ¡Cámbiate!

No puedo evitar sonreír. ¡Todo esto es maravilloso! Miro a mi alrededor y mi sonrisa se ensancha. Tengo la mejor amiga del universo.

Una hora después, la fiesta está en su punto álgido. Hay algo así como un centenar de personas, suena *Cake by the ocean*, de DNCE, a todo volumen y todo es buen rollo, risas y tahoes.

—¡Menuda juerga tenéis aquí montada!

Me giro hacia la voz y me encuentro con Alex.

—¡Has venido! —digo, entusiasmada.

Me apetece mucho tener a todas mis amigas cerca.

—No iba a perdérmelo por nada del mundo.

—Alex, te presento a Lexie —y la señalo a mi lado—. Lexie, está es Alex.

—¿Y las chicas? —pregunta Lexie—. Me muero por conocerlas.

—Les he hablado mucho de todos vosotros —intervengo con una sonrisa.

—Maddie está en Santa Helena con Ryan, visitando a su familia —nos explica Alex—, y Lauren estaba atrapada en una reunión imposible; juraría que me ha dicho que con el monstruo de los Fraggles —añade, mitad divertida, mitad incrédula—. James está fuera de la ciudad por trabajo, pero me ha dado esto para ti —dice, refiriéndose a Lexie.

Se mete la mano en el bolsillo de sus pantalones *baggy* y le entrega una tarjeta con el logo de Spotify y un número de teléfono garabateado a mano.

—Genial —responde mi amiga, cogiéndola y observando el trozo de cartulina, encantada.

—¿Conoces a James? —inquiero, perpleja.

—¿A J. Hannigan? Sí —contesta como si fuera obvio.

Yo miro a Alex, confusa, y ella se encoge de hombros, divertida.

—J. Hannigan es el príncipe de las noches de Nueva York —nos saca de dudas Lexie, grandilocuente— y yo soy la princesa. Nos conocemos —sentencia como si fuera evidente—. Tenía que ocurrir.

Alex y yo reflexionamos sobre su respuesta, las tres nos miramos y, un segundo después, nos echamos a reír. Lexie es incorregible. Creo que por eso la quiero tantísimo.

Nos servimos unas copas y la fiesta avanza. Intento distraerme, lo juro... No pensar en él, reírme, beber y bailar, pero, no os voy a mentir, es un poco más complicado de lo que creía que sería. Imagino que, por mucho que quieras acelerar las cosas y hacer que el dolor pase, el corazón necesita su tiempo. Por lo menos consigo no llorar. Eso ya es un triunfo.

—¡Están llamando! —grita Lexie con un tahoe en una mano y un chico muy guapo, llamado

Jake, bailando junto a ella. El *look* Katy Perry ha levantado pasiones.

Agudizo el oído y capto el timbre de la puerta principal.

—Yo me ocupo —me ofrezco.

Alex y Lexie asienten.

—Si es la policía, acuérdate de las normas —me recuerda la última.

Ahora soy yo la que asiente mientras hago memoria.

—Si es un poli guapo, le pido que se desnude —empiezo a enumerar mientras camino de espaldas en dirección al salón—; si es feo, lo invito a una copa, y si se pone borde, soy abogada.

—De diez.

Al girar y enfilar definitivamente hacia la puerta, mi sonrisa se apaga un poco. Sólo me he ofrecido a abrir para poder parar de obligarme a sonreír un par de minutos. La fiesta es una pasada, pero no me apetece estar aquí. Sólo quiero meterme en la cama y taparme hasta las orejas.

Vuelven a llamar más insistentemente. Vaya, sea quien sea, está deseando unirse a la juerga.

Resoplo, preparándome mentalmente para volver a sonreír, y abro y alzo la cabeza.

Era la última persona que mi pobre corazoncito esperaba.

—Michael —murmuro, sorprendida.

Preguntaría qué hace aquí, pero, teniendo en cuenta que vive en casa de Spencer intermitentemente, sería un poco absurdo.

Él atrapa mi mirada y, si antes tenía ganas de llorar, ahora quiero gritar y desnudarlo y golpearlo y lanzarme a sus brazos. Todo es frustrante y duele... demasiado.

Cabeceo y me fuerzo a ser práctica. No voy a cometer el error de pensar que ha venido por mí, así que, cuanto antes terminemos con esta conversación, mejor.

—Hay una fiesta —digo, señalando a mi espalda—. Spencer nos ha dado permiso; de hecho, ha sido idea suya... y, bueno, imagino que querrás descansar, procuraremos no hacer demasiado ruido.

De pronto alguien canta a voz en grito el estribillo de una canción y todos estallan en vítores, ahogando mi propia teoría.

—Supongo que va a ser complicado —añado, encogiéndome de hombros, triste—, pero lo intentaremos.

—Me importa una mierda la fiesta, Sarah —replica sin dudar—. He venido por ti.

Esas cuatro palabras viajan por el ambiente hasta dejarme completamente K. O. y revivirme al mismo tiempo. ¿Qué probabilidades había de que las pronunciara? Ha conseguido que, por una décima de segundo, mi corazón vuelva a sonreír.

—Ven conmigo —me ordena, tomándome de la muñeca.

Una parte de mí está flotando, acaba de pulsar el «Play» de un *mix* de canciones de amor y sólo quiere dejarse llevar, pero no puede ser por demasiados motivos y eso también duele.

—No voy a ir, Michael —respondo, soltándome y deteniéndome.

Él camina un paso más por inercia y se frena prácticamente al tiempo que se gira. Frunce el

ceño, pero sólo necesita un segundo para entender mi reacción y enfadarse por ella.

—Sarah —me reprende.

—No —lo interrumpo—. No puedes presentarte aquí y pretender que caiga rendida a tus pies. Puede que dentro de las cuatro paredes del bufete tenga que obedecerte, pero, dentro de éstas, no, así que puedo elegir dónde ir y, por ejemplo, pasar de un tío que, amablemente —pronuncio, sardónica—, me ha dicho que no me quería porque no soy ni única ni especial.

Las lágrimas me queman detrás de los ojos, pero no derramo ninguna. No quiero que piense que esto es sólo una rabieta o algo que estoy diciendo porque esté triste, aunque lo esté.

Michael me mantiene la mirada y el mar particular de sus ojos se llena de un poco más de rabia, de una indomable masculinidad, pero también de desahucio, y sé que la situación en la que él mismo nos ha puesto es igual de dura para él que para mí.

Pero todo lo que ha dicho en su despacho sigue ahí, entre los dos.

—Eso ha sido una estupidez —ruge.

—No —repito, conteniendo un sollozo—, tenías razón. Estoy subida en un unicornio, pero no pienso bajarme porque no me subí a él por ti, lo hice por mí, porque me gusta ser así, y ahora eres tú quien tiene que decidir si eso le vale o no. Ah, no... —alzo la mano, deteniéndolo antes de que pueda contestar—, que no me importa absolutamente nada lo que tengas que decir.

No le doy la oportunidad de contestar; con toda franqueza, no lo resistiría sin echarme a llorar. Giro sobre los botines *peep toes* de Lexie y me encamino de vuelta a la fiesta. Con el primer paso, las lágrimas empiezan a bañar mis mejillas. Ya ni siquiera quiero estar en el jardín. Me seco la cara con el reverso de una mano, pero no puedo dejar de llorar y, a un par de pasos de las puertas acristaladas, cambio el rumbo, hago lo único que quiero hacer y salgo disparada hacia mi habitación.

Estoy subiendo las escaleras cuando percibo sus pasos detrás y algo dentro de mí brilla y otro algo cae fulminado porque sabe que no tengo ninguna opción. Él es para mí como la nicotina, como la maldita heroína..., una droga de la que quieres alejarte, pero en la que caes cada vez que la tienes delante porque tu cuerpo no puede decir que no, y en mi adicción hay dos culpables: Michael Stearling y mi corazón.

Entro en mi dormitorio con la respiración llena de sollozos y la mente funcionándome demasiado rápido. Michael se detiene bajo el marco de la puerta y automáticamente, recordándome que es lo que más me ha dolido y lo único capaz de hacerme feliz, toda esa electricidad, esa condenada intensidad, vuelve, poniéndole nombre a todo lo que siento, diciéndome a voz en grito que puedo intentar escapar, pero que ya es demasiado tarde.

Debí hacer caso a todas aquellas señales de peligro.

—Márchate —le pido, porque necesito que lo haga, necesito que me deje huir de él.

—No —responde sin una pizca de arrepentimiento, permitiendo que el control, que la arrogancia más pura, bañe esa única palabra. No porque se crea superior a esta situación, sino porque él también ha intentado alejarse y también ha sido incapaz.

—No puedes negarte —protesto—. Quiero que te vayas. Quiero que me dejes seguir con mi vida. Yo no te importo.

—Eso ha sido una estupidez, Sarah —repite con más vehemencia—. Igual que decir que conocería a otra mujer, porque jamás podría tocar a ninguna que no fueras tú.

No está jugando. Sólo está diciéndome que no está dispuesto a perderme.

—¿Cómo pretendes que me sienta? ¿Qué quieres que haga ahora? —replico enfadada, dolida—. No puedo perdonarte.

—No te lo he pedido —ruge.

—¿Y qué demonios quieres? —le espeto, desesperada.

Mis palabras, todos los sentimientos que he volcado en ellas, la tristeza, el dolor, la rabia, toman la habitación.

—Sí eres única, Sarah.

Ritual, de Rita Ora, empieza a sonar bajito desde la fiesta un piso más abajo, como si fuese nuestra canción, como si pudiese describir todo lo que sentimos, todos nuestros miedos, las ganas de saltar al vacío y saber que el otro te sostendrá, el confiar a ciegas, el permitirse simplemente sentir.

—Michael —murmuro, sin saber qué otra cosa hacer.

Cierro los ojos, siento las mejillas mojadas. Sólo quiero olvidarme de todo.

—Eres jodidamente especial.

Saltar al vacío. Confiar. Ser feliz. Querer.

—Márchate —digo con la voz llena de lágrimas.

Michael me mantiene la mirada una vez más y toda la intensidad crece un millón de grados más. Cuando dije que nunca había sentido esto por un hombre, no me equivoqué. Él es la velocidad de la luz, la fuerza de un huracán, todos los colores de mi vida y, a su lado, los demás no son nada.

Da un paso hacia mí y mi cuerpo, en contra de mi voluntad, despierta.

—Dime que no quieres que esté aquí y me iré.

—No quiero que estés aquí —me obligo a pronunciar antes de que me corazón decida por mí.

Michael avanza un paso más y mis ojos lo siguen, hipnotizada... Su andar rebosante de masculinidad, de rebeldía, la forma de sus brazos, de sus hombros, el rostro más atractivo que veré jamás, sus ojos demasiado azules para ser reales.

—Dime que no quieres que te bese y me iré.

Su olor me sacude y la tortura se multiplica por mil.

La canción suena más, mejor, y recuerdo sus manos en mi piel, cada una de sus deliciosas caricias.

—No quiero que me beses.

Otro paso. Otro latido, vivo, fuerte, especial.

—Dime que no quieres que te quiera y me iré.

—No quiero que me quieras —casi tartamudeo, sin poder apartar mis ojos de los suyos.

Y nunca había pronunciado una mentira mayor.

Sus manos se anclan a mis caderas.

Michael sonrío y mi corazón vuela libre.

—Dime que todo lo que has dicho es verdad.

Pero no lo es. Me niego a que lo sea.

—No.

Saltar al vacío. Confiar. Ser feliz. Querer... Vivir.

Michael me besa con fuerza y yo me pierdo en sus labios, en sus brazos, estrechándome contra su cuerpo. Las adicciones, ¿recordáis? Es imposible escapar de ellas. Es imposible no caer.

—Quiero estar contigo —susurra contra mis labios.

Y ese pedacito de mí que nunca perdió la esperanza brilla hasta iluminarlo todo. El amor puede más que cualquier otra emoción y sólo el amor puede curar las heridas que él mismo crea.

—Si quieres estar conmigo, quédate conmigo.

Michael se separa despacio, dejando su mirada en la mía. Sabe perfectamente a qué me refiero; los dos lo sabemos, aunque ninguno diga nada más.

Estoy enamorada de él y necesito saber que todo esto es algo más que sexo para él, que yo lo soy.

Sin decir una sola palabra más, Michael me toma de la mano y nos lleva hasta la cama, despacio. Nos tumba en ella, dejándonos el uno frente al otro, y su mano navega por el colchón hasta entrelazarse con la mía. Estamos vestidos, mirándonos, y lo siento tan cerca de mí que casi duele. Sonrío con la palabra *felicidad* en la punta de la lengua y me embebo de él, de este momento. El corazón toma decisiones por nosotros y él hace mucho que eligió a Michael.

Me dejo llevar por cómo me siento y me acurruco contra él. Michael reacciona en el mismo instante y me abraza con fuerza, protegiéndome, haciendo que todo lo demás se difumine, porque la electricidad, la complicidad, la intimidad... están marcando nuestro tempo, nos están uniendo más y más.

—¿Por qué llevas todavía las chapas de identificación? —murmuro.

—Porque creo que, de alguna forma, sigo siendo un soldado.

Frunzo el ceño y trato de leer en su mirada. Él sonrío, aunque no le llega a los ojos, y me acaricia la mejilla con el reverso de sus dedos. Los mueve poco a poco y deja que sus yemas se paseen por mi cuello y que dibujen mi clavícula mientras sus ojos se centran en el movimiento.

—Los soldados, en la guerra, siempre luchamos por adaptarnos y sobrevivir, y, a veces, corremos el riesgo de perdernos por el camino. Estas chapas son como nuestro salvoconducto. Siempre nos hacen saber quiénes somos.

Alza la vista con la última palabra y nuestras miradas se funden.

—¿Algún día dejarás de necesitarlas? —pregunto, impregnada de él.

Michael sonrío tenue, fugaz, con ternura y también con un poco de tristeza.

—Algunas cosas son más difíciles que un sí o no, pequeña.

Las cosas nunca son blancas o negras, ¿verdad? Los sentimientos no lo son y las personas tampoco. Michael es seguro de sí mismo, arrogante, confiado, pero su rebeldía también puede traducirse en una especie de vulnerabilidad que convierte al dios en humano... y no lo había entendido hasta ahora. Sólo me gustaría saber en qué está pensando ahora mismo, por qué teme perderse en el camino.

No sé cuándo, nos quedamos dormidos.

Me despierta un ruido. ¿Qué es? Abro los ojos, adormilada, pero casi en el mismo momento una suave sonrisa se apodera de mis labios. Uno de los brazos de Michael me sirve como perfecta almohada mientras el otro descansa, posesivo, sobre mi cintura. Está profundamente dormido y su pecho se infla y se deshinchaba relajado a mi espalda.

Me quedo muy quieta disfrutando del momento y mi mente aprovecha la suave sensación de paz para poner cada cosa en su lugar. Amanda Reeves, Mason Fordbrader, mi carrera, mi familia. Respiro hondo. Sólo quiero ser yo (y ser feliz).

El ruido indefinido se repite. Michael parece notarlo, porque suelta algo parecido a un gruñido para, cuando todo vuelve a quedarse en silencio, abrazarme con más fuerza, hundiendo la nariz en mi pelo. Mi sonrisa se ensancha y me acurruco contra él.

Sin embargo, cuando oigo el ruido por tercera vez y veo el cielo iluminarse con una mezcla de destellos amarillos, rosas y azules, me doy cuenta, con una expresión de puro asombro, de que son fuegos artificiales. ¡Lexie es increíble!

Me levanto procurando no despertarlo y voy hasta la ventana. El sonido se repite y el cielo brilla verde y dorado.

—¿Son putos fuegos artificiales? —inquire con la voz ronca por el sueño, incorporándose.

Asiento con una sonrisa al tiempo que me vuelvo.

Michael se desliza por la cama hasta sentarse en el borde al tiempo que se pasa la mano por la cara, tratando de despertarse del todo, y acaba deslizándola por el pelo castaño, casi dorado, casi rubio.

Yo me apoyo en la ventana y disfruto del espectáculo.

Michael alza la cabeza, atrapa mi mirada y sonrío de esa manera sexy y canalla a la vez, sensual y maliciosa, como son los chicos malos.

—Cuando prepara una fiesta, lo da todo —me obligo a decir para sacar cualquier tema de conversación al caer en la cuenta de que no podría indicar cuánto tiempo llevo mirándolo como si estuviera recubierto de chocolate fundido.

—¿Quién? —demanda, torturador.

—Lexie —contesto, hechizada.

—¿Quién es Lexie?

—Mi... mi amiga. La conoces —añado, confusa.

Michael sonrío, casi ríe, y entonces lo comprendo: ¡me está tomando el pelo!

—Muy gracioso, señor Stearling —me quejo.

El rompe a reír definitivamente, pero, antes de que pueda protestar, me coge de la muñeca y tira hasta sentarme a horcajadas sobre él.

—¿Sabes? —lo pincho, pero no hago el más mínimo intento de bajarme y me acomodo en su regazo con sus grandes manos en mi culo—. Deberías mirarte eso del sentido del humor, porque no es lo tuyo.

—Pues yo creo que me funciona de escándalo.

Me guiña un ojo y me derrito un poco (más), pero le hago un mohín para disimular.

—Amanda Reeves —suelto de pronto.

—¿Estás pensando en alguien para hacer un trío? —replica—. Porque las pelirrojas no me van. Tuerzo el gesto, risueña.

—Otra vez ese gran sentido del humor.

—Ya ves.

—Me refiero a qué vamos a hacer en el trabajo.

Michael resopla, condescendiente; sabe perfectamente a qué me refiero y le parece una soberana tontería.

—Sarah, la norma de no confraternización es sólo una regla estúpida.

—Lo sé —convengo, porque de verdad lo pienso. Actualmente las relaciones se fraguan en el trabajo, donde los pobres currantes nos pasamos media vida, o en las apps de ligar. El «nos presentó un amigo común» se ha quedado tan obsoleto que están a punto de quitarle la categoría de expresión—, pero, por muy absurda que sea, siguen pudiendo despedirnos por ella. Tú perderías tu puesto en el bufete y yo...

Yo los decepcionaría a todos. ¿Qué hay de eso de «sólo quiero ser yo»? Llevaba consigo un «pienso dejarme llevar y mandar al diablo todos los problemas» que resultaba de lo más tentador.

Todo sería más fácil si le contara la verdad. Lo miro a los ojos. Tengo que hacerlo de una vez.

—Michael —lo llamo, armando toda la conversación en mi cabeza. No va a ser fácil, pero he de ser sincera. Se lo debo.

—¿Qué?

Su mano se cuela bajo mi falda y, en su delicioso camino, me pone demasiado complicado eso de pensar.

—No lo sé —murmuro, y un jadeo se desliza de la punta de mi lengua.

—Mejor —sentencia, provocador, contra mis labios.

Me besa y todo a mi alrededor se desvanece. Pierdo las manos en su pelo y las suyas se anclan a mi cintura por debajo de mi ropa, acercándose más a él.

Cuarenta minutos y dos orgasmos después, estamos bajando las escaleras. Lo hacemos sonriendo y cuchicheando. Michael me está explicando unas cosas muy divertidas y muy pervertidas que piensa hacerme y yo me estoy haciendo un poco la dura, aunque estoy más que

encantada. Sin embargo, cuando estamos a punto de alcanzar el salón, me doy cuenta de que todo está en calma... demasiado en calma.

—¿Qué pasa? —pregunto, contenta.

Antes de que pueda obtener cualquier respuesta, un centenar de voces desde el jardín empieza a gritar al unísono.

—¡TGIF! ¡TGIF!

—¿Qué demonios...? —añado.

Nos encaminamos al jardín. Los vítores de «TGIF» se hacen más intensos y, cuando al fin cruzamos las puertas acristaladas, vemos a las mismas cien personas que he dejado hace un rato en la fiesta más, con toda probabilidad, otras cien, gritando la consabida consigna de cara a un pequeño escenario, donde un grupo que no conozco bate las palmas, animándolos a seguir jaleando.

Entonces el batería golpea sus baquetas en el aire, empiezan a tocar, la guitarra ruge y, desde lo alto del tejado, Rick Astley, ¡Rick Astley!, comienza a cantar el estribillo de *Never gonna give you up*. La música atraviesa el ambiente como un ciclón y absolutamente todos se ponen a cantar con él.

—¿Soy o no soy la anfitriona más increíble del planeta? —grita Lexie para hacerse oír por encima de la música, deteniéndose junto a mí.

Sonrío y asiento convencida.

—Después de ver a Rick Astley en un tejado, cantando uno de los grandes éxitos atemporales de los ochenta —digo, ceremoniosa—, oficialmente, Lexie Anne Hall, eres la anfitriona más increíble del planeta.

Ella sonrío de medio lado.

—Lo sabía —conviene mientras se echa el vaho en las uñas y finge limpiárselas contra el pecho.

—¿Cómo has conseguido que Rick Astley viniese a la fiesta? —pregunta Alex, a su lado.

Por un momento el hecho de que Alex pueda vernos a Michael y a mí me inquieta, aunque no debería. Confío plenamente en ella. Sin embargo, es la seguridad, incluso la arrogancia, que muestra Michael, como si no hubiese el más mínimo problema, lo que hace que el alivio se contagie por todo mi cuerpo.

—He tenido un poco de ayuda —confiesa Lexie—. Sabía que Astley tenía una casa en este barrio, pero no podía pasearme de calle en calle tirando piedrecitas a las ventanas hasta que se asomase.

Alex frunce los labios, pensativa.

—Te sorprendería saber cuánta gente hace eso —comenta.

Ambas la miramos, pero ella no da más detalles.

—El caso —continúa Lexie— es que llamé a J. Hannigan y él me consiguió su teléfono.

—¿Y los fuegos artificiales? —inquiero.

—¿Ha habido fuegos artificiales? —responde, simulando que ni siquiera sabe de qué estoy hablando.

—Como tu abogada —añado—, me parece una postura muy inteligente fingir que no sabes de qué te hablan cuando llegue la poli.

Lexie me señala y le devuelvo el gesto. Los dedos índices son vinculantes en este estado.

—¿Y tú no tienes nada que decir? —suelta Lexie, mirando a Michael, con toda la insolencia hecha pregunta. No voy a negar que se lo merezca.

Él se encoge de hombros, desdeñoso. Se le da demasiado bien jugar a este juego.

—¿Debería?

Mi amiga lo estudia con la mirada. Un duelo en toda regla.

—Me lo estoy pensando.

—Ésa también me parece una postura muy inteligente —señala Michael con malicia.

Lexie le mantiene la mirada.

—¿Sabes? —continúa ella, con una media sonrisa—. Sea como sea, me alegra que estés aquí... y sólo quería, desde lo más profundo de mi corazón —su grandilocuencia hace que Michael fije los ojos en ella desconfiado, engreído y, sinceramente, muy muy sexy—, decirte, con mis más francos sentimientos, gracias.

Al oír la última palabra, los ojos se me abren como platos y siento cómo las mejillas se me tiñen de un rojo intenso. ¡Es una cabrona!

Pero lo último que me esperaba es que Michael le mantuviese la mirada, se metiese las manos en los bolsillos destilando chulería y, con alevosía, con arrogancia y con impertinencia, le dijera:

—De nada.

Si antes me parecía sexy, ahora me deja al borde del desmayo, y es un pensamiento compartido con mis dos queridas amigas, como los trillizos que veían el futuro en *Minority Report*.

Creo que las tres estamos pensando qué decir cuando el móvil de Michael comienza a sonar. Él lo saca del bolsillo de sus pantalones. No quiero, pero la pantalla entra en mi campo de visión y puedo leer el nombre de Heather parpadeando en ella.

—¿Sí? —contesta.

¿Quién es Heather?

Michael resopla.

—Voy para allá —dice antes de colgar.

¿Ir? ¿A dónde? Y, en serio, ¿quién es Heather?

—Tengo que irme —pronuncia a modo de toda explicación y, sin darme oportunidad a decir nada, se marcha.

Alex, Lexie y yo nos miramos igual de perplejas. ¿Qué demonios acaba de pasar?

—¿Quién coño es Heather? —demanda Lexie.

Parece que no soy la única que, involuntariamente, ha visto su nombre en la pantalla, aunque, conociendo a mi amiga, con toda probabilidad, ha mirado directamente y sin remordimientos.

—No tengo ni idea —respondo con la vista clavada en la puerta por la que Michael acaba de largarse.

Y, la verdad, me encantaría saberlo.

MICHAEL
Y entonces llegó ella
 (*Along came Polly*), 2004, John Hamburg

—¿Ya has llegado a Chicago?

Miro a mi alrededor y mi cara de hastío lo dice todo. Hace dos horas que he pisado el O'Hare, el aeropuerto de la ciudad; he cogido un taxi y he terminado aquí, en Canaryville, de donde todos nos escapamos hace catorce años. No me malinterpretéis, Chicago me gusta tanto o tan poco como puede gustarme cualquier ciudad en cualquier parte del planeta. Es este jodido barrio, con los mismos borrachos de siempre en el bar, con las mismas peleas por los mismos putos partidos de béisbol, entre irlandeses y polacos, entre católicos y... bueno... básicamente, aquí todos somos católicos.

Mascullo entre dientes y me paso la mano que me queda libre por el pelo sin separarme el teléfono de la oreja. En el fondo, sólo me estoy autoengañando y sólo los gilipollas hacen eso. Mi barrio me gusta tanto o tan poco como cualquier otro condenado lugar. Ni siquiera me fue del todo mal aquí.

Lo que odio con todas mis fuerzas es esta puta situación.

—Sí, estoy en Canaryville —contesto.

Reed deja escapar todo el aire de sus pulmones al otro lado de la línea. Está claro que le parece tan mala idea como a mí.

—¿Vas a ver a Heather?

—¿Y qué cojones quieres que haga? —contraataco.

La pregunta me toca los huevos. ¿Por qué otro maldito motivo iba a venir hasta aquí, si no?

—¿Chase lo sabe?

Un sabor amargo se cuela en mi garganta y no es sólo por Chase.

—No —respondo con la voz queda.

Es complicado lidiar con la culpabilidad.

Reed guarda un momento de silencio y todo se recrudece.

Pienso en Sarah.

—No te castigues —trata de consolarme al fin.

—Un poco tarde para eso.

Mi frase pretendía ser una broma, pero no ha logrado ese efecto en absoluto.

—Llámame cuando quieras —se ofrece.

Asiento, aunque soy consciente de que no puede verme, y cuelgo. ¿Por qué todo tiene que ser

tan jodidamente difícil?

Camino por el vecindario. Las calles están marcadas a fuego en mi memoria. Supongo que a todos nos pasa con el sitio en el que crecimos. Mi casa estaba en el 540 de la 43 Oeste. Giro en el siguiente cruce, recorro dos manzanas por la Avenida Parnell Sur y alcanzo la 44, ahí vivía Spencer; Reed, dos números más abajo. Tomo la calle Wallace. Una manzana más adelante en esta misma dirección estaba la casa de Cooper y Chase, y exactamente donde me encuentro, en el número 4413, la casa de Heather.

Subo los tres escalones que separan el ajado porche del sendero de piedra gris. Todavía recuerdo cómo todos nos escondimos aquí después de robar una caja de cigarrillos Lucky Strike de un camión en la gasolinera de Trent White. Heather mintió a la poli, al propio White y a su padre por nosotros. Las dos primeras mentiras no tuvieron ni la mitad de mérito que la última. El padre de Heather tenía las manos largas y siempre estaba cabreado con todo dios. La cicatriz que tengo en el pómulo es obra suya (y de la culata de su Glock).

Llamo al timbre, pero nadie contesta. Resoplo e insisto. Sé que está ahí dentro. Me he encontrado con una de sus amigas en el bar Kelly's y me ha dicho que lleva dos días sin salir.

Paso del timbre y golpeo la puerta con el puño.

—Heather —la llamo.

Estoy empezando a perder la paciencia.

—Heather, abre la puerta. Sé que estás ahí.

Sueno cabreado, lo estoy, y otra vez no puedo evitar pensar en Sarah.

No ha pasado un minuto completo cuando oigo pasos acercarse, el pestillo correrse y la puerta, por fin, se abre.

—¿Qué? —me saluda Heather al otro lado de la mosquitera metálica, sin ningún interés en sonar hospitalaria.

La fina malla hace que todo sea un poco más borroso. Tiene un cigarrillo entre los dedos. Recuerdo la última vez que la vi. Estaba guapísima, siempre lo ha sido, incluso ahora, pero está más delgada, más triste y parece mucho más perdida.

—¿No vas a invitarme a pasar?

—¿A don abogado rico de Nueva York? —plantea, hiriente—. ¿Has recordado cómo llegar del aeropuerto hasta aquí sin mucho esfuerzo o tu chófer ha tenido que meter la dirección en el navegador?

Aprieto los labios hasta convertirlos en una fina línea. Me contengo. Tiene razón al estar enfadada y yo tengo que aguantarlo.

—Podemos hacer esto por las buenas —le explico, armándome de paciencia— o puedo esperar a que se te acabe el vodka o los cigarrillos y tengas que salir. Viendo el aspecto que tienes, ninguna de las dos cosas te durará más de diez minutos.

Que tenga derecho a decir lo que quiera no implica que vaya a dejarle salirse con la suya.

Heather continúa observándome hasta que, finalmente, le da una calada a su cigarrillo, corre el

último pestillo con desgana y se hace a un lado.

—La casa está hecha un asco —me anuncia.

Entro y la sigo con la mirada dirigirse a la cocina. Doy el primer paso tras ella, pero, antes, me desvío mínimamente al salón. Apoyo las manos en el marco de la puerta y me inclino hacia delante. Es un auténtico desastre. La última vez que estuve aquí, el sol entraba por las ventanas, olía a chocolate fundido y Heather estaba canturreando en ese mismo sofá. Viéndolo ahora, parece que todo eso forme parte de otra casa, de otra vida.

—Tienes que dejar de hacer esto —digo entrando en la cocina.

Esta habitación parece tener algo de mejor aspecto.

—Hacer, ¿el qué? —me espeta sentada a la mesa, cruzándose de brazos.

No era así, maldita sea. Ella no era así.

—Compadecerte de ti misma. No va a traerte nada bueno.

Me apoyo hasta casi sentarme en uno de los muebles, frente a ella, separados por la mesa.

—Dime una cosa, Michael Stearling —continúa, ceremoniosa, pero sólo está preparando el terreno. La conozco demasiado bien—: ¿estás aquí por mí o por Chase?

—Por los dos.

Su nombre sólo consigue que la culpabilidad se recrudezca.

Ella me observa un puñado de segundos y, en el siguiente, sonrío, cínica. Dolida, coge la caja de cigarrillos con odio y se enciende otro.

—Joder, sois la hostia —protesta.

—Heather... —la reprendo, agarrándome al mueble.

—Los mejores amigos del mundo —añade con desprecio, inclinándose hacia delante—. Siempre cuidando los unos de los otros, manteniéndooos el sitio caliente.

—Basta.

Tengo más paciencia con ella y se lo debo, pero todo tiene un límite.

Heather sabe que no le interesa seguir por ese camino, vuelve a sonreír de esa manera tan sardónica y se deja caer otra vez contra el respaldo de la desvencijada silla.

—Contéstame a otra cosa —me pide—: ¿alguna vez recordáis su nombre?

Tenso la mandíbula, mis dedos se emblanquecen sobre el mueble y pierdo la vista en cualquier otro lugar, conteniéndome de nuevo.

—¿O en vuestra estúpida hermandad de casa del árbol —pronuncia con una inquebrantable mezcla de asco y tristeza—, en cuanto uno muere, los demás lo olvidan en el acto?

—Te estás colando, Heather —siseo.

—¿Yo? —me rebato, echándose hacia delante de nuevo—. ¿Y qué hay de ti?, ¿de Spencer?, ¿de Reed? ¿Qué hay del puto Chase? ¿Lo tenéis escondido? ¿Lo estáis protegiendo, como siempre hacéis?

—Cálmate de una jodida vez.

—¡Y una mierda, Michael! —grita, desesperada, con las mejillas llenas de lágrimas—. ¡Todo

esto es culpa vuestra!

—¿Te crees que yo no quería a Cooper?! —rujo sin poder controlarme más, avanzando hasta la mesa y apoyando las palmas de las manos en ella—. ¡Era uno de los nuestros!

—¡Y mi puto marido! —chilla.

—Pues no pareció importarte mucho cuando dejaste que otro se metiera en tu cama.

Los ojos vuelven a llenársele de lágrimas y yo siento cómo el endemoniado aire se evapora de mis pulmones. Odio esta condenada situación. Nunca tendríamos que haber acabado así.

—¡Eres un cabrón malnacido!

La miro a los ojos y aguanto el golpe. Me lo merezco. Ella sabe mejor que nadie lo que esconden mis palabras y también mi silencio, y, aunque es lo último que quiero, sólo le hago más daño.

—¡Lárgate! —me escupe, levantándose.

La miro y todo se remueve por dentro. Todavía puedo ver a aquella chica, joder, a nuestra Heather.

Doy una larga bocanada de aire.

—Heather —la llamo, tratando de calmarla.

La abrazo, ella se deja y el alivio me recorre, pero entonces me empuja llena de rabia y se marcha hasta el otro extremo de la estancia, alejándose todo lo que puede de mí.

Vuelvo a mirarla, vuelvo a contemplarla, intentando encontrar la manera de reencauzar todo esto.

—Lo que ocurrió... —empiezo a decir, pero lo cierto es que ni siquiera sé cómo seguir—. No hicimos las cosas bien, Heather.

—Michael, tú siempre tan condenadamente sincero, desde que éramos unos críos —me interrumpe con malicia—. Si Chase o yo terminamos metiéndonos una pistola en la boca, no te queda duda de que será culpa tuya.

Lucho por ignorar esa frase y también cómo me hace sentir.

—Chase está bien —miento, porque sé que en el fondo le duele que pueda no ser así.

—Me importa una mierda dónde esté ese imbécil llorando a su puto hermano muerto. —Ahora es ella la que miente, haciendo un hiriente hincapié en cada palabra que escupe, cubriendo la distancia que nos separa para que todo duela más.

Se acabó.

—Si vuelves a hablar así de Cooper —sentencio con la voz amenazadoramente suave—, a mí sí que va a importarme una mierda todo y no vas a volver a verme.

—No decías eso la última vez que estuviste aquí.

Finjo no oírla.

—Aquí tienes doscientos pavos —replico, metiéndome la mano en el bolsillo de los pantalones, sacando unos billetes y dejándolos sobre la mesa—. Compra algo de comer y tira el puto alcohol.

Heather se queda mirando el dinero y yo salgo de la cocina.

Quiero ayudarla, pero no sé cómo y ahora mismo tengo que salir de aquí. Ni siquiera cuando nos largamos de este maldito barrio necesitaba tanto huir como lo necesito ahora.

—Espera, Michael —me pide cuando ya he alcanzado el pomo de la puerta.

Se apoya en la pared y no me hace falta verla para notar que está desvalida, vulnerable, triste, sola.

—Heather —rujo, y lo hago para mí, porque sé lo que debería hacer, pero no sé si seré capaz.

—Quédate por los viejos tiempos, por favor —me suplica, dando un paso hacia mí.

Cierro los ojos, atormentado, maldiciendo todo lo que pasó, cómo nos comportamos. Pienso en Chase, pero, sobre todo, pienso en Sarah.

—Está bien, me quedaré —me rindo, olvidándome de escapar o pretendiendo escapar al único lugar donde soy feliz, quién sabe, y girándome hasta que Heather entra en mi campo de visión—. Sube y date una ducha.

Ella sonrío por primera vez desde que estoy aquí, asiente y se dirige escaleras arriba.

Yo la contemplo y todo lo que llevo sintiendo desde que puse los pies en el aeropuerto internacional de Chicago se intensifica aún más.

* * *

Cuarenta y ocho horas. Ése es el tiempo que tardo en regresar a Nueva York, y lo hago cargando con demasiado tiempo para pensar, la condenada culpabilidad y una llamada de mierda.

El Audi me está esperando a la salida del JFK. Lo veo y lo agradezco. Necesito alejarme lo máximo posible y necesito un puto minuto de paz, aunque no creo que vaya a conseguir ninguna de las dos cosas.

Ni siquiera he sido capaz de responder a las llamadas de Sarah. Sencillamente no podía enfrentarme a eso.

El tráfico es endiablado, está lloviendo a mares y estamos tardando una eternidad en llegar a la Avenida Lexington, donde está el bufete. No sé si soy yo o la más de una hora de atasco, pero ya no puedo más. Le hago un gesto casi imperceptible al chófer, abro la puerta y salgo sin mirar atrás. La lluvia me recibe de pronto, pero casi lo agradezco. Hace un año, sólo hace un año, Cooper estaba bien, estaba vivo. Tuerzo los labios y cabeceo, huyendo de la culpabilidad una vez más, llamándome cobarde por no encararla.

Además, esa maldita llamada. La rabia sustituye la culpa. Lo sustituye todo, hostia. Nunca va a acabarse. Hace cinco años dejé el Ejército y a los míos para venir a Nueva York. Todo tenía que haber ido de una forma y todo se jodió. Mi vida se jodió. Aprieto los dientes. Me gustaría tenerlo delante, liarme a golpes con él. Mi respiración se acelera. Él me ha quitado la posibilidad de estar con ella. Él ha conseguido que pierda la esperanza, la fe en esta puta justicia que al final

sólo ayuda al que tiene más amigos y más dinero. Se merece que le parta la cara, que lo hunda como él me ha hundido a mí, que tenga que aprender a sobrevivir.

Alzo la cabeza, bajo la lluvia, y miro el edificio que tengo delante con el corazón retumbándome en los oídos. Por puro instinto he acabado delante de su oficina. Aprieto los puños con furia. Él me la quitó, él la mantiene alejada de mí, él ha logrado que ni siquiera sea capaz de dormir en mi casa porque todo me recuerda a ella.

Doy el primer paso hacia el edificio. La adrenalina se revoluciona en mis venas, pero en este mismo momento pienso precisamente en ella, en cómo se sentirá cuando se entere si lo hago, y, entonces, comprendo que no puedo hacerlo.

La lluvia me cala hasta los huesos. La rabia, el desahucio, me llenan por dentro.

Paro el primer taxi que baja la 8 Este y voy hasta la oficina. Ahora mismo todo es demasiado extraño. Observo los otros coches, la ciudad, y me siento anestesiado, pero no es serenidad, se trata de la calma bajo la que se esconde una tormenta latente que amenaza con arrasarlo todo.

Paso por recepción sin ni siquiera saludar y atravieso la sala como un ciclón.

—Señor Stearling —me saluda la señora Jones.

Su voz suena asombrada y soy consciente de que es por mi aspecto, pero ni siquiera me detengo y mucho menos le doy una explicación.

Me encierro en mi despacho y camino hasta la ventana. Quiero calmarme, pero sencillamente no soy capaz. Él, ella, Heather, Chase... Me paso las manos por el pelo. No puedo más.

Llaman a la puerta y me arrepiento de no haberle dicho a la señora Jones que no quiero ver a nadie. De todas formas, dejo que el sonido desaparezca con la mirada clavada en los rascacielos de Manhattan.

—Señor Stearling.

La voz de Sarah llega amortiguada desde el otro lado de la madera, pero atraviesa la habitación a la velocidad de la luz e impacta contra la boca de mi estómago. Me giro por inercia, por instinto, qué sé yo, al tiempo que le doy paso.

Sarah camina hasta colocarse frente a mí y sucede que, en ese preciso instante, sin que pueda dar ninguna explicación lógica, todo dentro de mí se revoluciona y al mismo tiempo siento el efecto de un profundo bálsamo.

—¿Estás bien? —pregunta en un dulce susurro, dando un paso hacia mí.

—Cierra la puerta —contesto con la voz queda, sin poder apartar mis ojos ni mi corazón de ella. Ella obedece y, cuando el aire de la estancia ya sólo nos pertenece a nosotros, no puedo contenerme. Salgo disparado y la beso con fuerza, estrechándola entre mis brazos, embebiéndome de su olor. Han sido cuarenta y ocho horas horribles. Me he sentido solo. La rabia y la tristeza han podido conmigo. He dejado de sobrevivir, pero, entonces, la he visto y todo ha dado un vuelco. Sarah es lo único capaz de curar cómo me siento por dentro.

Los besos se descontrolan. Ella se aferra con ímpetu a mi chaqueta empapada.

—Michael —susurra contra mi boca.

Tomo su labio inferior entre mis dientes y tiro de él. Sarah gime. Necesito más. Necesito todo lo que ella quiera darme.

—Michael, por favor. —Su voz suena como una súplica y me detengo.

Dejo caer mi frente contra la suya y nos mantengo muy cerca.

Ella es mi maldito refugio.

Sarah toma mi cara entre sus manos y se separa despacio, buscando mi mirada. La suya está llena de preocupación, de demasiadas preguntas.

—Hace dos días que no sé nada de ti —dice, y todas esas cuestiones se le disuelven en la punta de la lengua, como si fuese capaz de ver cómo me siento aunque yo no haya pronunciado palabra y sólo le importase yo.

El corazón me late más fuerte, mejor, y algo que nunca había sentido comienza a inundarlo todo.

—¿Qué te ha pasado? —inquiére.

Tampoco necesita volver a plantear la posibilidad de que esté bien o no, porque sabe que es la segunda opción.

—No tendría que haberme marchado —me lamento.

Sé por qué lo hice. Sé por qué tenía que hacerlo, pero, si me hubiese comportado como debía desde el principio de todo esto, ahora las cosas serían diferentes. No tendría que pasarme las noches en vela buscando a Chase. No tendría que haber regresado por Heather.

Sarah frunce el ceño, confusa.

—¿Dónde te has ido?

—Chicago.

—Chicago —repite, aún más confundida—. Tú eres de Chicago.

—Todos somos de Chicago —añado, porque no tengo ni la más remota idea de cómo explicarle todo lo demás.

—¿Heather también?

Su pregunta me pilla fuera de juego y siento como si hubieran tirado de la condenada alfombra bajo mis pies.

—Sí —respondo en un golpe de voz.

Ella me mira y la decepción va apoderándose de sus ojos azules.

—¿Qué has hecho estos dos días, Michael?

Toca ser sincero, cueste lo cueste, porque no es lo que piensas, pequeña, es mucho peor.

Abro la boca dispuesto a hablar, pero mi móvil comienza a sonar. Lo ignoro sin ni siquiera preocuparme, pero entonces recuerdo la llamada de esta mañana.

Me saco el teléfono del bolsillo interior de la chaqueta y miro la pantalla. Sarah también lo hace y los dos vemos el nombre de Jane parpadear en ella.

—¿Qué? —descuelgo.

—La cosa se ha complicado —me explica Jane al otro lado—. Más de lo que pensábamos.

—¿Por qué?

Noto cómo mi respiración se acelera. Me siento igual que frente a su edificio, bajo la lluvia.

—Tienen a alguien.

Asiento y cuelgo. Todo se intensifica. Voy a perderla para siempre.

—Debo irme —sigo, pero en el fondo sólo quiero escapar, incluso sabiendo que eso nunca vale de nada. Necesito recordar por qué hago esto.

Paso al lado de Sarah, llamándome gilipollas por alejarla, y me dirijo hacia la puerta. Ella se queda inmóvil, con la vista clavada al frente, y siento cómo algo más se rompe dentro de mí, pero no puedo seguir luchando, ahora no.

Sin embargo, cuando estoy a punto de alcanzar la salida, su voz me atraviesa por dentro.

—Si te vas, se acabó —pronuncia con el tono firme, pero demasiado triste al mismo tiempo.

Frunzo el ceño, perdido como lo he estado pocas veces en mi vida.

—¿Qué?

—Lo que has oído —afirma con la voz y los ojos llenos de lágrimas y, aunque me gustaría poder ignorar ese detalle, me giro porque no soy capaz. Le estoy haciendo daño, joder—. ¿Qué quieres que haga? Despareciste por una llamada de una tal Heather, has regresado dos días después y, mírate —me reta, triste y dolida—, es obvio que te ha pasado algo, algo que ni siquiera vas a contarme antes de largarte otra vez por la llamada de otra mujer. ¿Te has parado a pensar cómo me he sentido estos dos días sin saber nada de ti, sin que ni siquiera contestaras el teléfono?

Le mantengo la mirada porque sé que tiene razón y que, en el fondo, esto es sólo la décima parte de lo que tiene todo el derecho a recriminarme. En Chicago no dejé de pensar en Sarah un solo segundo, pero no podía llamarla, porque me sentía demasiado culpable para siquiera oír su voz, como si fuera un consuelo que no me mereciese.

Una lágrima resbala por su mejilla. Sarah asiente a sus propios pensamientos, imagino que a todas las dudas que mi silencio está acrecentando.

—Supongo que no —murmura con apatía.

—Ven conmigo —replico sin ni siquiera pensar, con el miedo demasiado grande a perderla hablando por mí.

La cojo de la muñeca y tiro de ella, sin darle oportunidad a negarse. Atravesamos la sala principal, levantando alguna que otra mirada, pero no me importa.

El ascensor no es lo suficientemente rápido para mí y la llevo hasta las escaleras.

—Michael, ¿qué estás haciendo? —demanda, confusa.

Una parte de mí no la culpa, estamos en la planta treinta y dos; la otra sólo quiere explicárselo todo de una maldita vez, que lo vea con sus propios ojos, que entienda cómo me siento.

En cuanto dejamos atrás las puertas de cristal del edificio, ambos jadeantes, le hago un gesto al chófer, apoyado en el Audi, para indicarle que nos vamos ya.

—Michael —vuelve a llamarme Sarah.

No me detengo.

—Espera —me pide con vehemencia.

Pero no la escucho, sigo caminando, llevándola hasta el vehículo. Necesito que sepa por qué hago lo que hago.

—¡Para de una vez! —protesta, soltándose y deteniéndose en el mismo movimiento.

Me giro hacia ella y nos quedamos separados por un puñado de pasos de acera de Nueva York.

—No voy a ir a ningún lado hasta que me expliques qué te ha pasado.

Le mantengo la mirada y, con un convencimiento absoluto, doy un paso hacia ella.

—¿Alguna vez te he mentado?

—No.

No duda.

—¿Alguna vez me has preguntado algo y no te he contestado?

—No —responde, exasperada—, pero sé cómo te comportas con las chicas. Yo misma lo he visto en este bufete.

No necesita decir nada más para que Mimi Kiernan acuda a mi mente, ella y muchas mujeres como ella, en realidad, pero Sarah no es como las otras. Ninguna Mimi le llega a la suela de los zapatos.

—¿De verdad crees que eres para mí como ellas? —planteo, atrapando su mirada—, ¿que me importas lo mismo?

¿De verdad crees que cuando las miro me siento igual que cuando te miro a ti?

—No —contesta sin apartar sus preciosos ojos azules de los míos.

—Bien —añado con la voz endurecida—, pero, para dejártelo claro, voy a decírtelo: tú iluminas mi maldito mundo, Sarah, y ahora sube al coche.

Mi corazón late otra vez como un loco y me doy cuenta del montón de palabras que no he pronunciado, pero que van enmarcando lo que siento, cómo dan miedo y, al mismo tiempo, me hacen feliz.

Ella asiente varias veces, aturdida, otra vez para sí misma y, finalmente, entra en el Audi.

Al verla moverse, suspiro aliviado y noto cómo, aunque sólo sea por unos condenados segundos, vuelvo a estar en el camino que quiero tomar.

Durante el trayecto ninguno de los dos dice nada, ambos estamos demasiado pensativos, pero el consuelo de tenerla cerca sigue calmándome latido a latido.

Al ver que nos detenemos en la Montessori School, al norte de Brooklyn, la escuela de primaria donde nos conocimos, Sarah frunce el ceño.

—¿Qué hacemos aquí? —inquire.

No respondo. Me bajo de la berlina y la rodeo para abrirla la puerta. Ella me imita sin titubeos; supongo que la curiosidad está jugando un papel clave aquí.

—¿Por qué no va a darse una vuelta? —le ordeno al conductor—. Lo llamaré cuando lo necesitemos.

Asiente, profesional, y se marcha calle arriba. Me tomo un segundo para ordenar mis ideas,

aunque tengo perfectamente claro lo que quiero hacer. Me dejo caer suavemente hasta apoyarme, casi sentarme, en la carrocería y me cruzo de brazos.

—Heather era la mujer de Cooper —digo con la voz alta y clara.

Sarah, que seguía concentrada en la escuela, se gira hacia mí y puedo ver cómo, rauda, empieza a encajar las piezas.

—Cooper es el hermano de Chase, ¿verdad?

Asiento. Sarah y yo hemos hablado mucho, entre otras cosas, porque me cosió a preguntas entre polvo y polvo el fin de semana que pasamos juntos en casa de Spencer. Un huracán de paz me asola el pecho sólo con recordar esos días.

Una de las primeras cosas que quiso saber fue si había estado en los Rangers. y contestar que sí implicó contarle también cómo Reed, Chase, Cooper y yo seguimos a Spencer al Ejército cuando él lo necesitó.

—Heather y Cooper salían juntos y se casaron dos días antes de que nos adjudicaran nuestro primer destino. Lo hicieron en la capilla más cutre que he visto en todos los días de mi vida.

Una suave pero auténtica sonrisa se cuele en mis labios y, rápida, navega hasta los de Sarah.

En aquella época estábamos un poco locos y sobra decir que éramos muy impulsivos.

—Heather y Cooper no eran una de esas parejas a las que ves y sabes que estarán juntos toda la vida, pero se querían y creo que, con la boda, Cooper sólo pretendía que ella estuviese tranquila, como si casarse conllevara al cien por cien que volvería.

Pierdo mi mirada en mis propios brazos. Sarah camina despacio hasta colocarse a mi lado. Me aguanto las ganas de besarla, de meterla en el coche y llevarla a mi cama, porque sé que éste es el momento de ser sincero... hasta el final.

—Todo fue como se supone que tenía que ser. Nos destinaron a Afganistán, en unidades operativas distintas, pero todos los días nos peleábamos y escapábamos para poder estar juntos. Perdí la cuenta de cuánto tiempo pasamos arrestados por ese motivo, hasta que un capitán con muy mala hostia nos dijo que estaba harto de nosotros, que nos reubicaría en la misma unidad, pero que pasaríamos a vanguardia, lo que significaba que nuestro trabajo sería explorar los pueblos y caminos por donde las tropas debían pasar después, estudiar puntos peligrosos, detectar posibles emboscadas, todo infiltrados como lugareños.

—¿Era peligroso?

Me encojo de hombros para no tener que contestar «mucho».

—Se nos daba bien —sentencio— y teníamos lo único que nos importaba: estábamos juntos y podíamos cuidar los unos de los otros.

»Al principio todos regresábamos a Chicago cada vez que podíamos; después empezamos a entender que no teníamos por qué volver a un barrio de mierda si no era lo que queríamos y, menos de un año después, sólo Cooper y Chase lo hacían.

—¿Por sus padres? —inquieta, dándolo por hecho.

—Por Heather.

Sarah me mira completamente perdida hasta que se da cuenta de que estamos hablando de la historia más vieja del mundo: tres personas enamoradas, dos chicos y una chica incapaz de decidirse.

—Lo descubrí... En realidad fue una puta casualidad. Aunque supongo que, que los abogados seamos unos cabrones desconfiados, también tuvo algo que ver. —Sarah enarca las cejas de una manera muy explicativa, confirmándome sin palabras que ella también se ha metido en algún que otro lío por ese motivo—. Por aquel entonces yo ya me había mudado a Nueva York. Tuve que ir a Chicago a arreglar unos papeles tras la muerte del inútil de mi padre de acogida; sorprendentemente me había dejado a mí su cochambrosa casa. Por Dios —me lamento, resignado—, todos tuvimos unas auténticas infancias de mierda, menos Cooper y Chase.

—¿Cómo pasó?

—Fui a casa de Heather esperando encontrar a Cooper y me topé con Chase. Resulta que llevaban más de un año liados. Intentaban mantener la distancia por Cooper, pero no eran capaces.

—¿Y tú cómo reaccionaste?

—Le di un puñetazo a Chase.

Sarah me mira con los ojos como platos.

—Pero no hice nada más —me sincero, y ahora empiezan los problemas de verdad—, no hablé con Cooper. Intenté convencer a Chase de que tenía que parar, pero algo dentro de mí sabía que no lo haría y yo no insistí. No sé, creo que, en el fondo, tenía la estúpida esperanza de que se arreglaría solo... que, qué cojones sé, se mudarían los tres a una isla paradisíaca y tendrían una docena de críos.

Tuerzo el gesto y cabeceo, exasperado.

—Fui un auténtico idiota.

—No fue culpa tuya —trata de consolarme.

—Sí lo fue. Podría haberlo parado, pero Chase, yo... —Me paso la mano por el pelo—. Chase lo ha pasado mal desde pequeño. Es demasiado sensible, lo era para el sitio en el que nos criamos. Por eso todos lo hemos protegido siempre, como si en cualquier momento el mundo pudiera romperlo en pedazos.

Sarah me mira y sus ojos azules se inundan de dulzura.

—Y tú seguiste haciéndolo —sentencia, comprendiendo a la perfección cómo me siento—. Chase es muy importante para ti y no quisiste hacerle daño.

—No —la interrumpo—. No quise dejar de verlo feliz, y con Heather lo parecía de verdad.

Sarah suelta un largo suspiro, dejando que mis palabras la calen. Sé cuánto quiere a Lexie. La he visto con Alex Hannigan. Sé que haría cualquier cosa por cualquiera de ellas.

—Heather decidió dejar a Cooper —continúo—. Lo llamó por teléfono y le pidió que regresara a casa; él había ido a ver al tío de Reed para recoger un par de cosas que éste le había pedido. Aquella tarde llovía a mares, por eso había cogido el coche, a pesar de que no tenía que

recorrer más que un par de calles. Con lo que no contó fue con que, a una sola manzana de su casa, un puto camión perdería el control y chocarían de frente. Cooper murió en el acto.

—Dios mío —murmura Sarah.

Recuerdo perfectamente aquel día, aquella maldita llamada, cómo me sentí, cómo me sigo sintiendo ahora, cómo lo hago cada vez que miro a Heather o trato de localizar a Chase.

—Michael —me llama, ladeando su cuerpo hacia mí.

—Eso ocurrió hace diez meses —me obligo a continuar, con la impotencia arrasándolo todo por dentro. No me merezco que me consuelen. Yo pude haberlo evitado—. Chase se reincorporó y volvió al frente con Reed y Spencer, pero pidió un traslado al cuerpo médico, y después una excedencia. Estuvo una temporada con sus padres y, hace unas tres semanas, desapareció. La muerte de su hermano lo dejó hecho polvo y ahora ni siquiera sabemos dónde está —rujo con rabia.

—Michael...

—Hace dos días Heather me llamó llorando, hundida. Está sola. Ahora es nuestra responsabilidad, de los chicos y mía —añado con un convencimiento absoluto, el mismo que sé que tienen Reed y Spencer—. Tendrías que haberla visto, Sarah. Sabía que no lo llevaba bien, pero no hasta ese punto. La casa estaba hecha un desastre y ella, uno todavía mayor. Me pidió que me quedara y acepté sólo para asegurarme de que se duchara y comiera algo caliente, llenarle la nevera y adecentar un poco la casa. Ni siquiera sé cuántas botellas de vodka tiré.

No le digo que no le toqué un solo dedo, que nunca lo haría, porque sé que Sarah, después de todo lo que le he contado, lo ha entendido sin ningún género de dudas. Reed, Spencer y yo tenemos que cuidar de Heather porque ni Cooper ni Chase están aquí para hacerlo.

—Michael... —trata de llamarme por tercera vez, pero yo niego con la cabeza.

—No lo hagas —le pido, dolido, triste, enfadado, culpable—. No me consueles.

Ella me mira con los ojos llenos de lágrimas y creo que nunca me había sentido tan jodidamente cerca de nadie en toda mi vida.

—Tendría que haberlo parado todo cuando pude. Si lo hubiese hecho, Cooper seguiría vivo, Heather estaría bien y sabría dónde está Chase. Estaba en su casa —prosigo, obligando a las palabras a atravesar la bola de pura rabia que tengo en la garganta— y sólo quería escapar, quería volver, abrazarte, dejarme llevar contigo y ser feliz, tocarte para olvidarme de todo.

Sarah no lo duda y me abraza con fuerza, rodeando mi cuello con sus brazos. Me quedo muy quieto, luchando con las palmas de las manos descubiertas contra esa parte de mí que no para de gritarme que fui un hijo de puta y dejé que tres vidas se destrozaran por el camino.

—No fueron tus decisiones —alega con la voz dulce y una seguridad absoluta.

Agacho la cabeza. Sí lo fueron.

—Podrías haber hablado con Chase y Heather, podrías habérselo contado a Cooper, pero eso no habría cambiado nada. Tú mismo lo has dicho: Heather y Chase se querían, y el amor no

entiende de si es complicado, peligroso o estúpido. El amor te elige y sólo nos queda deponer las armas.

Cierro los ojos y su voz me acaricia tan adentro que creo que puede tocar mi alma con la punta de los dedos. Son sólo palabras, pero también un millón de cosas más. Me está dando todo lo que es sin importarle resultar vulnerable. Me está demostrando que lo que creía tener muy claro a veces no lo está tanto y que, en otras, deponemos las armas sin darnos cuenta.

Y entonces sucede que la lucha deja de tener valor, porque lo importante es aquí y ahora, y me rindo o gano, no lo sé, y la abrazo con gamas, sintiéndola entre mis brazos, permitiendo que me proteja, protegiéndola, dejando que, a partir de este instante, haya un nosotros.

—Spencer, Reed, Chase y Cooper son tu familia —dice con esa misma dulzura, con toda esa valentía— y tomaste las decisiones que creíste que debías tomar para cuidar de ellos. Lo que hacemos por las personas que nos importan no necesita explicación más allá del amor.

No puedo más y tampoco quiero poder. Desbarato su propia caricia y la beso con fuerza. He depuesto las armas, joder. Las depuse la primera vez que la vi.

—Sarah —susurro contra su boca.

Ella sonríe, feliz, y la luz se expande por todo mi cuerpo.

Sin embargo, por mucho que desee quedarme así, en mi refugio, hay algo que debo hacer.

—Hay una cosa más que quiero que sepas —anuncio, haciendo lo imposible y separándome de ella.

Sarah da una bocanada de aire, mitad para recuperar el control de sí misma, mitad para contenerse, y no puedo evitar que una suave sonrisa se cuele en mis labios.

—Eres preciosa —pronuncio acariciando su mejilla con la punta de mis dedos, deslizándolos hasta su cuello.

—¿Eso es lo que querías que supiera? —plantea, socarrona.

—Puede ser —respondo, burlón.

Ella tuerce esos hermosos labios, manteniéndome la mirada.

—Entonces, ¿por qué me sorprende no ver esa media sonrisa de ligón de playa tan tuya? —replica, alargando las últimas palabras.

Su comentario hace que, en efecto, mi sonrisa aparezca y se ensanche, pero sigue sin llegarme a los ojos.

—Porque me conoces muy bien —sentencio.

Ella acaricia mi nariz con la suya en un gesto adorable que me hace sentir la mejor calidez en cada hueso de mi cuerpo.

—Puedes contármelo —susurra con los ojos cerrados, aún muy cerca de mí, tumbando cualquier defensa que pensara levantar.

—No estoy así sólo por Heather y Chase —me sincero. Sarah se separa y me observa, atenta—. Antes he recibido una llamada de Jane, mi abogada.

—¿Qué ha pasado?

Trago saliva. Toca echarle valor.

—Todo está relacionado con el motivo por el que vine a vivir a Nueva York hace cinco años.

—Viniste a trabajar como abogado —comenta, desconcertada.

Niego con la cabeza.

—En uno de los permisos con los Rangers, los chicos y yo fuimos a San Diego.

Sarah asiente.

—Allí conocí a una chica, se llamaba Elizabeth. —Su mirada cambia y sus ojos se llenan de muchas emociones, pero más que ninguna otra, una: desasosiego—. Fue un rollo de una noche en un bar, como he tenido muchos —trato de defenderme, aunque no sé hasta qué punto esa frase es una buena estrategia para hacerlo—. Cuatro meses después, me llamó. Estaba embarazada.

Percibo el momento exacto cuando Sarah siente cómo el suelo se tambalea bajo sus pies. La agarro posesivo de la cintura, como si mantenerla junto a mí ahora implicara que se quedará conmigo siempre. Es la metáfora más transparente que nunca ha tenido lugar en la historia de la humanidad.

—Aunque los dos teníamos clarísimo que no íbamos a casarnos ni a empezar una relación, dejé los Rangers y me instalé en Nueva York para estar cerca de Elizabeth, ayudarla y, por supuesto, trabajar y asegurarles un futuro a ella y al bebé.

Nerviosa y asustada, Sarah suspira y yo me doy cuenta de que el tiempo para las explicaciones se me está escurriendo entre los dedos.

—Todo iba bien hasta que la niña nació —continúo—. Elisabeth no quiso saber nada de ella. Empezó a pasar largas temporadas fuera sin ni siquiera decirme dónde. Bebía, se drogaba —añado con tristeza, aunque no es nada que no haya visto de crío—. Hasta que un día se desentendió por completo. Intenté ayudarla muchas veces, pero nunca me lo permitió, así que me quedé con la niña y pedí su custodia y me la concedieron. Con lo que no contaba era con que el padre de Elisabeth haría todo lo posible por impedirlo, alegando que eran su mujer y él quienes debían cuidar de la pequeña. Ante el juez sacó a relucir que sólo soy un producto del sistema, un chaval que se crió en una casa de acogida y acabó alistándose en el Ejército para poder huir de uno de los barrios más conflictivos de Chicago.

Sarah niega con la cabeza.

—Pero eso no es verdad —me rebate con el mismo ímpetu con el que lo haría si tuviera a ese hijo de puta delante—. Puede que te criaras en una casa de acogida en un suburbio, pero habrías salido adelante aunque te hubieras quedado allí. Eres demasiado listo, inteligente y tenaz como para no conseguirlo. Te alistaste porque quisiste, porque Spencer lo necesitaba, y te licenciaste en Derecho con matrícula de honor mientras servías. ¡Eres uno de los mejores abogados de Manhattan!

—Puede que tengas razón, pero nada de eso valió —le explico—. El padre de Elisabeth tiene muchos contactos, conoce a muchas personas. Es un hombre muy poderoso y consiguió quitarme la custodia.

—Por eso eres un abogado que no confía en la justicia.

Debería ser una pregunta, pero ella misma se lo confirma, como si cada pieza encajara en su lugar.

—¿Cómo pretendes que tenga fe en un sistema que siempre favorece a los que tienen poder? —replico—. Lo sé por mi propia experiencia, pero también por otros casos: personas que pierden su casa en favor de un banco, propietarios de negocios humildes que se quedan sin nada sólo porque un constructor quiere demoler su edificio para levantar oficinas y enriquecerse todavía más con ellas...

Sarah suspira sin despegar sus ojos de los míos y tengo la sensación de que algo dentro de ella hace «clic».

—Por eso llevas todos esos casos con la jueza Tallin y la coordinadora jefa de planificación urbana del distrito metropolitano de Manhattan. Quieres asegurarte de que nadie pueda hacer más daño aprovechando su posición.

Otra vez debería ser una pregunta, pero otra vez tiene demasiado clara la respuesta.

—Y quiero que paguen —sentencio—, y no lo digo por mi caso. Hablo de todas las corruptelas de altos funcionarios que aceptan mirar para otro lado a cambio de dinero, de políticos que se venden por favores, de empresarios que promueven todo eso porque los beneficia. Pienso acabar con todos ellos.

—Pero ¿cómo?

—La coordinadora jefa y yo estamos reuniendo pruebas de un caso muy importante. La jueza Tallin está al tanto de todo. Muy pronto meteremos a toda esa gentuza entre rejas.

Como si ya no fuese capaz de contenerse más, Sarah vuelve a lanzarse a mis brazos, con un alivio casi palpable desbordándola. Voy a preguntar por qué cuando ella se separa y, veloz, busca mi mirada.

—¿Y así podrás recuperar a tu hija?

Su pregunta me pilla fuera de juego, porque, cada vez que pienso en ella, duele.

—No —contesto con la voz queda—. Eso es mucho más complicado, Sarah.

—Pero no puedes rendirte —prácticamente me interrumpe, acelerada, agitando las manos como si la simple idea de que no siguiese plantando batalla la torturase—. Tenemos que luchar, lograr que vuelva contigo, donde debe estar.

Sonrío. Otra vez toda esa luz.

—¿Sabes que eres increíble, pequeña patosa?

Sarah sonrío, una sonrisa preciosa, pero baja la cabeza avergonzada, escondiéndose en mi pecho mientras sus mejillas se tiñen de rosa.

—Eres adorable —le digo, besándola en el pelo.

Siento su sonrisa ensancharse contra mi pecho y el calor traspasa mi ropa y llega a mi piel.

El timbre del colegio suena a lo lejos, indicando que es la hora del recreo.

Sarah se separa despacio y, como cada vez, busca mi mirada.

Los niños empiezan a salir al patio.

—¿Cómo se llama? —pregunta.

El sonido de las risas y los juegos inunda toda la calle. Alzo la cabeza y entonces la veo, a mi niña. Está saliendo al patio de la mano de una de las profesoras. Una sonrisa se dibuja en mis labios cuando ella sonríe por algo que le dice otra de las crías. Es un pedazo de mí y la echo demasiado de menos.

—Birdie —pronuncio casi en un susurro, con los ojos llenos de lágrimas, sin poder dejar de mirarla.

Sarah lleva su vista donde apunta la mía y no necesita que le diga cuál de ellas es para que la reconozca.

SARAH
Mientras dormías
 (*While you were sleeping*), 1995, Jon Turteltaub

Podría preguntar, pero no lo necesito. Birdie es preciosa, con la expresión noble y simpática, el pelo rubio recogido en dos coletitas y, lo que me hace saber que es ella, esos espectaculares ojos turquesa.

—Es una preciosidad, Michael —digo con una maravillosa alegría saturando mi voz.

No puedo creerlo. Es un trocito de Michael, algo suyo, y ni siquiera entiendo cómo, pero, automáticamente yo también la quiero.

—Esa niña es una de las dos cosas que más me importan en esta vida.

Me giro despacio con una pregunta en la punta de la lengua que casi no me atrevo a plantear.

—¿Y cuál es la otra? —inquiero.

Hay que ser valientes.

Él me mira directamente a los ojos con los suyos hechos del color del mar. De pronto, todo lo que le hace ser como es parece crecer un poco más, volverse más desdeñoso, más malicioso, más arrogante, más Michael Stearling.

—Eres tú, Sarah.

Lo pronuncia de verdad, sin dudar, sintiéndolo como deben sentirse estas cosas, y toca mi corazón y lo sana todavía más, lo ilumina aún más, me ilumina a mí. Y yo, en respuesta, podría hacer muchas cosas, pero elijo lo único que quiero hacer ahora mismo. Me coloco a su lado, también apoyada en el coche, y dejo caer mi cabeza sobre su hombro. Michael me besa la coronilla, coloca su mejilla suavemente en ella y simplemente observamos a Birdie correr, jugar y reír desde una acera cualquiera del norte de Brooklyn.

De vuelta al trabajo, tengo tres objetivos muy claros. El primero, asegurarme de que no se ha extendido el rumor de que Michael y yo salimos juntos del bufete de una manera bastante peculiar: con él tirando de mi mano. El segundo, no marcharme hoy de esta oficina hasta conseguir las actas. Las necesito para demostrar que Michael es inocente y convencer al señor Fordbrader de que es la persona indicada para colaborar con nosotros, no alguien a quien espiar como si fuera culpable. El tercero, contarle a Michael toda la verdad. Él ha sido total y absolutamente sincero conmigo. Le debo lo mismo.

A escondidas y muy nerviosa, casi como si fuera una espía en territorio enemigo, y puede que lo sea, le mando un mensaje a Ross Elliweather pidiéndole que nos veamos. Michael es inocente y puede ayudarnos. Si no son capaces de verlo, me despediré. Nunca había tenido nada tan claro.

Espero a que la oficina se quede prácticamente vacía y me escabullo hasta el pasillo de los socios. Me aseguro de que las secretarias de Cohen y Carter se han marchado ya y aguardo prudentemente agazapada a que la señora Jones haga lo mismo.

Ya a solas en la antesala del despacho de Carter, voy hasta el archivador de las actas como Indiana Jones caminando por el templo maldito. Intento abrirlo, pero lógicamente está bloqueado. Por suerte, además de la huella dactilar y la clave numérica, hay una cerradura diminuta.

Achino los ojos sobre ella y pienso un plan con el miedo metido en el cuerpo por si me descubren; la que más pánico me da que lo haga es Amanda Reeves, la Julia Roberts propiedad del bufete.

—Ya lo tengo —grito bajito con una sonrisita, encantada.

Me quito una de las horquillas del recogido del pelo y, con cuidado, la introduzco en la cerradura. No puede ser tan difícil. Lo he visto millones de veces en las pelis. Empiezo a mover la horquilla a un lado y a otro, arriba y abajo... Debería sonar un «clic» o algo así, ¿no?, notar algo, cómo se gira un engranaje. Sigo moviéndolo en todas las direcciones, adelante, atrás...

Se oyen pasos.

¡Mierda!

Muevo la horquilla, pero se ha quedado atrancada.

—No, no, no —murmuro, nerviosísima.

¿Por qué mi vida siempre tiene que parecer un chiste?

Alguien entra.

¡Joder!

—¿Pequeña patosa?

La voz de Michael me sobresalta. Me giro tratando de tapar el mueble, y por ende la horquilla, y sonrío. Es el gesto más falso de la historia, pero espero despistarlo, no sé..., el vestido que llevo es mono.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, estudiándome con la mirada.

Maldita sea. Es demasiado listo, eso claramente no va a ayudarme.

—Nada —respondo casi interrumpiéndolo, un signo inequívoco de calma y serenidad (y ahora es cuando se oye el ruido de dos grillos en mitad del silencio absoluto)—. Estaba esperando a la secretaria del señor Carter para pedirle... eeh... unos documentos. —Mi voz se vuelve aguda con la última palabra, otra «maravillosa» señal de sinceridad absoluta.

Michael me dedica una media sonrisa maliciosa muy inteligente y, aunque las circunstancias jueguen en mi contra, no puedo evitar fijarme en que muy sexy.

—¿Estabas tratando de forzar ese archivador? —demanda, pero es obvio por esa sonrisa que conoce perfectamente la respuesta.

—¿Forzar? ¿Yo? No.

—Pequeña patosa, tu horquilla sigue en la cerradura.

—Esa horquilla no es mía —niego.

Michael asiente, burlón.

—¿Se puede saber por qué lo has hecho —hace una significativa y socarrona pausa completamente a propósito— o intentado? Nunca he entendido tu mote tan bien como ahora —añade.

No respondo. Mientras no confiese, soy inocente.

Michael clava sus ojos en los míos, inmisericorde. Le mantengo la mirada tratando de resultar, si no intimidante, por lo menos superdigna. Conozco a criminales peores que yo que se han librado por eso. Trump ha llegado a presidente con la misma técnica, y Melania, a esposa de Trump.

Él no dice nada. Aguanto el tirón, aunque empiezan a temblarme las rodillas. Ya sabéis, que parezca un modelo de revista tampoco no es que ayude precisamente, pero, entonces, tomándome completamente por sorpresa, me guiña un ojo y caigo, como mis bragas, con todo el equipo.

—Está bien —me rindo—. Estaba intentando abrir el archivador.

Ya había decidido contarle toda la verdad y supongo que éste es tan buen momento como cualquier otro.

—¿Con una horquilla? —replica, socarrón—. ¿Eres consciente de que ese mueble tiene un sistema de seguridad que incluye una comprobación de huella dactilar y una clave numérica?

—También hay una cerradura —me defiendo.

—Sí, única y exclusivamente para cambiar la batería auxiliar del sistema de seguridad si el principal falla.

Genial. Sarah Rose Holloway, pasante, espía y ladrona de pacotilla.

—Definitivamente, Berkeley tiene que mejorar su asignatura de Robo de guante blanco 101.

En cuanto pronuncio el nombre de mi universidad, Michael cambia de expresión y automáticamente recuerdo que en mi currículum falso pone que estudié en Tennessee.

—Creía que fuiste a Tennessee —apunta, y sé que en esa frase dos cosas son una trampa: el «creía» y ese tono inocente.

Michael me observa leyendo de nuevo en mí y me doy cuenta de que, si antes este momento era tan bueno como cualquier otro para contarle la verdad, ahora es perfecto.

—Michael —pronuncio llena de dudas, pero con la seguridad de que voy a hacer lo que debo—, tengo que explicarte algo...

—Aquí estás, señorita Holloway.

La voz del señor Cohen vuelve a sobresaltarme, pero lo hace de una manera completamente diferente a cómo me he sentido con Michael hace unos minutos. Un mal presentimiento me recorre de pies a cabeza y, de pronto, estoy muy preocupada, todavía más nerviosa y asustada.

—¿En qué puedo ayudarlo, señor Cohen?

El abogado me mira de una manera que hace que se me hiele la sangre.

—¿En serio tienes el valor de preguntarlo?

Lo sabe. Lo sabe todo.

Michael, con la mandíbula tensa, da un paso en su dirección, colocándose a su espalda, protegiéndome, y me siento como una basura.

—Cálmate, Thomas —le ordena Michael.

Cohen sonríe, cínico, y centra su mirada en él.

—No lo sabes, ¿no? —le espeta—. ¿No sabes a lo que se ha estado dedicando tu pasante favorita?

—Señor Cohen, por favor, no —le pido, saliendo del cobijo de Michael y avanzando hacia él.

Tengo que ser yo quien se lo cuente o sé que nunca me perdonará.

—Es una espía de Fordbrader —suelta Cohen, señalándome con desdén—. La ha enviado aquí para obtener cualquier información que pueda desprestigiarnos; sobre todo, a ti.

Cierro los ojos, mortificada, pero llego a ver cómo el cuerpo de Michael se tensa lo indecible, cómo sus músculos, de repente, parecen cargar con una presión de doscientos kilos.

—¿Qué? —ruge en un murmullo increíblemente intimidante que siento en cada hueso de mi cuerpo—. Tienes que estar equivocado.

—Me lo ha confirmado mi contacto en el Colegio de Abogados. Trabajaba en el bufete de Fordbrader, Higgins y Beck, para Higgins. Mason aprovechó que la despidieron para ofrecerle infiltrarse aquí. Todo su currículum es falso. Ni siquiera estudió en Tennessee o Brown. Fue a...

—Berkeley —lo interrumpe Michael, y el alma, sencillamente, se me cae a los pies, porque eso significa que acaba de comprender que Cohen no se equivoca y todo es cierto.

—Michael, por favor, deja que te lo explique —le ruego, moviéndome de prisa hasta situarme frente a él.

En el instante en el que pronuncio su nombre de pila, Cohen me mira de una manera de lo más significativa, pero no me importa. Sólo quiero que Michael entienda por qué lo hice.

—Sé que suena a locura, pero se suponía que espíandolos hacía lo correcto —comienzo a justificarme a toda velocidad—. Fordbrader está a punto de descubrir una red de corrupción en Nueva York y piensa que este bufete es el centro de todo. Por eso me envió aquí.

Michael suelta una sonrisa sardónica y molesta, ahogada en un fugaz y decepcionado suspiro, y, sin mirar atrás, se dirige a su despacho. No quiere oír más, pero yo no lo dudo y lo sigo. Sus grandes y rápidas zancadas me lo ponen complicado, pero no desisto.

—Mason Fordbrader es un abogado increíble —continúo sin detenerme. Tiene que entenderlo—. Sólo quiere acabar con la corrupción, como tú. Conseguir que el sistema vuelva a ser justo y honrado. Si lo conocieras...

—Tú —gruñe, frenándose en seco y girándose en mitad del pasillo. Su movimiento me pilló por sorpresa y me detiene por inercia a escasos metros de él— no tienes ni puta idea de lo que estás hablando.

Sus palabras y, sobre todo, la manera en la que me mira me dejan con los pies clavados al suelo. Mantenemos nuestras miradas conectadas y puedo ver un dolor sordo, grande, profundo, apoderarse de sus ojos turquesa, apoderarse de él.

—Lárgate —me ordena con una rabia y un dolor casi infinitos—. No quiero volver a verte nunca.

Siento físicamente cómo mi corazón se parte en millones de pedazos. Lo contemplo observarme un segundo más, marcharse. El dolor ha adquirido una forma, un color. Lo estoy viendo alejarse de mí. Lo estoy perdiendo.

—Nunca le he contado al señor Fordbrader nada sobre ti —digo desesperada, con las lágrimas anegándome los ojos. Necesito que me crea—. Ni siquiera entendía por qué, pero confiaba en ti.

Ahora es mi voz la que lo frena junto a su puerta. Con la mirada al frente, da una bocanada de aire tratando de mantener el control, que esto deje de enfadarlo, de herirlo.

—Mason Fordbrader es el padre de Elisabeth —sentencia—. Es él quien me ha quitado a mi hija.

Dos frases, dieciséis palabras que tambalean todo mi mundo hasta atravesarlo, hasta dejarme sin aliento. De pronto, todo encaja. La obsesión de Elliweather, y por lo tanto de Fordbrader, al fin y al cabo trabajaba para él, con Michael y sólo con Michael, y que no encontrara una sola prueba en su contra, porque sencillamente no las había. Michael siempre ha sido inocente y yo, una completa idiota que se dejó engañar. Fordbrader utilizó cuánto lo admiraba en mi contra. Soy una estúpida.

Michael entra en su despacho sin mirar atrás y soy incapaz de pronunciar palabra. Tengo las mejillas llenas de lágrimas y el corazón destrozado.

Lo he perdido.

* * *

Me arrastro hasta mi mesa, hasta el metro con mis cosas en una caja de cartón. Soy incapaz de dejar de llorar. ¿Cómo he podido ser tan boba? Tendría que haberme dado cuenta de que estaban jugando conmigo, porque algo no encajaba.

Fordbrader le quitó a su hija y yo, sin saberlo, he estado de su lado.

«No te martirices. Fdo.: La voz de tu conciencia.»

«No me merezco que me hagan sentir mejor. Fdo.: La idiota más fácil de engañar de todo el condenado universo.»

Resoplo tratando de contener un nuevo sollozo y entro en casa de Spencer. En realidad, sólo he venido a recoger mis pertenencias. Por razones obvias, pienso volver a mi apartamento, me da igual cómo esté. Seguir en esta casa me parece mezquino.

—¡Buenas noticias! —grita Lexie saliendo a mi encuentro en mitad del gigantesco vestíbulo—. Nuestro apartamento está listo. Podemos volver cuando queramos, aunque, ahora que lo pienso —recapacita—, no sé si son buenas noticias. Nuestro piso no tiene jardín.

Asiento sin mucho ánimo; aunque hubiese tenido que regresar con manguitos, lo habría hecho esta noche.

—Genial —respondo con la misma desgana, dirigiéndome a las escaleras—. Prepararé las maletas.

—Espera —me detiene Lexie—, ¿estás bien? ¿Éstas son tus cosas? —añade antes de dejarme responder al reparar en la caja que llevo entre las manos.

—Me han despedido.

Opto por la verdad que traerá menos preguntas consigo.

—¿Qué?

Mi amiga me mira realmente confusa y realmente cabreada, una combinación explosiva. Hay imperios que han caído por menos.

—¿Cómo es posible que te hayan despedido? Michael es tu jefe.

—No ha sido él —contesto en un golpe de voz.

—Entonces, ¿quién?

—Lexie, no quiero hablar de eso —me lamento, a punto de echarme a llorar otra vez.

—Precisamente por eso —me interrumpe—. Mírate, puede que no quieras hablar, pero es más que obvio que lo necesitas.

No quiero, de verdad, pero algo dentro de mí parece estallar de nuevo. Un sollozo corta mi respiración y el llanto regresa. Nunca me lo voy a perdonar.

Después de contarle toda la historia y de que Lexie me pegue al menos cinco pellizcos por no haberme dado cuenta de lo que pretendía Fordbrader, me da un auténtico abrazo y me recuerda que, a veces, es complicado dudar de las personas en las que creemos y, por primera vez desde que toda esta horrible situación empezó, creo que me siento un poco mejor.

Recogemos nuestros trastos en tiempo récord y regresamos a nuestro apartamento. Llamo a Alex y también le cuento todo lo ocurrido. Quiero que lo sepa por mí y que no se entere por un cotilleo en el bufete. Por un momento, pienso que va a decirme que no quiere saber nada más de mí, al fin y al cabo, a ella también la engañé, pero, después de reprocharme que no fuera sincera y sí demasiado confiada con alguien como Fordbrader, al que, en realidad, ni siquiera conocía de verdad, me deja clarísimo que somos amigas, que eso no va a cambiar y que en diez minutos estará en nuestro piso para ahogar las penas en cerveza y helado.

A las tres de la mañana, con Lexie y Alex dormidas en mi cama —vestidas, ¿adivináis cómo? Efectivamente, de Blancanieves—, dos botes de helado terminados sobre mi mesita y una docena de botellas de cerveza vacías, estoy despierta, sentada en el suelo de la habitación, observando la noche de Manhattan desde mi ventana. He llamado a Michael, pero no ha respondido, y algo dentro de mí sabe que da igual cuánto insista, no va a hacerlo.

Me equivoqué, lo traicioné. «Tú iluminas mi maldito mundo, Sarah.» Me ha dicho esa frase hace sólo unas horas. Una lágrima se estrella, silenciosa, contra la raída tarima. Lo he perdido y duele demasiado.

Sin embargo, a la mañana siguiente me doy cuenta de que tengo dos opciones: comer helado hasta morir o levantarme y recuperar el rumbo de mi vida. Salgo de la cama y me doy una ducha.

Me pongo una camiseta horrible de la victoria de los Yankees del '96, que no entiendo por qué aún no he tirado, me recojo el pelo de cualquier manera y me dispongo a bajar a por el correo, a la tienda del señor Wang Su a por algo comestible (y sano) y, de vuelta, a mirar ofertas de trabajo en Internet. Me niego a convertirme en una desgraciada integral.

Me cruzo con tres vecinos que no conozco de nada, creo que viven justo abajo, y llego al vestíbulo del edificio. Abro el diminuto cajetín de color bronce y saco un puñado de cartas. La mayoría de ellas son publicidad, un par de facturas que no sé cómo podré pagar, una carta para Lexie y, ahí está, el último, un sobre con el membrete de Cohen, Carter y Stearling. La respiración se me corta de golpe y los siguientes segundos miro la correspondencia como si fuera una bomba de relojería.

Creo que necesito aire, así que, con mis pintas y las cartas, cruzo el portal y me siento en el primer escalón de los siete que separan mi edificio de la 177 Oeste.

Me armo de valor y, al fin, rasgo el lateral del sobre y saco un folio perfectamente plegado. Al desdoblarlo, toda la esperanza que sin darme cuenta se había acumulado en el centro de mi pecho, desaparece. No sé qué esperaba encontrar... Bueno, sí lo sé, quería desesperadamente que fuera una carta de Michael, pero, en lugar de eso, sólo tengo cuatro líneas de Amanda Reeves, en calidad de responsable de pasantes de la firma de abogados. Me informa de que me despiden con efecto inmediato y permanente y sin derecho a indemnización por mentir respecto a mi formación académica y experiencia laboral. Han elegido el motivo que mejor nos deja a todos: yo no quedo como una espía rastreadora ni ellos como unos idiotas a los que un bufete rival se les coló hasta la cocina.

Mezclo el papel con el resto de las cartas y trago saliva. Esta carta es la prueba oficial de que se acabó.

Voy a levantarme, volver a subir y deprimirme, lo de reemprender mi vida queda pospuesto hasta mañana, cuando una elegante berlina negra, deteniéndose frente a mi edificio, me distrae.

—Señor Fordbrader —murmuro, absolutamente atónita, al tiempo que me incorporo y bajo un escalón más.

Él me observa desde la altivez que le proporciona su impasible chófer, su atuendo, su historia y hasta el propio coche. Es curioso, Michael, rodeado de todo eso, seguía pareciendo un rebelde indomable, alguien auténtico. Fordbrader sólo es un hombre poderoso más que, con toda probabilidad, ha pisado a demasiada gente para estar ahí. Qué ciega he estado.

—Sarah, debemos hablar.

En una mísera décima de segundo recuerdo a Birdie, a Michael y, sobre todo, lo que quería ser.

—¿Cómo se ha atrevido a venir hasta aquí? —le escupo.

—He oído lo que ocurrió ayer en Cohen, Carter y Stearling.

—Por qué será que no me sorprende —protesto, cínica.

—Sarah, escúchame... —me pide, avanzando hacia mí.

—No —lo interrumpo bajando un peldaño más, aunque sigo conservando una posición más alta

—, no tengo nada que escuchar. Me ha utilizado. No le importa la corrupción ni la justicia. Sólo quería asegurarse de acabar con Michael como abogado y también como padre de Birdie.

Ese nombre significa que lo sé todo y Fordbrader es consciente de ello, porque deja de mirarme con esa suave condescendencia de ídolo que observa a su ingenua seguidora desde su pedestal para, por primera vez desde que nos conocimos, tomarme en serio. La forma en la que me miraba también era algo que debería haberme hecho sospechar.

—Tengo mis motivos —responde.

—Y son tan mezquinos como el fin que pretendía conseguir.

Fordbrader resopla suavemente, sin perder la compostura.

—Elisabeth es mi hija —sentencia.

—Como Birdie es la de Michael. No tiene ningún derecho a alejarla de él.

Creo que esta conversación marca un antes y un después, y no lo digo por mí. Mason Fordbrader es un cerdo egoísta y nada me haría cambiar de opinión; lo cambia para él, porque acaba de comprender que ha perdido sus cartas respecto a mí y que no hay ninguna posibilidad de que vuelva a jugar conmigo.

—Aún trabajas para mí —me recuerda—, y te quiero como asistente en el juicio contra Michael Stearling.

—Yo ya no tengo trabajo —replico, insolente—. Me han despedido. Creía que lo sabía.

—Estoy dispuesto a ofrecerte un empleo..., brindarte una plataforma desde donde puedas hacer un mundo mejor, como sé que quieres, Sarah.

Resoplo y pierdo mi vista calle arriba. No es más que palabrería barata. Busca tocar las teclas que sabe que me afectarán.

—No es honesto, ni justo, ni bueno. No tiene ni idea de lo que significa hacer un mundo mejor y lo último que quiero es trabajar para alguien como usted —afirmo sin un solo gramo de duda o arrepentimiento.

Él me mantiene la mirada.

—Todo lo del espionaje industrial y tu relación... *personal* —hace un dañino hincapié en esa última palabra tras un instante de silencio completamente premeditado— con Stearling saldrá a la luz. Plantéate cuántos bufetes estarán dispuestos a darte un empleo entonces.

No contesto. Sé que tiene razón, pero aguanto el tirón.

Mason Fordbrader me estudia un segundo más y, por fin, decide marcharse.

—Prepárate para recibir una citación como testigo —me advierte antes de volver a entrar en el coche.

No respondo. No se lo merece.

Regreso a mi apartamento con la mente embotada y aún más ganas de meterme en la cama y desaparecer de la faz de la tierra.

Esa noche promete ser el mismo desastre que la anterior. No consigo dormir y, conforme las horas pasan en el reloj y las luces de la ciudad van tomando la noche, empiezo a pensar, a

recordar, a notar sus manos en mi piel como si estuviera a mi lado y, con los recuerdos, llegan las ganas peligrosas, sentir que necesito escuchar su voz o voy a volverme loca.

Cojo el teléfono y, en mi habitación a oscuras, de nuevo sentada en el suelo, su nombre en la pantalla me ilumina y, por un temerario segundo, tengo la sensación de que, incluso en la distancia, puede calentarme por dentro a mí.

Dos tonos. Contesta. Mi corazón se detiene.

—Michael —pronuncio ante su silencio.

Un segundo, dos, tres. «Habla, por favor. Di algo.»

—¿Qué quieres, Sarah?

Nicotina, heroína, morfina, ¿recordáis esa canción de Camila Cabello?, pues me siento exactamente así. Por fin puedo volver a respirar.

—Sólo quería que habláramos.

—Nosotros no tenemos nada de que hablar.

—Por favor, tienes que creerme —le suplico, y ni siquiera me importa mostrarme vulnerable delante de él. No me importó cuando me topé con Jeremy en la discoteca y él me ayudó a huir y no me importa ahora. Con Michael ese sentimiento no me asusta—. Nunca le conté a Fordbrader nada de ti.

—Te creo, Sarah.

—¿Entonces? —pregunto, esperanzada.

—Entonces, ¿qué? —replica con la voz endurecida.

—Podemos volver a intentarlo.

—Sarah...

—Estar juntos —añado, y una sonrisa enorme se dibuja en mis labios.

—Sarah —repite.

—¿Qué? ¿Qué ocurre? —inquiero feliz, porque sé que, sea lo que sea, podemos superarlo—. ¿Cuál es el problema?

—Duele —dice, y esa única palabra vuelve a robarme el aliento—. Me duele recordar lo que ocurrió. Me duele hablar contigo, de ti, esta conversación. Me dueles tú.

—Michael —murmuro con la voz llena de lágrimas.

—No puedo con esto —me interrumpe—. Nos hemos perdido, pequeña —pronuncia con la voz llena de tristeza, de rabia, luchando porque todo su autocontrol gane la partida. Mi apodo en sus labios toca mi corazón y el millón de pedazos se hacen todavía más pequeños—, y, cuanto antes lo entiendas, será mejor para los dos.

—¿Ya no quieres estar conmigo?

—Yo voy a querer estar contigo hasta el día que me muera, pero no puedo.

No dice nada más y cuelga.

Trago saliva y las lágrimas empiezan a rodar en silencio.

—Yo también voy a quererte para siempre —susurro.

Dejo caer el móvil contra el suelo y me llevo las palmas de las manos a los ojos. Nunca, nada, dolerá más.

Ya no suena ninguna canción.

* * *

El día del juicio llega un mes después y no sé si estoy asustada, nerviosa o simplemente aliviada de que por fin ya esté aquí, pasarlo y poder seguir adelante con mi vida.

Siendo sincera, esa idea tan elaborada es sólo el cinco por ciento de lo que verdaderamente me pasa. Lo que me remueve por dentro e hizo que anoche ni siquiera pudiese dormir es el hecho de que, para bien o para mal, hoy volveré a ver a Michael. La primera vez desde esa llamada telefónica en la que usamos pocas palabras, pero nos dijimos demasiadas cosas.

Me pongo un vestido gris, sobrio y elegante, el que elegí para presentarme a mi primera entrevista en un bufete. Me dejo el pelo suelto y me maquillo de una manera muy suave, casi imperceptible. Hoy quiero ser yo. Sin artificios.

El edificio de los juzgados de Nueva York siempre me ha parecido imponente, con sus escalinatas y ese frontón de columnas imitando los templos griegos. De pequeña creía que la justicia vivía ahí dentro literalmente, y me parecía un lugar a medio camino entre lo mágico y lo sagrado, aunque no entendiese muy bien esa última palabra. Para mí era algo así como un unicornio con el don de la sabiduría. Con los años todo se fue perfilando en la dirección correcta. Ahora sólo espero no haber dejado de creer.

Me presento con diez minutos de adelanto y el alguacil me indica dónde esperar. Aún me estoy acomodando en el banco cuando Ross Elliweather aparece ante mí. Lo miro con el ceño fruncido. Trabaja para una de las partes del juicio en el que debo declarar, ¿qué demonios hace aquí? No obstante, con la misma rapidez que ese pensamiento cruza mi mente, otro lo hace todavía más rauda: esto es sólo una muestra más de los atajos que puedes tomar en el sistema si tienes poder.

—No puedes estar aquí —le recuerdo—. Márchate.

Elliweather sonrío con cierta ironía, diciéndome sin palabras que sigo sin entender cómo funciona este juego. Puede que tenga razón, pero prefiero mil veces ser así a un corrupto como él.

—El señor Fordbrader quiere que sepas que todavía estás a tiempo de conservar tu empleo. Sólo tienes que declarar a nuestro favor en este juicio.

Siento náuseas.

—¿Eres consciente de lo que dices? —planteo, incisiva.

Mi pregunta, por un momento, lo deja fuera de juego y eso me demuestra que, aparte de miserable, es un estúpido.

—Me refiero a si te parece un trabajo digno venir y ofrecerme cometer perjurio en el mismísimo pasillo de los juzgados del estado de Nueva York sólo para que tu jefe aleje a una niña de cuatro años de su padre.

Elliweather baja la cabeza, pero rápidamente vuelve a alzarla, embadurnado de una seguridad que realmente no siente. Sólo es pose, nada más.

—¿Aceptas el trato? —inquire con desdén.

—Claro que no.

—Se sabrá todo —me amenaza.

—Francamente, eso espero —sentencio, poniéndome de pie, colocándome de nuevo el bolso y echando a andar—, y que toda la basura como Fordbrader y como tú acabéis donde os merecéis.

He terminado con este soberano gilipollas.

—Señorita Holloway —me llama el alguacil—, su turno.

Entro en la sala con la fuerza renovada, nerviosa pero sabiendo que es aquí donde debo estar. No he dejado de creer. Lo sé.

Hasta el último asiento está ocupado. Este juicio ha levantado mucha expectación y lo entiendo: Fordbrader y sus socios tratando de hundir a un bufete igualmente importante.

A cada paso que doy, mi inquietud aumenta. La gente, la atmósfera, los cuchicheos..., pero entonces alzo la cabeza y lo veo y todo, simplemente, se esfuma. Michael sólo necesita un segundo para atrapar mi mirada y entre los dos la electricidad vuelve a crecer tan rápido que asusta.

Lo echo de menos como una idiota y lo quiero como una idiota.

Él aprieta la mandíbula como si acabase de pensar lo mismo que yo y le doliese lo mismo que a mí.

Podemos arreglarlo. Sé que podemos. Pero entonces me doy cuenta de que otra vez sólo estoy subiendo muy alto para volver a caer, porque Michael clava su vista al frente, alejándose de nuevo de él.

Ocupo mi sitio en el estrado. Lucho por no mirarlo, por contener las lágrimas, pero siento cómo sus ojos incendian mi piel en cada lugar que se posan.

Las primeras preguntas son fáciles —«su nombre», «a qué se dedica actualmente», «cómo conoció al señor Stearling»—, pero después todo empieza a complicarse. El abogado de Fordbrader trata de arrinconarme, planteando cuestiones sobre Michael y esa posible corrupción. Les da vueltas a situaciones, como la reunión con la coordinadora jefe de planificación urbana del distrito metropolitano de Manhattan, haciéndolo parecer algo sucio. Mason Fordbrader está aquí, observándolo todo, y siento asco de haberlo admirado alguna vez.

Con cada contestación definiendo a Michael, porque es lo justo, pero Fordbrader lo tiene muy fácil y mi credibilidad y mi carrera se destruyen con la pregunta «¿Mantuvo una relación con el señor Stearling cuando éste, en teoría, era su jefe y usted debía investigarlo?». A partir de ese momento, todo el interrogatorio se centra en si lo he hecho otras veces o si nuestra relación sentimental fue mi objetivo desde el principio, y si hoy sólo busco protegerlo porque aún estoy enamorada de él.

No necesito verlo para saber que todas estas preguntas también le duelen a él. Lo que tuvimos, independientemente de cómo haya acabado, fue auténtico y nos llenó a los dos.

La abogada de Michael sólo me plantea una cuestión: «¿Vio usted al señor Stearling cometer o preparándose para cometer algún acto susceptible de corrupción?». Respondo un claro y contundente «No» y miro a los ojos a Mason Fordbrader mientras lo hago, pero, aun así, sé que no ha valido de nada. Sólo soy la pasante que se acostó con el jefe al que espiaba.

Tras acabar mi testimonio, el juez ordena un receso. Salgo de la sala con una sensación extraña e incómoda en el cuerpo, como si de pronto hubiese caído enferma. He perdido a Michael. He perdido mi carrera. Ya no me queda nada.

Atravieso el vestíbulo de los juzgados despacio, intentando sentirme como lo hacía cuando era una cría. La fe, la justicia... Veía magia en este sitio y puedo haber perdido muchas cosas, pero no puedo permitir que nadie me arrebatase eso.

Bajo las inmensas escalinatas tratando de concentrarme en esa idea cuando lo veo, al final de las escaleras, apoyado en la barandilla. Michael siempre será de esos hombres que llaman la atención de cualquier mujer en cualquier circunstancia. No son los trajes ni el ser un alto ejecutivo, ni siquiera el ser guapo, es él.

Una parte de mí quiere detenerse, pedirle que hablemos, pero otra aún mayor sabe que tengo que poner el freno, mejor dicho, parar. Michael tomó su decisión y yo tengo que empezar a ser consecuente con las mías.

Así que hago lo que una chica valiente haría: finjo ser inmune a él, a todo lo que me hace sentir, y continúo caminando.

—No voy a darte las gracias —me dice al pasar junto a él.

—Tranquilo, no las esperaba —contesto mirándolo a los ojos, tragándome las lágrimas, deteniéndome un solo segundo antes de seguir avanzando—. Yo ya no espero nada de nadie.

Estoy bajando el último escalón cuando un ruido sordo me distrae y me giro justo a tiempo de ver a Mason Fordbrader caer contra el suelo. Michael acaba de tumbarlo de un puñetazo.

—Esto es por haber jugado con ella —ruge Michael, inclinándose sobre él— y haberte aprovechado de que creía en ti. Voy a recuperar a mi hija porque no quiero que vuelva a estar cerca de una escoria como tú.

Cuando se incorpora, nuestras miradas vuelven a encontrarse y todo lo que somos nosotros, por un ínfimo segundo, se recompone —la electricidad, las mariposas, el rebelde sin causa y la chica con fe en el mundo—, pero los dos sabemos que será sólo este instante, porque ya no nos queda más que despedirnos.

—Adiós, Michael —digo.

Mi corazón comienza a latir descontrolado.

—Adiós, Sarah —responde.

No alargó más el momento. Giro sobre mis tacones y, paso a paso, me alejo de él.

Pienso en el edificio de los juzgados, en ese unicornio tan sabio, en mí. Mi vida es mía. Basta de pensar que depende de otras personas, de Michael, de mi ex, de mi madre, que mi vida me

llene. Mi vida es mía y, si no me gusta, ya va siendo hora de que haga algo por arreglarla. Me seco las lágrimas y me obligo a sonreír. Llorar también se acabó.

* * *

—Vamos a pintar el apartamento —anuncio irrumpiendo en el piso.

Lexie me mira extrañada un segundo justo antes de dar una palmada y levantarse de un salto.

—Pintémoslo de violeta —propone—, como el piso de Monica y Rachel en «Friends».

Lo medito un instante.

—Pintemos tu habitación de violeta —contraoferto.

Ahora es ella quien lo piensa y acaba sonriendo, encantada. Le devuelvo el gesto y me dirijo flechada a mi cuarto, dispuesta a cambiarme de ropa y salir a comprar pintura, brochas y todo lo que necesitamos.

—Observo que el juicio ha ido bien —comenta Lexie, perspicaz, parándose bajo el marco de la puerta de mi dormitorio.

Me deshago del vestido y me pongo unos vaqueros.

—Mi testimonio en el juicio ha ido como estaba claro que acabaría yendo —respondo sin lamentos—, pero esto no tiene nada que ver con lo que ha pasado esta mañana ni con Michael. Tiene que ver conmigo —añado con una convicción absoluta—; bueno, en este aspecto en particular, con nosotras. Siempre nos estamos quejando de esta casa, así que ya va siendo hora de convertirla en un lugar... —busco la palabra adecuada— alucinante.

Lexie asiente y la sonrisa vuelve a sus labios.

—Molón —añade.

—Espectacular.

—Maravilloso.

—Nuestro —sentencio.

Mi amiga vuelve a asentir, con más ímpetu esta vez.

«Nuestro», repito en mi cabeza. «Nuestro hogar.»

Tardamos unos diez días en dejar el apartamento a nuestro gusto. Compramos pintura de cuatro colores distintos, nos recorremos unos diez mercadillos buscando gangas bonitas y pierdo la cuenta del número de programas de decoración que nos tragamos por la tele por cable, pero el resultado merece la pena.

Aun así, no lo dejo ahí.

Este edificio está lleno de gente y ni siquiera podría decir el nombre de un solo vecino. Puede que sea el norte del norte del norte del norte (y, con toda probabilidad, me faltarían quince nortes más), pero es el lugar en el que vivo y es tan bueno como cualquier otro. Por ello, un sábado cualquiera, no lo dudo, cojo nuestra pequeña mesa redonda de comedor y la bajo al vestíbulo,

llamando a todas las puertas que me encuentro en mi camino y anunciando mi plan: vamos a cenar todos juntos para hacer más vida en comunidad y conocernos mejor.

Lexie me sigue, perpleja. Cualquier otra persona lo habría hecho pensando que he perdido un tornillo, pero ella lo hace expectante; por eso es mi mejor amiga y por eso la quiero.

—¿De verdad vamos a comer con todos los vecinos aquí? —pregunta con una sonrisa cuando por fin puedo dejar la mesa en el suelo del vestíbulo; pesaba más de lo que creía y han sido cuatro plantas.

—Sí —respondo con la voz jadeante.

—Qué europeo.

—Tenemos que bajar sillas y comida —añado.

Ella asiente muy convencida, pero entonces me doy cuenta de que nadie nos ha seguido. Pasa un largo minuto y otro más y otro... y empiezo a pensar que, quizá, me he precipitado, que tal vez no soy la única que ni siquiera conoce el nombre de su vecino de abajo y todos estén contentos así, pero, entonces, en el cuarto minuto, oigo un ruido, luego otro, voces. Sonrío y veo a muchos de mis vecinos alcanzar el vestíbulo con sus propias mesas, con sillas y comida, sonriendo también y charlando. Incluso uno de ellos ha bajado unos altavoces conectados a un móvil, desde el que suena *Polaroid*, de Jonas Blue, Liam Payne y Lennon Stella.

Lexie y yo, que los observamos llegar y colocarse, dejamos de hacerlo un momento, nos miramos y las dos sonreímos.

—Bien hecho —me dice.

Mi gesto se ensancha, orgullosa.

Esta vida me gusta mucho más.

* * *

Siguiendo con mi propia revolución vital, trato de encontrar trabajo. Desgraciadamente, todos los bufetes parecen saber lo del espionaje y cómo al final traicioné a Fordbrader en el juicio poniéndome del lado de Cohen, Carter y Stearling. Sin embargo, lo que más juega en mi contra es que me acostara con el jefe al que supuestamente investigaba. Aun así, no me rindo. Pienso en lo que quiero hacer, en por qué me hice abogada, y me doy cuenta de que no necesito ninguna firma de renombre en un rascacielos de acero y metal para conseguirlo. Me incorporo al servicio jurídico de Ayuda legal, una oenegé que ofrece servicios legales de forma gratuita a las personas que, debido a sus escasos o nulos recursos, no pueden hacer frente a los gastos que supone tener un abogado. Lógicamente el sueldo es tan pequeño que es casi imperceptible, pero lo compenso trabajando en una cafetería.

Lo más curioso de todo es que... ¿Sabéis quién trabaja en sus horas libres en Ayuda legal? Amanda Reeves. Sigo teniéndole un poco de miedo, pero el hecho de que, después de matarse

sesenta horas semanales en el bufete, venga a ayudar aquí hace que le tenga un profundo respeto (y me recuerde un poco más a la Julia Roberts de *Erin Brockovich*).

—¿Así que estás aquí, pequeña patosa? —dice mi hermana Monica, saliendo al patio trasero de la casa de mis padres.

Estoy sentada en el escalón que lo separa del cuidado jardín, con los brazos cruzados sobre mis rodillas y una Coca-Cola en la mano.

Sonrío para compensar que oír ese mote ha hecho renacer las mariposas en mi estómago y después se han ido volando a una persona más feliz.

—Mamá quiere que te llesves el táper con lo que ha sobrado de lasaña vegana —comenta, sentándose junto a mí.

Asiento. Para estar hecha con una cosa llamada tofu estaba bastante buena.

—¿Cuándo tienes que entrar en la cafetería? —me pregunta.

—Hoy libro.

La noche es de un precioso color azul oscuro y las estrellas brillan con mucha intensidad. Siempre he pensado que en Brooklyn el cielo es especial, como si estuviera más predispuesto a contar historias bonitas.

—¿Te gusta trabajar allí?

—¿Te has aliado con mamá para tratar de convencerme de que estoy desperdiciando mi vida?

No lo hemos hablado directamente, pero imagino que a mi madre no le hace la más mínima gracia que ejerza de abogada en una oenegé y que trabaje en una cafetería por el salario mínimo. «Fuiste a Berkeley, Sarah, y a la Escuela de Derecho de la Universidad de Nueva York...»

Mi hermana me mira como si me hubiese salido una segunda cabeza.

—¿Quién dice que estás desperdiciando tu vida?

—Trabajo en Ayuda legal. No voy a ser una gran abogada de prestigio.

—¿Y?

—Que no llevaré grandes casos ni seré una de esas letradas a las que invitan a la gala del MET —añado grandilocuente.

La gala del MET siempre me ha parecido curiosa, bonita y terrorífica a la vez, como una peli de miedo con gente muy guapa.

—¿Tú quieres ser una gran abogada que lleve casos importantes y la inviten a la gala del MET? —replica.

Me encojo de hombros por respuesta, pero lo cierto es que no tengo dudas.

—No —contesto—. No estudié derecho por esos motivos.

—Entonces, ¿por qué crees que es lo que esperamos de ti?

—Porque...

Veloz, voy a responder, pero entonces me doy cuenta de que no tengo la más remota idea de cómo continuar.

—Mamá siempre ha querido que nosotras... —empiezo a decir a trompicones.

—Estemos orgullosas de lo que hacemos —completa la frase por mí.

La observo sin saber siquiera qué pensar y tengo una especie de revelación.

—¿Y por qué es tan dura? —planteo al fin.

—Porque algunas personas lo son, Sarah, pero eso no significa que no nos quiera.

Monica me estudia con la mirada.

—Dios mío, pequeña patosa —afirma, alucinada—, piensas que mamá no te quiere.

—Yo...

—¡Sarah! —se queja.

—¡No me grites!

—Contéstame —me arrincona.

—No lo sé —protesto, enfurruñada.

Santo cielo, ella debería haberse hecho abogada.

—¡Mamá! —grita.

¡¿Qué?! ¡No!

—¡Monica!

—¿Qué? —me rebate como si no hubiese ningún problema.

—¡Para!

—¡No! Esto hay que arreglarlo ahora mismo —afirma—. ¡Mamá!

—¡Para ya! —me quejo por enésima vez—. Aquí no hay nada que arreglar, maldita chiflada controladora.

Mi hermana me da un pellizco en el hombro por tan cariñoso epíteto y yo me lamento, quejica.

—¿Qué os pasa? —inquieta mi madre con su habitual tono profesionalmente neutro saliendo al jardín.

Monica y yo nos callamos de golpe y ambas la observamos caminar hasta colocarse frente a nosotras.

—La pequeña patosa cree que no la quieres —suelta mi hermana sin el más mínimo remordimiento.

—¡Monica! —protesto por vez número... ni idea, ya he perdido la cuenta.

Mi madre frunce el ceño, sopesando sus palabras.

—Cree que no lo haces porque la consideras una fracasada de la que no te sientes orgullosa —continúa.

—Yo no he dicho eso —me defiendo.

—Sí lo has dicho —replica, girándose hacia mí; aún estamos sentadas—. No te echés atrás ahora.

—No me estoy echando atrás porque nunca me he echado hacia delante —le reprocho.

—Cobarde.

—Metomentodo.

—Parad —interviene mi madre y, aunque las dos nos fulminamos con la mirada, guardamos

silencio—. ¿Es verdad, Sarah? —demanda—. ¿Piensas que no te quiero?

—No —me apresuro a responder, pero, en el momento en el que pronuncio esa única palabra, dudo... un poco, y las dos se dan cuenta. Supongo que toca ser sincera—. Sé que me quieres, pero tengo la sensación de que lo haces por obligación, y tú también —añado, señalando suavemente a Monica con la mano—, porque soy vuestra hija y hermana, pero siempre os he decepcionado.

Monica me contempla boquiabierta y mi madre, estudiándome. Yo agacho la cabeza y trago saliva, mortificada. Sin embargo, curiosamente, también tengo la sensación de que, para bien o para mal, me he quitado un peso de encima. Estoy luchando por cambiar las cosas que no me gustan en mi vida y, cómo me siento respecto a mi familia, es una de ellas.

—Sarah... —empieza a decir mi hermana.

Mi madre la frena alzando una mano.

—¿Y por qué crees que nos decepcionas? —me pregunta a mí.

—Porque siempre me estáis diciendo que no hago las cosas bien. Cuestionáis todas mis decisiones y me reñís por ellas como si fuera una adolescente —contesto, mirándolas alternativamente a las dos—. Soy una adulta y tenéis que respetarme.

—¿Crees que tú te respetas a ti misma?

Lo pienso un instante. Siendo sinceras, antes habría tenido mis dudas, pero ahora no.

—Sí.

Mi madre asiente.

—Sarah Holloway —pronuncia—, ese «sí» es lo que más tiene que importarte y la única cosa que nunca tienes que olvidar, porque debe estar por encima de todo.

La miro y la comprendo de verdad, de corazón.

—Es el mejor consejo que te pueden dar —añade Monica.

A ella también la miro y entiendo que tienen razón. También, sin quererlo, comprendo, y no puedo evitar que una tenue sonrisa se cuele en mis labios al pensar en él, que es lo mismo que me dijo Michael en la sala de conferencias del bufete cuando intentó consolarme, a su manera, después de que acabase llorando por una llamada de mi madre.

—Eso es lo que siempre he intentado enseñaros —continúa mi madre. Yo le mantengo la mirada—. Y es precisamente porque te quiero, y lo más importante para mí, para tu familia, es que seas feliz.

—Yo, además, también hago todo eso —argumenta Monica alargando las vocales al tiempo que mueve la mano en un círculo gigante frente a ella, simulando rodear toda esta situación— para torturarte. Soy tu hermana mayor, viniste al mundo para ese fin —añade con una sonrisa.

—Entonces, ¿estáis orgullosas de mí? —inquiero, completamente descolocada.

—Fuiste valiente al dejar a tu exmarido después de lo que pasó sin recriminarle ni exigirle nada porque no permitiste que el rencor jugara un papel. Lo fuiste aún más al decirle a tu jefe lo que pensabas y, aunque saliera mal, al aceptar el trabajo para Fordbrader, poniendo en peligro tu carrera porque creíste que era lo correcto.

—Además —toma el relevo Monica—, cuando tuviste que enfrentarte al propio Fordbrader, elegiste ser fiel a ti misma y seguir creyendo en la justicia. Eres una tía increíble, hermanita.

Involuntariamente, una sonrisa se cuela en mis labios y rápidamente se propaga por todo mi cuerpo, llenándome de una burbujeante felicidad.

—Te queremos, Sarah —sentencia mi madre con una sonrisa.

Asiento, saboreando el momento, y Monica se abalanza sobre mí, abrazándome.

—Te queremos, pequeña patosa valiente.

—Y yo a vosotras —respondo, disfrutando de ese abrazo.

—Dame esa Coca-Cola —me ordena, incorporándose, robándomela antes de que pueda decir nada al respecto—. Me la he ganado. Soy una hermana mayor alucinante.

Mi sonrisa se ensancha. Hoy no pienso negárselo.

¿Lo entendéis ahora? El cielo de Brooklyn es especial.

* * *

Un viernes cualquiera, estoy haciendo mi turno en la cafetería. Son casi las once y todo el jaleo de las cenas ha terminado. Sólo hay un par de rezagados, así que aprovecho para recargar las cámaras, secar los vasos y servir una nueva ronda de café.

La campanita suena y dos mujeres más o menos de mi edad entran riendo y charlando entre ellas. Mientras toman asiento, cojo dos cartas de la barra y me acerco a su mesa.

—Buenas noches, chicas —las saludo, entregándoles los menús para luego sacar mi libretita de comandas y mi lápiz del bolsillo del mandil—. ¿Queréis cenar?

—Sí —responde una de ellas—, pero seremos cuatro.

Asiento.

—¿Os traigo algo de beber?

—Cuatro Coca-Colas —responde una voz masculina a mi espalda— y agua fría, por favor.

Levanto la cabeza de la libreta justo cuando él toma asiento y la chica al lado de donde lo hace lo recibe encantadísima. Es rubio, con los ojos verdes y cara de pillo. No sé por qué, me resulta familiar, como si ya nos conociésemos.

—De comer —continúa el recién llegado—, tráenos hamburguesas con queso y bacón —añade como si de pronto hubiese recordado que este último existe y es un manjar de dioses (el tofu no puede competir), con una sonrisa traviesa que derrite a la mujer a su lado y a la de enfrente también; daños colaterales, supongo.

—¿No deberíamos cenar ensalada? —inquire una de ellas.

—No —responde él, divertido, con la misma sonrisa *bajabragas* en los labios, posando sus ojos en ella, provocador. Se la está llevando claramente a su terreno—. Vengo de un sitio muy duro. Necesito que me mimen.

Sonríe de nuevo y ella está a punto de ofrecerse para mimarlo y empezar ahora mismo.

—Entonces, cuatro Coca-Colas, una jarra de agua fría y hamburguesas con queso y bacón para todos —resumo risueña, sin poder evitarlo.

La campanita de la puerta vuelve a sonar.

Él mira a la chica que ha comentado lo de las ensaladas, y ella, tras perderse en sus ojos verdes, asiente encantada.

Vaya, este chico es bueno. Apuesto a que se sale siempre con la suya.

—Marchando —suelto, girándome con una sonrisa, anotándolo todo.

—Sarah.

Su voz. Jamás podré olvidar su voz.

SARAH
Amor con preaviso
(Two weeks notice), 2002, Marc Lawrence

—Michael —murmuro, aturdida.

¿Qué hace aquí? Lo observo sin ser capaz de ubicarlo en mi vida en este preciso instante.

Él recorre cada centímetro de mi cara antes de que sus ojos verdes, azules, turquesa, del color del mar, vuelvan a posarse en los míos llenos de deseo, de rabia, de fuerza y de un sentimiento tan infinito que casi puedo acariciarlo con la punta de los dedos.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, ruge, me ordena..., no lo sé.

Pero lo que sí sé es que no puedo quedarme aquí plantada delante de él, porque automáticamente recuerdo cómo me dijo que Mason Fordbrader era el padre de Elizabeth, cuando me dijo que no podíamos estar juntos desde el otro lado del teléfono, las últimas palabras que cruzamos en las escaleras del juzgado.

Yo aún pienso en él cada noche hasta quedarme dormida y él ya está saliendo con otras mujeres.

Hago caso a mi sentido común, me obligo a ignorar a mi corazón, que no deja de sonreír sólo con verlo, y voy flechada hasta la barra, con las rodillas temblándome y mis latidos tamborileándome en el pecho demasiado rápido.

—Sarah.

Mis defensas vuelven a caer cuando alzo la cabeza y lo veo frente a mí, al otro lado de la barra. ¿Por qué es tan injustamente guapo? Ojalá pudiera ser inmune a todo lo que siento por él, a todo lo que me hace sentir.

—¿Qué haces aquí? —repite.

—¿Queréis patatas con la hamburguesa? —prácticamente lo interrumpo, clavando mis ojos en el bloc de comandas, deseando salir disparada y no dejar de correr hasta llegar a Jersey.

—Sarah...

—Tenemos patatas al horno y patatas francesas —vuelvo a frenarlo. No puedo hablar con él. Ni siquiera puedo mirarlo. No puedo dejar que se preocupe por mí.

—¿Qué estás haciendo aquí? —dice por tercera vez, con la mandíbula tensa.

—Si alguno de vosotros quiere patatas al horno, tendréis que esperar unos diez minutos, porque hay que calentar el...

—Sarah, joder —me corta con un rugido—. ¿Qué haces aquí?

No contesto. Y tengo mis motivos para no hacerlo. Necesito que Michael salga de mi vida

porque llevo dos meses en los que incluso me cuesta trabajo respirar, en los que no puedo dormir pensando en él. No puedo verlo. No puede estar aquí. No puede recordarme todo lo que he perdido porque fui tan estúpida de no ver que estaban jugando conmigo.

—Es la última vez que te lo pregunto —gruñe, haciendo un amenazador hincapié en cada sílaba.

—Necesito un trabajo.

—Por el amor de Dios, no tiene por qué ser éste.

—¿Y quién iba a contratarme como abogada después de lo que pasó?

Michael aprieta los labios hasta convertirlos en una fina línea. Sabe que tengo razón y es consciente de que no es sólo por el espionaje laboral, eso ocurre infinitas más veces de lo que pensamos. En esta sociedad tan globalizada como estúpidamente anquilosada en unos valores que ya no benefician a nadie, importó mucho más que estuviera acostándome con mi jefe que los secretos que le pudiese robar mientras lo hacía, y, curiosamente, el castigo sólo fue en una dirección, porque entre esos valores también se incluye el machísimo y, aunque nos equivocamos los dos, pagué sólo yo.

—Vámonos —me ordena, cogiéndome de la muñeca y tirando de mí.

Me zafo de su agarre al tiempo que bufo indignada, a punto de echarme a reír de pura rabia.

—No sé cuándo eres más capullo, neandertal y posesivo, si cuando te preocupas por mí o cuando me tratas como una basura por estar enamorada de ti.

—Sarah —me reprende.

—No voy a ir contigo a ninguna parte nunca más, así que, si no quieres patatas al horno con la carne, por favor, vuelve a tu mesa. Ahora mismo os llevaré el agua.

Michael escudriña mi mirada durante largos segundos.

—Asegúrate de que el agua esté helada.

Sin más, regresa a su sitio. Jamás había tenido tantas ganas de llorar en toda mi vida.

Lo observo mientras llega a su mesa, aunque sé que no debería siquiera volver a mirarlo. Se sienta junto a una de las chicas, frente al chico. Tendría que apartar mis ojos, pero es la misma sensación que cuando estás viendo una peli de miedo y tienes clarísimo que deberías dejar de hacerlo, incluso te tapas los ojos, pero acabas separando los dedos porque la insana curiosidad y el querer saber, aunque te asuste, aunque te duela, son más poderosos que el sentido común.

Sus tres amigos continúan hablando, pero Michael no participa en la conversación y, cuando le preguntan algo directamente, contesta con monosílabos, como si ni su mente ni su corazón estuviesen en esa mesa, como si siguiese aquí en la barra conmigo, o, mejor aún, en el suelo de su despacho conmigo, en el interior del Audi, en la cama de su habitación en casa de Spencer, hablando de todo, conociéndonos, tocándonos, queriéndonos.

Una lágrima cae por mi mejilla.

No puedo más.

—Cindie, por favor, ¿puedes sustituirme? —le pido a mi compañera, luchando porque mi voz

no suene entrecortada, quitándome el mandil a la velocidad de la luz y guardándolo bajo el mostrador—. Tengo que irme a casa.

Ella asiente con expresión preocupada. Yo lucho por no volver a mirarlo, cojo mi bolso y mi chaqueta y me dirijo apresurada a la puerta del local, conteniéndome por no hacerlo corriendo.

Estoy saliendo cuando oigo murmullos atropellados y pasos veloces, pero no me detengo. El viento frío de principios de octubre me recibe, pero tampoco me frena. Acelero el paso. Echo a correr.

—¡Sarah!

Es él, es su voz, y nunca he tenido tan claro como ahora que necesito huir, escapar de Michael Stearling.

Corro más deprisa, con las lágrimas mojándome las mejillas, mezclándome con las personas que abarrotan la Séptima.

—¡Sarah! —repite, corriendo tras de mí.

Da igual cuánto lo intente, Michael atrapa mi muñeca y me obliga a girarme y, en ese preciso instante, ocurre lo mismo que sucedió en el restaurante: mi cuerpo despierta, vivo, y todas mis defensas caen. Es mi corazón deponiendo las armas porque jamás había querido a nadie como lo quiero a él.

—Quieres parar de una vez —ruge cuando estamos frente a frente—. No voy a dejar que las cosas se queden así. No voy a dejarte trabajando en ese cuchitril por el puto salario mínimo.

—No te incumbe a ti hacer nada de eso —replico, zafándome.

—Claro que sí —responde sin asomo de dudas, y sus palabras están impregnadas de una seguridad cegadora—. Tú me incumbes. Tú eres problema mío y no voy a dejarte aquí.

—Yo no necesito que me rescaten, Michael. Yo quiero que me quieran.

El enfado, la desesperación de toda esta situación, se deshacen en la punta de mi lengua para dejar paso a cosas más profundas.

Michael me mantiene la mirada y veo cómo sus ojos se oscurecen, se vuelven más salvajes, más indómitos, más rebeldes.

—Me gusta mi vida —continúo—. He tardado mucho tiempo en comprender que estaba en mi mano cambiar las cosas que no me llenaban, pero al fin lo he hecho.

—¿Y qué significa eso? —pregunta en un susurro ronco, conteniendo el huracán que ahora mismo lo está arrasando por dentro.

—Que al fin he aprendido la lección: nunca más voy a querer unilateralmente, Michael, y no voy a volver a aceptar menos de lo que estoy dispuesta a dar.

Sus ojos siguen sobre los míos, todo entre los dos se recrudece y la electricidad vuelve a hacerse más fuerte y a aislarnos del mundo. Sin embargo, esta vez, no la dejo. Estoy tan enamorada de él que me duele, pero no quiero sufrir de nuevo y lo cierto es que, después de todo lo que ha pasado, ni siquiera sé qué siente él por mí realmente.

—Adiós, Michael —me despido otra vez de él, con los ojos llenos de lágrimas, y duele tanto

como la primera vez.

—Adiós, Sarah.

Como aprendí en los juzgados, no dejo que el momento se alargue más o creo que correría de nuevo el riesgo de no marcharme. Echo a andar hacia la boca de metro, mezclándome con neoyorquinos y turistas, diciéndole también adiós a la palabra *amor*.

—¿Qué te ha pasado? —inquire Lexie al verme entrar en nuestro renovado apartamento.

Lleva un vestido ajustado y uno de sus pies subido a un impecable taconazo rojo. Es obvio que va a salir.

—He visto a Michael —contesto, derrumbándome sobre el sillón.

El siguiente par de segundos, Lexie, la mujer que siempre tiene algo que decir, se queda ojiplática y en silencio, y eso me hunde un poco más.

—¿Dónde? —pregunta al fin, caminando de una manera bastante ortopédica hasta mí.

—En la cafetería —me lamento—. Ha llegado allí con un amigo y dos chicas y me ha visto y me ha dicho que no pensaba dejarme en ese cuchitril —le cuento, hablando cada vez más rápido, más nerviosa.

—¿Y tú qué le has contestado?

—Que no necesito que me rescaten —alego, exasperada, desesperada, triste—. Puede que trabaje en un cuchitril, pero me gusta mi vida. Me he esforzado mucho los últimos meses para que sea así.

Lexie me observa y, por primera vez desde que nos conocemos, no soy capaz de interpretar su mirada.

—Claro que necesitas que te rescaten —replica con la voz llena de ternura y también, en cierta manera, condescendiente, como si estuviera hablando con un niño que no es capaz de ver en qué se está equivocando cuando para todos los demás está cristalina y claramente—, pero es que aquí no estamos hablando de eso, lo de Michael y tú no va de eso. Tú lo quieres.

—Pero no sé si él me quiere a mí —repongo rápido—. No sé si está enamorado de mí, ni siquiera sé si todavía le importo.

—¿De verdad no lo sabes?

Le mantengo la mirada, pero no sé qué responder. Mi corazón no para de repetirme que sí, que me quiere, que confíe, pero lo cierto es que él nunca ha pronunciado esas palabras.

—Michael está loco por ti, Sarah.

Niego con la cabeza, primero con vehemencia, después, dolida, perdida y aún más triste. Me levanto porque necesito volver a huir, pero, en el fondo, no sé a dónde, porque es imposible escapar de lo que sentimos.

—Michael me echó de su vida.

—Se sintió traicionado —lo defiende con justa razón— y, con total franqueza, tenía sus motivos.

—¡Lo sé! —la interrumpo. Odio recordar lo que pasó. Odio lo idiota que fui.

—¿Entonces? —me frena ella a mí—. ¿Por qué te cuesta tanto creer que alguien pueda quererte?

—Porque no puedo dejarme llevar —contesto con los ojos llenos de lágrimas de nuevo—, porque ya confié en mi ex, en Fordbrader, y todo salió mal.

—Olvídate de dejarte llevar. Con Michael, con las personas a las que les importas realmente, sólo tienes que ser tú.

—Ya intento ser yo.

—No, Sarah —pronuncia sin un solo resquicio de duda—. Hablo de ser tú de verdad y estar orgullosa de ello, porque, si no, dará igual cuántas veces pintemos el piso o cuántas veces te reconcilies con tu familia: volverás a sentir que las cosas en tu vida no funcionan. Te lo digo por experiencia.

Arrugo la frente, confusa.

—¿Experiencia?

—El internado —suelta en un golpe de voz—. No fue una mala época de mi vida hasta que lo conocí a él.

La observo sin decir una sola palabra. Lexie y yo somos amigas desde los diecisiete años y nunca, jamás, a pesar de mis preguntas, ha querido hablar de los años que pasó interna en la escuela más prestigiosa de Connecticut.

—Parecía un chico normal, muy guapo. Nos conocimos y empezamos a salir, y todo iba como se supone que deben ir estas cosas. Una noche se coló en mi habitación. Le pedí que se fuera, podían pillarnos, pero él respondió besándome. Al principio me pareció incluso romántico, pero entonces me empujó contra la cama y puedes imaginarte el resto.

—¿Te violó?

Lexie asiente y puedo notar su dolor, su rabia, su indignación.

—A la mañana siguiente no sabía qué hacer. Estaba en estado de *shock*. Fui a hablar con una de las profesoras, que me llevó con el director, ¿y sabes qué me dijeron los dos? Que era mejor que no se lo contase a nadie más y me convenciese de que nunca había pasado, que no me beneficiaría que todos se enterasen, que dudarían de mí y mi padre sufriría más que nadie. El director, obviamente, lo hacía para salvaguardar el prestigio del colegio, pero mi profesora actuó de esa forma por mí, porque realmente pensaba que así me protegía, que lo mejor para mí era olvidarnos de todo y empezar de cero. Su reacción fue lo que peor me hizo sentir.

Sé a qué se refiere. Desde que somos pequeñas nos enseñan cómo protegernos: no vayas sola de noche, saca la llave antes de llegar a tu edificio, pídele al taxista que no se marche hasta que hayas entrado... pero nadie educa a los hombres para no atacar: respeta a las mujeres, no son objetos de tu propiedad, no es no. Incluso cuando nos agreden, nos preguntan cómo íbamos vestidas, cuando, en una sociedad libre y justa, hombres y mujeres deberían poder ir desnudos por la calle sin que eso supusiese provocación alguna.

—¿Qué hiciste? —le pregunto.

—Lo que me dijeron —responde, aún con más rabia—: fingir que no había pasado, procurar olvidarlo. Pero, cada día que pasaba, mi vida parecía gustarme un poco menos, yo me gustaba un poco menos, como si alguien hubiese quitado el tapón y mi corazón estuviese vaciándose. Traté de buscar una solución: cambiar de habitación, nuevas amigas, nuevas actividades para después de clase, un cambio de *look*, pero nada de eso funcionó, porque era como tratar de pintar de azul cielo una pared que había sido negra: las sombras seguían ahí. Habían conseguido que pensase que si debía callar era porque, en el fondo, la culpa había sido mía por ser como era... quizá demasiado simpática, quizá demasiado extrovertida, quizá demasiado abierta. Charlaba con los chicos, me reía con ellos. Yo había provocado aquella situación, por eso no podía contárselo a nadie.

Siento una pena inmensa y ahora no es por mí o, al menos, no es sólo por mí, también es por ella, por todas las mujeres a las que otras personas obligan a sentirse así. Nadie es culpable de que lo violen, igual que nadie es responsable de su propio asesinato. Una violación es un crimen y el único culpable es el violador.

—Pero un día lo entendí —continúa, y una sonrisa llena de fuerza empieza a apoderarse de sus labios—: si te obligan a dejar de ser tú misma, si no eres capaz de mirarte y sonreír, es que no merece la pena. La culpa no era mía. No tenía que cambiar. No tenía que pintar esa estúpida pared, tenía que derribarla a puñetazos y, si no era capaz, sólo tenía que pedir ayuda, porque estaba segura de que había personas dispuestas a brindármela.

»Esa misma tarde, metí lo único que quería conservar de mis años en el internado en una mochila, me presenté en la comisaría de policía más cercana y lo conté todo. Llamé a mi padre, se lo expliqué y le pedí que me sacara de allí. Puede que, al hacerlo, me rescatara, no lo sé, o que lo hiciera el agente de policía que me puso su chaqueta sobre los hombros y me dijo que no me preocupara, que ya estaba a salvo. De lo que sí estoy segura es de que yo también hice mi parte y, entre todos, sacamos a la luz a la Lexie que siempre había sido, la que quiero ser, la que soy. Así que, bienvenida fue la ayuda.

—Lexie —le digo con la voz entrecortada, avanzando hacia ella y haciendo lo único que quiero hacer: abrazarla con fuerza.

—Sé feliz contigo misma, Sarah —me pide mientras nos abrazamos—. Al final eso es lo que verdaderamente importa.

—Gracias —murmuro.

Es la mejor amiga que se puede tener.

Me paso la noche entera dándole vueltas a todo lo que ha ocurrido hoy, a lo que me ha contado Lexie, a cómo me he sentido al volver a ver a Michael.

* * *

Cuando el despertador suena, estoy muerta de sueño, pero toca ir a Ayuda legal y eso siempre

me pone de buen humor. Me preparo y, después de un rápido desayuno, bajo en metro desde Narnia hasta el East Village.

Me gusta estar aquí. La gente es amable y hay un buen ambiente de trabajo. Nadie grita y no hay ningún jefe estúpidamente altivo tratando a sus empleados con la punta del pie sólo por el hecho de serlo.

—Buenos días —saludo al entrar.

—Buenos días —responden varias voces, aunque no al unísono.

—¿Qué tal se presenta el día, Hazel? —inquiero al tomar asiento en mi mesa.

—Como todos, blanquita —responde desde su escritorio, contiguo al mío—. ¿Y el tuyo?

—Espero que me sorprenda. —Saco la primera carpeta del trabajo que tenemos previsto para hoy y empiezo a revisar el documento que contiene—. ¿Sabes? Si yo te llamara a ti por el diminutivo de tu tono de piel, sería racista —comento, burlona.

Ella ladea su cabeza de pelo a lo afro y me mira de arriba abajo como Vivica A. Fox siempre mira a los blancos en todas sus pelis.

—Oh, sí —contraataca, socarrona—, los blancos lo tenéis tan complicado en este mundo...

Sonrío y cojo la siguiente carpeta.

—Ni que lo digas —bromeo, consiguiendo que ella también sonría.

Casi toda la mañana se me va en varias consultas. Se trata de un día de lo más normal hasta que entra Constance. Constance es una mujer de Harlem que está luchando por la custodia de sus hijos, Peter y Tobías. Su marido falleció cuando el proceso de divorcio estaba abierto y ahora su cuñada, la tía de los niños, reclama la custodia de los pequeños alegando que ella tiene un trabajo estable y una bonita casa en propiedad en Staten Island, dos cosas de las que Constance actualmente carece, aunque trabaja doblando turno en una pequeña tienda de comestibles y una cafetería. La pobre está hecha polvo.

Yo me siento muy mal por ella. No sé si es porque estoy con el ánimo un poco más bajo de lo habitual o porque Peter y Tobías me recuerdan a Birdie, pero me entrego al caso al doscientos por cien. Me paso el resto de la mañana ojeando libros. Ni siquiera bajo a comer con Hazel y las chicas como suelo hacer.

Ya son casi las siete cuando, revisando el libro de derecho de familia del estado de Nueva York más viejo que he visto en mi vida, encuentro algo que puede ayudarla, ¡algo perfecto en realidad!, ¡y no sólo para Constance!

Me levanto de la silla como si estuviese en llamas, cogiendo mi bolso y mi chaqueta en el mismo movimiento.

—¿A dónde vas, blanquita? —pregunta Hazel, mitad confusa, mitad sorprendida.

—A hacer algo muy importante —contesto cruzando la puerta en dirección a la salida principal.

Ni siquiera tengo la suficiente paciencia como para esperar al metro y paro un taxi de un silbido.

—¿A dónde, señorita? —dice el conductor al entrar.

Abro la boca dispuesta a contestar, pero lo cierto es que no lo sé.

—Espere —le pido, levantando el índice.

Saco mi móvil del bolsillo y, veloz, marco el número de Lexie.

—¿Diga? —descuelga, con voz cantarina.

—Lexie —prácticamente la interrumpo—, necesito que llames a Spencer y averigües si Michael está en su casa.

Mi amiga da el inicio de varias respuestas completamente alucinada.

—¡Date prisa! —la azuzo.

—Claro —sale al fin de su ensimismamiento.

Cuelgo y espero impaciente, dando golpecitos con la punta de mi Converse sobre el suelo del taxi.

—Señorita... —me apremia el taxista.

—Un segundo, por favor.

—Como mande, pero le advierto que el taxímetro está corriendo.

Mi teléfono suena y descuelgo con una sonrisa.

—Michael está en su propia casa. Vive en Central Park South —Uau, ¿vive en la avenida de los millonarios?—, en el 150 de la 59 Oeste.

Mi sonrisa se ensancha. Allí es donde voy. Necesito ver a Michael.

SARAH
Pretty woman
 (*Pretty woman*), 1990, Garry Marshall

—Buenas tardes —saludo, acelerada, al portero, deteniéndome frente a su mostrador—. Necesito ver al señor Stearling.

El hombre, de unos cincuenta y pelo canoso, me contempla con cierto recelo. No lo culpo. Puede que parezca un poco, un pelín, una de esas ardillas con las que prueban nuevos sabores de Red Bull.

—Señorita... —se prepara para mandarme educadamente al diablo.

—Por favor —lo corto—, es muy importante.

—Me temo que no puedo ayudarla.

—Llámelo —le pido—, por favor —añado con cara de niña buena. Esta cara me consiguió un Cinexin cuando era pequeña.

Lo haría yo misma, pero supongo que no le valdría de mucho si no escucha por sí mismo al propio Michael decir que puedo pasar.

El hombre resopla, pero mi expresión de cachorrito abandonado cumple su misión, porque descuelga el teléfono de su mostrador visiblemente molesto, aunque continúa siendo muy educado, y marca una extensión.

—Señor Stearling, disculpe las molestias. La señorita... —me mira, esperando a que me presente.

—Holloway.

—La señorita Holloway está aquí y desea subir a verlo.

No oigo la respuesta de Michael, pero, por la manera en la que me mira el portero, deduzco que está guardando silencio. Empiezo a inventarme excusas mentalmente por si Michael se niega a recibirme, pero, entonces, tomándome por sorpresa, el portero asiente.

—Sí, señor Stearling —añade—. Sin problemas.

Sonrío como una auténtica idiota mientras el empleado me señala, afable, el ascensor y corro hasta él. No voy a negarlo, el viaje se me hace eterno, pero al fin llego a la quinta planta.

Cuando las puertas se abren, salgo a un elegante pasillo de color crema. Como me pasó en los juzgados, la adrenalina de saber que lo veré se esfuma un poco y los nervios toman su lugar.

Su puerta está abierta, pero Michael no me está esperando fuera. Golpeo la madera con los nudillos y aguardo, aún más inquieta.

—Pasa.

Su voz multiplica las burbujitas en mi estómago y, con el primer paso que doy hacia el interior de su piso, todo, la alegría de estar aquí, el deseo de volver a verlo, parece crecer un poco más.

Michael está apoyado, casi sentado, en la isla de su cocina, con los brazos cruzados y el cuerpo tenso, esperando. Me detengo frente a él y, como cada vez, las cosas malas dejan de importar y las buenas lo colapsan todo, como si fueran estrellas pequeñas en un cielo lleno de felicidad.

Michael me observa de arriba abajo, pero no es hasta que se centra en mis ojos que no me doy cuenta de que es un acto reflejo, que es mi mirada lo único que le importa, el único sitio en el que desea estar.

—¿A qué has venido, Sarah? —me pregunta con voz ronca, dura, tan indomable como es él—. Anoche dejaste muy claro lo que querías.

Trago saliva, obligándome a ignorar cuánto duele. Lo quiero a él, pero todo esto me ha enseñado que también debo quererme a mí.

—Michael, estoy aquí porque he descubierto la manera en la que puedes recuperar a Birdie. —Al oír el nombre de su hija, su expresión cambia. La necesita tanto como necesita respirar—. La he encontrado en el que, con toda probabilidad, es el libro de derecho más antiguo de la historia de la humanidad, pero es sencillamente perfecta —añado con una sonrisa, porque la sola idea de poder ayudarlo a que su niña vuelva con él me hace feliz.

—¿De qué estás hablando? —demanda, aún conteniéndose.

—Es una ley del estado de Nueva York —la emoción y la expectación me hacen dar un paso hacia delante— que, básicamente, dice que, si se consigue demostrar que la presencia sentimental de uno de los padres es fundamental en la vida de un niño, ésta importa más que una mejor situación económica o una mayor estabilidad laboral; así que, si logramos demostrar que tú eres imprescindible en la vida de Birdie, dará igual el poder de Fordbrader, tu pasado, incluso las mentiras que pueda inventar, nadie podrá quitártela. —Pronuncio la última frase con una vehemencia absoluta, porque de verdad lo pienso, porque algo dentro de mí no para de gritármelo y, más que nada, porque, a pesar de todo lo que ha pasado entre nosotros, o quizá sea precisamente por eso, conozco a Michael, sé cómo es debajo de toda esa arrogancia y desdén, y está loco por su niña.

Michael me observa un puñado de segundos que se me hacen eternos hasta que, como si ya no pudiese disimularlo más, una suave y perfecta sonrisa se apodera de sus labios.

—¿Me estás diciendo que vamos a recuperarla con amor?

Yo también sonrío. Es la complicidad brotando una vez más a borbotones entre los dos.

—El amor mueve montañas —contesto, burlona, cruzándome de brazos—, ¿no lo habías oído nunca?

Su sonrisa se ensancha y, despacio, se separa de la encimera y da un paso hacia mí.

—Sarah...

—No digas nada —lo interrumpo—. No quiero que suenes amable y se rompa tu mito.

Michael entorna la mirada sobre mí, desdeñoso y divertido, y se pasa la punta de la lengua por los dientes. Maldita sea, qué sexy.

—Ahora pongámonos a trabajar —le ordeno—. Ya me darás las gracias cuando recuperemos a Birdie.

Nos instalamos en su salón, los dos sentados en el suelo, a su mesita baja de centro. Repasamos la ley de arriba abajo y redactamos la demanda, amén de otra para Constance, por supuesto. Recogemos todos los testimonios que podemos y, tal vez, levantamos a una o a... cinco personas de la cama. Michael hace la llamada más difícil de todas y habla con Elisabeth, la madre de Birdie. La convence para que no salga de la vida de su hija, como pretende Fordbrader. Le pide que entre en rehabilitación, aunque eso suponga manchar la imagen de su familia; no puedo creer que sus padres prefirieran que su hija siguiera viviendo así con tal de no salpicar la vida pública familiar. Que se recupere es lo mejor para Birdie y para ella. Michael le promete que, si cumple esta condición y Elisabeth así lo quiere, en la demanda hará constar derechos de visita para que pueda ver a la cría cuando crea estar preparada.

Está amaneciendo cuando comprobamos que lo tenemos todo listo. Michael interpondrá la demanda a primera hora y, con las medidas cautelares que hemos solicitado y el testimonio de la propia Elisabeth, todo irá lo suficientemente rápido como para que Michael recupere a su niña muy pronto.

—Yo ya me marcho —anuncio, poniéndome mi chaqueta vaquera camino de la puerta principal—. Ya es casi de día y hoy me esperan en Ayuda legal y tengo turno en el restaurante.

—Es un poco tarde, ¿no crees? —comenta, apoyándose en el marco de la puerta que separa el salón con la cocina abierta del vestíbulo.

—Más bien un poco temprano —replico con una sonrisa.

—Muchas gracias por todo, pequeña.

Esa última palabra recorre la distancia que nos separa y aterriza directa en mi corazoncito.

—Hacía mucho tiempo que no me llamabas así.

Michael traga saliva y se incorpora, despacio. Se pasa las manos por el pelo y clava sus ojos en los míos. Cruza la distancia que nos separa. Cada movimiento parece alejarlo y acercarlo a donde quiere estar, hacerle luchar y rendirse a la vez, como si su travesía consistiese en cruzar un desierto, pero, al final, le esperara lo que más desea tener.

Deja caer su frente contra la mía, me abraza con fuerza y sucede que, entre sus brazos, vuelvo a ser feliz.

—Michael —susurro.

—No digas que no —me pide con una necesidad más profunda que el deseo saturando su voz—. Por favor, hoy no. Esta noche necesito tenerte cerca. Necesito poder creer que todo tiene arreglo. Necesito sentirte, por favor, pequeña.

Su agarre se hace más posesivo y sus dedos traducen en mi piel el más íntimo de sus anhelos, de sus miedos.

—Te necesito a ti, Sarah Holloway —pronuncia con sus labios demasiado cerca de los míos.

—Sí —respondo en un murmullo cargado de todo lo que siento por él—. Digo que sí.

Michael me besa, arrollador, y todo vuelve a iniciarse, como caer y levantarse, como terminar y empezar, como saltar y poder echar a volar.

Me coge en brazos sin separarse un solo centímetro de mí y nos lleva hasta su habitación. Nos deja sobre la cama y, en horizontal, con su peso sobre el mío, ambos nos elevamos hasta dejar de pertenecer a la historia de esta realidad para poder escribir la nuestra.

Cada palabra, cada susurro, cada gemido tiene un valor; cada beso, una condición, como si entre jadeos y caricias todo lo que llevamos dentro tomara el mando y los errores no existiesen, los reproches se desvaneciesen. Michael y yo fuimos electricidad cada vez que nos tocamos y ahora somos eso y más, porque nos transformamos en la lluvia, en el mar, en el viento, en el calor del sol. Somos lo que alimenta el alma del otro, lo que, si cerramos los ojos, deseamos encontrar al final de la punta de nuestros dedos.

—Michael —gimo cuando entra dentro de mí.

—Eres todo mi mundo —replica cuando su piel desnuda se encuentra con la mía.

Nos lo tomamos con deliciosa calma y nos descubrimos como nunca antes lo habíamos hecho, de la misma manera que la luz de la mañana descubre la isla de Manhattan.

Él es mi universo.

Y mi orgullo.

Y mi amor.

Michael es mi elección.

El placer se desata entre los dos y esta noche en la que no hemos follado, hemos hecho el amor, los dos comprendemos qué significan de verdad esas tres palabras.

—Yo... —empieza a decir Michael, y creo que es la primera vez que parece no poder poner en palabras lo que quiere expresar.

Los dos estamos tumbados en su cama, desnudos, con las miradas perdidas en el techo.

—Me alegra que te guste tu vida —pronuncia al fin.

Esas siete palabras y todo lo que significan se quedan rebotando en mi mente y de nuevo, como pasó con mi apodo en sus labios, van directas a mi corazón, sólo que de una manera completamente diferente a como lo hizo ese «pequeña».

—¿De verdad era eso lo que pensabas decir? —pregunto, ladeando la cabeza para poder tenerlo de frente. Él hace lo mismo y nuestros ojos se encuentran sin remedio. Está guapísimo, pero también parece perdido, y el silencio se apodera de la habitación, largo y angustioso.

—Sí —sentencia.

He vuelto a subir demasiado alto para volver a caer.

—Tengo que irme —anuncio a la vez que me levanto, y empiezo a recoger mi ropa esparcida por el suelo.

Necesito vestirme, poner algo, aunque sea ropa, entre los dos. No lo miro. Michael parece

darse cuenta, porque se incorpora también y se coloca sus tejanos.

—Sarah... —me llama, dando un paso hacia mí, alzando la mano para tocarme, pero no puedo permitírselo. No sobreviviré.

—No —lo interrumpo, alejándome un poco más con la excusa de recuperar mis zapatos, pero el movimiento resulta demasiado extraño, como si mi cuerpo no supiese interpretar la mentira de desear alejarse de él—. Tengo que irme. He de pasar por mi apartamento para ducharme y me gustaría dormir algo.

—Sarah... —vuelve a llamarme, pero no respondo y me concentro en calzarme las zapatillas lo más rápido posible—. Sarah... —repite, y siento cómo los ojos se me llenan de lágrimas—. Sarah —ruge.

—¿Qué? —prácticamente grito, desesperada—. ¿Qué es lo que quieres, Michael?

—Quiero que no te cabrees así —contesta de la misma manera.

—¿Y cómo se supone que debo reaccionar? ¡Acabas de decirme que te gusta mi vida!

Y nada me había dolido tanto.

—¿Y qué coño pretendes que diga? —replica, aún más furioso.

—No lo sé —y es cierto que no lo hago—, pero no que te gusta una vida a la que tú no perteneces.

—¿A ti te gusta?

Siento como si hubiera tirado de la alfombra bajo mis pies.

—Ésa no es la cuestión —le rebato, nerviosa.

—Joder, que no —me acorrala.

—Sí, me gusta —le espeto sólo para demostrarle, y demostrarme, que está equivocado—, pero me tiene que gustar a mí. Tú deberías estar cabreadísimo.

—Dios —pronuncia, riéndose, pero no porque le haga gracia, sino como lo hace alguien a punto de tener un brote psicótico—, estás como una puta regadera.

Pero ¿qué coño...?

—No se te ocurra hablarme así —protesto.

—Lo digo en serio —responde engreído, sin un solo gramo de arrepentimiento.

—Y yo —contraataco—. Gilipollas.

—¿A qué ha venido eso? —se queja.

—No lo sé, pero te lo mereces.

—Yo me lo merezco... —murmura para sí, y en su tono de voz puede distinguirse un enfado monumental—. ¿Te haces una idea de cómo me sentí? ¡Me traicionaste! —grita dolido, herido.

—No, no lo hice. —Créeme, por favor—. ¡No le conté a Fordbrader una sola palabra sobre ti!

—¡Pero tampoco me lo contaste a mí! —brama.

Otra vez todo su dolor sale a relucir y me doy cuenta de que lo que más lo entristeció fue sentir que no confiaba en él.

De pronto, mi rabia se calma. Yo siempre confíé en él. Confío en él.

—Lo siento —digo con la voz más serena—. Creí que ayudando a Fordbrader hacía lo correcto. Quería contártelo, de verdad, pero nunca encontraba el momento, porque no sabía cómo reaccionarías.

—¿Cómo que no lo sabías? —replica—. ¿Qué pensabas que ocurriría?

—No lo sé —miento, centrándome en ponerme la chaqueta, sólo para distraer la atención a mis manos.

—¿Por qué? —vuelve a acorralarme.

—Basta —lo rehúyo.

—Sarah, contéstame —sisea.

—¡Maldita sea! ¡No!

—¿Por qué?!

—¡Porque no sé lo que sientes por mí!

Lo que digo, puede que incluso cómo lo digo, cae como un jarro de agua fría entre los dos.

—De verdad no lo sabes —es una pregunta, pero no la hace con la entonación correcta. Lo afirma, como si repitiese lo que le hace daño para intentar dejar de sufrir.

—Te dije que te quería y tú me diste las gracias.

Michael cabecea. Parece que recordar ese momento le duele como me duele a mí.

—¡Ha pasado una eternidad desde aquello! ¡Tú y yo hemos vivido demasiadas cosas!

—Vale, pues, ¿qué contestarías si te lo dijera ahora?

Él me observa, pero no responde.

—¿Contestarías lo mismo? —lo presiono.

Más silencio. Más recuerdos tristes.

—¡Michael!

—Sí —sentencia.

En un mundo perfecto o, al menos, en uno menos complicado, esa respuesta sería diferente. Yo no elegí enamorarme de Michael. No elegí entregarle mi corazón sin condiciones. No elegí sufrir, pero el sentido común no tiene nada que decir cuando el alma elige.

—¿Lo ves? —digo con los ojos llenos del llanto que no me permito llorar delante de él—. Por eso me marchó.

Salgo del edificio llorando, limpiándome la cara con el antebrazo, maldiciendo, enfadada, cuando, en el fondo, lo que estoy es demasiado triste. Puedo engañarme una y mil veces, incluso puedo llegar a convencerme de que lo odio, pero, al final, siempre será lo mismo: duele, duele muchísimo, porque le estoy diciendo adiós, una vez más, al amor de mi vida.

* * *

A la mañana siguiente me cuesta horrores abrir los ojos, arrastrarme fuera de la cama, ducharme y desayunar. Creo que me cuesta horrores incluso caminar.

En el metro me siento como una especie de fantasma, lo mismo que andando entre los centenares de viandantes que abarrotan la Séptima.

—Buenos días —musito al entrar en Ayuda legal.

—Buenos días —responden en absoluto al unísono. Definitivamente, tienen que mejorar mucho ese aspecto.

—Buenos días, blanquita —me saluda Hazel.

Asiento y ocupo mi puesto. Ella me barre con la mirada, supongo que al no replicarle que ese apelativo es racista con alguna broma, como hacemos cada mañana desde que entré a trabajar aquí, y sigue observándome precisamente porque no lo hago.

—¿Estás bien?

Vuelvo a asentir.

—Sí —me reafirmo con el único objetivo de evitar futuras preguntas—. Sólo cansada.

Ahora es ella la que asiente, pero, por la manera como tuerce los labios, apuesto a que el único objetivo del gesto es darme un poco de cuerda.

—Buenos días.

El nuevo saludo llega desde la puerta principal y de inmediato le siguen unos elegantes tacones. Alzo la cabeza sin mucho interés justo a tiempo de ver a Amanda Reeves atravesar la sala camino de su mesa al fondo del local.

La mañana amenaza con ser igual que todas las demás, pero tengo algo en la boca del estómago que me impide sonreír. No es la primera vez que discuto con Michael, ni siquiera es la primera ocasión en la que nos distanciamos, pero siento que ahora es diferente, que mi cuerpo, mi mente, mi corazón, se niegan a pasar página.

Y con todo esto rondándome la cabeza cada tres segundos, intento no llorar, lo juro, incluso pienso en ese vídeo del YouTube de la llama gritando como si fuera humana, pero, a las nueve y cincuenta y siete, no puedo más. Estoy en el archivador, buscando una carpeta de un viejo caso para localizar un número de teléfono, cuando una lágrima imprudente y libertina se choca contra la cartulina sepia del dossier, y es como abrir una puerta que luchas con todas tus fuerzas por mantener cerrada, pero fracasas.

—Señorita Holloway.

La voz de Amanda Reeves a mi espalda me sobresalta. Me seco la cara rápidamente y carraspeo antes de contestar, tratando de maquillar mi voz sollozante.

—Señora Reeves, ¿puedo ayudarla en algo?

—Quería hacerle una pregunta —contesta, colocándose a mi altura, lo que hace que por inercia me gire para que estemos frente a frente—. ¿Ha visto la película *Pretty woman* alguna vez?

La pregunta me deja fuera de juego y me planteo seriamente que Hazel la haya convencido para «gastarle una broma a la blanquita», aunque descarto esa posibilidad por dos razones: una, Amanda Reeves no se compincharía con nadie para hacerle una broma a nadie, dudo que haya bromeado en el trabajo alguna vez, es demasiado profesional, y dos, es aún más blanca que yo.

Así que tiene que ir en serio. La mujer, de cuyo parecido, completamente alucinante, con Julia Roberts no se puede hablar, me está preguntando por la peli por la que dicha actriz será recordada hasta el fin de los tiempos.

—Estoy esperando —me apremia.

—Sí —contesto, saliendo de mi ensoñación.

—¿Recuerda el final? —inquire—. Cuando Richard Gere se presenta bajo la ventana de Julia Roberts en la limusina blanca y, venciendo su vértigo y armado con un paraguas, sube hasta el último piso, donde está ella.

Asiento. ¿Quién no ha visto esa película, esa escena? Es una de las más icónicas del cine romántico.

—Él le pregunta: «Y, dime, ¿qué ocurrió cuando él subió a la torre y la rescató?» —continúa—, y ¿sabe qué le responde Julia Roberts?: «Que ella lo rescató a él» —sentencia.

Antes de que pueda decir nada, Amanda Reeves deja una carpeta sobre el archivador, justo la que estaba buscando, y echa a andar hacia la sala principal, dejándome completamente perdida.

—Espere —le pido, dando un par de pasos hacia ella, consiguiendo que se detenga antes de abandonar el cuartito—, ¿qué ha querido decir?

Ella suspira, condescendiente, y se vuelve despacio.

—Pues que a menudo, cuando vemos una comedia romántica o leemos un libro de amor, nos equivocamos —responde—. Creemos que, porque los protagonistas masculinos sean los ricos, poderosos o experimentados y las chicas, camareras de cafetería o secretarias sin apenas dinero y un diminuto apartamento o una escasa experiencia, son ellos los que las salvan, y no es verdad, son ellas. Ellas los rescatan de una vida vacía y triste, los salva el amor. Y en la vida ocurre lo mismo.

Cabeceo. Sé por qué lo está diciendo, por Michael y por mí, pero ella no sabe lo que pasó, el «sí» que ha pronunciado esta misma mañana.

—Pero...

—Stearling te quiere —me interrumpe sin un mísero resquicio de dudas—. Igual que tú a él, pero, para querer de verdad, Sarah, no sé puede tener miedo a amar —concluye.

Amanda Reeves se marcha del archivador y yo me quedo ahí, inmóvil, pensando y comprendiendo que Michael no es el único que tiene miedo, que yo tengo tanto como él. Nos han pasado demasiadas cosas antes de conocernos que, como a cualquier persona, han marcado cómo somos, y nos han pasado otras tantas después. Es normal tener miedo a volver a sufrir, ¿no?

Todo parece demasiado complicado y asusta, pero, curiosamente, al mismo tiempo, cuando pienso en él, todo parece un poco más fácil.

Regreso a la sala principal con la mente funcionándome como un ciclón. Me siento de nuevo a mi mesa, en teoría, para seguir trabajando, pero no puedo parar de pensar... y, entonces, ocurre.

A las diez y cuarenta y dos.

Michael Stearling entra en Ayuda legal.

—Hola, Sarah.

Está de pie, frente a mí, que también lo estoy, a un puñado de pasos, y todo lo que es me sacude y remueve todo mi mundo. Su traje de corte italiano azul oscuro, su camisa blanca, su corbata a juego. El modo en el que luce el pelo perfectamente peinado como un actor de Hollywood. Sus ojos del color del mar, sus labios, su mirada. Él.

—¿Podemos salir fuera y hablar? —me pide.

Yo no contesto por el mismo motivo por el que ni siquiera he pronunciado un «hola». Estoy en estado de *shock* y expectante a la vez. Quiero saber por qué está aquí, a qué ha venido.

—Está bien. Si quieres que lo haga aquí, delante de todas estas personas, no me importa —sentencia con una seguridad arrebatadora—. Te mentí —añade con esa misma masculina confianza, sin dudar, sin arrepentirse—. Me encanta que te guste tu vida porque quiero que seas feliz; lo que no te dije es que la mía es infinitamente más gris desde que tú no estás en ella. Te has llevado toda la luz y te agradecería que me la devolvieras.

Mi corazón da un brinco y bajito, despacio, un montón de colores van inundando, pulgada a pulgada, centímetro a centímetro, esta sala, esta situación, mi vida.

—Me dolió que estuvieras trabajando para Fordbrader, no voy a negarlo. Me sentí traicionado —continúa, con la voz más dura porque recordarlo implica también hacerlo con todo lo que pasó y eso le gusta tan poco como a mí—, pero lo peor de todo fue el creer que tú no confiabas en mí, porque, desde el primer momento, aunque ni siquiera entendiese por qué, yo sí confiaba en ti. Entre nosotros hay algo, joder, y por primera vez no me estoy refiriendo al sexo ni nada de eso —añade con una media sonrisa maravillosa—. Existe complicidad. Son las ganas de verte cada día, de que la mañana de un puto lunes es mejor si sé que voy a verte, de querer contarte las cosas que vivo porque, si no, parece que no son de verdad.

Una sonrisa suave, tenue y sincera se cuele en mis labios y en mi alma, porque yo me siento exactamente igual.

—He tardado mucho tiempo en darme cuenta de que sí confiabas en mí —prosigue, y puedo notar cómo el alivio recorre cada uno de sus huesos—, que ése fue el motivo por el que me protegiste frente a Fordbrader. Y ahora estoy aquí porque ayer me comporté como un maldito idiota, porque no supe entender nada de esto o, quizá, precisamente porque sí lo hice y estaba demasiado asustado. No ha habido muchas personas en mi vida que hayan llegado y hayan decidido quedarse, que me importen realmente, pero tú, sin una mísera duda, eres una de ellas. Así que necesito que me lo preguntes otra vez.

Me mira a los ojos de verdad, como sólo él sabe hacerlo, y no necesita especificar a qué se refiere, porque yo ya lo sé.

—Si ahora te dijese que estoy enamorada de ti, ¿contestarías lo mismo?

Michael sonríe, una sonrisa llena y preciosa, y los colores se vuelven vivos, intensos.

—No —sentencia, y su gesto se dibuja en mis labios.

—¿Y qué responderías?

—Que yo también estoy enamorado de ti, pequeña patosa.

Mi sonrisa se hace más grande, casi infinita.

—¿No dices nada? —plantea, y puedo notar el divertido desafío en su voz.

—No has formulado la pregunta adecuada —replico, contagiada de su humor.

Hemos vuelto a ser él y yo, aunque creo que, en el fondo, nunca dejamos de serlo del todo.

Él disimula su sonrisa con una media, maliciosa y desdeñosa. Mi sonrisa favorita.

—Te quiero, Sarah —pronuncia descarado, deliciosamente engreído— y quiero que pasemos juntos el resto de nuestras vidas. ¿Te vienes conmigo?

Voy a abrir la boca, dispuesta a contestar, pero alguien me interrumpe.

—Espera —dice Hazel con vehemencia, y sólo entonces me doy cuenta de que toda la oficina de Ayuda legal, profesionales y clientes, nos está contemplando absolutamente entregada—. Este momento tiene que tener música.

María, otra de nuestras compañeras, asiente y rápidamente trastea en su ordenador. Unos segundos después, *Me!*, de Taylor Swift y Brendon Urie, comienza a sonar.

—¿De verdad no había otra canción? —se queja Hazel.

—Es muy romántica —le rebate María.

—¿Nada de Rihanna? —contraataca Hazel—. ¿Ella Eyre? ¿Del blanquito de Ed Sheeran?

María la fulmina con la mirada como respuesta.

—¿De la gran Whitney Houston? —inquire, pero en el fondo sentencia, con el índice apuntando al cielo y persiguiéndose después con la vista en él.

Michael y yo nos miramos y nuestras sonrisas se ensanchan hasta casi reír. Mi corazón, feliz en mayúsculas, comienza a dar saltitos en el centro de mi pecho.

—¿Estás escuchando la canción? —le comento a Michael, fingiéndome de lo más inocente, aunque el tonillo impertinente me delata—. La sabia Taylor Swift está diciendo que nunca encontrarás a nadie como yo.

—¿Y tú has escuchado el resto de la canción? —replica Michael—. Después dice que nunca vas a encontrar a nadie como yo.

Alzo la mirada, simulando sopesar sus palabras, pero no puedo más y la sonrisa vuelve a ganarme la partida.

—Entonces, ¿qué respondes?

—Respondo que sí. No tengo ningún plan mejor —añado, burlona.

—Vas a incordiar me hasta el final, ¿verdad? —pregunta, socarrón.

—Por supuesto —contesto sin un gramo de arrepentimiento—. Si no, no seríamos nosotros.

Nos miramos. Sonreímos. Los colores vibran. La música suena.

—Eres imposible —se queja, divertido, atravesando la distancia que nos separa, tomándome entre sus brazos y besándome con fuerza.

Soy feliz.

—Te quiero, pequeña patosa.

—Te quiero, Michael Stearling.
Me gusta mi vida. Me gusto yo. Y estoy orgullosa.

Epilogo
Michael
Tenías que ser tú
(*Leap year*), 2010, Anand Tucker

—A la cama —digo regresando al salón y apagando la tele. La canción de Bob Esponja deja de sonar. La he oído tantas veces que creo que se me ha metido en el sistema nervioso. Anoche soñé que denunciaba al Crustáceo Crujiente por explotación laboral.

—No quiero —protesta Birdie con una sonrisa, dejándose caer en el sofá y alzando los pies hasta agarrárselos con las manos.

—No te he preguntado si quieres irte a la cama —le recuerdo—, te he dicho que tienes que ir.

—Tengo *miz derechoz* —sentencia.

Pero ¿qué coño...?

La miro boquiabierto y ella se echa a reír hecha un ovillo.

—¿Quién te ha enseñado eso? —pregunto, aunque he de confesar que tengo mis sospechas.

—*Zarah* —contesta.

Me giro hacia la isla de la cocina, donde he dejado a mi novia cortando un pastel de chocolate que he comprado porque las dos me han puesto ojitos delante del escaparate de Ladurée..., lo que significa que no es la primera vez que se alían en mi contra hoy.

Sarah se encoge de hombros, con un fingido gesto inocente.

—Pequeña patosa... —dejo en el aire con malicia.

—No hay pruebas —se defiende, cantarina.

—Aquí tengo un testigo —replico señalando a Birdie, cuya única respuesta es morirse de risa otra vez. Es uno de los sonidos más maravillosos del mundo y, antes de que ni siquiera pueda verlo venir, estoy sonriendo como un auténtico idiota. Adoro a esta cría. La quiero tanto que a veces me cuesta trabajo respirar.

—Vamos a la cama, enana.

Me inclino sobre el sofá y cojo a esta pequeñaja de cuatro años que vuelve a morirse de risa entre mis brazos con su pijama lleno de cabecitas de Hello Kitty.

—Buenas noches, monito —se despide Sarah cuando pasamos a su lado.

La niña se tira a sus brazos y ella la coge encantada.

—*Buenaz nochez, Zarah*. —Sarah y yo sonreímos—. ¿Puedo tomar helado?

Sarah finge pensarlo.

—Se nos ha acabado —responde con el tono más dulce que se pueda imaginar—, pero puedo darte pastel de chocolate.

Birdie asiente, encantada.

Con ella en brazos, Sarah le sirve un pequeño trozo en un plato lleno de colorines y se lo

entrega junto con un tenedor rosa chicle. Yo sigo toda la escena y algo dentro del pecho, una condenada hoguera, calienta todo mi cuerpo. Verlas juntas es un sueño... saber que las dos forman parte de mi vida y siempre va a ser así.

—Ahora a la cama —le dice con una sonrisa.

La cría asiente de nuevo. Sarah le da un beso y Birdie, con tarta incluida, vuelve a abrazarla. La sonrisa vuelve a mis labios, y otra vez no hago nada por evitarlo. Desde que se conocieron, congeniaron a la perfección. De eso hace ya dos meses, viviendo juntos, riéndonos y siendo los tres jodidamente felices.

—¿Has terminado? —le pregunto a Birdie, arrodillado junto a su cama.

Ella responde que «zí» con la boca llena de chocolate y una sonrisa. Yo le devuelvo el gesto, le limpio la carita y dejo el plato sobre la mesita.

—Ahora tienes que dormir —le recuerdo, arropándola.

—Cuéntame un cuento —me pide.

—Acabo de contarte uno.

—Ha *zido* muy cortito. Cuéntame otro, *pooor faaavooor* —estira todas las vocales de las dos últimas palabras y me pone cara de cachorrito callejero.

Yo achino los ojos sobre ella, divertido.

—No te va a funcionar —le aclaro, aunque lo cierto es que le está surtiendo bastante efecto.

—*Puez* yo creo que *zí* —replica, y automáticamente rompe a reír otra vez.

—Puede que un poquito —confieso, marcando una distancia muy pequeña con el índice y el pulgar.

—*Entoncez*, ¿me *cuentaz* otro?

—No —contesto, arropándola de nuevo. No para de moverse—, porque creo que deberíamos guardar ese poquito que te ha funcionado hoy, lo sumamos al de mañana y, tal vez, en tres o cuatro días tengas para un cuento nuevo.

Ella me mira muy concentrada, meditando mis palabras, y finalmente asiente. Yo sonrío, le beso la cabeza y le apago la luz de la mesita tras recuperar el plato.

—Buenas noches —me despido desde la puerta con una mano en el marco y otra en el pomo, dispuesto a cerrarla un poco más.

—*Buenaz nochez*, papi. Te quiero mucho —añade, llevándose las dos palmas de las manos a la boca y lanzándome un beso enorme.

Mi corazón se hincha y la hoguera de mi interior se hace un poco más grande.

—Yo también te quiero mucho, enana.

Le lanzo un beso y muevo la puerta hasta casi cerrarla.

Es mi niña y era imposible que mi vida estuviera completa sin ella. El día que el juez me concedió la custodia, sentí que al fin ganaba una batalla que llevaba años doliendo por dentro. El testimonio de Elisabeth fue vital. Dos días después, entró en un centro de desintoxicación al norte del estado, desoyendo a su padre. Me pidió perdón, aunque no tenía por qué hacerlo. Se equivocó

al alejarse de la vida de su hija, pero el miedo nos ha hecho a todos tomar malas decisiones alguna vez. Birdie, Sarah y yo estamos muy orgullosos de ella y vamos a visitarla. Lleva cincuenta y ocho días limpia y está a punto de salir. Cuando lo haga, pienso asegurarme de que esté bien y lejos de Fordbrader. Al fin y al cabo, es la madre de Birdie y la necesita sana y con ella en su vida.

—¿Ya se ha dormido? —inquire Sarah.

Ha encendido el equipo de música y *Wonderland*, de Taylor Swift, suena muy bajito.

—Por supuesto —contesto con una media sonrisa—. Soy un padre alucinante.

La pequeña patosa mal disimula una sonrisa. Lo tuve claro desde el primer momento; por mucho que proteste, le encanta que sea un engreído de mierda.

Camino hasta colocarme a su espalda, deslizo mis manos por su cintura y la estrecho contra mi cuerpo. Joder, su olor es una puta locura, y no me refiero a colonia o a su champú, es ella, su piel.

—¿Una copa de vino? —me ofrece, aunque ya está sirviendo dos de un delicioso Château d'Yquem Sauternes del 2005.

—¿Vas a tomar vino con pastel de chocolate? —planteo, confuso.

—Tienes que abrir tu paladar a nuevos sabores, Stearling —se burla.

La interrumpo girándola entre mis brazos y subiéndola a la encimera. Me abro paso entre sus piernas y, tomando su cara entre mis manos, la beso.

—Sabes a tarta, a vino caro y a ti —susurro contras sus labios—. Creo que va a convertirse en mi nuevo puto sabor favorito.

Ella sonrío, pero acaba sonrojándose y agachando la cabeza. Por Dios, si supiera que cada vez que hace eso no puedo pensar y le daría cualquier cosa que me pidiera..., conociéndola, lo haría todos los días.

Vuelvo a besarla. Está a punto de írsenos de las manos, así que me fuerzo a parar. En circunstancias normales, no la haría jamás, pero hay algo que quiero contarle y me obligo a concentrar la sangre y las fuerzas en la parte de mi cuerpo donde deben estar. Sin embargo, separarme de ella es un poco más complicado que todo eso y me concedo la última caricia, rozando mi nariz con la suya, antes de apartarme definitivamente.

—Lo he estado pensado —le explico— y voy a montar un bufete propio.

Ella asiente al tiempo que coge un trozo de pastel. Sé que la idea no le sorprende. Después de semanas de trabajo intensísimas, conseguimos reunir y revisar todas las pruebas del caso de corrupción en el que la coordinadora jefa de planificación urbana del distrito metropolitano de Manhattan me estaba ayudando. La jueza Tallin dio luz verde y se abrió la causa por corrupción más grande de la historia de la corte del estado de Nueva York. Como me temía, Carter estaba implicado.

Aquella inmobiliaria de poca monta a la que defendió un importantísimo bufete y cuyo juicio fui a ver con la pequeña patosa, delicioso polvo en los pasillos de los juzgados incluido, resultó ser una empresa tapadera para los negocios turbios de un poderoso constructor, Jenkins, por el que

Carter dejó a un lado al resto de sus clientes, el propio Carter y Dominic Sevoir, el alto funcionario con el que se reunió, que aceptaba los sobornos de Jenkins, amén de ser el hermano del marido de la propietaria de la inmobiliaria en cuestión. Si tenéis dudas, el *New York Times* hizo un monográfico.

Ante todo aquello, tomé la única decisión honesta que tenía y me marché de la firma. Desde entonces, le he estado dando vueltas a montar algo por mi cuenta.

—Estoy dispuesto a ofrecerte un puesto.

La pequeña patosa niega con la cabeza.

—Soy muy cara —replica—. No podrías permitirme —suelta, encogiéndose de hombros.

Finjo sopesar sus palabras.

—Lo imaginaba —contesto, resignado—. Sabía que no podría competir con el sueldo mínimo de una cafetería y el sueldo más pequeño que mínimo de Ayuda legal. No... espera —añado como si cayese en la cuenta de algo—, sí que puedo.

La pequeña patosa rompe a reír, sincera, y una sonrisa se dibuja en mis labios.

—Aun así, soy una profesional muy reputada. Tengo otras ofertas.

—¿Otra cafetería?

—Un supermercado —responde, grandilocuente.

Y ahora soy yo el que rompe a reír, ella me imita y, por un puñado de segundos, nuestra casa suena a felicidad.

—¿Sabes? —llamo su atención cuando nuestras carcajadas se calman—. Nunca me contaste por qué te despidieron de Fordbrader, Higgins y Beck la primera vez.

Ella hace memoria y acaba frunciendo el ceño, confusa.

—La verdad es que nunca llegaron a explicármelo —admite—, pero sé por qué nunca me readmitieron.

Entorno suavemente los ojos sobre ella, esperando a que continúe.

—Me subí a mi mesa y le grité a mi jefe que era un gilipollas.

Alzo mi copa y le ofrezco brindar; ella lo acepta sin dudar.

—Ésa es mi chica —la halago justo antes de dar un trago.

Ella sonrío, encantada. Es valiente y yo no podría estar más orgulloso de ella.

—Así que seríamos Holloway y Stearling —vuelve al tema que nos ocupa.

Le dedico mi media sonrisa más arrogante.

—Eres adorable —comento, malicioso—. Te has vuelto espontáneamente disléxica y has pronunciado al revés Stearling y Holloway.

Su sonrisa se ensancha y, tras un segundo, la mía también.

—Está bien —responde con ímpetu—. Acepto, pero ficharemos a Alex Hannigan.

—Abogada júnior de Cohen número cuatro —digo, repasando mentalmente los casos que llevé en el bufete. Es buena y lista, y con una mala hostia alucinante. Va a ser divertido.

—Acepto. La señora Jones se viene con nosotros.

Ahora es ella la que sopesa mi condición.

—Acepto. Colgaremos las fotos de Lexie en la recepción.

—Nada de desnudos de tíos.

—¿Ni siquiera artísticos?

Niego con la cabeza. La pequeña patosa guarda silencio un instante.

—Le pediremos a Lexie que haga fotos nuevas y las colgaremos en la recepción.

Mi sonrisa reaparece hasta casi reír.

—Así que no habrá cuadros de Kandinsky, por lo que veo.

Sarah sonrío a modo de respuesta afirmativa, pero de pronto abre mucho los ojos, como si acabara de encajar una pieza importantísima en un puzle imaginario, y asiente convencidísima.

—¿No te parece que ese pintor tiene nombre de candelabro de Ikea? —añade con los ojos achinados.

—Eres muy sabia, pequeña patosa —respondo, socarrón.

—Lo sé —contesta imitando mi tono, y otra vez tengo que contenerme para no sonreír.

—La mitad de nuestros casos serán pro bono —reconduzco la conversación.

—Y la otra mitad, de buenas personas.

—Ricos y buenas personas —suelto, pensativo—. Será difícil, pero dicen que en Nueva York hay de todo.

Ninguno de los dos puede más y ambos rompemos a reír otra vez.

Sarah coge un nuevo trozo de pastel, yo la imito y, durante el siguiente par de minutos, los dos comemos en silencio, relajados, con ella todavía sobre la encimera, su cuerpo muy pegado al mío y mi mano descansando posesiva sobre su muslo. Y de pronto me doy cuenta de algo, algo que se me mete bajo la piel, despacio, suave, pero con toda la fuerza de un millón de estrellas colisionando.

—Hablando del nombre del bufete...

—¿Quieres llamarlo Stearling Enterprise o algo así? —me interrumpe, divertida.

—No —contesto con una seguridad absoluta—. Quiero que se llame Stearling y Stearling.

Sarah abre los ojos como platos y deja lentamente la copa de vino sobre la isla. No necesito especificarle que acabo de pedirle que se case conmigo.

—Michael... —musita con la voz más dulce del mundo—, ¿estás seguro?

—¿Tú qué crees? —la desaffio—. No he estado más seguro de nada en toda mi vida.

La pequeña patosa guarda silencio, pero su respiración va acelerándose más y más hasta que ya no puede contenerse y se lanza a mis brazos, hundiendo su cara en mi cuello.

—Sí —pronuncia con la felicidad saturando esa única palabra.

El corazón comienza a martillearme en los oídos. Soy feliz porque ella es feliz; porque yo la he hecho feliz; porque vamos a estar juntos; porque vamos a ser una familia con Birdie; porque, teniéndolas cerca, sé que jamás me faltarán motivos para sonreír.

Vuelvo a besarla y otra vez el universo entero parece desvanecerse a nuestro alrededor.

—No tengo anillo —digo contra sus labios.

Ella se encoge de hombros sin separarse de mí.

—No me importa —responde, sincera, entre besos—. No lo necesito para saber que me quieres.

—Pero yo quiero que lo tengas —replico.

La beso. La saboreo despacio. Joder, un único beso con ella es mejor que cualquier cosa, que millones de cosas, de horas, con otra mujer.

Y otra vez una especie de revelación impacta en cada uno de mis huesos.

—Pero tengo algo mejor —alego sin dudar, separándome lo justo para poder mirarla a los ojos.

Hago algo que no he hecho en catorce años. Me llevo las manos al cuello, me saco mis chapas de identificación del Ejército por la cabeza y se las doy, como el soldado, nunca mejor dicho, entregándole su mejor arma a su reina.

—Michael, no puedo aceptarlas —murmura, contemplándolas con los ojos llenos de lágrimas.

Su emoción, su dulzura, traspasan el aire entre los dos, mi propia ropa, y calientan mi piel.

—Sí que puedes —susurro acariciando despacio sus manos—. Ya te lo dije una vez: para un soldado estas chapas simbolizan algo mucho más profundo que nuestro nombre. —Le quito las medallas suavemente—. Dicen a quién pertenece nuestra vida. Tú me preguntaste en una ocasión si alguna vez dejaría de necesitarlas, y ahora sé que sí, que ya no dependo de ellas —poco a poco, se las pongo al cuello—, porque mi vida te pertenece a ti.

Una lágrima cae por su mejilla hasta perderse en su sonrisa mientras sus perfectos ojos azules están unidos a los míos.

—La mía es toda tuya, Michael Stearling —sentencia—, y estoy dispuesta a entregarte mi traje de hawaiana como muestra.

Una sonrisa se cuele en mis labios, auténtica, feliz, la sonrisa que sólo ella sabe conseguir. La suya se ensancha y no tengo más remedio que besarla de nuevo. Es mi vida, mi chica, mi amor. Me hace reír, me desafía. Me hace creer y crecer. Sarah Holloway es lo único que necesito para dejar de sobrevivir y simplemente vivir.

—Te quiero —le digo.

—Gracias —contesta.

Entorno los ojos y sonrío con malicia al tiempo que vuelvo a inclinarme sobre ella.

—Me las vas a pagar, pequeña patosa —pronuncio, torturador, contra su boca.

—Lo estoy deseando, señor Stearling.

La beso. Nos dejamos llevar. Nos perdemos en el otro.

Somos felices.

Agradecimientos
La boda de mi mejor amigo
(*My best friend's wedding*), 1997, P. J. Hogan

No podía dejar de mencionar *La boda de mi mejor amigo*, aunque fuese en los agradecimientos. ¿Recordáis cuando todos se ponen a cantar en el restaurante? Esa escena es casi una leyenda dentro del cine romántico.

Me gustaría dedicar este libro a mis amigas Carmen y Aurora, porque son dos enamoradas de las comedias románticas como yo y juntas hemos ido al cine millones de veces para disfrutarlas y comentarlas después con una sonrisa en los labios.

Puede que, por motivos laborales o de ciudad, ya no nos veamos tanto como en aquellos días, pero, en una amistad de verdad, una amiga es para siempre y así me siento cuando os tengo cerca. ¡¡Os quiero tres mil!!

También le quiero dedicar este libro a mis padres, los mejores que se pueden tener; a mis geniales suegros, y a todos y cada uno de los miembros de mi familia y, por supuesto, de la *mia famiglia*.

A Aroa, Tiaré, Silvia y Montse. ¿Qué podemos decirnos que no sepamos ya? Os quiero y soy superfeliz y me siento superafortunada de que estéis en mi vida. Silvi, Michael Stearling es de los nuestros. Estoy segura de que vamos a disfrutarlo un montón.

A Tiaré, por crear una cubierta jodidamente espectacular (son las palabras del jefe cuando la ha visto en el Riley Group 😊). Gracias, socia. Te quiero muchísimo.

A Sara, Patri, Tere, Irene, Lola, Loli y Maica. Muchas gracias por vuestro apoyo, por vuestro cariño, por vuestras risas y por estar ahí.

A todas las chicas Riley. ¡Valéis vuestro peso en sugus! Millones de gracias por todo.

A Mireia, a Laura y, sobre todo, a Esther, y también a todos los que, desde Zafiro (y desde un chat del WhatsApp), hacéis mi trabajo más fácil y me demostráis que trabajar juntos también puede significar reír y disfrutar. Muchas gracias.

A todas mis compis de profesión.

A todos mis amigos.

A mi peque, Pasquale. Eres mi superhéroe porque eres inteligente como Tony Stark, tienes el corazón del Capitán América, eres fuerte como Hulk y divertido como Spiderman. Cada día que pasa te quiero más y estoy más orgullosa de ti, porque eres un niño maravilloso. No cambies nunca, monito.

A ti, *gruñonosaurus rex*. Eres el protagonista de mi propia comedia romántica. Te quiero. Te quiero por cómo eres por dentro y por fuera, porque eres inteligente y maravilloso, porque me haces reír, me entiendes y me cuidas. Te quiero porque eres tú y no puedo imaginarme mi vida sin ti. Eres mi canción.

MUCHAS GRACIAS A TODOS.

Biografía

Cristina Prada vive en San Fernando, una pequeña localidad costera de Cádiz. Casada y con un hijo, siempre ha sentido una especial predilección por la novela romántica, género del cual devora todos los libros que caen en sus manos. Otras de sus pasiones son la escritura y la música. Hasta el momento ha publicado las series: «Todas las canciones de amor que suenan en la radio», «Manhattan Love», «Una caja de discos viejos y unas gafas de sol de 1964», así como las novelas independientes *Las noches en las que el cielo era de color naranja*, *La sexy caza a la chica Hitchcock*, *Una historia de chicos guapos y un montón de zapatos*, *Cada vez que sus besos dibujaban un te quiero*, *Todas las malditas veces que la tuve debajo de mí*, *Los chicos malos apuestan*, *las chicas listas ganan* y *Mi mundo se llenó con el sonido de tu voz*.

Encontrarás más información de la autora y sus obras en:

Facebook <[Aquí manda Ryan Riley Chicas, de Cristina Prada](#)>

Twitter <[@everysonwhich](#)>

Instagram <[@cristinaprada_escritora](#)>

Referencias a las canciones

- Seasons*, Copyright: © 2014 Sony Music Entertainment UK Limited, interpretada por Olly Murs. (N. de la e.)
- Medellín*, Copyright: © 2019 Boy Toy, Inc., Exclusively licensed to Live Nation Worldwide, Inc. Exclusively licensed to Interscope Records © 2019 Boy Toy, Inc., interpretada por Madonna y Maluma. (N. de la e.)
- Good morning*, Copyright: © © 2012 Classic Soundtracks Records, interpretada por Gene Kelly, Donald O'Connor y Debbie Reynolds. (N. de la e.)
- Might not like me*, Copyright: © 2018 Atlantic Recording Corporation © 2018 Atlantic Recording Corporation for the United States and WEA International Inc. for the world outside the United States. A Warner Music Group Company, interpretada por Brynn Elliott. (N. de la e.)
- Million dollar life*, Copyright: 2014 Superpop.Co, interpretada por The Wizardz of Oz. (N. de la e.)
- Pineapple skies*, Copyright: © 2017 ByStorm Entertainment and RCA Records, a division of Sony Music Entertainment, interpretada por Miguel. (N. de la e.)
- Never be the same*, Copyright: © 2018 Simco Ltd. under exclusive license to Epic Records, a division of Sony Music Entertainment, interpretada por Camila Cabello. (N. de la e.)
- I'm yours*, Copyright: © FP; 2019 UMG Recordings, Inc. © 2019 UMG Recordings, Inc., interpretada por Alessia Cara. (N. de la e.)
- Faith*, Copyright: © 2010 Sony Music Entertainment UK Limited, interpretada por George Michael. (N. de la e.)
- Night time*, Copyright: © © 2018 Domino Recording Co Ltd., interpretada por Superorganism. (N. de la e.)
- Wild love*, Copyright: © © 2018 Republic Records, a division of UMG Recordings, Inc., interpretada por James Bay. (N. de la e.)
- Last friday night*, Copyright: © 2011 Sammy_Executive Music Group, interpretada por Katy Perry. (N. de la e.)
- Cake by the ocean*, Copyright: © © 2016 Republic Records, a division of UMG Recordings, Inc., interpretada por DNCE. (N. de la e.)
- Ritual*, Copyright: © 2019 Musical Freedom Label Ltd, under exclusive license to PM:AM Recordings, a division of Universal Music BV © 2019 Musical Freedom Label Ltd, interpretada por Rita Ora, Tiësto y Jonas Blue. (N. de la e.)
- Never gonna give you up*, Copyright: © 1987 Sony Music Entertainment UK Limited under

exclusive license to BMG Rights Management (UK) Limited, interpretada por Rick Astley. (*N. de la e.*)

Polaroid, Copyright: © A Positiva / Virgin EMI Records release; 2018 Universal Music Operations Limited © 2018 Universal Music Operations Limited, interpretada por Jonas Blue, Liam Payne y Lennon Stella. (*N. de la e.*)

Me!, Copyright: © © 2019 Taylor Swift, interpretada por Taylor Swift y Brendon Urie. (*N. de la e.*)

Wonderland, Copyright: © © 2018 Big Machine Label Group, LLC, interpretada por Taylor Swift. (*N. de la e.*)

From New York. Beautiful
Cristina Prada

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta, a partir de la idea original de Tiaré Pearl
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© Cristina Prada, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2019

ISBN: 978-84-08-21797-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

